

Poder y monstruosidad en
La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa

Karem Langer Pardo

Tesis de doctorado presentada a la
Facultad de Estudios Superiores de la
Universidad de Ottawa



uOttawa

L'Université canadienne
Canada's university

Abstract

Mi tesis de doctorado *Poder y monstruosidad en La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa*, dirigida por el profesor Fernando de Diego-Pérez explora dos temas en la obra del nobel peruano. De un lado, el ejercicio del poder y del otro, la monstruosidad. En mi investigación propongo una lectura crítica de ambos temas desde un enfoque literario y tomando la novela como un trabajo ficcional. La investigación resalta la importancia de los mecanismos de poder y el ejercicio del mismo como uno de los ejes centrales de la narración. Con respecto a la monstruosidad, subrayamos su relación con el término “anormalidad”, considerando dicha manifestación como rasgo característico y definitivo del personaje de Trujillo. Así, planteamos considerar el poder y la monstruosidad como los ejes centrales que configuran el personaje del dictador y estructuran la novela. Las principales referencias teóricas las tomamos de Hannah Arendt, Michel Foucault, Jürgen Habermas y Max Weber.

Índice

Índice	2
Introducción	4
Capítulo I: Revisión histórica: del dictador a la novela de dictador	9
1.1 Introducción	9
1.2 Antecedentes históricos: La conquista española y el modelo político	14
1.3 Habermas: Del príncipe al legislador moderno	41
1.4 Hannah Arendt: Modelos de gobierno	46
1.5 Aproximaciones al concepto de <i>legitimidad</i>	52
1.6 La dictadura legitimada	65
1.7 Introducción a la novela de dictador	80
Capítulo II: Estructura y personajes	90
2.1 Estructura tripartita de la obra	90
2.1.1 Temporalidad e historiografía	96
2.1.2 Urania y el ejercicio de la memoria	103
2.1.3 Los asesinos: Motivos de un tiranicidio	114
2.1.4 Urania Cabral: la mujer bajo el poder patriarcal	126
Capítulo III: La figura de Trujillo y sus manifestaciones del poder en <i>La fiesta del chivo</i>	152
3.1 Trujillo: El poder sexual como forma de sometimiento	152
3.1.2 La figura de Trujillo a la luz de los planteamientos de Foucault	157
3.2 Poder político-Poder deífico	165
3.3 Carisma y poder	189

3.3.1 Lectura de Weber: El personaje de Trujillo como líder carismático	190
3.4 Michel Foucault y Hannah Arendt:	
Formas de política- modelos de Policía	214
3.4.1 El modelo de Hannah Arendt como explicación a la estructura del gobierno de Trujillo en <i>La fiesta del chivo</i>	215
3.4.2 El papel de la policía desde la perspectiva de Foucault	230
3.4.2.1 El modelo de Turquet de Mayerne	231
3.4.2.2 El modelo de Delamare	243
3.4.2.3 El modelo de Von Justi: <i>Polizei y Die Politik</i>	254
Capítulo IV: La monstruosidad	
Introducción	264
4.1 Tipología de figuras monstruosas	265
4.1.1 Criaturas malignas	266
4.1.2 Agentes del mal	275
4.1.3 Poderes satánicos	280
4.2 La aniquilación de la Bestia	288
4.2.1 La Bestia como sinónimo del mal	289
4.3 Trujillo como monstruo	311
4.3.1 La anormalidad como rasgo distintivo del monstruo	324
4.3.1.1. Categorías propuestas por Foucault	327
4.3.1.2 La anormalidad: Lectura de José Miguel Cortés	336
4.3.2 Uranita y el monstruo	351
Conclusiones	373
Bibliografía	380

Introducción

El presente trabajo se titula *Poder y monstruosidad en La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa*. Nuestro objetivo es analizar la novela del peruano a la luz de dos conceptos específicamente, el poder y la monstruosidad. El primero ha sido un tema ampliamente trabajado desde muchas perspectivas; en nuestro caso proponemos analizar de qué forma el personaje literario de Rafael Leonidas Trujillo está configurado en la obra del nobel peruano. Queremos aclarar que aunque Rafael Trujillo fue un personaje histórico que gobernó la República Dominicana desde 1930 hasta 1961, año en el que fue abatido por un grupo de conspiradores, nuestro enfoque en la investigación se concentra sobre el personaje creado por Mario Vargas Llosa. No pretendemos en este trabajo cuestionar las prácticas políticas que llevaron al dictador dominicano al poder ni proponer que sea una figura monstruosa. Nos hemos concentrado en hacer un análisis exclusivamente literario de *La fiesta del chivo*, publicada en 2000. Por eso queremos aclarar que se trata de un trabajo que se encarga de estudiar la novela como una obra ficcional, a pesar de que muchos de los personajes literarios que allí aparecen hayan sido inspirados en personajes históricos. Nos interesa la monstruosidad porque ha sido un tema muy poco estudiado por los críticos de la novela de Vargas Llosa, de modo que no se ha profundizado mucho en esta cuestión. Por lo anterior, proponemos estudiar con detenimiento el tema de la monstruosidad como rasgo definitivo en el personaje de Rafael Leonidas Trujillo y como presencia que atraviesa toda la novela y a la vez que ayuda a configurar al personaje del Chivo, articula las relaciones que existen entre él y algunos de los personajes de la novela.

Para lo anterior estructuramos la tesis en cuatro capítulos a lo largo de los cuales nos concentraremos en diferentes conceptos que nos interesa resaltar en la obra. En el primer capítulo titulado *Revisión histórica: del dictador a la novela de dictador*, hemos abordado el tema de la dictadura desde un punto de vista histórico y teórico. Nos hemos detenido en la revisión del surgimiento de las dictaduras como fenómeno político y de los dictadores como líderes de estos movimientos. Consideramos que aunque la investigación no es de corte histórico ni político, como hemos mencionado en líneas anteriores, es importante comprender de qué forma ha venido construyéndose la estructura política de América Latina y el papel que han desempeñado los dictadores en este proceso. Hacer la revisión histórica nos ha servido de marco de referencia para poder situar las dictaduras como fenómeno sintomático de los últimos dos siglos en el continente. Además proponemos una revisión de la forma en que el tema ha sido tratado desde la literatura y el camino que han trazado los novelistas hispanoamericanos al respecto. También hemos incluido las propuestas teóricas que algunos autores han hecho a propósito de conceptos como la *legitimidad* y la *autoridad*. Hemos puesto especial interés en los textos de autores como Hannah Arendt y Jürgen Habermas y Max Weber. Los conceptos de estos autores serán retomados a lo largo de los tres capítulos siguientes, haciendo especial énfasis en el diálogo que sus ideas pueden establecer con la obra de Vargas Llosa.

Es importante mencionar que además de la introducción teórica que hacemos en el primer capítulo, retomaremos los conceptos que nos serán útiles para el análisis de la obra a medida que avancemos en nuestra lectura. Hemos preferido distribuir las consideraciones conceptuales en diferentes capítulos para hacer coincidir la problemática

tratada en cada uno de ellos con las herramientas teóricas más convenientes. Somos conscientes de que no es la distribución más tradicional en los estudios académicos, pero consideramos que para el propósito de nuestro estudio es un orden conveniente que facilita la exposición de nuestras ideas. Los conceptos más relevantes a los que nos referiremos a lo largo de la tesis son: el poder, el carisma, la anormalidad y la monstruosidad.

En el segundo capítulo hacemos un análisis de la estructura de la novela y de los personajes principales. En este capítulo hemos querido concentrarnos en dos de los personajes alrededor de los cuales se desarrollan los tres hilos narrativos de la novela. Nos centramos en el personaje de Urania Cabral y la voz narrativa de los conspiradores - tratamos al grupo de hombres como una sola voz narrativa, ya que así es como Vargas Llosa ha dispuesto la organización de la obra-. Dentro de esta voz narrativa distinguimos la historia de cada uno de estos hombres, y podemos conocer las relaciones que había entre ellos y el personaje de Trujillo. Ahora bien, la estructura tripartita de la obra también incluye al dictador como uno de los personajes centrales. Sin embargo, hemos decidido tratar el personaje de Trujillo en el tercer capítulo debido a que nos interesa analizarlo a la luz de varios conceptos y dedicarle un capítulo únicamente a la forma en que el personaje ejerce el poder.

En el tercer capítulo estudiamos las formas en que el personaje de Trujillo ejerce el poder y cómo esto afecta las relaciones que se establecen entre él y otros personajes de la obra. En la primera parte del tercer capítulo nos dedicamos a analizar las formas por medio de las cuales el personaje del dictador ejerce el poder. Nos interesa particularmente el poder sexual, el poder político y el poder deífico. Luego, dedicamos un apartado a los

mecanismos por medio de los cuales el personaje alcanza ese poder, haciendo un énfasis particular en el concepto de *carisma*. Para explicar dicho concepto nos concentramos en el estudio de Max Weber y en la lectura que hacen algunos autores del estudio del filósofo alemán. En este apartado nos interesa relacionar los conceptos de carisma y poder como base del análisis del personaje de la novela de Vargas Llosa. En la segunda parte del capítulo nos dedicamos a estudiar los medios a través de los cuales el personaje de Trujillo ejerce el poder. Para este fin, hemos tomado textos de Hannah Arendt y Michel Foucault principalmente. Proponemos estudiar estos dos autores pues nos interesa el análisis que ambos han hecho a propósito de los mecanismos de poder. Con Arendt estudiaremos los modelos de estructuras de gobierno, enfocándonos en el que podemos identificar en *La fiesta del chivo* y de qué forma el personaje de Trujillo aparece como la figura central de este. Los estudios de Michel Foucault complementan el estudio del ejercicio del poder y nos concentraremos específicamente en el papel que desempeña la policía en el modelo de gobierno propuesto en la obra del nobel peruano. Estudiamos tres modelos a los que se refiere Foucault en su texto *La vida de los hombres infames* (1996), analizando de qué forma la propuesta teórica del filósofo francés puede explicar la estructura policial del gobierno de Trujillo en la novela. De modo que el capítulo tres se centrará al análisis del personaje del dictador en lo que respecta a la forma en que ejercía el poder y los mecanismos de los que se valía.

En el último capítulo estudiamos la monstruosidad como rasgo característico del personaje de Rafael Leonidas Trujillo. En la primera parte hacemos una clasificación de los tipos de monstruos que podemos identificar basándonos en el estudio que hace Gil Calvo en *Máscaras masculinas* (2006). Proponemos la revisión de la tipología de

criaturas monstruosas que hace el autor español con el fin de establecer un marco teórico y trazar un recorrido histórico para observar las diferentes manifestaciones de lo monstruoso que ha habido a lo largo de la historia y cómo se ha representado en diferentes géneros artísticos como la pintura, el cine y la literatura, entre otros. En la segunda parte del último capítulo nos dedicamos al estudio del personaje de Trujillo como figura monstruosa, destacando los rasgos bestiales como definitivos de la monstruosidad que él representa. También prestamos especial interés al concepto de la *anormalidad* pues consideramos que constituye otro de los rasgos distintivos del monstruo. Proponemos analizar la monstruosidad de Trujillo en relación con los personajes que lo rodean. Nos interesa particularmente la relación entre el personaje de Trujillo y el de Urania Cabral ya que será decisiva en tanto la mujer será quien realmente desvele la faceta monstruosa del personaje, desmitificando la figura del dictador y revelando su verdadera naturaleza.

Los autores a los cuales estudiamos en este último capítulo son Gil Calvo, Michel Foucault, Antonio Marina y José Miguel Cortés, a partir de los cuales definiremos los conceptos teóricos relacionados con la monstruosidad. Adicionalmente, como bibliografía de apoyo nos referiremos a ensayistas y críticos de la obra de Vargas Llosa que han mencionado en sus estudios algún aspecto relacionado con el tema del cual nos ocupamos en esta última parte de la investigación.

Capítulo I

Revisión histórica: Del dictador a la novela de dictador

1.1 Introducción

Explicar la figura del dictador latinoamericano, en tanto personaje ficcional, a la luz de los planteamientos teóricos de la figura del monstruo es una tarea compleja. Por un lado, nuestra hipótesis acerca del tema propone, a partir de un corpus específico, que la monstruosidad es una suerte de ruptura de la norma o del canon establecido – independientemente de cuál sea dicho canon- de modo que podemos encontrar figuras monstruosas en diversas épocas y contextos. Es así como la categoría de monstruo varía de acuerdo con el paso del tiempo pero el rasgo común que podemos encontrar es la ruptura que la figura monstruosa implica. Es decir, que a la luz de nuestra propuesta, el dictador, en tanto personaje, puede ser considerado una figura monstruosa en tanto rompe con el orden político establecido, que en nuestro tiempo corresponde a la democracia.

Hablar de ruptura en América Latina, en cuanto a la democracia se refiere, supone, por una parte, definir el concepto de democracia en esta parte del continente y por otra, identificar si en realidad ha existido una tradición democrática. La historia política de América Latina debe entenderse a la luz del proceso de conquista y posterior colonización y por lo tanto se debe tener en cuenta que fenómenos como el del caudillismo, por ejemplo, tuvieron un papel decisivo tanto en la formación de los Estados como en el consecuente desarrollo político de los mismos. Pero es aun más interesante ver de qué forma este fenómeno político y social se ha trasladado a los dominios de la literatura y la ficción. Es precisamente el tratamiento literario de caudillos y dictadores y

las relaciones de poder que se tejen alrededor de ellos el tema del cual se ocupa nuestra investigación.

La figura del dictador – o del caudillo en épocas más lejanas- siempre ha estado presente en los textos literarios como anota González Echevarría en *The Voice of the Masters*, “The most clearly indigenous thematic tradition in Latin American literature, the dictator and the dictator-book, can be traced as far back as Bernal Díaz de Castillo’s and Francisco López de Gómara’s accounts of Cortés’s conquest of Mexico (structurally, López de Gómara’s book is the most akin to the recent dictator-novels)” (65). Es interesante que González Echevarría se remonte a la época de la conquista de América para explicar tanto la relación entre personajes históricos y textos literarios como para poner de manifiesto los orígenes de los fenómenos dictatoriales. A este respecto es necesario matizar la afirmación de González Echevarría en relación con la historia de los dictadores y de los libros que se han escrito a propósito de ellos.

En primer lugar es necesario detenernos en la figura del caudillo para poder comprender de una forma mejor cómo éste, si bien no derivó exactamente en lo que ahora conocemos como dictador, sí tuvo una gran influencia ya que es evidente la estrecha relación que existe entre las dos figuras. Fernández Durán comenta en *Novela y dictadores en América Latina* (2008) que podemos rastrear una suerte de genealogía del caudillo si nos remontamos hasta el período comprendido entre los siglos V y VIII cuando en la Península Ibérica se produjo el asentamiento de los pueblos visigodos. De aquel tiempo podemos rescatar la figura de una suerte de “caudillos tribales que gobernaban pequeños reinos de Taifas” (84). Aunque estamos de acuerdo con la investigadora en tanto la relación que establece entre los gobernantes de los reinos Taifa

con sus sucesores, los caudillos y dictadores, hay que aclarar que la aparición de aquellos reinos no tuvo lugar durante el asentamiento del pueblo visigodo en la Península Ibérica ya que los reinos de Taifa solo aparecieron como entidad política en el siglo XI en el período comprendido entre la caída del Califato de Córdoba -que fue generado por la guerra civil en el año 1009 luego de la muerte de al-Muzzafar- y el derrocamiento del último califa Hisham II y la desaparición del califato en 1031.

De acuerdo con la investigadora también podemos encontrar figuras analógicas a la del caudillo en personajes como El Cid, los comendadores en los siglos XV y XVI, entre otros. Además, y en este punto está de acuerdo con González Echevarría, “Es por tanto muy posible encontrar rasgos del caudillo en las figuras de Cortés, Almagro, Pizarro y Lope de Aguirre entre otros, rasgos que reaparecerán en las figuras del caudillo y el dictador latinoamericano” (84). Pero la genealogía propuesta por Fernández Durán suscita la pregunta acerca del tipo de rasgos que unen a figuras, en apariencia tan disímiles, como un conquistador español, El Cid y el dictador de un país de la América Latina contemporánea. González Echevarría puede aclarar ese complejo vínculo que establece Fernández Durán en su genealogía:

Novels dealing with dictators do not stablish clear-cut distinctions between the various types that appear in history but tend to deal more abstractly with authority figures and with the question of authority. Of course, authority figures coalesce historical and psychoanalytic realms. The dictator, Primer Magistrado, Comandante en Jefe, Supremo, el Hombre, is a paternal figure who in turn embodies yet another figure, *the macho* (González Echevarría 65-66).

Partimos, entonces, de la idea fundamental que nos permite comprender por qué podemos ver en todos los personajes anteriormente nombrados por Fernández Durán una genealogía del dictador. Sería injusto argumentar que las acciones individuales de cada uno responden a un afán por demostrar cierta virilidad, pero hay que tener en claro que de una forma u otra, es la imagen que estos personajes muestran. Podríamos pensar, más bien, que encarnan el estereotipo de macho luego de un cuidadoso examen de sus características y la forma en la que todos, en su tiempo, ejercieron el poder. Pero el dictador no sólo responde al estereotipo de “macho”, podemos argüir también, que se trata de “una figura polivalente y sincrética, compuesta de rasgos de cacique, conquistador, patriarca y caudillo” (Fernández Durán 84). Nos interesa resaltar particularmente la figura del caudillo pues si bien, no podemos decir que los dictadores contemporáneos descienden directamente de éstos, no podemos negar que tan complejas figuras políticas no habrían sido posibles sin la presencia de los caudillos en los que de muchas maneras reposó el poder político en la época posterior a la independencia de las naciones latinoamericanas. Es interesante, de otro lado, destacar que los caudillos militares del período anteriormente mencionado son un fenómeno que surge, de acuerdo con Mariátegui, durante un período revolucionario en el que no hubo lugar ni momento adecuado para la formación de una nueva clase política (Mariátegui 65). La interpretación del autor peruano es interesante pues permite considerar, desde la época caudillista, el vínculo entre el poder de la milicia y una posición política desde la cual ejercerlo.

Ahora bien, es evidente que a pesar de que las dictaduras han constituido un fenómeno extendido en muchos países del mundo, es evidente que en Latinoamérica ha

proliferado y se ha reproducido de forma constante ya que en esta parte del continente parecen haber encontrado un ambiente propicio tanto para arraigarse como para multiplicarse, como lo veremos más adelante. Esta forma particular de gobierno, que ahora parece hacer parte del sistema político latinoamericano, si bien no como fenómeno actual, sí como parte fundamental de la historia de esta parte del continente, encontró en el imaginario colectivo una figura que se encarna constantemente en los líderes políticos: la del padre o patriarca. Desde la época de los caciques encontramos que estas figuras son sinónimo de poder –político, económico, religioso- de modo que podríamos considerar, con todos los matices históricos necesarios, que el caudillo y posteriormente el dictador, pueden ser reproducciones de un sistema político patriarcal que tiene profundas raíces en la historia política de América Latina. De modo que la experiencia del gobernante *patriarca* se encuentra instalada en nuestra historia y es un fenómeno que siempre ha acompañado nuestra tradición política de muchas formas y se ha ido transformando con el paso del tiempo. De ahí la necesidad de plantearse un estudio de la figura del dictador tanto en la Historia como en la literatura ahora que las circunstancias políticas han cambiado, los sistemas gubernamentales tienen otros modelos y existe una distancia temporal considerable entre las dictaduras y el momento presente que nos permite observar dichos fenómenos con nuevas herramientas teóricas y desde un marco temporal diferente.

Ya en la *Carta de Jamaica*, Simón Bolívar escribía a Henry Cullen, de acuerdo con minuciosas investigaciones, que en América Latina “Las instituciones representativas no se ajustan a nuestro carácter, a nuestras costumbres, a nuestras luces actuales (...) los Estados americanos necesitan gobiernos paternales” (Bolívar 62). Las palabras de Bolívar

casi visionarias se han estado cumpliendo de forma desafortunada durante los últimos siglos; Latinoamérica ha estado invadida constantemente por gobiernos dictatoriales que disfrazan el poder tras el paternalismo o un patriarcado. Las figuras detrás del poder han simulado el papel del padre protector, benefactor y vigilante de los derechos, cuando en realidad han desgarrado naciones enteras y han creado regímenes sangrientos en donde el poder se ejerce arbitrariamente.

Es por lo anterior, que consideramos pertinente hacer una revisión histórica de los antecedentes del fenómeno de las dictaduras de forma general, más amplia que lo específicamente latinoamericano, que nos permita explorar de qué forma ha surgido lo que hoy conocemos como regímenes dictatoriales pero sin perder nunca de vista el objeto de nuestra tesis. Además de estudiar el alcance histórico del tema del que nos ocuparemos, nos interesa en esta primera parte establecer algunos términos a los que nos referiremos a lo largo de nuestra investigación.

1.2 Antecedentes históricos: La conquista española y el modelo político

El concepto político del patriarcalismo aparece en el siglo XVII en Inglaterra durante la época de los Estuardos para explicar la compleja relación que existía entre el monarca y sus súbditos. De acuerdo con Gordon Schochet:

By the end of the seventeenth century, we encounter arguments to the effect that as such social relationships as those between parents and children, wives and husbands and masters and servants are reciprocal and even contractual, so must the political relationship between ruler and subject rest upon a contract (xv).

Y añade el autor, que dicha relación es la misma que existe entre un padre y sus hijos; es decir, tiene un poder absoluto y además arbitrario. Si bien la acepción política del término aparece en el siglo XVII, la social es ampliamente conocida y podríamos decir que casi está presente en todas las culturas. Es así como el patriarca, es en una sociedad, el hombre más respetado no sólo por su edad sino también por su sabiduría. En general, se tiende a asociar al patriarca con el jefe de una familia, sin importar si esa familia se extiende a una sociedad, por ejemplo.

De otro lado, también queremos profundizar en el significado del término “caudillo” y sus implicaciones políticas, económicas y sociales pues consideramos que esta figura, es en gran parte, uno de los referentes más claros a partir del cual surge el fenómeno de los dictadores en América Latina. El término viene de la palabra latina *capitellum* que significaba cabeza pequeña o cabecilla y se empleaba con referencia a líderes militares que, encomendados por el emperador romano, se dirigían –o ya estaban– en lugares apartados del imperio. En Latinoamérica el significado del término adquiere una nueva dimensión ya que ciertas circunstancias especiales permitieron a aquellos hombres, que en su mayoría eran “conquistadores, adelantados o capitanes-generales españoles convertirse en una suerte de caudillos semi-independientes” (Fernández Durán 86). Teniendo en cuenta la distancia temporal que existe entre la figura de los caudillos del Imperio romano y aquellos que surgieron a partir de la conquista de América, podemos afirmar que las condiciones que se dieron en América Latina difieren de aquellas a las que debían atenerse los “caudillos” que eran comandados por el César. Hay que tener en cuenta que podemos hablar de “caudillos” en la Península Ibérica ya que el territorio que hoy conocemos como España hacía parte del Imperio Romano. Pero

debemos tener en consideración que, mientras que los caudillos de la Península Ibérica dependían del poder central de Imperio Romano para poder ejercer su gobierno, los que siglos más tarde vinieron a América encontraron un territorio especialmente fértil en el que poco a poco su poder fue aumentando. Al encontrarse el poder central en España y teniendo en cuenta que la posibilidad de una comunicación directa entre los conquistadores y posteriores colonizadores y la corona era mínima, los primeros empezaron a operar de forma casi independiente y debido a lo anterior tenían bajo su mando único muchos territorios y por ende, muchos pobladores. De otra parte, debemos tener en cuenta que así como hemos establecido un paralelo entre los conquistadores españoles y los caudillos de la época del Imperio Romano, debemos tener en cuenta que los primeros encontraron en América figuras análogas. Nos referimos a los caciques, quienes además de ser un referente masculino de poder en el mundo indígena, ejercían éste de forma más o menos arbitraria. Pero los conquistadores rápidamente encontraron en estas figuras un obstáculo que, si bien parecía interponerse en el proceso de conquista, lograron dominar rápidamente. Los conquistadores sabían que parte del éxito de la conquista y posterior colonización radicaba en el número de pobladores a los que pudieran someter, de modo que “en la América colonial el término caudillo – cuyo significado ya encontraba paralelos en el término caribeño «cacique»-, necesariamente se amplió para significar «cacique de caciques», o líder de caciques” (Fernández Durán 86). De modo que es posible pensar que así como el término “caudillo” alcanzó una nueva dimensión al entrar en contacto con la realidad de América Latina en la época de conquista y posterior colonia, el término “cacique”¹ paralelamente adquiere una nueva

¹ Recordemos que “Cacique” es una palabra de origen Caribe que se utilizaba para

connotación en el imaginario indígena americano. Si bien, el ser cacique ya implicaba el ejercicio de un poder, casi siempre patriarcal, y en la mayoría de los casos, arbitrario, con la inclusión de los caudillos españoles en el sistema social de los pueblos indígenas, el ser cacique fue adquiriendo, además, características como la violencia y la explotación, propias de la figura del caudillo.

No obstante, es importante resaltar que la figura del caudillo como tal, más bien aparece como un fenómeno pos independencia, cuando encontramos que la agitada situación de las nacientes naciones latinoamericanas genera una ola de violencia y desorden del cual resultarán “los llamados «caudillos bárbaros» - caudillos regionales como Facundo Quiroga- y, más tarde, en los primeros dictadores latinoamericanos, como Juan Manuel de Rosas” (87). El caso de Juan Manuel de Rosas adquiere una importancia relevante en el contexto de las dictaduras latinoamericanas ya que es a través su campaña en contra de los caudillos regionales que logra darle cierta unidad a Argentina. Es así como por medio de la lucha en contra de estos caudillos, Rosas derrota a Facundo Quiroga e incorpora al resto del país las siete provincias sobre las que Quiroga tenía dominio. Esto quiere decir que “la lucha entre unionistas y federalistas terminó cuando los dictadores-caudillos nacionales lograron formar ejércitos profesionales capaces de controlar o someter a los caudillos regionales” (87). Es interesante la forma en que este proceso de transición entre la figura del caudillo y la del dictador aparece descrita en palabras de Sarmiento:

Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso corazón helado, espíritu

designar a las autoridades indígenas durante la Colonia.

calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo (17-18)

El caso de este personaje, que rápidamente pasó de ser un caudillo a un dictador, es uno de los más controvertidos en los libros de historia puesto que las opiniones con respecto a su gobierno están divididas. Tal y como lo describe Sarmiento, fue un hombre que la mayor parte de su vida mostró desdén por cualquier actividad intelectual hasta tal punto que durante su gobierno prohibió los manuales de buena conducta. Sumado a esto, siempre se caracterizó por regir con un autoritarismo implacable en el cual no había ningún tipo de conciliación. De ser un terrateniente regional incursionó en el mundo de la política bonaerense desde la cual asumió el poder absoluto por casi dos décadas tratando de sacar al país del caos en el que estaba sumido luego de las guerras de independencia. Sin embargo, los historiadores no se han puesto de acuerdo sobre cuál es su lugar:

Su autoritarismo y su conservadurismo, sumados a su poca o ninguna inclinación por las letras y el mundo intelectual, hicieron que los primeros historiadores trataran de minimizar si no de borrar, su presencia en la historia patria (...) Pero al mismo tiempo, los conservadores ven en él a un símbolo de buen gobierno, y la encarnación de la nación argentina, pues al imponer el orden en medio del caos heredado de la independencia en 1810, hizo viable el país moderno (Sáenz 74).

El caso del dictador argentino nos permite observar la forma en que muchos caudillos regionales se abren paso en el ámbito político para convertirse en dictadores. No es curioso el hecho de que haya un cierto paralelismo entre el ejercicio del poder que tiene, en este caso en concreto Rosas en sus funciones de terrateniente, y la forma en la que por todo el tiempo que fue validado su gobierno dictatorial manejó a Argentina.

Podemos observar que una de las características principales es el poder ilimitado que adquieren los dictadores una vez que se encuentran en el poder. Y es precisamente la adquisición de ese poder lo que estudiaremos a continuación.

La historia de las dictaduras nos exige revisar la forma en que ésta estaba estipulada en las leyes romanas. En la antigua Roma “la dictadura era una magistratura convocada de acuerdo a la constitución del Estado cuando era necesario afrontar una situación excepcional específica que no podía ser resuelta dentro del marco constitucional – una invasión, por ejemplo-, o para defender la misma Constitución” (Fernández Durán 88). Queremos concentrarnos en dos cosas con respecto a estos poderes que se le concedían a un solo hombre. En primer lugar, la dictadura sólo ocurría en un caso particular cuando sucedía algo fuera de lo común y ésta era validada dentro de un marco constitucional, es decir, era avalada por las legislaturas en donde estaba contemplada esta magistratura, como refiere Fernández Durán. En segundo lugar, este estado de excepción ocurría por un período definido y limitado de tiempo, en los casos más extremos se concedían seis meses al término de los cuales un hombre, quien generalmente era una figura sobresaliente del ejército, tomaba el poder absoluto con el fin de resolver un problema en particular. Con respecto a quién le eran concedidos estos poderes especiales, queremos subrayar que a pesar de las diferencias que podemos encontrar entre este estado de excepción del Imperio romano y las dictaduras modernas –especialmente las de América Latina- existe un elemento en común: en la antigua Roma el poder le era concedido a una figura militar que estaba al mando del gobierno. De modo que desde aquella época podemos trazar la forma en que el poder militar y el político se unen en una única figura.

A pesar de que el hecho anteriormente mencionado es de suma importancia en la historia de las dictaduras de América Latina, queremos concentrarnos en el hecho señalado por Fernández Durán: el corto período durante el cual se declaraba constitucionalmente la dictadura y el fin que ésta tenía. Es decir, no había ningún interés en perpetuar este estado de excepción de modo que esta forma de dictadura del imperio Romano debía cesar al cabo del plazo establecido. A lo anterior, añade Alain Rouquié en su artículo “Dictadores, militares y legitimidad en América Latina”, publicado en 1986, de acuerdo con la aproximación que Montesquieu hace a propósito del tema que “La dictadura se da pues en conformidad con la constitución del Estado: no la viola sino que es establecida para salvarla” (1). Si tomamos el ejemplo de las *dictaduras* romanas tendríamos que asumir que de hecho, si éstas consisten en un estado de excepción, cuando éstas no aparecen en el ámbito político debería haber un estado de “no excepción”. Y si además aceptamos que estos períodos constituyen una ruptura de una cierta normalidad, a la cual nos referiremos como “norma”, implícitamente estamos argumentando que, dejando de lado la naturaleza o el origen de este estado excepción, existe una continuidad democrática clara y establecida. Pero el caso romano no nos ayuda a comprender las dictaduras contemporáneas latinoamericanas por dos razones; la primera, debido a que las dictaduras no aparecen como solución para resolver un problema en particular, como ocurre en el caso del Imperio romano. En segundo lugar, y éste es el aspecto que más genera debate, es debido a que en América Latina, dicha normalidad constitucional que encontramos en el Imperio, simplemente no existe.

En oposición a la legitimidad que implicaba la dictadura en el imperio romano, en la historia contemporánea, la opinión generalizada acerca de las dictaduras es negativa y

en ninguno de los casos se la ve como un “estado de excepción” que legitime de ninguna forma una norma constitucional. Por el contrario, hay una tendencia generalizada al respecto que apoya los derechos civiles y a las libertades en general. Pero entonces, cabe preguntarse por qué, a pesar de que las dictaduras en general son mal vistas precisamente por ilegítimas y por tomarse el poder de forma ilimitada y no restringida, son un fenómeno tan común en América Latina que siempre ha contado con muchos adeptos – cuyos intereses se ven beneficiados por la dictadura- y que ha ocurrido de forma regular en algunos países latinoamericanos, especialmente durante el siglo XX.

Por lo anterior y debido a que cada régimen dictatorial presenta rasgos que dentro de una situación general son especiales y tienen relación directa con las características políticas de un cierto territorio, debemos proponer como hipótesis de trabajo, que un régimen dictatorial debe ser comprendido dentro de un marco político e histórico preciso a partir del cual se analizarán los detalles y la forma en que opera este fenómeno político. No debemos dejar de lado tampoco, el hecho que América Latina no es un caso particular dentro de la realidad política mundial pues en otros continentes también ha habido y siguen existiendo regímenes dictatoriales. Si tenemos presente que la definición que tenía el Imperio romano de la dictadura es sustancialmente diferente de la contemporánea, vamos a optar por la definición que aporta Rouquié a propósito de la misma “Llamaremos pues dictadura a un régimen de excepción que, por circunstancias particulares, se ejerce sin control” (1). Lo anterior implica, por supuesto, que el poder de quienes gobiernan es ilimitado y se ejerce de la misma forma sobre quienes son gobernados de modo que “en términos constitucionales, las garantías fundamentales se

hallan abolidas” (1). Debemos precisar, entonces, que se trata de un poder descontrolado que reside en un solo hombre, un grupo político, o incluso una clase social.

Si nos concentramos en el hecho que las dictaduras contemporáneas son “un estado de excepción” o una “ruptura de la norma” sólo podemos aceptar esa premisa si damos por hecho que existe una normalidad o un estado constitucional en el cual, las garantías que viola la dictadura, sí están garantizadas para todos los ciudadanos. Por ende, sería muy fácil identificar rasgos de un régimen dictatorial en estados cuya tradición está marcada por gobiernos que a través del tiempo se hayan distinguido por la defensa de las garantías constitucionales y aún más importante que sean gobiernos legítimos “La dictadura supone entonces una normalidad constitucional, sino liberal, que viene a interrumpir o violar – o por lo menos supone un consenso normativo en el cual se inscribe-. Por lo tanto el problema de la dictadura es completamente inseparable del de la legitimidad (1). Este no es el caso, pues, de América Latina en donde no es posible establecer una normalidad, como la llama Rouquié, sino más bien encontramos una sucesión de sistemas políticos que carecen de una legitimidad única y establecida. Se trataría de un conjunto de estados en los cuales el sistema de valores políticos carece de un orden claro y establecido, por un lado. Por otro, encontramos que la constitucionalidad carece de bases sólidas y permanentes, e incluso se detecta la existencia de una constitución que resulta obsoleta en algunos casos bien sea porque es inadecuada o porque su funcionalidad no se adecua a las exigencias de la época.

Si lo planteamos siguiendo la línea de análisis que propone Rouquié, podemos decir que la imposibilidad de establecer esa normalidad en América Latina se debe, precisamente, a que no podemos definir con claridad el paradigma de la legitimidad entre

un gobierno y otro. Es decir, no podemos afirmar con certeza por qué un régimen dictatorial es menos legítimo que su antecesor porque “no siempre es evidente que una dictadura dada sea más ilegítima que el poder «normal» al que sustituye, por los menos a los ojos de una proporción grande de los actores” (1). Es debido a lo anterior que debemos estudiar cómo podemos establecer la legitimidad en América Latina y de esta forma establecer de qué forma una dictadura podría ser comprendida como esa “ruptura de la normalidad”.

En primer lugar, debemos establecer que la falta de legitimidad en el panorama político latinoamericano no es algo inherente a los siglos XIX, XX, es decir al período a partir del cual empiezan a constituirse y a desarrollarse las naciones en el marco de diversos proyectos institucionales. Aunque en muchas ocasiones estudiar la relación entre la realidad contemporánea de América Latina a la luz de los hechos históricos sucedidos durante la conquista y posterior colonia por parte de la corona española sea tildada de evasiva –en tanto se trata de culpar a la empresa conquistadora del viejo mundo por nuestros problemas actuales- en este caso debemos revisar de qué forma la norma de la ilegitimidad tiene sus raíces en ese período. De acuerdo con Horowitz “The maintenance of political illegitimacy has deep roots in the colonial history of Latin America” (8). El autor sostiene que dentro de la estructura política y legal española el rey tenía poder incluso sobre las autoridades legales. Y añade que lo más curioso es que “This formula also involved acceptance rather than an imposition” (8). Lo anterior implica que el hecho que la corona española tuviera una posición por encima de la ley estaba concebido a su vez como una fórmula política: se aceptaba que la corona fuera la autoridad máxima en lugar de combatir este supuesto con violencia. Vemos, pues, que el panorama

anteriormente descrito es un rasgo de esa ilegitimidad que con el paso del tiempo y sufriendo diversos cambios se desarrolló e instaló en América Latina. Además, hay que añadir que en aquella época no se consideraba factible la separación del poder judicial del político por lo que el poder del rey era el único que se tenía en consideración.

Pero, si bien es cierto que la corona española tuviera una posición privilegiada que de alguna forma la exceptuaba de la ley y su poder era aceptado como la autoridad máxima, no podemos desconocer que también hubo numerosos textos en los que se detallaba minuciosamente la organización del poder que iba desde Su Majestad hasta el más remoto de los cabildos (Moreno 308). Una de estas colecciones de textos era precisamente la *Recopilación de las Leyes de los Reynos de las Indias* que se escribió por orden del rey Carlos II de España en 1681. El problema, radicaba en que su estructura teórica no se ejercía en la práctica por lo cual, las leyes que allí se estipulaban nunca llegaron a aplicarse en la realidad ni se incorporaron a la mentalidad política colonial de la época. Es por lo anterior que cualquier acercamiento de tipo legal que podamos hacer a aquel manuscrito no nos ayudará a comprender en realidad cómo funcionaba ni cuáles fueron las intenciones de la corona española cuando mandó redactarlo. Lo que podríamos decir, es que dicho manuscrito puede darnos una idea general de cómo debería haber funcionado la sociedad colonial si todo lo que allí estaba estipulado se hubiera seguido y cumplido.

Horowitz no es el único que argumenta que en buena parte, al menos, las circunstancias políticas y las prácticas abusivas del poder, que luego derivarán en la ilegitimidad, tienen su origen mucho más allá del caos generado por el período de la pos independencia americana. Frank Jay Moreno afirma con respecto a lo anterior “The

failure of Spanish law to reflect actual behavior is not unique to Spain nor to Spanish colonial legislation” (308). Es evidente que estos fracasos, a los que se refiere Moreno, para reflejar en la práctica lo que ha sido concebido en la teoría no son un privilegio de la empresa conquistadora y colonialista de la corona española. Si bien las diferencias entre lo que dicta la ley y lo que realmente ocurre en una sociedad pueden rastrearse en muchos casos y muchos países diferentes, en este caso consideramos pertinente estudiar las relaciones que existen entre la ley como parte de un aparato conceptual y la ley como hecho real en las colonias españolas en América. De este modo, podemos comprender de una forma más clara por qué la herencia política que España dejó en América tuvo en su época repercusiones notorias y, a largo plazo, consecuencias que marcaron el desarrollo político y social de las colonias.

Para Moreno, los fundamentos de la organización política de la Península Ibérica y sobre todo, la aparente incompatibilidad que hay entre la ley como teoría y su ejercicio como práctica en la sociedad, radica en gran parte en la influencia romana que tuvieron los reinos españoles “The influence of other factors notwithstanding, the principles of Roman thinking found fértiles grounds in the Iberian peninsula” (308). Vemos entonces, que asistimos a un juego de espejos: así como el pensamiento romano encontró un terreno propicio para extender su pensamiento en la Península Ibérica, luego de la conquista de América por parte de la corona española en el siglo XV, América se convirtió en el receptáculo de su influencia. La cuestión importante, y creemos que es eso lo que pretende subrayar Moreno, es el proceso de deformaciones sucesivas producto de las cuales, es en parte, ese laberinto que América Latina supone a la hora de estudiar su historia política y social.

Nos interesa particularmente del análisis que hace Moreno, el papel que juega la ley, elemento que de nuevo nos exige revisar la influencia romana que tuvo la Península. Para los romanos, por encima de todo, la ley era la interpretación moral que podíamos hacer de la vida, un intento para definir aquellos objetivos éticos por los que la comunidad política debía luchar por alcanzar². Lo anterior quiere decir que la ley, se convirtió en una guía que, aunque estuviera basada únicamente en razonamientos abstractos, proponía cómo debería comportarse la gente. Aunque estamos de acuerdo con el argumento de Moreno, acerca del carácter abstracto de la ley y la falta de coherencia entre lo que debía ser y lo que realmente era, no podemos afirmar que la herencia romana, en cuanto a leyes se refiere, haya sido un mero intento que no llegó nunca a condensarse pues recordemos que son muchos los países, que hasta hoy toman como base el derecho romano.

Con el paso a la cristiandad en el imperio romano, la iglesia asumió la tarea de establecer las normas morales bajo las cuales se debían regir los hombres, así que dichos textos romanos de que filósofos y pensadores habían escrito a propósito de la conducta del hombre bajo principios morales, casi fueron vaciados de su carácter legal que rápidamente fue reemplazado astutamente por los sabios de la iglesia por principios de naturaleza espiritual. Es decir, los textos legales empezaron a ser un instrumento más para difundir la teología de la iglesia cristiana establecida en el imperio romano. Es interesante observar de qué forma, la iglesia emprendió un proyecto casi parasitario al apoderarse de los textos legales y acomodarlos a su conveniencia. Decimos parasitario

² Law, for Romans, above everything else was a moral interpretation of life – an attempt to define those ethical goals which the political community should strive to achieve (309).

porque la forma en que empezaron a expandir la teología cristiana a través de ellos fue tan eficaz que de un momento para otro “The main objective of man, and thus the primary objective of his political life, was his spiritual salvation. The fundamental purpose of the law was that of providing the basis for good conduct – as defined in theological terms” (309). Asistimos pues, a la conjunción de la sociedad civil con la iglesia en la que el hombre no debe bogar por respetar los principios éticos sino los morales que en última medida lo conducirán a la salvación eterna. De modo que esas ideas de los juristas y filósofos del imperio romano se vieron rápidamente traducidas en la terminología cristiana que determinó la concepción española de la ley de la política (309). La tradición religiosa y la fuerza que fue adquiriendo a lo largo de Europa, específicamente dentro de la Península Ibérica, determinó que de ese momento en adelante los principios espirituales, es decir la moral que se impartía, iban a ser las verdaderas fuentes y los fundamentos de ley. Y tomaría mucho tiempo, desligar esa unión que se existió entre la sociedad civil y la Iglesia y que causó numerosos conflictos a través de los siglos.

Una vez iniciado el proceso de conquista y posterior colonia de los territorios sobre los que la corona española empezó a regir, el conflicto entre lo que debería ser la ley civil y la ley moral se convirtieron de inmediato en el foco de una controversia entre juristas y teólogos. El debate giraba en torno a qué principios serían los que iban a regir en las colonias “It was apparently inconceivable for the monarch to have based colonial legislation on pragmatic grounds” (309). Por petición de la corona española, se reunió a los que se creía mejor calificados para decidir qué tipo de legislación se impondría de modo que tanto teólogos como juristas tuvieron parte en estas decisiones. Evidentemente

estas reflexiones bipartitas resultaron en algo doblemente inútil. Es decir, las leyes que entre teólogos y juristas entregaron a la corona consistían en algo, que de acuerdo con Moreno eran “beautifully humanistic and wholly impracticable” (309). Es decir, que ninguna de las dos posturas frente al tema fue un aporte relevante para solucionar el cómo gobernar en las recién fundadas colonias. Es por lo anterior que dichas leyes, que no estaban de acuerdo con el contexto en el que se iban a aplicar, empezaron a ser violadas. Podemos decir que, a pesar de que dichas leyes fueran incompatibles con la realidad americana, podrían haber sido ejecutadas gracias a un poder coercitivo por parte de la corona española. Pero, dada la magnitud de la empresa colonialista y los impedimentos propios de la distancia geográfica que había entre las colonias y la corona, hacer cumplir dichas leyes al pie de la letra fue imposible.

Las leyes que se debían imponer en las colonias estaban orientadas en dos sentidos, el de lo éticamente correcto y el de lo espiritualmente puro (310). Además, indicaban, y en ese sentido eran una especie de manual, cómo debían comportarse los súbditos que le eran leales a la corona española. Pero desde el principio estas leyes empezaron a desobedecerse y a violarse constantemente “The usual thing was that royal decrees would be ignored, not only by the Indians, whom the interpreters would notify, but also by the officials themselves. This way of compiling with the law has never ceased to be practiced among the people of Hispanic America who so precociously learned it” (Terán, citado por Moreno 311). Este desobedecimiento de las normas por parte de todos fue una constante desde el principio de la colonización de territorios americanos. A pesar de que el rey fuera la autoridad que todos debían aceptar, es imposible pensar que incluso los colonizados pudieran acatar las leyes que si, por una parte, les fueron completamente

impuestas de un día para otro, por otra, ni siquiera comprendían porque estaban escritas en una lengua desconocida y pertenecían a un orden social que les era ajeno.

Para comprender un poco mejor el rol del monarca dentro del marco legal de la corona española debemos, de nuevo, remitirnos a la herencia romana que aparece como la base y sustento político en muchos casos. La noción que los españoles tenían de la ley, en su ámbito moral y dogmático, se puede interpretar mucho mejor a la luz del papel que desempeñaba el príncipe. En la Roma cristiana, la figura del príncipe tenía varias funciones pero todas ellas estaban estrechamente ligadas con la Iglesia “If the aim of the community, as embodied in the law, were to fulfill an ethical principle or to perform a spiritual mission, there arose a need for someone to clarify the scope of the principle or to provide leadership for the mission” (311). Esa persona, precisamente era el monarca, quien, además, debía explicar – y en este sentido cumple el papel de un traductor- las normas que estaban derivadas de principios dogmáticos. Es decir, el príncipe debía explicar ese dogma en términos de comportamiento de sus súbditos. Debía ser capaz de explicar los preceptos religiosos de modo que los ciudadanos los acataran. Se genera entonces, un juego de relaciones de tipo legal-religioso en que el podemos distinguir, al menos tres elementos. En primer lugar, el *officium* (311) del gobernante era conducir al pueblo en pos de alcanzar ciertos fines éticos; en segunda instancia, los teóricos eran los encargados de investigar el funcionamiento de los principios de La Ley Natural y la Fe Cristiana (311); y, por último, la tarea del gobernante era precisamente implementar esos principios que habían sido estudiados por los teóricos y darles forma de leyes. Del enrocamiento de estos tres elementos surgía, lo que Mario Góngora llama “la potestad del príncipe” (Citado por Moreno 311). Pero los sabios de la Iglesia fueron extremadamente

cuidadosos y tanto en sus escritos como en los consejos que sostenían con el príncipe o emperador, se aseguraban de dejar en claro que la Iglesia no tenía ningún poder sobre la soberanía terrenal del anterior. La sutilidad de la función de la Iglesia en cuanto a su influencia sobre las decisiones del monarca está precisamente en que los escritores cristianos cumplían una doble función ya que si, por una parte guiaban al monarca por los principios morales y espirituales, por otra, le proveían consejo sobre cómo debía actuar de acuerdo con los principios anteriormente mencionados.

Pero dependía del monarca completamente hacer las leyes y gobernar de acuerdo con ellas (311). Añade Moreno que, además, así como el *praetor*³ en el Imperio Romano, el monarca también ostentaba una posición que se encontraba por encima de la ley. Era su función determinar, siempre en nombre de la cristiandad, las leyes que gobernaban la tierra. La relación que hemos descrito entre la cristiandad y el gobierno civil es interesante pues a pesar de los esfuerzos de los consejeros del monarca de parte de la iglesia por afirmar que el poder del monarca era irrefutable, éste no actuaba de acuerdo con lo que dictaba el sentido legal de las normas; más bien, adecuaba sus decisiones al sentido ético y moral de las mismas, siempre que dichas normas estuvieran en consonancia con los principios establecidos por el dogma cristiano.

Además, no hay que olvidar que a pesar de que los reinos, en este caso el español, fueron consolidándose y por ende, sus normas, en todos los territorios que quedaron bajo su dominación, algunas pequeñas porciones de tierra junto con sus habitantes, tenían sus propias leyes que habían sido heredadas por generaciones y que, si las vemos de otro modo, son de hecho las costumbres inherentes a los habitantes de un territorio

³ Magistrado romano que ejercía control en Roma o en las provincias.

determinado. Conforme el monarca se constituía como la autoridad máxima, las comunidades afincadas en sus territorios y que funcionaban con sistemas legislativos diferentes, en un sentido tradicional, tuvieron que someterse a la voluntad y a las leyes del monarca. Era imposible pensar que las costumbres de unos pueblos, su forma de autogobernarse pudiera ser un sistema alternativo al de la corona. De modo que dichas costumbres, que de hecho eran consideradas de menor valor espiritual y moral y por supuesto, legal, perdieron valor frente a lo que mandaba el monarca.

De otro lado, hay que resaltar que el papel del príncipe como legislador estaba validado, en gran parte, ya que se desarrolló un mecanismo por medio del cual el gobernante estaba investido de un poder tanto legal como político (312). Pero no hay que olvidar que esta doble investidura estaba influenciada por el deber que tenía de comportarse de acuerdo con los principios cristianos. Sus leyes debían reflejar esos principios y él debía actuar en concordancia a los mismos “As the maker of the law, the king was to be honest and impartial and have only the interest of the kingdom in mind” (312). Se podría pensar que la constante influencia de la Iglesia sobre el modo en que el monarca debía gobernar era más bien un tipo de restricción. Pero, precisamente por actuar en nombre de los principios cristianos de la justicia y de la igualdad, estandarte que siempre trató de defender la Iglesia, su autoridad debía ser respetada y los súbditos le debían completa obediencia. No obstante, es necesario resaltar que dicha obediencia no se manifestaba hacia la persona del monarca, es decir hacia él como hombre, sino más bien hacia su oficio o *magisterium*, como lo menciona Deleito y Piñuela en *El declinar de la monarquía española* (1955).

De esta manera, el monarca cumplía una doble función dentro de la sociedad; al mismo tiempo que oficiaba su *magisterium* era un individuo más en el reino. Es decir, que dadas las responsabilidades que le habían sido otorgadas, su majestad no abusaría de las mismas, sino que por el contrario sabría disponer de las mismas en concordancia con lo que estaba estipulado “In other words, the king was supposed to act in two different legal and political capacities without mixing them or letting one influence the action of the other” (312). En su vida privada el rey, como cualquiera de sus súbditos, estaba sujeto a la ley que él como personaje público, no solo había establecido sino que debía hacer cumplir. Sin embargo, este escenario, como casi siempre ocurre, debía llevarse a cabo en términos ideales pero en la práctica no funcionó. Podemos aducir que lo anterior ocurrió principalmente porque, a pesar de que el monarca debía ser el primero en cumplir las leyes establecidas, en algunos casos, aquel que hace las leyes casi nunca está sujeto a ellas, y por lo mismo, ante cualquier ley lo que prevalece es su poder absoluto. De otro lado, no podemos olvidar que el elemento católico que se encuentra detrás del poder absoluto del rey juega un papel decisivo. El monarca, al ser un gobernante católico, lo que hace en realidad y asegurarse de que la “ley divina” se cumpla en la tierra y dicha potestad es irrefutable y por tanto, así como él gobierna en nombre de dios únicamente puede ser juzgado por la justicia divina. De este modo, las leyes civiles, las terrenales, por llamarlas de alguna forma, no se aplican sobre el monarca lo cual, evidentemente, lo sitúa en una posición privilegiada.

Ahora el monarca se encuentra por encima de la ley y ya no está sujeto a ella. Recae sobre él poder absoluto al que todos deben obediencia siempre y cuando, como hemos explicado anteriormente, el monarca obedeciera lo dictado por la Iglesia y se

guiara por su sistema de valores. De lo contrario, el Papa tenía la potestad de excomulgar al monarca y por ende, desposeerlo de su poder temporal. En este sentido, las observaciones que hace Habermas en “¿Cómo es posible la legitimidad por vía de la legalidad?” al respecto del papel del monarca en relación con el sistema jurídico son muy pertinentes “La pieza nuclear de ese sistema jurídico la constituye el derecho burocrático, «puesto» por el rey o emperador (quien es al mismo tiempo el juez supremo) en concordancia con aquellas tradiciones del derecho sacro (22). Habermas menciona el derecho sacro ya que nos encontramos frente a un sistema jurídico en el cual participan por igual sabios en derecho y teología. Esta unión se mantuvo por mucho tiempo y fue de suma importancia tanto así que el monarca debía actuar en concordancia con un sentido ético y moral provisto por los sabios de la Iglesia. Además, comenta Habermas que “En el Medioevo europeo, las cosas eran algo distintas, por cuanto que el Derecho Canónico de la Iglesia católica significó el mantenimiento ininterrumpido de la elevada técnica jurídica y conceptual del Derecho Romano *clásico*” (22). El autor, hace una oposición entre el funcionamiento del Derecho en nuestras sociedades actuales y las de la Edad Media, en donde, como hemos mencionado anteriormente, la influencia de la Iglesia Católica era innegable en la forma en que debían gobernar los monarcas dentro de lo que Habermas denomina como *derecho profano*.

El *derecho profano* en oposición al *derecho sacro* aparece en el análisis de Habermas como un elemento crucial en el desarrollo de los sistemas jurídicos. Por una parte, podemos decir que los dos derechos fueron separándose gradualmente hasta convertirse en dos elementos específicos dentro del marco constitucional de la mayoría de los países. Pero de otro lado, no podemos, en el Medioevo europeo, desvincular las

dos ramificaciones ya que convergen irremediabilmente en el papel que juega el monarca “Este derecho divino o natural no está a disposición del príncipe, sino que representa más bien el marco legitimador dentro del cual el príncipe, a través de sus funciones de administración de justicia y de «posición» (creación) burocrática del derecho, ejerce su dominio profano” (22). La dualidad que engendra el monarca es uno de los puntos fundamentales para comprender cómo gobernaba a partir de dos principios dentro de una sociedad civil que estaba altamente influenciada por la Iglesia Católica en cuanto el derecho natural, al que se refiere Habermas, debía regir en el reino a través del rey.

El reino de Castilla fue el primero en adoptar esa forma de poder absoluto que se le había concedido al monarca, de modo que el rey tenía en sus manos una nueva clase de legislación por medio de la cual podía gobernar a través de ordenanzas o decretos. Tal fue el alcance concedido al monarca que las leyes que él promulgaba eran “at first by means of Parliamentary ratification and later despite the complaints of Parliament” (Góngora citado por Moreno 313). Podemos observar que a pesar de que hubiera un cuerpo parlamentario, el ejecutor final de las leyes era el monarca de modo que no había mediación entre su poder y la magnitud del mismo. La monarquía del reino de Castilla, entre otras cosas, comenzó a hacer todo tipo de reformas para que la autoridad del monarca fuera indiscutible. Por ejemplo, creó una nueva forma de legislación legal y civil, comenzó a intervenir activamente en conflictos que ocurrieran al interior de la Iglesia, así como conformó el principio dinástico. Para el siglo XIII, el control absoluto que ejercía el rey estaba afincado en el reino de Castilla y sólo fue cuestión de tiempo el que este principio de poder absoluto se extendiera a los demás reinos de modo que para el siglo XV cuando empezó el proyecto colonizador en América, el monarca tenía control

absoluto sobre las cuestiones políticas españolas, sin mencionar, por supuesto, el poder del que gozaba en términos económicos.

Cuando consideramos la forma en que estaba estructurado el poder en los reinos que estaban bajo el control de la corona española, podemos comprender por qué desde un principio la empresa colonizadora en América tuvo tan malos resultados en el ejercicio de las leyes. La dualidad que implicaba la figura del rey, como lo hemos mencionado anteriormente, se trasladó a territorio americano donde dicho conflicto que suponía el que el rey no estuviera sujeto a la ley se vio replicado en la forma en que se gobernaron las colonias desde un principio. En teoría, de acuerdo con la legislación que se había dispuesto para las colonias, la organización legal debía seguir un modelo de pirámide en el cual se encontraba el rey en la cúspide. De acuerdo con este modelo, que jamás entró en funcionamiento como lo veremos más adelante, los súbditos – que formaban la base de la pirámide- debían remitir sus peticiones, por ejemplo, a quienes se encontraran en el estrato inmediatamente superior y así sucesivamente. El modelo de la pirámide fracasó en la práctica ya que “A vertical chain of command was established which would run from the king to the last colonial official... The king, in his paternalistic role of moderating power, was able to communicate with everyone directly in complete disregard of the pyramidal organization prescribed by the legislation” (Moreno 316). La forma en que funcionaban las relaciones entre el rey y sus oficiales se puede comparar más bien a la de una circunferencia en el centro de la cual está el rey y en la que todos los radios provienen del mismo (Zorraquín 57). Gracias a esta estructura, cualquier institución o individuo podía comunicarse directamente con la corona española, siempre y cuando se

invocara la religión o la justicia como forma de apelación⁴. Es evidente, gracias a este recurso, que ningún individuo sintiera necesidad –respetando así la estructura piramidal- de obedecer a su superior inmediato en el caso que hubiera desavenencias entre las dos partes. De este modo, fue el mismo rey quien provocó que la estructura jerárquica del poder, así como los mecanismos legales y la legislación en sí fueran obsoletos. Este tal vez es uno de los puntos más críticos de la dualidad que reside en la figura del rey pues, por una parte, las leyes que él había promulgado se ignoran desde un primer momento; de otro lado, lo que se está afianzando es la concentración del poder absoluto en la figura del rey pues es la única instancia a la que se debe recurrir en cualquier caso y es él quien decide qué se debe hacer.

La omisión de la estructura jerárquica derivó en algo más complejo todavía. Moreno, lo define como la cláusula o el principio de “se acata pero no se cumple” (Moreno 317). La relación entre el rey y los oficiales, que hemos descrito anteriormente, permitió que los últimos pudieran desobedecer las leyes a pesar de la legislación. Esto quiere decir que si un oficial consideraba que una de las leyes era injusta en alguna manera, podía desobedecerla, en primera instancia y posteriormente apelar ante la corona. Lo interesante es que el proceso mediante el cual apelaban a la corona constituye más bien una forma de afirmar su lealtad a la misma ya que al dirigirse a ésta lo que hacían era invocar la mediación del rey y en otras palabras, afirmar su poder absoluto como soberano. Es esta situación la que Moreno denomina como “se acata pero no se cumple”. Una vez las leyes se desobedecían por parte de los oficiales, eran ellos mismos quienes recurrían a la “fuente” de la cual habían provenido las mismas de modo que el rey supiera

⁴ “Any colonial subjects or institutions desiring to approach the crown could do so as long as they would invoke religion or justice in their appeal” (Moreno 316).

que ellos, como súbditos, acudían a él y confiaban y apelaban a su juicio sobre la justicia. Moreno, compara este curioso hecho a la relación que podría haber entre un padre y sus hijos “ It was as if a father were to grant to his children the privilege of disobeying those of his orders which they thought unjust, promising them that once he was informed he would re-evaluate them in the name of love and justice” (317). De modo que los colonialistas, podían recurrir al rey porque veían en éste una figura comprensiva que entendería la situación y en últimas los favorecería. Esta curiosa figura implica, por una parte que la ley era completamente obsoleta y por otra, que el rey por este medio se procuraba la lealtad de los hombres a los que había enviado a las colonias americanas. Decimos lealtad, ya que al ser un rey permisivo y comprensivo, lo que hacía era premiar la desobediencia de sus súbditos permitiéndoles que recurrieran a él para dejar en sus manos el problema y por consiguiente evitaría a toda costa tener enemigos en tierras que significaban, económicamente, una gran fuente de riquezas “Furthermore, under such a system there was little opportunity for colonists to develop antagonistic feelings toward the monarch” (317). Lo anterior quiere decir que la Corona española, deliberadamente, reconocía explícitamente el derecho de los colonialistas a desobedecer una ley cuando estos últimos consideraban que la misma había sido injustamente establecida.

Es interesante ver cómo funciona este sistema de desobediencia de la ley porque en una primera instancia se creería que los colonialistas en realidad están contraviniendo la voluntad del rey, quien es el que ha establecido las leyes; cuando en realidad, ocurre todo lo contrario. Parece una jugada astuta por parte del monarca el permitir a sus súbditos – que además están a kilómetros de distancia y por consiguiente fuera de su alcance inmediato- el desobedecer la ley ya que se aseguraba de esta forma de una

posible rebelión en su contra. Al tener este tipo de libertad, los colonialistas eran perdonados por su desobediencia siempre y cuando cumplieran con sus deberes de lealtad hacia el monarca “The colonialists were allowed to do much of what they wanted at the seemingly price of periodically renewing their allegiance to the Crown” (317). Dicha institución – “se acata pero no se cumple”- no debe considerarse como el único rasgo “peculiar” de la empresa colonialista ya que hacía parte de un complejo sistema de la organización dispuesta por el rey. La reflexión, más bien, debe estar enfocada hacia la importancia y la eficacia, al menos por un período – para la empresa colonialista- que tuvo este sistema. Además, nos permite observar de nuevo la dualidad que encarnaba la legislación española, la doble visión sobre las leyes y la forma de gobernar. Y, no se puede pasar por alto, la comparación de Moreno en la que equipara al rey con el padre permisivo ya que es evidente que en el modelo circular que sustituyó al piramidal y que sirve para explicar cómo funcionaban las relaciones entre el rey y los súbditos, el primero juega un papel paternalista en relación con los colonialistas.

Pero, si por un lado, ese acceso directo al rey del que gozaban las instituciones les aseguraba la intervención del monarca en asuntos de las colonias, por otro, el poder de las autoridades que, en teoría, debían supervisar estas instituciones se obviaba causando grandes conflictos. El gobierno que se ejercía, y en este punto concordamos con John Lynch cuando afirma en *Spain under the Habsburgs*, “the method of government was personal monarchy exercised through centralized but not unified institutions” (47). Dada la falta de unificación entre las instituciones, cada una gobernaba según le pareciera y al no respetar a sus superiores inmediatos sino apelar directamente al rey, el gobierno

colonialista fue desde sus principios un proyecto que fracasaría en cuanto a términos administrativos se refiere.

Debido a lo anterior, los conflictos empezaron a proliferar por toda la colonia y las instituciones empezaron a rivalizar entre ellas “For example, the viceroy would give orders to the governor but the governor had usually been appointed by the king and would communicate directly with him” (57). Si el sistema no funcionaba y cada institución quería gobernar de acuerdo con sus criterios, la única forma de legitimar ese poder que tenían bajo su jurisdicción en las colonias era a través del rey, por ejemplo cuando apelaban a las leyes y recurrían a su juicio de modo que el monarca interviniera en su favor. En medio de estas apelaciones y actuando independientemente de las autoridades superiores, no es raro el que las distintas instituciones tuvieran continuos enfrentamientos unas con las otras. Entre las más importantes se encontraban, además de la Iglesia –que indiscutiblemente intervenía en cualquier disputa y que mantenía sus propios conflictos internos-, la *audiencia*, el *cabildo*, el virrey y los gobernadores. El papel de estos dos últimos es fundamental pues de acuerdo con Moreno, es su poder o su capacidad los que evitaban que hubiera tantos choques entre las demás instituciones “When a strong and able viceroy or governor was at the helm of the colonial government he could manage to make his will prevail, once this force was removed, the colonies would relapse into their characteristic institutional struggle” (319).

Dentro de las luchas que se vivían cada día entre las instituciones que funcionaban en las colonias es necesario resaltar el poder de contención que tenía la corona. Y decimos contención porque era esta en últimas la que mantenía adheridas todas las instituciones hasta tal punto que cuando había levantamientos de oficiales se escuchaba el

popular “¡Viva el Rey! ¡Muera el mal gobierno!” (319). Con respecto a esas exclamaciones, Moreno afirma que “Most historians and political analysts have overlooked the implications and meaning of these words” (319), argumentando que en realidad lo que clamaban los oficiales colonialistas era la prevalencia de esos privilegios que les eran otorgados mediante en esa relación directa con el rey. Además, a pesar de cualquier conflicto que mantuvieran con otros oficiales o instituciones, la “lealtad” a la corona siempre fue un factor que prevaleció en tanto acudían a ella para mediar en los conflictos en tierras americanas. Así que en las colonias desde un principio, podemos encontrar dos elementos clave que marcarían la historia de los recién colonizados territorios americanos y la relación que se estableció entre los nativos, los oficiales y la corona: la fidelidad al rey en tanto mecanismo interventor y permisivo y los conflictos internos entre instituciones que querían ejercer su jurisdicción a pesar del orden jerárquico que funcionaba en teoría pero nunca llegó a practicarse.

El ambicioso proyecto administrativo de la empresa colonialista nunca llegó a ponerse en práctica en territorios americanos y entre muchas razones, por el afán de la corona por no perder la lealtad de sus súbditos. Si tenemos en cuenta que dentro del mismo reino español había discordancias entre la ley escrita y la que se practicaba y lo que la dualidad encarnada en la figura del rey suponía, podemos comprender por qué fue tan difícil desde un principio delimitar el horizonte entre lo que estaba contemplado por la ley y lo que no lo estaba. El hecho que el monarca, quien era el que imponía las leyes y velaba por su ejecución, no estuviera sometido a ellas es un claro indicio por una parte, de la vulnerabilidad de las leyes como reglas por las que se rige una sociedad y por otro, del gran poder que llegó a ostentar la figura del rey. El mismo conflicto que se desarrolló

en la Península se trasladó a territorio americano en donde la estructura jerárquica y la organización en la que las instituciones debían estar bajo supervisión de otras instancias no se llevó a cabo y el fácil acceso a la intervención del rey acabó con cualquier posible intento de establecer un orden y unos conductos regulares por medio de los cuales los oficiales colonialistas debían actuar. El papel de la corona, a la que podemos tildar de débil en tanto permisiva, fue fundamental en la distribución del poder en territorios americanos pero a la vez causó que el proyecto político que debía llevarse a cabo fracasara. Los intereses de la corona, que dependía de la lealtad de sus súbditos, provocaron toda clase de conflictos entre las instituciones que se disputaban entre sí el dominio de las colonias. Pero lo que es aún más interesante es que estas disputas no llegaron a resolverse sino que fueron aumentando y se enraizaron en las nuevas colonias de modo que el caos generado por ellas pervivió hasta la época de la independencia de las naciones latinoamericanas. El panorama peninsular ayuda a esclarecer algunos aspectos políticos de los territorios americanos y nos ayudan a comprender por qué ha sido tan difícil establecer formas de gobierno sólidas, pese a que han pasado algunos siglos desde las primeras colonias, en ese desconocimiento de las leyes.

1.3 Habermas: Del príncipe al legislador moderno

La organización de las sociedades modernas, en cuanto a su constitución jurídica se refiere, expone una relación interesante con aquella que funcionaba en el Medioevo europeo. Como lo hemos mencionado en páginas anteriores, el Derecho estaba indiscutiblemente marcado por ese carácter sacro al que nos hemos referido en relación con los planteamientos que al respecto propone Habermas en su ensayo “¿Cómo es

posible la legitimidad por vía de la legalidad?”. Teniendo en cuenta dicho carácter podemos comprender por qué Habermas menciona que “Todo derecho recibe su modo de validez del origen divino de un derecho natural interpretado en términos cristianos. No puede crearse nuevo derecho si no es en nombre de la reforma o restauración del buen derecho antiguo” (23). Además, hace parte de esta discusión sobre el carácter sagrado del derecho, la dualidad que se encarna en el monarca al ser al mismo tiempo el vehiculador de las leyes divinas desde su posición meramente “profana” como la denomina Habermas. Nos encontramos entonces ante una tensión irremediable pero que al parecer, en el Medioevo se conservó sin causar mayores conflictos. Por un lado, el monarca “como juez supremo (...) está sometido al derecho sacro. Pues solo así puede y transmitirse la legitimidad de ese derecho al poder profano” (23). Es decir, que a pesar de que el carácter del derecho sea divino o, dicho en otras palabras, pertenezca ya no al orden mundano sino al natural, debe pasar por ese filtro “mundano” del príncipe pues es únicamente a través de él que puede regir en la tierra. Pero aún así ese carácter sacro debe permanecer intacto pues es gracias a él, que el príncipe es legitimado como legislador y autoridad. Pero de otro lado, “el príncipe que está situado en la cúspide de una administración organizada por cargos, hace también uso del derecho como un medio que otorga a sus mandatos, por ejemplo en forma de edictos, un carácter obligatorio para todos” (23). Ante este predicamento, el derecho sacro suscita continuas tensiones ya que al mismo tiempo es ley superior a cualquier ley humana pero solo puede expresarse y regir como tal por medio de la figura del príncipe lo cual resulta en un juego de poder peligroso. El príncipe, por ejemplo, no debería extralimitar su poder en nombre del derecho sacro pues es el derecho, como figura intangible, la única autoridad que se encuentra por encima de

él. Pero, el monarca al ser la cúspide de la pirámide social, se encuentra en una posición privilegiada de la cual, sin embargo, no debe abusar en ningún momento.

La tensión se resuelve, o al menos se entiende, si se mantiene un cierto equilibrio “Por este lado el derecho como medio del ejercicio del poder burocrático, sólo puede cumplir, empero, funciones de orden, mientras mantenga, por el otro, en forma de tradiciones jurídicas sacras, su carácter no instrumental, ese carácter que lo sitúa por encima del príncipe y que éste ha de respetar en su jurisprudencia” (23). La tensión se mantendría en armonía si se cumplen tres condiciones: en primer lugar, el monarca no debe aprovecharse del derecho sacro en beneficio propio; en segunda instancia, el derecho sacro es el que debe regir en la sociedad y todos lo obedecerán en su forma mundana, es decir los edictos reales; y en tercer lugar, el derecho sacro deberá permanecer siempre por encima del príncipe y de sus intereses personales, es decir que siempre va a estar al servicio de mantener el orden político.

Pero debemos considerar dos cuestiones fundamentales; la primera, nos aclara cómo sobrevivió la tensión encarnada en la figura del príncipe y la segunda, nos explica por qué esa tensión ya no es posible en las sociedades modernas. Habermas, explica la primera instancia a la que nos hemos referido “Esa tensión permanece oculta mientras no se ataque a los fundamentos sacros del derecho, y el pedestal que representa el derecho consuetudinario consagrado por la tradición se mantenga firmemente anclado en la práctica cotidiana” (23). Tenemos que considerar, entonces, varios aspectos. En primer lugar, las leyes que hemos mencionado anteriormente y que se cumplen por medio del príncipe son ante todo sagradas y tradicionales, es decir tienen, por encima de todo, un carácter sacro ya de ahí el carácter consuetudinario que menciona Habermas. En segundo

lugar, para que se mantenga ese respeto por las leyes, debe haber una presencia fuerte, diríamos casi absoluta, de la Iglesia en la sociedad. No estamos ante un panorama en la que religión sea una elección personal e íntima, sino ante estados regidos por unas leyes de alta carga moral y sagrada. Este punto nos conduce a la segunda cuestión que queríamos tratar: la transformación de esa tensión en las sociedades modernas “A medida de que las imágenes religiosas del mundo se disuelven en convicciones últimas de tipo subjetivado y privado y las tradiciones del derecho consuetudinario quedan absorbidas por el derecho de especialistas, que hacen *usus modernus* de él, queda rota la estructura trimembre del sistema jurídico” (23). Estamos ante una sociedad cuyo derecho tradicional se ha desacralizado, por llamarlo de alguna forma, en la que el poder de los teólogos ha sido sustituido por el de los estudiosos resolviendo finalmente la tensión en la que se encontraba el monarca. Pero lo anterior, no implica que la desaparición de dicha tensión haya llegado a feliz término o acaso a un acuerdo político. Por el contrario, si en el Medioevo, el contrapeso del derecho sacro, era una especie de obstáculo en el ejercicio del poder del monarca, en tanto había una autoridad máxima intangible la cual no podía desconocer, en las sociedades modernas esas limitaciones dan paso al ejercicio libre del poder – tan dañino en algunos casos- que se encarna en la figura del legislador político.

En la sociedad moderna, a la que se refiere Habermas “El poder político del príncipe se emancipa de la vinculación del derecho sacro y se torna soberano. A él le compete la tarea de llenar por su propia fuerza, por medio de una legislación política, los huecos que deja tras de sí ese derecho natural administrado por teólogos” (24). Queremos detenernos en la forma como Habermas expone la transición del poder y el papel que cumple el “príncipe” moderno que ahora es legislador. Nos interesa particularmente

resaltar el hecho que el legislador moderno, al sustituir el vacío que deja ese derecho natural, se convierta en la única fuente de poder lo cual potencia sus capacidades legisladores y como apunta Habermas “En adelante todo derecho tiene su fuente en la voluntad soberana del legislador político. Legislación, ejecución y aplicación de la leyes se convierten en tres momentos dentro de un proceso circular único, gobernado políticamente; y lo siguen siendo, aun después de diferenciarse institucionalmente en poderes del Estado” (24). Dicho lo anterior y teniendo en cuenta nuestro interés por estudiar cómo se ejerce el poder dentro de una dictadura, tema del cual nos ocuparemos más adelante, las reflexiones de Habermas resultan muy productivas al respecto. Dichos poderes que ahora recaen únicamente en el legislador político, quien además de ejecutor es artífice de las leyes en muchos casos, se agudizan cuando el legislador toma entero control del Estado y al no verse limitado por un contrapeso institucional -sea cual fuere- es libre de actuar en su propio beneficio dejando por completo de lado los rezagos del derecho sacro o natural.

Debemos aclarar que no se trata de una defensa de la Iglesia como equilibrio necesario para evitar que el legislador moderno use el poder desmedidamente, más bien queremos hacer hincapié en que en los Estados modernos, aquella relación que mencionaba Habermas existía en el Medioevo y que diferenciaba claramente las funciones del príncipe ha desaparecido por completo “ Con ello cambia la relación que guardaban entre sí aquellos dos momentos que eran el carácter sacro del derecho, por un lado, y la instrumentalidad del derecho, por otro” (24). Es decir, que ahora encontramos que no hay nada que esté por encima del legislador, como sí lo había –aunque fuera idealmente en algunos casos- en otra época. El poder del legislador es la ley y se debe

cumplir, pero él mismo no está sujeto a la ley y por tanto, creemos que Habermas en su digresión está explicando en otras palabras, por qué es tan sencillo que el legislador moderno se convierta en la única fuente del poder. Además, las tres ramas en las que está dividido el Estado, de una u otra forma recaen en su figura de modo que además de legislador, aplica las leyes y además las ejecuta de acuerdo con ese poder que ha sido investido en él, ya no por una tradición natural sino por mecanismos menos sagrados.

La preocupación de Habermas por la figura del “legislador moderno” no sólo aparece en los textos del alemán ya que otros pensadores también se han ocupado de estudiar la estructura política moderna, y sus efectos en las sociedades occidentales, vista desde una perspectiva filosófica. Por esta razón encontramos pertinentes las reflexiones que hace Hannah Arendt no solo acerca de la relación que hay entre la estructura política medieval y la moderna, sino también porque la autora puntualiza sobre algunas cuestiones que son definitivas en nuestro análisis. Nos interesa particularmente el análisis tripartita que la autora propone acerca de las características de los gobiernos autoritarios, de las tiranías y de los gobiernos totalitarios. Trataremos los elementos particulares de cada uno de estos tipos de gobierno en el orden anteriormente señalado.

1.4 Hannah Arendt: Modelos de gobierno

En este apartado tomaremos el libro de Hannah Arendt *Between Past and Future* de 1978, concentrándonos en el apartado que la autora dedica a los modelos de gobierno, titulado “What is Authority?”. Para explicar cada tipo de gobierno Arendt propone un modelo estructural diferente, una figura a partir de la cual podemos comprender la organización de los mismos. Para la autora un gobierno autoritario tiene forma piramidal,

que sin duda es una figura asociada con los gobiernos de corte más tradicional (98). La fuente de autoridad en este caso está situada fuera de la pirámide, pero “whose seat of power is located at the top, from which authority and power is filtered down to the base in such a way that each successive layer possesses some authority but less than the one above it” (98). En esta estructura la autora encuentra dos cosas en particular: la primera de ellas es que cada una de los estratos de la pirámide aparece unida a las demás con la firmeza que las mantiene unidas y de otro lado, todas las franjas convergen en la cúspide, que se convierte en el vértice (la punta de la pirámide) a través del cual se emana ese poder que tiene su fuente en el exterior de la figura. El modelo anteriormente descrito, es en otras palabras, el que ha propuesto Habermas para explicar cómo funciona el poder en la Edad Media y Arendt está de acuerdo con esta idea:

This image, it is true, can be used only for the Christian type of authoritarian rule as it developed through and under a constant influence of the Church during the Middle Ages, when the focal point above and beyond the earthly pyramid provided the necessary point of reference for the Christian type of equality, the strictly hierarchical structure of life on earth notwithstanding. (98)

Nos interesa la referencia de la autora, además, porque complementa ideas que habíamos expuesto antes, pero especialmente porque la figura piramidal que ella propone va a servir de base para explicar el segundo tipo de gobierno que ella propone: la tiranía. En este caso, la pirámide se ha destruido y de ella sólo queda una cúspide que se mantiene ya no por los soportes que la sociedad del primer modelo le proporcionaban sino por una serie de pilares a los que Arendt se refiere como “bayonetas proverbiales” (99). Entendemos por las palabras de la autora, que un régimen tiránico sólo puede estar

sostenido por dos cosas que casi siempre operan conjuntamente: la violencia y un discurso carente de sentido. El primer elemento es claro pues es gracias a él que el tirano logra reprimir; con respecto al segundo, podemos referirnos, por ejemplo el segundo tipo de legitimidad que propone Weber, la legitimidad carismática. Aunque Arendt no cita a Weber en su texto, consideramos pertinente citar la categoría a la que se refiere Weber en *The Theory of Social and Economic Organization* ya que es gracias a un discurso que parece prometedor, pero que en realidad no tiene bases sólidas, que algunos de los grandes tiranos han llegado al poder; lo anterior sin tener en cuenta las vías por las cuales han accedido a este. Para Arendt es claro que la figura que representa este modelo es aquella de una pirámide en la que los estratos que separaban al vértice de la base se destruyeran, dejando al primero “suspended, supported only by the proverbial bayonets, over a mass of carefully isolated, disintegrated, and completely equal individuals” (99). En este modelo, el poder del tirano procede de una fuerza superior y Arendt, para explicar esta cuestión, recurre a Platón cuando este último, en los textos que dedicó a la política, lo llama “wolf in human shape” (Citado por Arendt, 109) ya que la figura del tirano, para el filósofo, se caracterizaba por la relación que hay entre el uno y la masa aislada a la que se refiere Arendt. Además, añade la autora, que de acuerdo con el filósofo, que el tirano era “the rule of one, which Plato still calls indiscriminately μον-αρχία or tyranny, from various forms of kingship or βασιλεία” (99). Nos gustaría conservar la analogía de Platón pero no sin agregarle algo que consideramos fundamental en los regímenes tiránicos: el uno, ese que está contra todos, es solo la cara visible de todo un aparato que funciona detrás. Y precisamente depende el tirano de la maquinaria

para sostener su régimen y para que este se imponga a través de la violencia, tema al que Arendt se referirá más adelante.

Finalmente, el tercer modelo que propone Arendt es el del gobierno y la organización autoritarios para los que formula ya no la imagen de una pirámide integrada como en el primer caso o desintegrada como el segundo, sino un círculo, que, al mirarlo por dentro, parece una cebolla pues está dividido en capas “in whose center, in a kind of empty space, the leader is located; whatever he does – whether he integrates the body politic as in an authoritarian hierarchy, or oppresses his subjects like a tyrant- he does it from within and not from without or above” (99). La estructura de círculos concéntricos propuesta por Arendt es tal vez la más compleja de las tres pues de acuerdo con la autora “All the extraordinarily manifold parts of the movement(...) are related in such a way that each forms the façade in one direction and the center in the other, that is, plays the role of normal outside world for one layer and the role of radical extremism for another” (99). La estructura propuesta por Arendt, que de acuerdo con ella, es la más sólida de los tres modelos que ha planteado, funciona de manera de tal que cada capa cumple una doble función. Si pensamos en las personas que se encuentran por fuera del sistema, los ciudadanos del mundo exterior – que no pertenecen directamente a ninguno de los organismos de control- para ellos, los distintos grupos que conforman las capas funcionan como una fachada. Es decir que, si tomamos como organismo de control la policía, para los ciudadanos va a ser un organismo cuyo propósito es velar por la seguridad pero para los que están dentro de las capas, el gobierno, por ejemplo, es solo una herramienta de opresión que cumple con mantener funcional una parte del sistema.

El modelo de Arendt plantea dos cuestiones: la primera es que al funcionar mediante el sistema de fachadas, la estabilidad del mismo depende de la capacidad de cada capa de mantener esa doble función, la de mostrar algo hacia afuera pero revelar su verdadera función hacia dentro del sistema. La segunda, es que así parezca un sistema complejo, no sólo por el funcionamiento del mismo, sino por la complejidad de la propuesta, consideramos que es este el que está en vigor en casi todas las sociedades que se hacen llamar democracias en oposición, por supuesto, a las que de hecho están declaradas como tiranías o en nuestro caso, dictaduras. Es por eso que consideramos que la propuesta de la autora es interesante porque en este modelo tiene en cuenta todos los sectores sociales que conforman el sistema. Mientras que en el primer modelo la importancia se centra en el rey y la relación es rey-súbdito y en el segundo el foco se instala en el tirano quien ejerce poder por medio de la violencia, en el tercero, la funcionalidad del sistema depende precisamente de la interacción de muchos sectores – el jefe, las instituciones burocráticas, los partidos políticos, los miembros de los grupos profesionales y la policía- entre otros. Nos interesa, además, el hecho que Arendt emplee la expresión “fiction of a normal world” (99) refiriéndose a la función que cumple cada una de las capas. Eso implica que aun si se da un gobierno extremadamente totalitario, esa fachada que mantienen las capas da la impresión de un mundo normal. Por ejemplo, los partidos políticos, así sean radicales, se muestran ante sus simpatizantes como alternativas positivas, como grupos que ofrecen una nueva cara, aunque en su interior sean incluso más extremistas en sus políticas que otros partidos.

De los tres modelos, el segundo y el primero pueden coexistir simultáneamente en un período de tiempo específico, es decir, así como hay gobiernos totalitarios hay

regímenes tiránicos. El caso del primer modelo, si bien es un punto de referencia –y de encuentro entre Habermas y Arendt- no es aplicable en un contexto actual por lo que lo hemos citado únicamente con el propósito de contextualizarlo. Consideramos que apartado del libro al que nos hemos referido surge de la necesidad buscar una definición, o al menos, el uso del término “autoridad” lo que lleva a la autora a hacer una revisión histórica de los tipos de gobierno que podemos diferenciar. Ahora, con respecto a la pregunta que titula este apartado de su libro, nos gustaría detenernos en algunos puntos relevantes. En primer lugar, Hannah Arendt sitúa la polémica sobre la autoridad en las discusiones de las dos posturas políticas más distintivas desde el siglo XX: el conservadurismo y el liberalismo. Estas dos posiciones resultarán muy útiles para Arendt en las reflexiones que hace sobre la autoridad. Su análisis tiene como hipótesis que ambas posturas consideran que “authority is whatever makes people obey” (103), lo cual, de cierta forma es razonable pues en cualquier sociedad debe haber una serie de códigos que se deben respetar y obedecer. El problema, según Arendt, es que tanto los liberales como los conservadores han mostrado una cierta tendencia a confundir la autoridad con la violencia “if violence fulfills the same function as authority – namely, makes people obey- then violence is authority” (102-103). La confusión de los dos términos está tan propagada que de hecho, los conservadores tienden a justificar la aparición y, en algunos casos, la necesidad de las dictaduras como solución a la falta de autoridad de los gobiernos. Estamos ante una sustitución de términos que ha resultado muy perjudicial para el desarrollo político de las naciones occidentales en el siglo XX y hasta ahora. Si la única forma de imponer autoridad es por vías de la violencia, entonces la violencia no sólo reemplaza la autoridad convirtiéndose en ella sino que además, está completamente

justificada. Esta sustitución de términos y por lo tanto de posiciones políticas es equivalente, por ejemplo, a la aparición del comunismo en la segunda mitad del siglo XX. Algunos defendían la idea del comunismo como “new «religion» , notwithstanding its avowed atheism, because it fulfills socially, psychologically, and «emotionally» the same function traditional religion fulfilled and still fulfills in the free world” (102). En ese caso ocurría lo mismo, se produjo una sustitución de términos sin que eso implicara que de hecho el comunismo pudiera reemplazar los valores tradicionales que cumplía en la sociedad la Iglesia católica. Esta funcionalización de términos y de ideas (102) resulta en el caso de la autoridad y la violencia muy peligroso ya que la segunda no reemplaza a la primera y bajo ninguna circunstancia se debe por ejemplo creer que una dictadura es un gobierno autoritario. Lo que queda claro para la autora es que se nota una fuerte tendencia a la autoridad, a la búsqueda de la obediencia de los pueblos y por consiguiente esto ha llevado a considerar la violencia como sinónimo de autoridad. Si la violencia permite la obediencia, entonces la violencia funciona y se justifica como forma de gobierno. Posteriormente, en el capítulo dedicado a las formas de poder en relación con el personaje de Rafael Trujillo en la novela *La fiesta del chivo*, nos referiremos a los conceptos anteriormente mencionados, profundizaremos el análisis y observaremos de qué forma operan en la obra mencionada.

1.5 Aproximaciones al concepto de *legitimidad*

Si bien los dos autores anteriores en sus respectivos textos, no se refieren particularmente al problema de los gobiernos dictatoriales, podemos inferir que el panorama político de América Latina puede ejemplificar, y lo ha hecho en muchas

ocasiones, que estas condiciones políticas no son raras, más bien son rasgos frecuentes que podemos rastrear en los gobernantes de esta parte del continente americano. Y es precisamente allí en donde se ha visto con más intensidad el particular ejercicio del poder al que se refieren Habermas y Arendt. El legislador del primero, por medio de las tres funciones que cumple se convierte en un peligro potencial ya que, cuando se extralimita en la ejecución de las mismas, es posible ver el alcance del poder absoluto que pueden llegar a ostentar los legisladores políticos modernos. Mientras que la figura del tirano de Arendt, evidencia el problema de los regímenes que no tienen más sostén que la violencia y es precisamente por esta razón que necesitan emplearla constantemente. El tirano es tal vez el punto en donde se hace más visible la sustitución de la autoridad por la violencia. El primer término carece de toda validez, ni siquiera aparece en el panorama político, sino que está presente su otra cara, la violencia que es por medio de la cual se logra la obediencia de la gente. De esta forma, el pueblo como masa aislada, está supeditado a la ley del uno contra todos que enuncia Arendt. Las reflexiones de los mencionados autores nos han servido para contextualizar dentro de un marco más amplio, no exclusivo a América Latina, los fenómenos políticos que han marcado el siglo XX. A partir de sus análisis podemos explicar en varios sentidos por qué el poder político en general es un tema tan conflictivo y en especial por qué la figura de cada uno de los modelos gubernamentales es decisiva cuando queremos analizarlos. Una vez dicho lo anterior, consideramos que es conveniente para el propósito de nuestra investigación un análisis minucioso en el que estudiemos los aspectos más importantes que conforman la realidad política y social latinoamericana.

Es interesante examinar el modo en que se desarrollaron los sistemas políticos europeos, que a diferencia de América Latina, lograron con el tiempo encontrar ciertas vías por medio de las cuales las leyes encontraron cierta operatividad y se logró que hubiera, en mayor o menor grado, concordancia entre las leyes como teoría y la aplicación de las mismas en las distintas sociedades. Para Alain Rouquié, es evidente que en el modelo europeo las constituciones y la forma en que éstas operan en las sociedades, en general, son el fruto de “una conceptualización directa y creativa entre la experiencia y el pensamiento político y legislativo, de los cuales resultan instrumentos y técnicas particulares” (2), en América Latina, en esa conceptualización a la que se refiere Rouquié, se puede observar el influjo de una tradición que no es la nuestra. Es decir, nuestras legislaciones, a pesar de que deberían estar pensadas para operar en un contexto que no es el europeo, están mediadas por éste, como hemos comentado anteriormente. Sufrimos, entonces la adaptación de un modelo extranjero a una realidad que nada tiene que ver con las condiciones europeas. A lo anterior, habría que añadir que si nuestras legislaciones están basadas en un modelo europeo vemos un doble desplazamiento: el espacial – con todo lo que esto implica- y el temporal, si tenemos en cuenta que dichos modelos europeos no se implementaron en medio de un caos semejante al que vivió América Latina como lo fue el de la pos independencia y todas las secuelas que dejó el proceso colonizador, como lo hemos expuesto anteriormente.

Ahora bien, si las constituciones en realidad no funcionan en América con el mismo propósito con el que lo hacen en España, por nombrar un país del que heredamos muchos modelos políticos, cabe preguntarnos por qué los gobernantes siempre están haciendo referencia a las mismas aunque el consenso general sepa que las legislaciones

en muchos casos resultan inadecuadas porque no responden a necesidades específicas de nuestros pueblos. Rouquié opina que a pesar de la evidente ineficacia de los sistemas legislativos “Los valores que sustentan las prácticas conformes a las instituciones adoptadas cumplen la función de una utopía, de un ideal inaccesible o sólo accesible por algún señalado milagro” (2). Dicha utopía, por una parte, no puede transformarse del todo pues todo el sistema legislativo de una nación, sus valores y su historia se sustentan en ella. Y, de otro lado, son estos valores a los que aluden los gobernantes para ganar adeptos; es decir, las leyes son sólo modelos teóricos que para la mayor parte de la población no funcionan y no lo harán. Pero, sin embargo, funcionan como herramienta retórica para los gobernantes quienes se valen de esta herramienta para ganar votos.

De hecho, durante toda la historia de las democracias latinoamericanas se puede observar cómo ese supuesto estado de derecho ha sido constantemente vulnerado de forma que incluso en los períodos de gobiernos reconocidos como “no dictatoriales”, las libertades y los derechos fundamentales de los ciudadanos apenas son respetados. Preferimos usar el término “no dictatoriales” pues llamar a algunos gobiernos “legítimos” resulta problemático dadas las observaciones que hemos hecho al respecto anteriormente. Durante el siglo XX, en algunos casos, incluso, se presentaban como anómalos los casos de países en donde por un período considerable de tiempo se sucedieron regímenes estables en los cuales “el ejercicio del poder es objeto de una competencia abierta y completamente libre” (Rouquié, 2). Rouquié no lo menciona, pero podemos añadir que estos casos no han sido frecuentes en las últimas décadas, tanto como lo eran en la primera mitad del siglo pasado. Por ejemplo, observamos esta situación en la República Dominicana, donde por muchos años Rafael Trujillo gobernó bajo la fachada de un

gobierno que celebraba comicios y estaba constituido por líderes tanto del partido ganador como de la oposición, cuando en realidad, Joaquín Balaguer era solo un presidente títere y Trujillo se había encargado de exiliar o exterminar a todos los líderes de los partidos de la oposición.

Es entonces cuando podemos afirmar que ocurre una inversión de la normalidad y encontramos lo que hemos denominado anteriormente como “ruptura de la norma”. Es decir, si la regla constitucional no contempla como habitual el estado de sitio pero aun así una nación cualquiera vive más tiempo dentro de ese estado de sitio que fuera de él, el estado de sitio viene a ocupar el lugar de la norma. Dicha inversión inevitable nos exige replantear no sólo la forma en que las constituciones están concebidas sino que también nos obligan a pensar qué tipo de gobierno en realidad está al mando de una nación en particular.

Debemos concentrarnos particularmente en los casos en los que “la regla constitucional se vuelve la excepción porque ese estado de excepción es de alguna manera la regla” (2). La anterior situación, en la que la democracia está restringida, se convierte al mismo tiempo en causa y consecuencia de la realidad de muchas naciones latinoamericanas. Causa, porque al tener como norma el estado de sitio y las restricciones, los ciudadanos ya constituyen el eje fundamental del gobierno democrático. Es decir, los regímenes no cuentan con una participación activa de sus ciudadanos. Asimismo, este tipo de democracia limitada no permite que haya una alternativa al gobierno en cuestión. En algunos casos por la desaparición de partidos opositores, que en algunos casos representan una mayoría significativa, o por la existencia de lo que podríamos denominar “partido del Estado” cuyo poder es ilimitado y se encarga de suprimir cualquier brote de

oposición. Pero al mismo tiempo, dicho “régimen de excepción” es la consecuencia de una historia política latinoamericana que ha estado marcada por un ejercicio del poder arbitrario al que nadie ha hecho una oposición verdadera y si la ha hecho, sus esfuerzos han sido en vano. Pero incluso así resulta difícil asumir una posición en la que se condene la inexistencia de una verdadera oposición pues hacer esto implicaría replantear todo el sistema político latinoamericano desde su misma conformación. Además, hay que tener en cuenta que dichos partidos de oposición, que han existido a lo largo de toda esta parte del continente, siempre han actuado al margen del sistema político y cuando lo han hecho no han logrado desestabilizar lo que Rouquié llama *el partido del Estado*.

Ahora bien, es importante hacer una diferencia en cuanto a dos términos que nos interesan en relación con las circunstancias políticas particulares de América Latina: legitimidad y legalidad. La legalidad la comprendemos como la relación que existe entre lo prescrito por la ley y lo que hace conforme a ésta. Pero no es éste el término que nos interesa particularmente, sino el de la legitimidad. Es por lo anterior que consideramos apropiada la forma en que Horowitz en *Latin American Radicalism* la define “The definition used herein is that legitimacy is the perception of the state as a service agency rather than an oppressive mechanism, and this perception is cemented by a common adhesión to either lagality or mass mobilization” (5). De acuerdo con el sociólogo norteamericano la legitimidad de un gobierno, además de funcionar dentro del marco legal y constitucional, es vista como un medio de servicio en lugar de un aparato opresivo que, podemos asumir, no vela por los intereses de los ciudadanos. Ahora bien, por el contrario la norma de la ilegitimidad “is the perception of the estate as primarily a power agency which is cemented by a common reliance on illegal means to rotate either the

holders of power or the rules under which power is exercised” (5). La propuesta teórica de Horowitz se puede ver en funcionamiento en América Latina donde el ejercicio del poder es más en una rotación del mismo entre miembros de un solo partido que un verdadero ejercicio participativo en el que diversos sectores políticos de la sociedad pueden tomar parte activamente y se lleva a cabo un proceso electoral democrático. Se puede decir que en algunos países de América Latina los mecanismos constitucionales no han lo sido suficientemente fuertes para asegurar una contienda justa y la forma en que los gobernantes son elegidos. De hecho, los resultados de las votaciones “no sirven para determinar sin apelación quién debe gobernar, sino que expresan relaciones de fuerza” (Rouquié 2).

Para Horowitz, es necesario referirnos a Marx y a Weber pues estos dos pensadores tienen una aproximación diferente al concepto de legitimidad. De acuerdo con la lectura que Horowitz hace de los dos “For Marx, the estate represents a monopoly of illegitimate power because politics is merely the organized machinery of one class for oppressing the others. For Weber, on the other hand, the estate is organized primarily as a service agency, not a power dispenser” (4). En otros términos, podemos afirmar que “para Marx, la esencia del Estado es el poder, mientras que para Weber, el núcleo del Estado es la autoridad” (4)⁵

De acuerdo con los modelos que plantean Marx y Weber, es posible sostener que algunas sociedades operan de acuerdo con los presupuestos del primero y otras, con los del segundo. Eso quiere decir que:

⁵ “It is evident then that for Marx the essence of the state is power; while for Weber the core of the estate is authority” (4).

Aquellas sociedades que funcionan durante largos períodos en base a una legalidad ratificada a través de procesos democráticos, pueden ser consideradas legítimas y operan de acuerdo a la definición de Weber; mientras que las sociedades que se sustentan en estructuras y relaciones de poder que no son aceptadas por la mayoría de la población, pueden ser consideradas ilegítimas y operan de acuerdo a la definición de Marx (Fernández Durán 92).

Horowitz, por su parte, añade que en el caso de América Latina, las naciones funcionan de acuerdo con el concepto de ilegitimidad que habíamos mencionado anteriormente.

Para Rouquié, quien está de acuerdo con la lectura que hace Horowitz de los planteamientos de Marx y Weber, en América Latina existen dos tipos de legitimidad que por lo general están en contravía. Enuncia que, por una parte, se puede encontrar una legitimidad “de tipo legal y mayoritario en conformidad con los preceptos institucionales” (Rouquié 3) y de otro lado, existe lo que él denomina como “legitimidad oligárquica” que tiene una “«fórmula de justificación» de tipo histórico o de naturaleza tradicional” (3). Dichos tipos de legitimidad se corresponderían a los propuestos por Weber desde los cuales se puede explicar, por una parte, el poder y la autoridad que ostentan el Estado y por otra, el hecho que los dominados acepten como legítima la autoridad que sobre ellos se impone. En primer lugar, Weber considera la *Legitimidad tradicional*, de acuerdo con la cual hay una suerte de validación de las costumbres de dominación que ha venido ocurriendo desde siempre “Y que corresponde al dominio tradicional ejercido por el patriarca o el príncipe patrimonial” (Fernández Durán 91). En segundo lugar está la *Legitimidad carismática* que se logra mediante, como el mismo

término lo define, el carisma que posee el líder. Nos parece importante considerar este tipo de legitimidad en el contexto latinoamericano de los caudillos y los dictadores ya que es gracias a ese poder carismático, que casi siempre reside en su discurso, que logran la aceptación del pueblo incluso antes de ser elegidos, sin considerar si la elección en sí misma es legítima o no. Fernández Durán define a este tipo de líderes como demagogos señalando como su característica particular la personalización de la autoridad y del poder (91). En último lugar, Weber propone la *Legitimidad legal-racional* como aquella que depende, en gran parte, de que los dominados acepten “la legalidad establecida, es decir, la validez de la estructura legislativa y la funcionalidad de reglas creadas racionalmente” (91). Este último tipo de legitimidad, es la que se correspondería con aquella que se ejerce por los gobiernos, llamados democráticos, actualmente. Pero incluso en este escenario político ideal, si la *Legitimidad legal* propuesta por Weber depende del cumplimiento de los elementos mencionados por éste, debemos dudar de la legitimidad de todos aquellos gobiernos, reconocidos como dictaduras o no, que no ponen en práctica dichas estructuras legislativas en función de las necesidades particulares de aquellos que son gobernados. Es decir, un gobierno que se define como legítimo debería, en cuanto a la definición de Weber respecta, ser capaz de integrar en su aparato legislativo dichas exigencias y hacerlas realizables dentro del contexto social de los que son gobernados.

Pero en la lectura que hace Rouquié de los postulados de Weber, el autor ignora el segundo tipo de legitimidad, el carismático, que en América Latina ha sido tan definitorio a la hora de elegir a los líderes. No olvidemos que es precisamente gracias al don de su carisma que muchos gobernantes han sido elegidos por el pueblo. Dicha capacidad es precisamente la que nos permite vislumbrar de una forma más clara el

alcance que han tenido algunos líderes como Juan Perón, en Argentina. Al respecto, habría que aclarar que aunque las opiniones acerca del periodo peronista en Argentina son diversas, nos interesa particularmente la forma en que este llegó al poder precisamente valiéndose de esa característica que destaca Weber: el poder carismático. El caso de Perón resulta relevante en este respecto; sus cualidades desde pequeño, son casi premonitorias del carácter carismático del que gozaría en su vida adulta dedicada a la política “Más alto y fuerte que la media de los argentinos, combinaba su pericia para los deportes con una simpatía arrolladora, y era el más popular entre sus compañeros” (Sáenz 220). Más adelante, en 1919 en Buenos Aires ocurrió lo que se conoce como la Semana Trágica al cabo de la cual más de 700 personas murieron. Entre los que murieron había obreros y muchos extranjeros; los primeros a manos de la policía y también participaron en estas acciones “Grupos de extrema derecha, temerosos de una revolución al estilo de la bolchevique, instigada por los numerosos inmigrantes europeos, asesinaron a cualquiera que pareciera extranjero y sobre todo a los judíos” (223). Algunos afirman que Perón, que en ese momento se encontraba en la capital argentina, participó activamente de lo sucedido lo cual deja en entredicho su política en pos de los movimientos obreros, mientras que otros sostienen que fue precisamente este episodio el que permitió estrechar las relaciones entre el oficial y los movimientos obreros. De cualquier forma la habilidad de Perón sumada al carisma que imprimía a cada una de sus intervenciones “Ya era claro que el joven oficial tenía capacidades excepcionales de convencer a sus interlocutores con una labia impresionante” (223). Y lo demostró una vez más cuando en febrero del mismo año fue enviado a Santa Fe para servir de

negociador entre los dueños de la empresa La Forestal y sus empleados lo cual evitó una tragedia como la de Buenos Aires en enero de 1919.

Pero las ideas que tenía Perón acerca de la forma en que sectores como el obrero debían incorporarse a la política de Argentina no solo viene de los episodios anteriormente mencionados. En 1939, en un viaje que Perón realizó por Alemania y España, entre otros países europeos, el movimiento del nacional-socialismo y el fascismo en Alemania e Italia respectivamente despertaron un gran interés en Perón y es así como lo expresa:

En Alemania había surgido un fenómeno social inusitado, y era el nacional-socialismo, de la misma manera que en Italia triunfaba el fascismo [...]. El fascismo italiano llevó a las organizaciones populares a una participación efectiva en la vida nacional, de la cual había estado siempre apartado el pueblo [...], pensé que en Alemania ocurría exactamente el mismo fenómeno, o sea, [...] una comunidad donde el Estado era el instrumento de ese pueblo. Pensé que tal debería ser la forma política del futuro, es decir, la verdadera democracia popular, la verdadera democracia social (Perón, citado por Sáenz 227).

Y las ideas de las anteriores líneas, de 1939, se consumarían poco a poco incluso antes de que Perón llegara a la presidencia. Cuando fue nombrado jefe del Secretariado del ministerio, logró algunos cambios significativos como el cumplimiento de la jornada laboral de ocho horas, el descanso dominical y el derecho a las vacaciones pagadas. Más tarde una vez en la presidencia y al lado de Evita, gestó grandes cambios para Argentina como la estatización de algunas empresas, el incremento salarial para los sectores obreros, la recuperación del sistema de ferrocarriles y en general el crecimiento del país. Todo

esto a pesar de que con el paso de los días su fama de fascista aumentaba e incluso se llegó a publicar un texto conocido como el Libro Azul, el cual fue difundido por Spruille Braden, quien en 1946 acababa de ser nombrado secretario de Estado en Washington. El texto, de acuerdo con Braden, contenía pruebas irrefutables del fascismo de Perón; pero ni siquiera este documento pudo detener que en 1946 Perón se proclamara presidente. Perón, no solo puede ser catalogado como legítimo por tratarse de un líder carismático, dentro de la categoría propuesta por Weber, sino que ganó las elecciones de forma limpia. Así que la legitimidad, como lo hemos visto anteriormente, en algunos casos resulta, paradójicamente, subjetiva. Y mientras que algunos afirman que Perón era ante todo un líder fascista admirador también del nazismo, otros sostienen que su gobierno fue el gran motor de Argentina de la primera mitad del siglo XX.

Otro caso que podemos citar es el de Fidel Castro, quien por muchos años estuvo al frente de uno de las formas de gobierno que más polémica ha generado en América Latina no solamente por su naturaleza sino por su duración. La realidad del proyecto que lideró Fidel Castro en Cuba cuestiona de forma definitiva el tipo de legitimidad propuesto por Weber ya que se puede pensar que la misma legitimidad de un gobierno debería estar limitada por ciertos elementos como el tiempo. Acaso el gobierno de Cuba, desde el postulado de Weber, mantiene luego de más de medio siglo su legitimidad por estar bajo el mando de un líder carismático.

Pero una vez hecha esta aclaración sobre la propuesta de Rouquié, volvamos a sus planteamientos. Dentro de esta dualidad latinoamericana, en cuanto a legitimidad se refiere, el autor destaca que ésta se encuentra a lo largo de todo el continente, extendiéndose desde un país tan pobre como Haití hasta Argentina. Rouquié afirma que

en la historia reciente de las naciones latinoamericanas siempre ha existido el debate en torno a quién debe ejercer el poder; o bien los “más capaces” o bien “los más numerosos” (Rouquié 3). Otra forma de abordar la dualidad propuesta por Rouquié es la lectura que hace Horowitz de esta realidad política latinoamericana en la que la consecución de la legitimidad resulta siempre conflictiva “There is no elite in Latin America which legitimizes itself simply by legal sucesión of power. Rather, there are class columns of particularistic power, each a pillar supporting a weak public government, and each cancelling the other classes’ or sectors’ potencial for total power” (Horowitz 12). Los dos autores cuestionan quién debe gobernar; Horowitz parte del hecho que los gobiernos, aunque débiles, se sostienen en clases sociales que a la vez anulan el poder potencial de otras clases o sectores para gobernar. Mientras que Rouquié ve la dualidad desde la perspectiva desde la cual el poder no suele estar entre quienes lo podrían administrar, sino entre quienes tienen los medios y la maquinaria para llegar a él. Sin importar la perspectiva que elijamos, siempre llegamos al mismo punto: el poder reside entre unos pocos

—teniendo en cuenta que estos pocos pueden ser una mayoría poderosa- pero sin olvidar que el poder se ha concentrado en grupos específicos que no siempre son los más indicados para gobernar. De esta forma, si consideramos el binomio compuesto por los más capaces- los más numerosos, estamos hablando, en otros términos, de lo que sería la legitimidad social opuesta a la legitimidad política (Rouquié 3).

La dualidad que hemos planteado anteriormente puede entenderse como la que determina, en términos generales, el hecho que un gobierno sea legítimo o no. Como resultado podemos tener dos escenarios políticos que siempre han estado en oposición en

América Latina. De un lado, puede ser que un gobierno legal sea considerado como ilegítimo desde el punto de vista de la clase social dominante; o bien, una dictadura “instaurada de forma ilegal adornarse de una legitimidad apenas discutida” (3). Es interesante el planteamiento de Rouquié con respecto a la forma en que se determina la legitimidad de un gobierno pues la subjetividad de las clases dominantes desempeña un papel determinante a la hora de dictar juicios de esa categoría. La legitimidad del gobierno ya no depende en sí de la legalidad de su institución sino que esa legitimidad necesita ser validada por los sectores sociales quienes se verán beneficiados con la elección de dicho gobierno. En otras palabras, el estatus de legitimidad en mayor o menor medida dependiendo de la tradición política y del contexto histórico de cada país, siempre ha estado marcada por la opinión de un cierto grupo social.

1.6 La dictadura legitimada

A pesar de lo que hemos mencionado anteriormente acerca de la validación de la legitimidad por sectores de la sociedad que tienen gran influencia política, es cierto que en algunos países esa línea que existe entre la legitimidad y la ilegitimidad no es tan ambigua. Si bien es necesario aclarar que todos los gobiernos cuentan con sus “teóricos a sueldo que justifican como legales sus peores exacciones” (Rouquié 3), este tipo de manipulación del sistema legislativo es más difícil de sustentar en naciones donde está marcada una fuerte tradición política a través de la cual la legitimidad por una parte, está instaurada y por otra, existe una aquiescencia en torno a la institución estatal. En este tipo de sociedades no es factible declarar un nuevo tipo de legitimidad puesto que este hecho supondría, entonces, la ruptura de toda una serie de valores políticos y sociales

sobre los cuales se han venido solidificando proyectos nacionales. Y además, el solo imaginar el anterior panorama implicaría el carácter variable y plural de la legitimidad. Pero la situación anteriormente descrita sería la ideal para todas las naciones, cosa que de hecho, no es muy común y mucho menos si nos situamos en la escena política latinoamericana. Es en medio de esta atmósfera donde la legitimidad, al no ser parte de una práctica estatal habitual en la que participa un colectivo y en donde hay un consenso, que la justificación de la misma debe encontrar otros medios para validarse constantemente.

Para Rouquié, como para casi todos los que han escrito sobre el tema de la legitimidad en América Latina -pasando por Simón Bolívar- no queda muy claro aún si “las instituciones democráticas y representativas se adaptan a las sociedades latinoamericanas” (3). Aunque es evidente que ha habido un cambio en la estructura y el funcionamiento de las instituciones estatales desde los gobiernos como el de Perón en Argentina o Trujillo en la República Dominicana. El comentario de Rouquié debe entenderse desde el debate que surge a partir de qué tipo de modelos políticos debe seguir América Latina y la necesidad de encontrar herramientas propias que permitan garantizar una situación política sostenible y operativa que se adapte a las necesidades propias de esta parte del continente americano. Con respecto a lo anterior, Rouquié plantea que habría que recurrir a las dos vertientes que frente al hecho se han desarrollado. Por una parte, están a los que él llama como los “idealistas” o los “progresistas” quienes “quieren crear las precondiciones sociales para el ejercicio de las libertades” (3). Mientras que de otro lado, están los “positivistas” para quienes hay que acatar los dictámenes de los regímenes a las condiciones actuales de las sociedades

latinoamericanas sin tener en cuenta factores externos. En las dos posturas, diametralmente opuestas, el trasfondo que se debate en realidad es el de las condiciones históricas que han marcado nuestra tradición política. Mientras que la primera, como bien los dice su nombre, boga por hacer un cambio en las políticas para que el ejercicio de los derechos sea verdaderamente más libre, la segunda postura es inflexible frente al hecho de que hay ciertas condiciones particulares a las cuales se deberían adaptar las instituciones democráticas. Es decir que la posición positivista, como la llama Rouquié, lo que defiende es la permanencia precisamente de ese estatus pos independentista en el que los caudillos surgieron como solución al caos que generaron las circunstancias políticas y sociales de siglo XIX.

Sin querer defender los regímenes que se sucedieron por largo tiempo luego de este período pos independentista, es evidente que las circunstancias de las nacientes naciones latinoamericanas no se prestaban particularmente para empezar una tradición democrática sólida y lo anterior se debe en su mayor parte a que esa tradición, si es que era algo a lo que se aspiraba realmente, era el eco europeo de la misma. Y el problema radicaba, como comenta Taylor en *Modern Social Imaginaries* que no se ha sabido comprender los retos que implicaba tener a Europa como el modelo occidental político, económico y social. En el comienzo de la conformación las naciones americanas como Estados era casi imposible dejar de lado la influencia europea y pensar en seguir otro paradigma que no fuera el del viejo continente. Pero en el siglo XXI, como enuncia Taylor parece que hemos llegado a un punto en el que “we finally get over seeing modernity as a single process of which Europe is the paradigm, and that we understand the European model as the first, certainly, as the object of some creative imitation” (196).

Lo anterior no quiere decir, sin embargo, que descartemos a Europa como modelo e ignoremos la influencia que ha tenido no solo sobre América sino sobre el resto del mundo occidental. Implica más bien, considerar a Europa como “one model among many, a province of the multiform world” (196). De modo que no es que el modelo europeo fracasara en América Latina, a pesar de la opinión de muchos críticos, se trataba más bien de cierto grado de inmadurez con respecto a la comprensión del mismo. No es justo del todo culpar al modelo europeo de la inestabilidad política de las naciones latinoamericanas desde sus inicios. Se trata más bien de plantearse de qué forma podemos tomar elementos de diferentes modelos para adaptarlos a las situaciones particulares y las exigencias propias de los estados de esta parte del continente.

Pero, a pesar de las duras críticas al modelo político que se intentó implantar en América Latina, a pesar de los conflictos que esto generó y de los problemas que suscitó, no se trata de justificar las dictaduras como solución “natural” a cierto grado de desorden social y político. Al contrario, se trata de explorar por qué en América Latina ha sido tan difícil establecer tradiciones democráticas sólidas en las que la legitimidad no sea un elemento que cambia y se replantea conforme se elija un nuevo gobierno, en el caso de algunos países. A pesar de que las dictaduras siempre han sido ampliamente criticadas dentro del contexto político latinoamericano, no es extraño encontrar férreos defensores de las dictaduras algunos de los cuales han escrito a este respecto. Es el caso, por ejemplo, del peruano Francisco García Calderón quien en un texto titulado *Les démocraties latines de l’Amérique*, cuyo prefacio lo escribió el que fuera presidente de Francia Raymond Poincaré, expone que no sólo simpatiza con los regímenes dictatoriales sino que los defiende como la única solución a las exigencias políticas y

sociales de los países latinoamericanos “Cette nation confirme une loi de l’histoire américaine: la dictature est le gouvernement adéquat pour créer l’ordre intérieur, Développer la richesse, et unifier les castes ennemies” (García Calderón 177). El autor, se refiere específicamente a la situación que vivió Paraguay durante la primera mitad del siglo XIX cuando, apenas poco tiempo después de la independencia, el país se encontraba en una difícil situación y como medida gubernamental se decidió instaurar un período de Consulado⁶. Dicho sistema, fue compartido al principio por Fulgencio Yegros y Gaspar Rodríguez de Francia, pero luego de un período quedó Francia en el poder. Su dictadura se instauró con el Congreso del 3 de octubre de 1814 donde se le nombró a Rodríguez de Francia dictador supremo de la República de Paraguay. Aunque muchos coinciden en que el gobierno de Rodríguez de Francia fue severo y que su duración colaboró a implantar un régimen represivo, otros, como García Calderón, defienden que fue gracias a él y a su dictadura que Paraguay pudo establecer un orden social y económico.

La cita de García Calderón resulta muy ilustrativa si tenemos en cuenta que durante un período de la historia latinoamericana, y aún pervive dicha creencia, las dictaduras se contemplaban como una buena alternativa para países en los que, como apunta Rouquié, se ha dado el escenario en el que “Después de una campaña bien montada por los intereses dominantes, denunciando la crisis de autoridad y el vacío de poder del cual es culpable un gobierno constitucional, cómo no creer que una intervención militar o el pronunciamiento bruta de un «caudillo» no venga a abolir la legalidad para restablecer la legitimidad” (4).

⁶ Consulado en el sentido romano del término Cónsul que era un sistema compartido de gobierno.

Tal parece que esa falta de autoridad a la que se refería Arendt en su texto puede ser reemplazada por la violencia que supone instaurar un régimen dictatorial, que para los que manejan el poder, se muestra como una solución viable que solo pretende velar por los intereses de la población. Y es en este punto donde, generalmente, empieza a funcionar la legitimidad carismática a la que se refería Weber ya que el líder de la dictadura necesita hacer creer al pueblo que un régimen de opresión no sólo es la solución a los problemas generados por la ausencia de autoridad sino que debe asegurar al mismo tiempo su permanencia en el poder y evitar a toda costa un levantamiento popular. Paralelamente, estos nuevos órdenes, se caracterizan por abanderar el progreso económico y restaurar un “orden natural” en apariencia perdido con el régimen al que derrocan. Finalmente, estos regímenes se postulan como abanderados de la modernización cuando en realidad lo que sucede es que las clases a quienes les favorece el régimen se enriquecen a costa de los oprimidos.

La percepción que se tiene de las dictaduras a veces sólo contempla una dimensión de la realidad en tanto el término *dictador* es sinónimo de violencia y tiranía. Aunque la mayoría de las veces la definición es correcta, la historia latinoamericana nos demuestra que incluso los gobiernos legítimamente establecidos pueden estar bajo el mando de un dictador. El concepto de ilegitimidad, que hemos establecido siguiendo el planteamiento de Horowitz, no es tan estricto como el autor lo ha planteado. En páginas anteriores habíamos referido el caso de Perón en relación con la *legitimidad carismática* propuesta por Weber, ahora, nos gustaría retomarlo para ejemplificar, desde otra perspectiva cómo podemos matizar los planteamientos de Horowitz con respecto a los conceptos de legitimidad e ilegitimidad ya que puede servirnos para comprender la

complejidad de los conceptos anteriormente mencionados y cómo operan dentro de la sociedad.

Para la burguesía argentina y los partidos conservadores tradicionales anteriores a su gobierno, Perón es considerado un dictador. Lo anterior quiere decir que se le otorga el término “dictador” en tanto se opone a los intereses de un grupo en particular sin que se ponga acaso en tela de juicio la forma en la que llegó al poder. Es decir, a pesar de que algunos críticos, Rouquié entre ellos, coinciden en que tanto las elecciones de 1946 y las de 1951 fueron ganadas sin fraude, Perón es un dictador para el grupo dominante argentino: la burguesía agraria argentina. Por el contrario, dicha percepción de estar en un régimen dictatorial no aparece entre los “«descamisados» que moviliza en el seno de la clase obrera organizada, principal sostén y beneficiaria de su régimen” (Rouquié 4). De esta forma, el gobierno de Perón se sitúa en un margen difuso que se debate entre la legitimidad y la ilegitimidad ya que gracias a “su funcionamiento constitucional aparece como una dictadura y como un poder legal más legítimo según la lógica democrática que el de los presidentes fraudulentamente elegidos antes de 1943” (4). A pesar de las consideraciones anteriores, no podemos afirmar con certeza, desde otro punto de vista, que el período peronista no fuera una dictadura por una razón: su gobierno fue prácticamente ejercido sin control. Recordemos que mencionábamos que la Roma antigua la dictadura se caracterizaba por ser un período de tiempo limitado y al cual se recurría en situaciones que así lo ameritaban. El gobierno de Perón, de acuerdo con Rouquié, además de extenderse dos períodos se apoderó de casi todas las instancias estatales lo cual lo dotó de un poder incontrolable. Por ejemplo “la dominación del partido oficial en las asambleas, «concentración gregaria» que nada debe a los

procedimientos democráticos y sí todo a favor del príncipe, asegura la docilidad del parlamento cuya función principal debe ser la de neutralizar los representantes de la oposición” (4). La presencia del partido de Perón en las instituciones era sólo uno de los síntomas de los inicios de un régimen dictatorial. Además del dominio del partido oficial en las instancias política, recordemos que el régimen emprendió una fuerte campaña en contra de la prensa y cualquier medio de comunicación que se opusiera a su partido o que denunciara los abusos cometidos por el mismo. Si a lo anterior añadimos la reforma constitucional por medio de la cual se instauraba la reelección, el régimen peronista es un caso, entre muchos otros, de una dictadura.

El caso argentino de Perón muestra dos cosas: por un lado, el calificar un régimen como dictadura es algo que depende, en la mayoría de los casos, de la opinión subjetiva de quienes por cualquier razón ven sus intereses en peligro. Pero incluso así, no es justificable el hecho que una dictadura sólo pueda ser entendida como tal en tanto perjudica intereses económicos o va en contra de los principios de un sector social. Debemos tener en cuenta también que es el ejercicio de poder sin control en lo que nos debemos concentrar en tanto es gracias a este que el dictador –escudándose en la promesa de restablecer el orden perdido- comete toda clase de abusos que afectan a los sectores más vulnerables de la sociedad. El segundo punto es el de la idea de legitimidad, que en el caso de Perón, es tan confusa y cambiante como en cualquier otro régimen. Su gobierno es legítimo porque las elecciones no fueron fraudulentas pero, a juzgar por el exceso de poder y el afán de la perpetuación en el poder, es un caso de gobierno ilegítimo.

Pero a pesar de las consideraciones que hemos hecho a propósito del papel que juega la subjetividad a la hora de calificar a un régimen como dictatorial o no, es evidente que hay rasgos específicos que nos permiten identificar un régimen dictatorial más allá incluso del contexto histórico o de la delimitación geográfica. Aunque parezca evidente, no está de más señalar que las dictaduras aparecen como una manifestación típicamente masculina. Lo anterior puede explicarse desde algunas perspectivas; el primer lugar, en América Latina – como ha sucedido en casi todo el mundo- la inclusión de la mujer en la política fue un suceso tardío en relación con el papel que siempre ha tenido el género masculino. Por lo tanto, han sido los hombres quienes la mayoría del tiempo han gozado del poder político. De otro lado, y, como lo explicaremos a continuación, las dictaduras han surgido, entre otras cosas, gracias a ese rasgo patriarcal que ha sobrevivido en los gobernantes de América Latina y que ha proliferado de tal forma que los ha impulsado a gobernar países enteros siguiendo modelos paternalistas.

En segundo lugar, habría que señalar que no hay dictadura sin la figura del dictador. Se puede argumentar, por el contrario, que una dictadura es algo más complejo que la presencia de un solo hombre, pero hay que aclarar que las dictaduras, como fenómeno en América Latina, han surgido en casi todos los casos debido al poder excesivo del que han gozado figuras autoritarias individuales. El rasgo anterior merece una explicación más precisa de acuerdo con Rouquié, quien sostiene que en “el horizonte histórico que conforma la percepción latinoamericana (por una vez el término genérico es aceptable) de las dictaduras es el fenómeno casi continental del despotismo caprichoso de los «patriarcas» que adquirieron su lugar en la memoria colectiva como lo tienen en la literatura más representativa” (4). Además, los dictadores se caracterizan,

como menciona Leslie Manigat en *Évolutions et révolutions* porque “llevaron el poder personal a su grado máximo de verdad, de eficacia y de opresión” (319). El caso del poder se muestra entonces, como uno de los rasgos más característicos de una dictadura ya que el dictador se preocupa constantemente por permanecer en el poder, por mantenerlo intacto y por aumentarlo con el paso del tiempo de modo que sea únicamente él quien gobierne, independientemente de la maquinaria que tiene a su disposición que evidentemente está a sus disposición para cumplir sus órdenes. Además, el dictador siempre está velando por mantener en poder absoluto, no solo para asegurar su permanencia en él sino para aumentar su riqueza personal (Rouquié, 4) y para beneficiarse del estado que gobierna hasta tal punto que “el inamovible poseedor del poder confunde frecuentemente la «cosa pública» con su propiedad privada” (4). Es por lo anterior que un régimen dictatorial afecta todos los sectores de la sociedad y la hace más deprimida, en términos económicos, a la vez que logra en algunos casos, por medio de la violencia, reducir la población y eliminar a aquellos que se oponen a ella.

Otra característica importante, a la que nos hemos referido previamente, es que sin importar la naturaleza de la dictadura, los medios que ha usado el dictador para llegar al poder o las herramientas de las que se vale, la perpetuidad del régimen es uno de los rasgos típicos de gobiernos de esta categoría. El tiempo que dura una dictadura es lo que no sólo define estos regímenes, sino lo que permite que el dictador pueda tener más poder con el paso de los años. Un ejemplo, entre otros, al que podemos aludir es de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana. Aunque Trujillo permaneció en el poder desde 1930 hasta 1961, año en que fue asesinado por rebeldes, es interesante cómo logra manipular la política e incluso durante dos períodos, cada uno de cuatro años, sigue

al frente del país sin ser presidente. En 1930, tras la insurrección contra el presidente Horacio Vásquez y su posterior renuncia, se convocaron elecciones en la isla y Trujillo, quien hasta hace poco había ocupado el cargo de Jefe de Estado Mayor a cargo de la Policía Nacional, se presenta junto con Rafael Estrella Ureña – quien había sido nombrado presidente interino luego de la renuncia de Vásquez-. El candidato de la oposición era Federico Velásquez y Hernández quien junto a su fórmula vicepresidencial, Ángel Morales, pronto renunció a su candidatura dejando a Trujillo sin oposición alguna. Poco a poco, Trujillo, junto con el grupo paramilitar *La 42*, empezó a sembrar el terror en toda la isla durante la campaña electoral ya que se encargó de perseguir y eliminar cualquier forma de oposición. Incluso, el 7 de mayo de 1930 renunciaron todos los miembros de la Junta Nacional Electoral que fueron sustituidos por adeptos de Trujillo de modo que los resultados, de cualquier forma, favorecieran sus intereses. El 16 de mayo fue nombrado presidente de la República Dominicana con un porcentaje a su favor de 45 % a pesar de que luego se comprobó que sólo habían ido a votar el 25 % de los dominicanos. Además de la campaña de exterminio que había emprendido en los meses anteriores, pasaría a la historia su discurso presidencial en el que exaltó los valores patrióticos que lo llevaron a asumir el cargo tratando de ocultar todas las acusaciones que recaían sobre *La 42* y sus intereses tiránicos.

Apenas meses después de asumir la presidencia, varios opositores de Trujillo se reunieron con el fin de derrocar su gobierno pero al ver que sus esfuerzos no dieron resultado, varios representantes de la oposición terminaron exiliados lo cual fortaleció todavía más la dictadura de Trujillo. En 1931, el general Desiderio Arias, quien se había unido a Trujillo para derrocar a Vásquez, trata de sublevarse contra Trujillo y renuncia al

gabinete del mismo. Tiempo después, los militares leales a Trujillo se encargan de desaparecer a Arias quien es asesinado. Poco a poco, la dictadura de Trujillo se va fortaleciendo y no sólo por las medidas que toma en la isla, sino porque tiene bajo su mando a un grupo de hombres que conforme surgen los opositores los van eliminando de la escena política. Su gobierno, de acuerdo con la definición de Rouquié, se va convirtiendo rápidamente en una dictadura ya que se encarga de que su permanencia en el poder no sólo traiga beneficios económicos personales sino que al mismo tiempo la plantea como un régimen de larga duración. En 1934 se vuelven a convocar elecciones y Trujillo queda como único candidato, previamente elegido por el Partido Dominicano⁷, de modo que es reelegido en un segundo período y toma posesión del cargo el 16 de agosto del mismo año. Durante este segundo período presidencial (1934-1938) ocurrió lo que se conoce como la “Masacre del Perejil”, que tuvo como resultado la muerte de más de 15.000 haitianos que vivían en la frontera con República Dominicana. Algunas fuentes aseguran que la orden de Trujillo de la matanza de los haitianos estaba motivada por la preocupación constante sobre la ayuda que prestaban los haitianos a los dominicanos que querían sublevarse contra el régimen trujillista, mientras que otros aseguran que todo hizo parte del plan de Trujillo para blanquear la raza en el país. El resultado de sus acciones, no sólo llevó a la masacre sistemática de haitianos sino que también provocó la reacción de la comunidad internacional por lo que en 1938, Trujillo decidió no presentarse de nuevo a las elecciones, sino que en su lugar puso a Jacinto Bienvenido Peynado, su vicepresidente durante el período de 1934-1938. Podemos

⁷ El Partido Dominicano fue fundado por Trujillo y fue el único partido político oficial permitido en República Dominicana durante el tiempo que Trujillo permaneció en el poder.

observar de qué forma Trujillo, como otros dictadores, a través de la figura de persona interpuesta, como lo observa Rouquié (4) en su texto, se asegura de su permanencia en el poder al mismo tiempo que utiliza a Peynado como presidente títere quien está al mando del país, pero siempre cumpliendo las órdenes de Trujillo. Tras la muerte de Peynado en 1940, los sustituye en el poder el vicepresidente Manuel Troncoso quien ejerce hasta 1942 cuando Trujillo se presenta de nuevo a la presidencia como candidato del Partido Dominicano y por consenso del recién formado Partido Trujillista. Trujillo sigue al mando de la isla hasta 1947 cuando de nuevo se convocaron elecciones en República Dominicana. Para entonces, la presión internacional empezaba a preocupar al dictador quien esta vez, recurrió a establecer una democracia ficticia permitiendo la inclusión de otros dos candidatos a la presidencia, Rafael Espaillat por el Partido Nacional Laborista y Francisco Pratts Ramírez como candidato del Partido Nacional Democrático. De nuevo, ganó Trujillo con el 90 % de los votos como candidato del Partido Dominicano. Estuvo en el poder por cinco años más y en 1952, Trujillo utiliza de nuevo la fachada del presidente títere y su hermano Héctor es nombrado presidente y ejerce hasta 1957 cuando se convocaron de nuevo elecciones en las que se presentaba su hermano Héctor, para su segundo período junto a Joaquín Balaguer como vicepresidente. Héctor Trujillo fue nombrado para el período 1957-1962 pero en 1960, ante la presión internacional, Rafael Trujillo hace que su hermano renuncie y Balaguer toma posesión. En 1961, Trujillo es asesinado por un grupo de opositores de modo que este último período no concluyó de la forma en que había sido planeado. Rafael Leónidas Trujillo, nunca dejó de estar en el poder, fuera directamente o por persona interpuesta por un período de 31 años que sólo concluyó con su muerte.

El caso de Trujillo, aunque destacado en la historia de las dictaduras por la forma en que acabó la vida del dictador y la represión sistemática no solo de la población dominicana sino de la haitiana y de los opositores que huyeron exiliados de la isla, es un caso más de los regímenes dictatoriales en América Latina. Podemos decir a manera de conclusión, que en general, a dichos regímenes se les puede identificar ya no por ser “un gobierno autoritario o aun arbitrario, sino un sistema político en el cual los gobernados no tienen la posibilidad de apartar a los gobernantes del poder por medio de procedimientos regulares o institucionalizados” (Rouquié 6). Podemos concluir entonces, que se trata ya no únicamente de la forma en que estos regímenes ascienden al poder, como hemos discutido en páginas anteriores, sino que se debe tener en cuenta otro factor: la imposibilidad de los ciudadanos de renunciar a sus gobernantes. El caso de Trujillo es muy significativo al respecto. En primer lugar, como hemos mencionado, permaneció en el poder ya sea por sus maniobras de reelección o por persona interpuesta durante 31 años lo cual al mismo tiempo que permitió aumentar su poder gradualmente, lo benefició a él y a sus colaboradores económicamente haciendo ganancias con dinero dominicano. De otro lado, luego de muchos intentos por derrocar su régimen, finalmente la única forma de hacerlo fue planeando su asesinato gracias a la intervención extranjera en la isla. Lo anterior sin mencionar que luego de muerto Trujillo, los que todavía eran fieles al régimen, al mando de su hijo, se encargaron de perseguir y matar a casi todos los que participaron en el complot de su asesinato.

Hemos mencionado el caso de Trujillo debido a que su régimen es el escenario histórico de una de las novelas que analizaremos, *La fiesta del chivo* (2000) pero además porque consideramos pertinente, para concluir este apartado, referirnos a algunos

elementos claves en relación con las dictaduras militares en América Latina. Si bien la historia con sus numerosos casos en América Latina ha demostrado que la presencia militar al mando del gobierno de un país resulta en regímenes dictatoriales con hombres que están fuera de control y que manejan el poder a su conveniencia, queremos demostrar que una dictadura no se puede definir por su origen, militar o no, sino por los rasgos a los que nos hemos referido previamente. Con este propósito nos referiremos brevemente al caso de Argentina cuando Juan Domingo Perón fue derrocado en 1951. Podemos decir que el régimen de Perón, para quienes no estaban de acuerdo con las reformas que él hizo fuera una dictadura para la burguesía agraria argentina pero no para la mayoría de la población. En este caso, la definición de dictadura a pesar del rango militar de Perón sería cuestionable si asumimos que los regímenes militares son dictaduras. En cambio, si observamos que la duración en el poder del general Perón, podemos discutir, a partir de elementos concretos, el hecho que su gobierno haya sido una dictadura o no. Situación parecida sucede con el gobierno que sustituyó a Perón luego de su derrocamiento en 1951. Para la minoría argentina, la burguesía, la toma del poder por parte del ejército no fue considerada el inicio de un régimen dictatorial, sino más bien una especie de reconstitución del orden “natural” de las cosas.

A través de este apartado nuestro interés se ha enfocado en abordar el panorama histórico en el cual podemos situar las dictaduras en América Latina, los conceptos en los cuales nos basaremos para el posterior análisis de las tres novelas que vamos a tratar en cuanto se refiere al tema del poder que ostentan las figuras dictatoriales. Hace falta mencionar que el análisis de las obras no será de tipo biográfico, consideramos pertinente hacer una revisión del panorama histórico y político de América Latina con el fin de

poder establecer relaciones concretas a la vez que lo anterior nos permite abordar nuestro tema de una forma más amplia. Al revisar el panorama de América Latina, hemos podido aclarar algunos conceptos como el de *legitimidad*, *ilegitimidad* y *dictadura*, entre otros. Lo que proponemos para los otros apartados es estudiar la figura del dictador en relación con los conceptos que hemos definido y también acercarnos a las novelas abordando los conceptos de monstruosidad y poder, como lo hemos mencionado al inicio de este apartado.

1.7 Introducción a la novela de dictador

La historia de las naciones siempre ha estado marcada por quienes las dirigen. Es así como de meros ciudadanos, los líderes a la cabeza de una nación se convierten en figuras renombradas, que pasarán a la posteridad, aunque no siempre por el progreso económico, político y social que supuso su gobierno para una determinada nación. En el caso de los regímenes dictatoriales, la cuestión se complica; además de salir de las filas de los ciudadanos gobernados, para pasar a las de los que gobiernan, lo que ocurre con los dictadores es que se convierten en la figura central del estado al que dirigen. Por un período de tiempo, a veces muy extendido, todo gira en torno a esa figura que parece disponer de todo según su conveniencia. El poder que se concentra en ella, lo hace de forma arbitraria. Teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, tomaremos la definición de Rouquié como hipótesis de trabajo “Llamaremos pues dictadura a un régimen de excepción que, por circunstancias particulares, se ejerce sin control” (Rouquié, 1). Nos interesa, en este apartado, a partir de la premisa de Rouquié, examinar la figura del dictador Rafael Leonidas Trujillo en *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa, concentrándonos en los mecanismos de los que se vale el personaje para mantener dicho control sobre la isla por un período de treinta años y cómo la muerte del dictador

supuso en su momento la única solución para terminar con su régimen. Es importante subrayar que todos los elementos que analicemos a lo largo de este estudio surgen de un interés literario mas no historiográfico. Es decir, el análisis de la figura de Trujillo, lo haremos en tanto personaje de una obra de ficción como lo es la novela de Vargas Llosa, a pesar de que esta esté basada en hechos históricos y verídicos. Es por lo anterior que todas las herramientas teóricas de las que nos valdremos así como los conceptos que analizamos a lo largo de este primer capítulo, con respecto al surgimiento de los dictadores y sus características, se aplicarán a los personajes, en tanto caracteres ficcionales, de la obra literaria escogida. No es nuestra intención hacer un estudio histórico del régimen trujillista como fenómeno político en Latinoamérica, sino estudiar la reconstrucción y la representación que de este se hace en la obra *La fiesta del chivo*.

La pregunta, entonces, es por qué no solo los historiadores sino también los novelistas se han interesado tanto en tratar el tema de las dictaduras, ya no solamente como telón de fondo de una historia, sino centrando su atención en la figura del dictador. Se podría decir que hay cierto grado de conciencia y deber moral; la literatura, como otra forma de expresión, actúa como medio para denunciar, reescribir o reconstruir periodos caóticos de la historia, como lo es sin duda el de las dictaduras en América Latina. También es posible pensar en que las dictaduras, como fenómeno político y social, han atravesado la historia de América Latina y se han sucedido una tras otra en diferentes países, de modo que, por desgracia, han sido un tema recurrente del que se han nutrido numerosos novelistas. De otro lado, la figura del dictador siempre ha resultado enigmática y compleja. Desentrañar sus motivos, el poder contenido en ella y la forma en que se ejerce, proveen al novelista no sólo de una fuente inmensa de material histórico

sino que también le permite crear personajes oscuros que sin duda ejercen un papel definitivo en las obras. Además, las obras ficcionales proveen una perspectiva diferente acerca de aquellas situaciones que no siempre están precisadas en las biografías o textos históricos.

Pero no solo novelistas latinoamericanos han mostrado su interés por las dictaduras de esa parte del continente. Ramón del Valle-Inclán, ya en 1926 publicó *Tirano Banderas*, un esperpento en el cual el autor español se refería a un país latinoamericano que venía a ser la suma de todos los países; es decir, no había necesidad de situar los hechos en ningún país en específico, el país del que habla Valle Inclán es comprensivo de todas las naciones. Los personajes, encabezados por el deformado Tirano Banderas quien casi siempre aparece detrás del marco de la ventana de la fortaleza en la que se refugia, hacen parte de un ambiente que ha pasado por el filtro de los espejos de Valle Inclán. Dicho ambiente, que podría interpretarse como “carnavalizado”, es posible gracias al juego de espejos que emplea Valle Inclán en la re-presentación que el autor hace del mundo. De este modo, los espejos cóncavos y convexos realizan una deformación sistemática del mundo, de los personajes y de las imágenes. De acuerdo con Iris Zavala, cuando el espejo es cóncavo, el autor puede “alargar y estilizar las figuras (como un pintor renacentista o como El Greco)” (420). Mientras que, cuando las imágenes pasan por el filtro de los convexos (*goyescos*, según Zavala), los cuerpos aparecen “desmembrados, despedazados y perfilan sus más crudos aspectos anatómicos” (420). Aunque esas técnicas son más evidentes en los esperpentos de Valle Inclán, el autor se vale de estas técnicas también en *Tirano Banderas*. Recordemos, por ejemplo, cuando Tirano Banderas es finalmente abatido:

Tirano Banderas salió a la ventana, blandiendo el puñal, y cayó acribillado. Su cabeza, befada por sentencia, estuvo tres días puesta sobre un cadalso con hopas amarillas, en la Plaza de Armas: El mismo auto mandaba hacer cuartos el tronco y repartirlos de frontera a frontera, de mar a mar. Zamalpoa y Nueva Cartagena, Puerto Colorado y Santa Rosa del Titipay, fueron las ciudades agraciadas (Valle Inclán, 126).

El cuerpo destrozado del dictador, las vejaciones a las que es expuesto su cuerpo, le otorgan un final esperpéntico al tirano de la “novela de tierra caliente”, como subtitula Valle Inclán su obra. No hay que dejar de lado que dicho final está inspirado en la crónica de Francisco Vázquez, *El Dorado: Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre* sobre el conquistador español, quien, como el tirano también asesina a su propia hija antes de morir.

Citamos el ejemplo de Valle Inclán por ser uno de los autores fuera del ámbito latinoamericano que mostraron interés por el tema de las dictaduras en sus obras, pero al lado de Valle Inclán podemos también citar al autor español Vázquez Montalbán con su novela *Galíndez*. Publicada en 1990, trata sobre Jesús de Galíndez, un vasco exiliado en República Dominicana quien en 1956, luego de presentar su tesis doctoral en la que centraba su estudio en el régimen de Trujillo, desapareció en Nueva York y luego fue asesinado por orden de Trujillo en República Dominicana. El episodio es recogido por Vargas Llosa en *La fiesta del chivo* en el capítulo VI, cuando Antonio de la Maza explica uno de sus motivos para matar a Trujillo: la muerte de su hermano Octavio, a manos de Trujillo:

En marzo de 1956, Jesús de Galíndez, que se había nacionalizado

norteamericano, desapareció, después de ser visto, por última vez, saliendo de una estación de metro en Broadway, en el corazón de Manhattan (...) En las semanas y meses siguientes a la desaparición de Galíndez —el cadáver jamás fue hallado— la investigación de la prensa y del FBI reveló inequívocamente la responsabilidad total del régimen (Vargas Llosa 112).

El hermano de Antonio de la Maza, fue uno de los que transportó, junto con Murphy, el piloto de la avioneta, a Jesús de Galíndez desde Montecristi, al norte de la isla, hasta la Hacienda Fundación en San Cristóbal, en donde todo apunta a que el nacionalizado norteamericano, fue torturado y asesinado por Trujillo. Cuando la prensa internacional empezó a presionar al régimen y las críticas no cesaban, Trujillo, en una maniobra brillante, detuvo a Octavio de la Maza recluyéndolo en la cárcel La Victoria, únicamente para enviar su cadáver días después a su mujer en un coche de la SIM “—Su marido se ahorcó en la cárcel. Se lo trajimos para que lo entierre como Dios manda” (115).

Galíndez es otra de las novelas que denuncian el trujillato y los abusos cometidos por un régimen que duró poco más de tres décadas. Junto a la novela de Vázquez Montalbán, podríamos citar algunas otras de autores extranjeros como *The Bone Farming* publicada en 1998 de Edwidge Danticat, escritora haitiana que desde muy joven emigró a Estados Unidos y que en su novela recoge la masacre de haitianos ordenada por Trujillo en 1937. El caso de Julia Álvarez, autora de *En el tiempo de las mariposas* publicado en 1994, es especial ya que la autora nació en Estados Unidos y a los tres meses de trasladó con sus padres dominicanos para vivir de nuevo en la isla y a la edad de diez años regresó a Estados Unidos. Sin embargo, vamos a considerarla dentro de la lista de autores no

latinoamericanos que han escrito sobre el trujillato.

Es evidente que el tema de las dictaduras latinoamericanas ha suscitado gran interés en autores extranjeros, pero el tema de las dictaduras tiene una larga tradición en autores latinoamericanos que se han dedicado a explorar este fenómeno en su obra literaria. La necesidad de indagar sobre estos personajes históricos, los dictadores, ha producido grandes obras que no han parado de sucederse. Entre las más notables, podemos remontarnos hasta *Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento y *Amalia*, (1851-1855)⁸, de José Mármol, que tratan sobre el gobierno de Rosas en Argentina; también encontramos *El señor presidente* (1932) del guatemalteco Miguel Ángel Asturias. Ya en la década de los setenta del siglo XX, observamos una proliferación de novelas que se concentran en explorar la figura de los dictadores, en tanto figuras sintéticas, entre las cuales se encuentran *El recurso del método* (1974) del cubano Alejo Carpentier y *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez. El caso de la novela de García Márquez resulta especial en relación con sus antecesoras ya que de acuerdo con Seymour Menton marca una diferencia debido a que “Mientras obras como *Nostromo*, *Tirano Banderas* y *El recurso del método* y otras se esfuerzan por captar la síntesis de la república latinoamericana mediante un menjurje geográfico, lingüístico e histórico, en *El otoño del patriarca* el aspecto menjúrjico tiene una función bastante reducida” (59). Consideramos la afirmación de Menton razonable en tanto a través de la novela del colombiano, hay varios elementos que, aunque no dejan de situar la acción dentro del marco caribeño, nos indican que no se trata de un dictador totalizante, en el sentido que constituye la suma de muchos dictadores y a su vez muchas naciones. Se intuye que los

⁸ La novela, antes de ser publicada en su integridad fue publicada por entregas en un periódico.

hechos ocurren en Venezuela debido a las referencias geográficas que da. En este sentido, la novela de García Márquez vendría a ser una suerte de culminación de un tipo de novela en la que, si bien se adivina el personaje histórico detrás del novelesco –en este caso se trataría de Juan Vicente Gómez–, las obras no se refieren a personajes históricos concretos, sino que por el contrario constituyen una especie de síntesis de diversos elementos y personajes latinoamericanos, tratando de fundirlos para dar cuenta de una totalidad.

En este sentido, la novela de Vargas Llosa provee una visión completamente diferente a la que nos tenía acostumbrados las novelas anteriores. *La fiesta del chivo* (2000) aparece como novela de dictador tardía pero si tenemos en cuenta que la década de los noventa del siglo XX cuenta con novelas como las ya citadas de Julia Álvarez, Edwidge Candicat y Vázquez Montalbán, *El padre de la Patria Nueva* de José María García-Rodríguez publicada en 1996 y *El españolito y el espía* (1999) de Alfredo Matilla Rivas, la novela de Vargas Llosa no aparece como un caso aislado dentro de este tipo de narrativa. Además lo que más nos interesa, y que trataremos a lo largo de la investigación, es la forma en que Vargas Llosa expone y construye el personaje de Rafael Leonidas Trujillo. Mientras que en las novelas precedentes, el dictador aparecía como una figura encerrada en los muros de un palacio inaccesible, hombres a los que nadie conocía y con los que muy pocos se relacionaban, el Chivo se plantea como un personaje público y que goza ser admirado por sus seguidores. Las puertas del palacio, aunque siguen siendo dominio del dictador, se han abierto al público gracias a que el dictador ha salido de este, se ha acercado a quienes lo apoyan dándoles regalos y apadrinando a sus hijos; no olvidemos que a Trujillo lo apodaban el Padre de la Patria Nueva. Además de saber

exactamente de quién se trata de la novela, de incorporar personajes históricos y hacerlos literarios, la obra al mismo tiempo que mitifica la imagen del Chivo la desmitifica. El doble proceso que ocurre es tal vez uno de los elementos más valiosos de la novela en cuanto a la representación del personaje. Si por una parte vanagloria la imagen del dictador igualándolo a un dios, de otra, se adentra en su pensamiento y revela los detalles más íntimos de su vida, exponiendo su vulnerabilidad y anticipando su caída. Así, su vejez y el deterioro de su cuerpo están en consonancia con la decadencia en la que está sumido su régimen en los años finales.

Nos interesa entonces analizar el elemento del poder y cómo este se concentra en el personaje de Rafael Trujillo en *La fiesta del chivo*. De un lado, hemos decidido analizar tres tipos de relaciones de poder que identificamos en la obra: el poder sexual del chivo, el poder político y el poder económico. A través de estas ramificaciones del poder que concentra su figura, haremos un estudio de las relaciones que se tejen entre el Benefactor de la Patria y quienes lo rodean no únicamente en su círculo más cercano del poder sino desde una perspectiva más englobante que nos permita incluir de cierta forma a los dominicanos que vivieron bajo su régimen durante la Era Trujillo.

De otro lado, nos interesa explorar un elemento que no ha sido muy estudiado por la crítica específicamente, se trata de la relación que detectamos entre el personaje de Trujillo como figura de poder y como figura monstruosa. Consideramos que la crítica se ha enfocado en tratar de revelar los rasgos más oscuros del personaje de Vargas Llosa, haciendo del este la figura del dictador por excelencia, pero no se ha considerado propiamente a Trujillo dentro del marco de la monstruosidad. Proponemos entonces analizar el personaje como un ser *anormal* cuyos rasgos nos permiten identificarlo como

figura monstruosa gracias al poder que adquirió durante su régimen. Habíamos mencionado que el poder del personaje provenía de tres elementos: la política, la economía y su particular postura frente a su sexualidad y la forma de ejercerla e imponerla. Su monstruosidad emana de los tres elementos de poder. Su anormalidad se define por los actos que comete contra la población dominicana, la forma en que se vale de su posición para someter a quienes le convenga y su naturaleza de macho reproductor como modelo dominicano digno de imitar, como lo veremos en los capítulos siguientes.

Consideramos la novela de dictador como fuente inagotable de la que se nutren escritores y críticos. La novela de Vargas Llosa constituye dentro de este marco una ruptura importante en tanto socava la figura del dictador y la expone ante los ojos del lector y de los otros personajes en su faceta más grandiosa y en sus aspectos humanos más miserables y susceptibles. Proponemos entonces una lectura de la obra del peruano considerando lo anterior y explorando la novela a partir del análisis del personaje literario de Rafael Leonidas Trujillo.

En este primer capítulo consideramos pertinente hacer una revisión del contexto latinoamericano para situar en él la novela de Vargas Llosa. Si bien el objetivo de nuestra investigación no tiene un enfoque directamente político, ni pretende hacer un estudio historiográfico de las dictaduras, era necesario referirnos a la evolución de historia política latinoamericana para poder comprender de una manera más precisa de qué forma la obra de Vargas Llosa alude al tema de los dictadores y el poder desmesurado que estos han adquirido en diferentes ocasiones a lo largo de la historia de nuestro continente.

Los autores a los que nos hemos referido en este capítulo nos han proporcionado herramientas teóricas necesarias para observar a partir de ellas de qué forma operan las

dictaduras, de dónde provienen y por qué constituyen un modelo político tan problemático pero a la vez tan determinante en los procesos de cambios políticos en Latinoamérica. Conceptos como autoridad, legitimidad y legalidad, serán retomados a lo largo de la tesis en relación con la obra de Vargas Llosa y el personaje literario de Rafael Trujillo. En este capítulo hemos realizado una primera revisión de los conceptos mencionados que más adelante han de ser retomados y ampliados para analizar específicamente elementos precisos que encontramos en la novela del nobel peruano.

Además, hemos querido situar la obra de Vargas Llosa en referencia al género de la novela de dictador en el cual se enmarca. Nuestro interés en la última parte del capítulo ha sido el de situar la obra del peruano dentro de la tradición de este tipo de narrativas ya que consideramos que su aparición dentro del mismo puede considerarse como relativamente tardía. Pero lo que nos ocupa en esta investigación es analizar específicamente la obra de Vargas Llosa desde una perspectiva crítica enfocándonos en elementos particulares como la estructura y los personajes, concentrándonos en la figura de Rafael Leonidas. Proponemos entonces abordar la obra del peruano desde una perspectiva literaria enfocándonos en el estudio de los personajes que en ella encontramos sin desviar nuestro interés hacia las cuestiones propiamente históricas de la dictadura de Rafael Trujillo en República Dominicana. Hay que tener en cuenta que, a pesar de que se trata de un personaje histórico, nuestra investigación se concentrará en el personaje literario creado por el peruano. El análisis que proponemos incorporará conceptos teóricos de autores que se han dedicado al tema de las dictaduras al análisis propiamente literario de *La fiesta del chivo*.

Capítulo II

Estructura y personajes

2.1 Estructura tripartita de la obra

Uno de los aspectos que nos interesa tratar en nuestra investigación, en relación con la figura del dictador en *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa y publicada en el año 2000, es la estructura misma de la obra ya que el peruano, mediante la técnica de la intercalación de perspectivas, reconstruye no solo un período histórico definitivo para la historia de La República Dominicana, sino que también se vale de esta técnica narrativa para construir al personaje mismo de Rafael Leonidas Trujillo, conocido como “El chivo”. La estructura de la obra, a la que vamos a denominar como tripartita, se desarrolla teniendo en cuenta la perspectiva de algunos de los personajes que rodearon a Trujillo quien gobernó la isla desde 1930 hasta 1961, año en que Trujillo fue asesinado. Los protagonistas de estos tres relatos son Trujillo, Urania Cabral -hija de un ministro de Trujillo conocido como “Cerebritito”- y por último, contamos con el que corresponde a los asesinos del dictador. Proponemos entonces que la novela de Vargas Llosa sea leída como un tríptico que se compone de las voces de Urania Cabral, Rafael Leonidas Trujillo y el grupo de conjurados.

Nos interesa detenernos en la estructura de la obra especialmente debido a la forma en que está organizada. La disposición de la misma, que consiste en la yuxtaposición de tres hilos narrativos, como veremos a continuación, no tiene como objetivo crear una ruptura discursiva generando una desconfianza en el lector sobre la veracidad de los hechos; sino que, por el contrario, consideramos que la función de estas perspectivas construye una novela en la que los tres relatos se complementan unos a otros.

Con respecto a lo anterior habría que anotar dos cosas; en primer lugar que la técnica narrativa del peruano puede identificarse con las técnicas propias de los nuevos narradores. En segundo lugar, que a pesar de esta técnica que podría prestarse para desorientar el curso del relato, como anota Frauke Gewecke en “La fiesta del chivo, de Mario Vargas Llosa: perspectivas de recepción de una novela de éxito”, cuando menciona que en la obra del peruano no se altera:

ni el orden cronológico de los hechos narrados ni la concatenación interna de los mismos; y la pluralidad de voces narrativas no provoca una pluralidad de visiones que estarían en competencia o franca oposición, sino que corresponde a una yuxtaposición de visiones convergentes que le proporcionan al lector una imagen coherente y contundente de lo que fuera, según el autor, la Era Trujillo (158).

A este respecto habría que aclarar que a pesar de que Vargas Llosa construye la historia de la Era Trujillo a través de personajes históricos como de otros meramente ficcionales, *La fiesta del chivo* constituye una obra ficcional en su totalidad. Es decir, en ningún momento deja de plantearse ante el lector como una novela.

El punto neurálgico, por llamarlo de alguna forma, en el que las tres narraciones convergen es la noche en que fue asesinado Rafael Leonidas Trujillo y a partir de esa noche, Vargas Llosa empieza a desarrollar en paralelo las tres grandes ramificaciones de la historia. Las tres narraciones se yuxtaponen durante toda la novela y el orden en el que están dispuestas no es aleatorio y en el proceso de alternar estas narraciones participa un narrador en tercera persona quien nos permite conocer los pensamientos de cada uno de los personajes de modo que ocurre una internalización constante. Es decir que las tres historias no podrían funcionar en otro orden como tampoco se podrían prestar para un

juego como el que ocurre en la *Rayuela* de Julio Cortázar. En este sentido, el lector, no puede disponer del orden de la lectura sino que más bien debe construir y completar la historia teniendo en cuenta las tres perspectivas que se le proveen. De otro lado, la visión desde el interior, que mencionábamos anteriormente, conlleva entonces a lo que conocemos como *estilo indirecto libre* y que Gerard Genette ha definido como aquella técnica en la que “the narrator takes on the speech of the character or, if one prefers, the character speaks through the voice of the narrator, and the two instances are then «merged»” (Genette 174). Las tres historias que además de intercalarse y aparecer en la novela como capítulos, sufren una yuxtaposición del orden espacio-temporal, por lo que podemos afirmar que funcionan coordinadamente.

La novela nos permite introducirnos, en la mente tanto de Urania como del Dictador, pero hay que advertir que este recurso narrativo mediante el cual nos es posible como lectores observar la internalización en la mente de los personajes no era un elemento frecuente en las primeras novelas de dictador. Es por lo anterior, como anota Ángel Rama en *Los dictadores latinoamericanos* (1976), los nuevos narradores “dan un salto en el vacío: no sólo entran al palacio, husmean sus rincones, revisan las variadas guaridas del gobernante sino que se instalan con soltura en la conciencia misma del personaje y de ese modo ocupan el centro desde donde se ejerce el poder” (16). La reflexión de Rama acerca del papel de los autores de novela de dictador responde a la crítica que se hacía a la forma en que era abordado el papel del dictador en las primeras novelas sobre el tema: el punto de vista desde el cual se narraba la vida del dictador era externo de modo que muchas de las inquietudes sobre su forma de actuar y el modo en que hacía uso del poder quedaban sin resolver. A diferencia del narrador de la novela de

Asturias *El señor presidente* (1946) en donde se contempla todo desde fuera y apenas si llega a intentar describir lo que pasaba dentro de los muros de palacio, en la novela de Vargas Llosa la presencia del narrador omnisciente en tercera persona, que a su vez da paso al estilo indirecto libre, permite conocer los hechos desde las diferentes perspectivas. Pero hay que considerar también, el hecho que estos diferentes puntos de vista que muestran a su vez espacios y tiempos distintos contribuyen a que el lector pueda tener una visión más amplia de lo que ocurre “la fragmentación del tiempo y el espacio, así como el uso del elemento multiperspectivista buscan ofrecer una visión abarcadora del pasado que ofrezca al lector todos los datos necesarios para conformar una visión clara del pasado y aceptarla como verosímil en el relato” (Colomina, n.pag.). De esta forma, la estructura no sólo tiene una influencia en el orden en que se conocen los hechos sino que además hace posible que esta fragmentación de puntos de vista no sea tomada como una interrupción del relato, sino como la posibilidad de confirmar un mismo hecho desde diferentes enfoques y personajes.

Siguiendo con esa línea de ideas acerca de cómo funciona la estructura de la obra, es importante precisar que la disposición de las tres pequeñas historias en *La fiesta del chivo*, no es arbitraria, el orden en el que aparecen a lo largo de la novela sigue una secuencia lógica. A través de las tres perspectivas el lector puede comprender cómo un mismo suceso, la muerte de Trujillo, afecta a distintos personajes. Además, la obra también propone desplazamientos temporales, con lo cual, sin apartarse de la muerte de Trujillo, revisa la historia del régimen del dictador dominicano y la de los personajes que componen la misma. La muerte del dictador, al ser el evento exacto en el que convergen dos de las tres historias es un buen ejemplo de lo que referíamos anteriormente. Decimos

que solo convergen dos historias, pues la de Urania Cabral, hija de uno de los ministros de Trujillo, al ser contada retrospectivamente, es la que nos va a permitir como lectores vincular parte de los acontecimientos de la isla durante la Era Trujillo con lo que sucedió luego de la muerte del dictador. Además, hay que recordar que Urania ya no vivía en la isla para cuando Trujillo fue asesinado.

La noche que planean matar a El chivo, este se dirige desde Ciudad Trujillo hacia San Cristóbal, ciudad cercana a la capital, en donde estaba una de sus residencias conocida como la Casa de Caoba, conocido como el sitio de encuentro de Trujillo y sus amantes. La noche de su muerte lo acompaña únicamente su conductor Zacarías de la Cruz, de modo que los asesinos que están apostados en la carretera no tendrían que sortear a su escolta personal:

Tony Imbert aceleró y en pocos segundos estuvieron a la altura del Chevrolet Bel Air. También estaba corrida la cortina lateral, de modo que Salvador no vio a Trujillo, pero sí, clarito en la ventanilla de adelante, la cara fornida y tosca del famoso Zacarías de la Cruz, en el instante en que sus tímpanos parecieron reventar con el estruendo de las descargas simultáneas de Antonio y del teniente. Los automóviles estaban tan juntos que, al estallar los cristales de la ventanilla posterior del otro carro, fragmentos de vidrio salpicaron hasta ellos y Salvador sintió en la cara diminutos picotazos (249).

Desde la perspectiva de los asesinos sabemos que Trujillo viene por la carretera que conduce a San Cristóbal hasta la Casa de Caoba; pero la historia estaría incompleta si, como lectores, no conociéramos la perspectiva de Trujillo de los instantes previos a su propia muerte. El relato de la muerte de Trujillo en la voz de los asesinos ocurre en el

capítulo XII, desde ese punto en adelante, Trujillo ya ha muerto, pero la estructura yuxtapuesta continúa. Más adelante en el capítulo XVIII, se da paso a lo que ocurre en el auto de Trujillo:

Habían tomado la carretera a San Cristobal y, a su derecha, vio las luces de la Feria Ganadera y de El Pony lleno de parejas comiendo y bebiendo (...) —Estos borrachos...— comentó Zacarías de la Cruz. En ese momento, a Trujillo se le ocurrió que tal vez no era un borracho y se viró en busca del revólver que llevaba en el asiento, pero no alcanzó a cogerlo, pues simultáneamente oyó la explosión de un fusil cuyo proyectil hizo volar el cristal de la ventanilla trasera y le arrancó un pedazo del hombro y del brazo izquierdo (385).

Al tener que dar cuenta de tal cantidad de acontecimientos, la estructura de la novela se plantea como un rompecabezas cuyas partes o perspectivas conducen al lector a reorganizar la totalidad de la obra. Además, como los relatos están organizados de forma intercalada, la acción queda interrumpida hasta que se retoma la lectura ya no en el capítulo inmediatamente siguiente sino en el que se sucede en la serie que corresponde a cada uno de los personajes. De modo que el episodio de la muerte de Trujillo es buen ejemplo de cómo a pesar de que sabemos que el dictador ha muerto en el capítulo XII, continuamos construyendo la historia de modo que a través de ella podemos completar con exactitud todo lo que ocurre, desde la perspectiva del dictador, en el último día de su vida, qué motivo lo condujo a la Casa de Caoba, entre otras cosas. Su asesinato no implica que la historia deje de funcionar retrospectivamente.

La estructura coordinada, en la que los episodios se intercalan, también ha sido interpretada desde la perspectiva de los vasos comunicantes y las “cajas chinas”. Aunque

las dos técnicas son diferentes, ambas contribuyen, por una parte, a que la dimensión temporal de la obra se enriquezca y de otra, a explicar, gracias a las múltiples perspectivas, la importancia de un mismo acontecimiento, entre otras cosas. La diferencia entre las dos técnicas radicaría entonces en que el sistema de vasos comunicantes hace desarrollarse los episodios uno al lado del otro, sin que uno de ellos predomine, mientras que, como lo explica Kobylecha en “Mario Vargas Llosa: Una realidad desdoblada”, en una “caja china” la fábula avanza hacia adentro, puesto que un hilo narrativo abarca otro, y así indefinidamente” (55). A partir de lo anterior, podemos afirmar que la doble técnica narrativa funciona de modo que mientras los capítulos corresponderían a los vasos comunicantes, dentro de cada capítulo se abrirían las “cajas chinas”, permitiendo al lector adentrarse en la fábula por medio de las retrospectivas, por ejemplo. Esta técnica, además de hacer la estructura compleja y muy bien lograda, hace posible que dentro de la narración no queden cabos sueltos; es decir, ningún episodio queda sin explicar, de modo que como lectores, tenemos acceso a toda la información y podemos ir completando las historias gracias a las técnicas anteriormente mencionadas.

2.1.1 Temporalidad e historiografía

Quisiéramos anotar también que en la novela detectamos dos tipos de temporalidad que funcionan coordinadamente como lo veremos a continuación. De un lado, está la narración de Urania que dura exactamente el tiempo que permanece en la isla luego de su vuelta a los 49 años. Es decir, que aunque su narración es la que permite al lector una retrospectiva más amplia en el tiempo, su aparición en la obra es muy breve. Se trata de

apenas unos días en los que visita a su padre, se reúne con su familia y cuya estancia en la isla finaliza la noche anterior a su regreso a Los Estados Unidos.

El otro tipo de temporalidad es el que se posibilita gracias al regreso de Urania; al volver a la isla en el primer capítulo, su narración le da paso a la retrospectiva que hace volviendo al último día de la vida de Trujillo; pero al mismo tiempo aclara detalles de la vida de Urania que de otra forma no se conocerían como su desaparición repentina de la isla, su violación, y el porqué se ha mantenido alejada de su familia, entre otras cosas. Es decir, que su viaje a la República Dominicana sirve como pretexto literario para revisar la historia del régimen. Pero hay que tener en cuenta, como anotábamos en líneas anteriores, que los apartados que corresponden a la narración desde la perspectiva de Trujillo abarcan su último día de vida. Aunque, por medio de las retrospectivas y recuerdos del personaje, como lectores podemos completar la historia del régimen, los inicios de Trujillo y en general los acontecimientos más relevantes de la Era. En ese sentido, la narración que corresponde a los asesinos es la que más se extiende dentro del segundo tipo de temporalidad ya que no solo da cuenta de los momentos previos al asesinato sino también de los meses que siguieron a este.

La narración de los conjurados comienza la noche del asesinato de Trujillo, pero desde el momento que los capturan hasta el momento que matan a la mayoría de ellos pasan incluso meses. El caso de Pupo Román ejemplifica lo que hemos mencionado:

- Imposible prolongarle más la vida, mi general
- ¿Cuánto le queda? —era Ramfis, sin la menor duda.

— Unas horas, tal vez un día si le doblo el suero. Pero, en el estado en que se halla, no resistirá una descarga. Es increíble que haya aguantado cuatro meses, mi general (426).

El manejar varios tipos de temporalidad y el uso de la técnica narrativa de la yuxtaposición de perspectivas no es nueva en la narrativa de Vargas Llosa, quien ya había utilizado este recurso en *La guerra del fin del mundo*. Como lo hemos referido, *La fiesta del chivo* es un tríptico que se construye a través de las voces de Urania Cabral, Rafael Leonidas Trujillo y el grupo de asesinos del dictador. A pesar de que en la narración de los asesinos participan diferentes personajes, para este análisis la tomaremos como una sola entidad debido a que comparten un espacio tanto temporal como espacial.

De otro lado y, con el propósito de hacer un análisis más preciso de la estructura de la obra, nos gustaría advertir la presencia de dos contextos alrededor de los cuales gira *La fiesta del chivo*. La distinción entre el contexto histórico en el que se desarrollan los hechos relatados en la novela y aquél en el que está inscrita su producción es fundamental tanto para comprender las circunstancias históricas que rodearon cada uno de los procesos como para ubicar la obra dentro de una corriente literaria específica.

Con respecto al contexto de producción y siguiendo la lectura que propone Seymour Menton en su libro *La nueva novela histórica* (1993), podemos observar que de acuerdo con la situación específica de cada período de la historia, la literatura siempre ha sido un instrumento de reflexión acerca de las preocupaciones o circunstancias históricas de modo que estas se convierten en material literario. Lo anterior explica, por ejemplo, por qué durante lo que se conoce como el periodo criollista “la identidad nacional volvió a ser una preocupación importante pero con énfasis en los problemas contemporáneos”

(Menton 37). Las palabras de Menton parecen resolver de alguna forma el hecho de que la obra de Vargas Llosa haya sido publicada no sólo muchos años después del auge de las novelas de dictador como *Yo el Supremo* (1974) de Roa Bastos, *El recurso del método* (1974) de Carpentier o *El otoño del patriarca* (1975) entre otras, sino en un momento en el que las dictaduras en América Latina no aparecen como un fenómeno tan sistemático en el subcontinente suramericano.

La novela de Vargas Llosa, que fue publicada en el año 2000, se ubica en un contexto en el que la presencia de dictaduras en América Latina no es tan visible, aunque es evidente que podemos encontrar ciertas características en gobiernos latinoamericanos que irremediablemente despiertan de nuevo el debate y las reflexiones sobre si las dictaduras aún están vigentes. Pero incluso si pensamos que el tema de la dictadura como pretexto de la novela estaría un poco descontextualizado con respecto a la época de su publicación, está en perfecta consonancia con la novelística de Vargas Llosa a quien siempre han interesado los temas históricos indiferentemente de que estén relacionados directamente con Perú o no, como también lo pudimos observar recientemente con su última obra publicada en 2010 *El sueño del celta. La fiesta del chivo*, entre otras cosas, constituye un ejercicio de la memoria, pero esta vez se trata de la construcción de unos hechos que no están relacionados con la realidad inmediata del autor pero que se pueden interpretar como una reflexión de la situación política contemporánea de Latinoamérica.

Nos encontramos con una novela en la que se busca dar cuenta de un pasado (entre la publicación de la novela y los hechos narrados hay exactamente cuarenta años), pero es precisamente la forma en que Vargas Llosa trata ese pasado lo que nos interesa estudiar desde una perspectiva crítica e histórica pues nos cuestionamos cómo entran en relación

los datos de la historia, los documentos y la reconstrucción que se hace de los mismos a través de un proceso creativo. Para abordar el asunto de la meta-ficción en *La fiesta del chivo* nos gustaría referirnos brevemente a los planteamientos que discute Linda Hutcheon en el apartado “Historiographic Metafiction” de su libro *A poetics of postmodernism*.

La novela del peruano que abre el siglo XXI suscita por una parte, la revisión de la relación que existe entre *La fiesta del chivo* y el contexto histórico que sirve de escenario para la narración, y genera a su vez la discusión sobre la metaficcionalidad de las obras; y por otra, revive la discusión acerca del papel predominante que tuvieron las dictaduras, en América Latina en especial, durante el siglo anterior; lo cual sirve a la vez de espejo desde el cual podemos observar la realidad política contemporánea. Hutcheon, con respecto a las consideraciones que hace sobre la meta-ficción propone que “Postmodern fiction suggests that to re-write or to re-present the past in fiction and in history is, in both cases, to open it up to the present, to prevent it from being conclusive and teleological” (110). Las palabras de la crítica parecen estar en consonancia con nuestra hipótesis: retomar un período que acabó hace más de cuarenta años es una forma de re-construir un pasado y también de representar una serie de acontecimientos que rodearon al régimen de Trujillo. En este sentido, también proponemos que Vargas Llosa está exponiendo el trujillato como no solo como un periodo aterrador en la historia dominicana, sino que al mismo tiempo está denunciando la complicidad de la sociedad isleña que guardó silencio no solamente durante el régimen sino después de la caída de Trujillo. Además, el volver sobre sucesos pasados y re-presentarlos ficcionalmente es otra forma de explorar la historia, en este caso, la dominicana. Lo que allí sucedió no debe ser otro capítulo

olvidado y cerrado, debe convertirse, más bien, en una fuente de nuevas reflexiones que susciten otro tipo de análisis más allá del estrictamente político o social. Pero la pregunta que resalta en esta discusión, es la posición que debemos tomar ante lo que la novela cuenta sin caer en la conclusión definitiva de categorizar los hechos como mera ficción o leerlos al pie de la letra como la historia verdadera de la Era Trujillo. El papel del lector entonces es situar a la novela en un plano en el que puedan converger historia y ficción teniendo en cuenta que ambos están de acuerdo con los planteamientos de Hutcheon “cultural sign systems, ideological constructions whose ideology includes their appearance of being autonomous and self-contained” (112). Así, la historiografía que por mucho tiempo se preci6 de poseer la verdad absoluta e irrefutable y las novelas que en algunos casos son tomadas como enteramente ficcionales, ya no son dos polos opuestos, sino que pueden converger y convertirse en dos acercamientos igual de v6lidos a la historia y de esta forma pueden complementarse. Sin embargo, nos interesa subrayar que toda crítica que se haga de una novela, y de esta en particular, juzgando su falta de veracidad, por ejemplo, es injustificada pues consideramos que *La fiesta del chivo* debe ser leída como una obra de ficción y no como una cr6nica o un reportaje.

Ahora, con respecto a la forma en que accedemos a la informaci6n, el acercamiento de Hutcheon se ajusta perfectamente a nuestra hip6tesis acerca de por qu6 en la novela a pesar de tener un narrador que lo sabe todo, por as6 decirlo, debe ceder el turno a las distintas perspectivas pues hay una conciencia impl6cita de que una sola voz o perspectiva no puede dar cuenta de todos los acontecimientos de la novela. Es as6 como “historiographic metafiction appear to privilege two modes of narration, both of which problematize the entire notion of subjectivity: multiple points of view (...) or an overtly

controlling narrator (...)” (117). *La fiesta del chivo* propone una utilización de los dos por las razones que hemos expuesto antes: una sola perspectiva no puede abarcar tal número de historias que, en algunos casos ocurren simultáneamente. De este modo, la narración puede fluir y a lo largo de ella se puedan comparar y contrastar los acontecimientos, lo cual contribuye a crear la imagen de una narración que posee una coherencia interna y que no deja cabos sueltos ni situaciones inconclusas.

Además, es necesario reflexionar sobre un último aspecto que no es menos importante que los otros, sino que parece ser el punto neurálgico de la discusión, a propósito del cual debe girar el debate de las novelas posmodernas “postmodern fiction does not «aspire to tell the truth» as much as to question whose truth gets told” (123). Las palabras con las que concluye Hutcheon el capítulo dedicado a la metaficción historiográfica nos hacen reflexionar acerca del papel de la novela de Vargas Llosa dentro del proceso de construcción de la verdad en la medida que provee un acercamiento a través del cual nos permite conocer “la verdad” de las pequeñas historias de los distintos personajes que participan de relato. Quisiéramos continuar nuestro análisis advirtiéndole que si por un lado, *La fiesta del chivo* no pretende ser la única historia de la dictadura de Trujillo, de otro, los hechos narrados allí no pueden ser tomados como meramente ficcionales si tenemos en cuenta que casi todos los personajes de la novela fueron parte de la llamada Era Trujillo. La obra, en cambio, nos sirve de crisol a través del cual podemos acercarnos de una manera particular a un momento de la historia sin que eso implique tomarlo como fuente única de referencia, es un instrumento por medio del cual nos acercamos a la historia particular de ciertos personajes y así podemos crear

nuestra propia perspectiva de modo que participemos activamente del proceso constructivo de la historia.

2.1.2 Urania y el ejercicio de la memoria

Como hemos mencionado en páginas anteriores, hay dos narraciones que son contemporáneas, es decir, que comparten un contexto histórico: la de los asesinos y la de Trujillo. El personaje de Urania Cabral es interesante dentro de este juego de narraciones intercaladas ya que aunque no participa de los sucesos anteriores a la muerte de Trujillo y por lo tanto no puede aportar una perspectiva de la muerte del dictador, completa la historia y narra lo que ocurre luego de que el dictador muere desde una perspectiva contemporánea ya no al régimen trujillista sino al tiempo en que comienza la narración. Además, aporta detalles de la época en la que ella vivía todavía en la isla, de modo que participa de la historia del régimen trujillista aunque no como narradora directa, salvo en los episodios que la vinculan directamente con Trujillo.

La novela se inicia con las reflexiones de Urania Cabral, quien después de 35 años de no pisar la isla regresa a República Dominicana; estamos en 1996 y encontramos a una mujer que abandonó su país cuando apenas tenía catorce años “Urania. No le habían hecho un favor sus padres; su nombre daba la idea de un planeta, de un mineral, de todo, salvo de la mujer espigada y de rasgos finos, tez bruniada y grandes ojos oscuros...” (Vargas Llosa 11). La voz en tercera persona, que en este caso nos hace una descripción del personaje, luego se irá intercalando con una en segunda persona, como ya lo habíamos mencionado, que “se da fundamentalmente desde la perspectiva de Urania y parece ser una especie de voz de conciencia, en muchas veces autorrecrematoria”

(Colomina, n.pag.). La intervención de esta voz implica una ruptura en el discurso pues implica un salto temporal, a veces, dando paso a los recuerdos y a los motivos de su exilio “¿Has hecho bien en volver? Te arrepentirás, Urania” (Vargas Llosa, 12). A este respecto Lady Rojas en su artículo “Violencia político-sexual del Estado” considera que el personaje de Urania “se desdobra para recuperar ese pasado, se habla a sí misma en tanto Tú, sujeto de sus actos...” (Rojas 245). La voz que alterna en la conciencia de Urania la interroga al mismo tiempo que permite al lector ir construyendo la historia de Urania desde un tiempo que se remonta 35 años en el pasado dominicano de la doctora Cabral. La anterior es una de las estrategias narrativas de las que el autor se vale para permitirle conocer al lector directamente los pensamientos de cada uno de los personajes, al mismo tiempo que se conocen detalles que no son expuestos por el narrador en tercera persona. De modo que, si se combinan los dos tipos de narrador, es posible tener un acercamiento más detallado de lo que ocurre en la novela ya que mientras la narración en tercera persona aporta una perspectiva objetiva, la de la primera y segunda persona, tienen un carácter subjetivo.

El primer capítulo de la novela corresponde a la narración de Urania Cabral, regresa a la isla para encontrarse con su pasado del que siempre ha tratado de huir como nos lo deja saber desde las primera líneas “¿Has hecho bien en volver? Te arrepentirás, Urania. Desperdiciar una semana de vacaciones, tú que nunca tenías tiempo para conocer tantas ciudades, regiones, países que te hubiera gustado ver (...) retornando a la islita que juraste no volver a pisar” (Vargas Llosa 12). Su familia se quedó en la isla y su padre, quien es ahora un anciano, está paralizado debido a un derrame cerebral y Urania no lo ha visto en mucho tiempo, desde que era una niña. Es el año 1996 y desde la caída del

régimen trujillista y Urania ya no es la niña que abandonó la isla, ahora es “una abogada en una prestigiosa firma neoyorquina y funcionaria del Banco Mundial [que] regresa a su tierra natal, Santo Domingo (...) tras un exilio auto impuesto de 35 años” (Colomina, n.pag.).

El caso de Urania es particular y motivado por las circunstancias que sucedieron a los hechos en la Casa de Caoba, pero su situación expone la de muchos isleños que tuvieron que escapar al flagelo de la violencia del régimen trujillista.

Aunque desde el principio sabemos que ella ha partido a Estados Unidos desde muy joven, solo hasta el último capítulo, cuando se reencuentra con su tía paterna y sus primas, descubrimos qué la lleva a escapar de la isla de forma tan apresurada y por qué le repudia la idea de volver a ver a su padre “Éste era el Generalísimo, el Benefactor de la Patria, el Padre de la Patria Nueva, el Restaurador de la Independencia Financiera. Éste, el Jefe al que papá había servido treinta años con devoción y lealtad, al que había hecho el más delicado presente: su hija de catorce añitos” (Vargas Llosa 511). Urania había pasado como una más de la lista de mujeres a las que Trujillo llevaba a la Casa de Caoba; su padre, quien había aprobado el encuentro con el fin de recuperar el respeto de Trujillo y salir de la desgracia en la que estaba confinado, no sabía que esa sería la última vez que vería a su hija antes de que ella regresara a la isla 35 años más tarde.

La perspectiva que ofrece Urania sobre República Dominicana es interesante dentro del desarrollo de la obra ya que las otras dos historias a saber, la de los asesinos y la del propio Trujillo, se tejen desde dentro de la isla mientras que la de ella, como habíamos mencionado anteriormente, además de ser una retrospectiva, es un personaje que dentro de la novela juega un papel fundamental, y concordamos con Vargas Llosa

cuando afirma que Urania proveía no solo “una perspectiva histórica, del pasado, sino también contemporánea” (Vargas Llosa, interview) y añade a lo anterior que era imprescindible “que la dictadura, la muerte de Trujillo, el caos y la violencia que siguieron a ese episodio, fueran escritos desde la época contemporánea, con toda la experiencia acumulada desde entonces...” (Vargas Llosa, interview). El comentario que hace Vargas Llosa nos parece muy ilustrativo ya que Urania, además de aportar esa visión a la que nos referimos, ofrece la perspectiva femenina de la experiencia de la dictadura en República Dominicana. Trujillo, apodado “el chivo”, en alusión a su apetito sexual, era conocido por acostarse con las mujeres de los hombres más cercanos al régimen bien fuera por probar su lealtad o por humillarlos en público y demostrar en público que él era dueño incluso de las mujeres de la isla, tema del cual nos ocuparemos más adelante cuando analicemos la figura del dictador como personaje y las formas en la que ejerce el poder. Por ahora queremos concentrarnos en la estructura de la obra en tanto permitirá al lector comprender de una forma más clara cómo se desarrollan de forma intercalada las tres historias que hemos mencionado concentrándonos en Urania y los asesinos ya que haremos un análisis más detallado del personaje de Trujillo en la siguiente sección de la investigación.

El personaje de Urania es el que nos permite comprender de una forma más clara, ya que articula dos momentos históricos distantes en el tiempo, dicho proceso de reflexión sobre la Historia al que nos referíamos anteriormente; la memoria sufre un proceso de reactualización constante y es así como es posible comprender los elementos que plantea la obra, aunque distantes en el tiempo y lejanos en el espacio, especialmente a través del personaje de Urania quien sirve de puente entre las dos épocas:

Mi departamento de Manhattan está lleno de libros —retoma Urania—. Como esta casa, cuando era niña. De derecho, de economía, de historia. Pero, en mi dormitorio, sólo dominicanos. Testimonios, ensayos, memorias, muchos libros de historia. ¿Adivinas de qué época? La Era de Trujillo, cuál iba a ser. Lo más importante que nos pasó en quinientos años. Lo decías con tanta convicción. Es cierto, papá. En esos treinta y un años cristalizó todo lo malo que arrastrábamos, desde la conquista. En algunos de esos libros apareces tú, como personaje (Vargas Llosa 66).

Urania, se ha convertido, como ella misma lo menciona, en una experta de Trujillo y se ha dedicado a estudiar desde Estados Unidos el fenómeno Trujillo y cómo este resultó ser un decisivo personaje para la historia política de la República Dominicana. Es interesante cómo el personaje de Urania, uno de los pocos totalmente ficticios de la novela es el que permite articular la historia desde el punto de vista histórico ya que, como mencionábamos anteriormente, Urania posibilita una lectura de la historia de la Era Trujillo desde una perspectiva que escapa los límites temporales de la misma a la que vez que crea una ruptura geográfica al encontrarse ya no en República Dominicana sino en Estados Unidos en un medio que nada tiene que ver con su pasado. Aunque dicha ruptura no implica que ella misma no haya sido protagonista de la historia de la Era Trujillo ya que fue violada por el dictador y su padre era uno de los hombres del régimen. Lo anterior justifica esa memoria histórica, que en el caso de Urania se representa en los libros que colecciona sobre la Era; los libros que están en su habitación se pueden interpretar como testimonio de su niñez, sus recuerdos y por qué no una cierta nostalgia de cuando era Uranita y no la doctora Cabral. Así mismo, es evidente que esos libros y

recuerdos hacen parte de la faceta privada e íntima de Urania, frente a la vida pública que lleva como abogada.

En este sentido, la referencia de Urania a la historia de su país durante la Era Trujillo no se plantea en ningún momento como la refutación histórica de ciertos acontecimientos; la función de ella, en tanto personaje, no consiste en rectificar la historia dominicana sino en regresar a la isla después de 35 años a objetar la versión que se tenía de la suya propia y finalmente desmentir la historia que ha inventado para su prima tratando de salir del paso y haciéndola creer, creyendo ella misma, el que fuera posible acaso ser una mujer además de exitosa libre en el amor “— Te mentí, no tengo ningún amante, prima —sonríe a medias, la voz aún quebrada—. No lo he tenido nunca, ni lo tendré. ¿Quieres saberlo todo, Lucindita? Más nunca un hombre me volvió a poner la mano, desde aquella vez. Mi único hombre fue Trujillo. Como lo oyes. Cada vez que alguno se acerca, y me mira como mujer, siento asco” (Vargas Llosa 513). Las palabras de Urania reiteran la referencia que hacíamos con respecto a la crueldad del régimen trujillista con la mujer; ella, no solo se exilió de la isla, involuntariamente, sino que trató de borrar de sí cualquier deseo femenino; Urania, la niña de 14 años trató de olvidar incluso su nombre “Felizmente ya nadie la llamaba así, sino Uri, Miss Cabral, Mrs. Cabral o Doctor Cabral. Que ella recordara, desde que salió de Santo Domingo («Mejor dicho, de Ciudad Trujillo», cuando partió aún no habían devuelto su nombre a la ciudad capital), (...) nadie había vuelto a llamarla Urania, como antes en su casa y en Colegio de Santo Domingo...” (11). Urania, como recuerdo de la adolescente que queda marcada por el régimen y por Trujillo mismo regresa a la isla para encontrarse, como menciona Luna Escudero en “Trasgresión y Sacrificio de Urania Cabral en *La fiesta del chivo* de MVLL”,

con “sus sórdidos recuerdos de niña y adolescente, para hilvanarlos a sus obsesiones perennes, a sus traumas y temores, a las investigaciones histórico-políticas de la Urania adulta” (Luna Escudero, n.pag.). El encuentro con sus primas y su tía, se presenta a modo no sólo de confesión, acaso de justificación del odio que guarda contra su padre, sino también de exorcismo sin que éste implique el “nacimiento” de una nueva Urania, como se podría prever. Lo que le sucedió a Urania, quien fue ofrecida a Trujillo por su propio padre, Agustín Cabral, aferrándose al sistema patriarcal de valores, se podría interpretar como una especie de sacrificio que su tía Adelina Cabral defiende, no sin lamentarse “Tienes que perdonarlo. Él ha sufrido, él sufre. Fue terrible, hijita. Pero, eran otros tiempos. Agustín estaba desesperado. Podía ir a la cárcel, podían asesinarlo (...) Esas cosas ocurrían, aunque ahora no se entiendan” (Vargas Llosa 514). El encuentro con Trujillo es significativo dentro de la obra en varios sentidos. En primer lugar, la niñez de Urania se ve interrumpida de forma repentina de modo que a partir de ese momento, la inocencia desaparece de su vida. En tanto personaje literario y su función dentro de la línea discursiva de la obra, el asunto es más complejo. Como lectores, siguiendo el orden que plantea la obra, conocemos a la Dra. Cabral que regresa a la isla 35 años después; es decir, empezamos a construir la imagen de una mujer madura. Sólo a partir de la retrospectiva que hace la Dra. Cabral y de sus memorias, es posible conocer a Urania, la niña. Es en este sentido que la Dra. Cabral – ya no la niña sino la mujer de 49 años que regresa a su isla natal- sólo puede volver a ser Urania, en tanto personaje, si como lectores lo construimos a partir de su discurso fragmentado que se construye a partir de recuerdos. Dicho discurso puede aparecer dentro de la obra de dos formas: las

internalizaciones que hace el personaje recurriendo a la segunda persona y hablándose a ella misma como un “tú”:

¿O has venido a enfrentar la ruina que es tu padre? A averiguar qué impresión te hace verlo, después de tantos años. Un escalofrío le corre de la cabeza a los pies. ¡Urania, Urania! Mira que si, después de todos estos años, descubres que, debajo de tu cabecita voluntariosa, ordenada, impermeable al desaliento, detrás de esa fortaleza que te admiran y te envidian, tienes un corazoncito tierno, asustadizo, lacerado, sentimental. Se echa a reír. Basta de boberías, muchacha (Vargas Llosa 12).

La relación de Urania con su padre, por haberla entregado aquella noche a Trujillo, es conflictiva y, como podemos observar en la cita anterior, Urania al mismo tiempo que odia a su padre, guarda un sentimiento acaso de compasión. Es ella quien a pesar de haber estado fuera de la isla por tanto tiempo, la que se ha encargado de la manutención de su padre Agustín Cabral. El recuerdo de lo que ocurrió no puede extinguirlo de su memoria pues su padre enjuto en una silla sigue vivo para recordárselo. Es Urania quien a través de los años se ha asegurado de que su padre siga sufriendo en vida, a modo de venganza acaso por lo que le hizo cuando era apenas una niña “Prefiero que viva así, muerto en vida, sufriendo –habla muy serena, con los ojos bajos-. Por eso lo ayudo tía” (345). La historia de Urania, sus motivos y secretos, como lo hemos advertido anteriormente, solo se conocen hasta el final de la obra y es en este sentido que su personaje difiere de la del Chivo y la de los asesinos. Mientras que la historia de los últimos pertenece a una esfera pública, es decir, tenemos acceso a ella desde las primeras páginas, la de Urania no se desvela hasta el final aunque se anuncia desde las primeras

páginas que corresponden a Trujillo cuando el personaje se refiere a ella cuando recuerda el episodio con “la muchachita esqueleto”.

De otro lado, la otra forma por medio de la cual podemos acceder a la historia de Urania son sus recuerdos que sólo los conocemos en las conversaciones que sostiene con su familia paterna “—De repente, alzó el brazo y me miró con sus ojos rojos, hinchados. Tengo 49 años y, de nuevo, vuelvo a temblar. He estado temblando treinta y cinco años desde ese momento” (511), cuenta Urania a sus primas acerca de la noche en que se dio el encuentro con Trujillo. En este sentido es interesante la estructura que plantea la obra en relación con el personaje de Urania, ya que mientras que las introspecciones de la Urania de 49 años suceden en las primeras páginas de la obra, sus recuerdos de niña y la revelación de lo que realmente la forzó a salir de la isla ocurren al final, de modo que podría plantearse como hipótesis que la fragmentación de la obra y su estructura tripartita responden en alguna medida a esa ruptura que ocurre en la vida de Urania luego del encuentro con Trujillo en la Casa de Caoba. Para sustentar lo anterior proponemos dos hipótesis; la primera es que Trujillo regresa a la Casa de Caoba el día de su asesinato para olvidarse de la muchachita esqueleto, que, como ya hemos advertido, es Urania. De modo que ella fue, de alguna forma, la que aseguró el éxito de la empresa de los conjurados. La otra hipótesis que proponemos es que únicamente después de que el lector asiste a la narración de los hechos de la Era Trujillo desde la perspectiva del dictador y desde la de los asesinos, es posible darle paso a la voz de desahogo de Urania. Hacía falta dar cuenta de todas las atrocidades del régimen, en general, para concluir con la narración de una de sus víctimas, una de los supervivientes de la Era Trujillo. Sin el contexto que proveen las perspectivas de los conjurados y la de Trujillo, la historia de Urania no tendría sentido y

carecería de un contexto histórico sólido. Lo cual, además, sirve de pretexto para intercalar los relatos de los asesinos y del mismo Trujillo y dar cuenta de todo lo ocurrido luego de la partida de Urania, como habíamos mencionado a propósito de la estructura de la obra.

Queremos enfatizar en lo ocurrido la noche en que Urania se encuentra con Trujillo en la Casa de Caoba pues, además de que alrededor de este hecho se configura el personaje de Urania, sus miedos, sus pensamientos y en especial su historia en el exilio, funciona a modo de clausura de la Era Trujillo. Como hemos advertido anteriormente, Urania es el personaje con el que comienza y termina la narración. Además, las vidas de los personajes terminan dicha noche de manera simbólica. La de Urania pues además de perder la inocencia, debe exiliarse y despedirse de su vida como la conocía hasta ese momento en la isla. Y, aunque no es evidente que en ese momento la vida del dictador cambie radicalmente, su impotencia cuando está en la habitación con Urania solo confirma la anunciada caída del régimen de la que somos testigos desde las primeras páginas de la novela. Su poder sexual disminuido se presenta como símbolo de la pérdida de poder como dictador:

Ansioso, observó las sábanas: la informe manchita grisácea envilecía la blancura del hilo. Se le había salido, otra vez. La indignación le borró el desagradable recuerdo de la Casa de Caoba. ¡Coño! ¡Coño! ¡Coño! Éste no era un enemigo que pudiera derrotar como a esos cientos, miles, que había enfrentado y vencido, a lo largo de los años, comprándolos, intimidándolos o matándolos. Vivía dentro de él, lo estaba destruyendo precisamente cuando necesitaba más fuerza y salud que nunca. La muchachita esqueleto le trajo mala suerte (26).

Aunque la incógnita de la muchachita esqueleto queda sin resolver durante toda la narración, el incidente resulta muy desagradable para Trujillo pues solo le demuestra que ya no es el hombre cuyo poder se extendía hasta el terreno sexual aprovechándose de cualquier mujer que le apeteciera. Al respecto, Vargas Llosa explica la importancia de este momento ya que:

El sexo era para Trujillo uno de los símbolos del poder, de su virilidad, valor supremo para una sociedad machista; por tanto la mujer realmente un objeto del que se disponía: los padres regalaban sus hijas a Trujillo, éste infligía a sus colaboradores más cercanos esa humillación de acostarse con sus mujeres... muchas veces simplemente para mostrar su poderío, su autoridad, sobre algunos de ellos (Vargas Llosa, interview).

Es por lo anterior que consideramos que el personaje de Urania tiene dos funciones en cuanto al destino del personaje de Trujillo se refiere. En primer lugar, el encuentro sexual no consumado entre Trujillo y la muchachita esqueleto junto con las reflexiones de Trujillo acerca de su impotencia anticipan la caída del régimen simbolizada por el poder sexual disminuido, como hemos anotado antes. De otro lado, el que Trujillo recuerde el incidente y reflexione acerca de la mala suerte que le trajo la muchachita esqueleto (Vargas Llosa 26) funciona a modo de flash-forward en tanto aunque no conocemos los detalles exactos de la muerte del dictador, intuimos que estamos presenciando los últimos momentos de un régimen que está decayendo. Aunque Trujillo es el personaje alrededor del cual giran las historias de los demás, el personaje de Urania es el que permite revisar la historia del régimen trujillista al no revelarse su historia sino hasta el final de la novela. Es decir, que el personaje de Urania es el que permite acceder

no solo a los detalles del régimen, sino a la vida personal de Trujillo como personaje en su dimensión de dictador y en su ámbito personal. De este modo, Urania es el personaje con el que se abre la novela y con el que se cierra; en el primer capítulo, funciona como pretexto literario para revisar la Era Trujillo, mientras que en el último, una vez hecha su confesión, la Era Trujillo de algún modo concluye. El revisar los acontecimientos que rodearon el régimen trujillista funciona como suerte de exorcismo para Urania; una vez se repasa la historia en general, Urania puede desahogarse con sus parientes y revelar su verdad particular.

2.1.3 Los asesinos: Motivos de un tiranicidio

Ya nos hemos referido a la perspectiva de Urania y a la de Trujillo —de forma breve pues en el siguiente apartado profundizaremos sobre este personaje— y ahora nos gustaría examinar la de los asesinos. La vida de Trujillo el 30 de mayo de 1961, noche en la que cinco hombres, cada uno con un motivo diferente, lo esperan sentados en un auto preparando un atentado que acabará con su vida y con el régimen. Los cinco personajes son, Salvador Estrella Sadhalá, Antonio de la Maza, Miguel Ángel Báez Díaz, Tony Imbert y Amadito García Guerrero de los cuales solamente Tony Imbert sobrevivirá. Aunque junto con ellos hay más disidentes que participarán directa o indirectamente del complot contra Trujillo, son las historias de ellos cinco las que resaltan. Su narración ocupa dentro de la estructura de la novela el tercer lugar luego de la de Trujillo y la de Urania. En este punto es necesario recordar que la estructura tripartita que propone la obra al intercalar historias cobra más importancia aún y se intensifica en los momentos en que el coche del Chivo está a punto de pasar por el lugar de la carretera que los asesinos

han elegido para perpetuar el atentado. Lo anterior, además de revelar la construcción de la obra y su sincronía, tiene el propósito de crear tensión en la lectura al mismo tiempo que marca el clímax de la obra.

Aunque hemos mencionado que el personaje de Urania es fundamental en tanto permite que la narración trascienda no solo el contexto histórico dominicano de la Era Trujillo sino el espacial al proveer el punto de vista de una exiliada, es importante resaltar que el personaje de Trujillo cumple la función de articular la novela en tanto se ubica en el centro de la misma. Lo anterior quiere decir que es el personaje del dictador el que permite vincular todas las historias de las que somos testigos a lo largo de la obra. Su presencia se extralimita por fuera de la misma línea del relato, una vez está muerto, permitiendo que la narración continúe. En esta línea de ideas se encuentra la reflexión que hace Fontaine a propósito del personaje de Vargas Llosa “Incluso muerto, la figura del «Benefactor de la patria» sigue, por un tiempo, gobernando” (Fontaine 101). Su presencia funciona de varios modos. En primer lugar, Trujillo sigue ejerciendo a través del Doctor Balaguer quien cumple la función de presidente-títere ya que Trujillo lo hizo nombrar mandatario para así poder seguir ejerciendo y acallar a la comunidad internacional sobre una posible dictadura en la isla. Es a través de Balaguer que se va a definir el curso de los hechos que sucedieron a la muerte de Trujillo a pesar de Ramfís Trujillo, quien debía suceder a su padre y ser el que tomara las decisiones “En el curso de esa noche (...) el general Román descubrió que, en el vacío y desorden que lo ocurrido con el Jefe causaba, aquel ser secundario, al que todos habían creído siempre un amanuense, una figurilla decorativa del régimen, empezaba a adquirir sorprendente autoridad” (Vargas Llosa 414). Balaguer es quien tomará el poder una vez muerto

Trujillo, pero no solo a través de él se siente la presencia del régimen sanguinario del dictador. Hombres como Johnny Abbes García, director de la policía secreta o el mismo Ramfis Trujillo perpetuarán la crueldad del régimen de Trujillo tratando de vengar su muerte. Es por lo anterior que no solo Trujillo sino la dictadura en sí ha creado mella en quienes han participado de la misma; en este sentido, Fontaine afirma que “La novela explora especialmente los efectos de la dictadura en el círculo inmediato del régimen, las formas oblicuas, tortuosas, secretas de sumisión que padecen quienes detentan el poder por encargo del Jefe y mientras cuentan con su favor” (Fontaine 100). Los castigos impuestos al grupo de los conjurados solo son la continuación de lo que hubiera hecho Trujillo “Hasta que oyó risas, y, luego, la voz incolora y algo femenina de Ramfis: «Cállate, Pupo. No tienes nada que contarme. Ya lo sé todo. Ahora sólo estás pagando tu traición a papi»” (Vargas Llosa 425). Las anteriores líneas pertenecen al apartado del general Pupo Román, quien había participado del asesinato y en el último momento se retracta y termina por admitir su complicidad por lo que es torturado por un período de cuatro meses.

La muerte de Trujillo a manos del grupo de los conjurados es un final que se anticipaba desde el comienzo de la novela y no solamente porque de antemano se sabe que Trujillo morirá asesinado. A lo largo de toda la novela, somos testigos de todas las humillaciones a las que Trujillo somete a sus fieles, de modo que los motivos para planear su asesinato abundan entre los hombres más cercanos al dictador. En la novela, aunque transcurren apenas una hora desde que los asesinos llegan al punto de la carretera en el cual interceptarán el carro de Trujillo hasta que llevan a cabo su plan, a través de la internalización en la mente de los conspiradores, el lector puede conocer su

historia personal y los motivos que condujeron a cada uno de ellos, todos trujillistas en algún momento de sus vidas, a arriesgar sus vidas con tal de matar al dictador:

¿Miguel Ángel Báez Díaz? -silbó Salvador Estrella Sadhalá– ¿Él también metido en esto? No se puede pedir más. Ése es un trujillista ontológico (...) – Hablas como si todos nosotros no hubiéramos sido también trujillistas Salvador – Gruñó Antonio de la Maza -. ¿No fue Tony gobernador de Puerto Plata? ¿No es Amadito ayudante militar? ¿No administro yo desde hace veinte años los aserraderos del Chivo en Restauración? ¿Y la compañía constructora en la que tú trabajas no es también de Trujillo? (Vargas Llosa 102).

Podemos observar cómo el régimen se está debilitando desde dentro pues a pesar de que estos hombres pertenecen al régimen, hay esferas de mando incluso más altas involucradas en el complot; por ejemplo el general Pupo Román, a quien nos habíamos referido antes, que es el Jefe de las Fuerzas Armadas. Éste sería el encargado de declarar Junta Cívica una vez viera el cadáver de Trujillo y ocupando una posición como la suya los militares seguro seguirían sus órdenes, pero en el último momento se acobarda y es el culpable de que los hombres del auto junto con muchos más cómplices y las familias de éstos sean llevados a la cárcel y torturados hasta morir. De otra parte, los motivos que los llevan a planear algo semejante contra Trujillo son diversos pero se podría decir que representan los sentimientos contradictorios del pueblo dominicano hacia quien si bien trajo una estabilidad económica a la isla, causó mucho sufrimiento y cuyo régimen es el responsable de muchas muertes. Estos cinco hombres tienen cada uno una historia que contar, y que como lectores, la conocemos gracias a las retrospectivas que hace cada uno mientras esperan en la carretera a que venga El Chivo.

Antonio de la Maza representa el sector de los terratenientes y es el administrador de los aserradores propiedad de la familia Trujillo. De la Maza durante mucho tiempo opuso resistencia contra el régimen “Antonio de la Maza, con su padre, tíos y hermanos, combatió a tiros a las fuerzas de Trujillo, aunque sin hacerles mella” (105). Finalmente cuando el grupo de armados se dio cuenta de que era imposible acabar con el régimen usando la fuerza aceptó la propuesta del gobierno y abandonó la guerrilla que había formado. Octavio de la Maza, hermano de Antonio y uno de los más cercanos colaboradores de Trujillo fue encargado de transportar a un ciudadano estadounidense que el régimen había secuestrado en Nueva York, pero luego cuando la operación se complicó y empezaron a investigar a Trujillo, éste ordenó matar a Octavio y luego para que todo quedara impune, simuló que Octavio se había ahorcado en su propia celda y “En una de sus más truculentas mascaradas, divulgó una supuesta carta manuscrita de Octavio de la Maza, explicando su suicidio” (116). La muerte de Octavio, nos ilustra acerca de cómo opera el régimen de Trujillo. De una parte, emprendió una campaña contra los opositores al mismo; pero de otra, se encarga de desaparecer a sus adeptos si estos se han visto involucrados en actos ilegales de modo que al final el gobierno no se vea implicado en los mismos. Es por eso que desde el día que mataron a su hermano, Antonio de la Maza decidió que para acabar con un régimen que era capaz de asesinar a uno de sus colaboradores más cercanos, tenía que matar al Chivo.

Amado García Guerrero por su parte representa al sector militar del régimen ya que es teniente y trabaja para Trujillo quien personalmente le negó permiso para casarse con su novia pues habían encontrado que su cuñado pertenecía al movimiento subversivo y antitrujillista *14 de junio*. Pero, a manera de compensación por lo ocurrido, Trujillo

decide ascenderlo a teniente primero y para demostrar su lealtad al Jefe, el coronel Johnny Abbes García, conocido por su crueldad, lo obliga a matar a un hombre del que ni siquiera conoce su identidad “Si uno se tira al agua, tiene que mojarse. Era uno del *14 de junio*, el hermanito de su ex novia, creo” (61). Las palabras de Abbes García hacen que Amado tome la decisión de revelarse contra Trujillo y la misma noche que asesina al hermano de su ex novia, confiesa a su mejor amigo Salvador Estrella “La próxima vez que dispare, será para matar a Trujillo, Turco –dijo-” (61). Poco a poco se va conformando el grupo de conspiradores del que también hace parte Salvador Estrella, un descendiente de libaneses cuyo padre era general y su hermano, también general, comandaba la Segunda Brigada del ejército aunque no sabía nada de la conjura contra Trujillo. Católico de corazón y mente era el mejor amigo de Amado desde hace muchos años y estaba casado con una tía de éste. Fue él quien empezó a fabular el complot contra el dictador desde que se comprometió con el movimiento revolucionario *14 de junio*.

Salvador también participa activamente del régimen pues trabaja para una constructora de la familia Trujillo y serán precisamente sus convicciones religiosas en nombre de las cuales matará al Chivo “Al principio, la idea lo espantaba, un católico tenía que respetar el quinto mandamiento” (241). Pero cada vez que escuchaba otra noticia de las arremetidas del gobierno contra la Iglesia, su deseo de matar se hacía cada vez más fuerte, hasta que consiguió una cita con Monseñor Zanini quien le mostró un libro de Santo Tomás de Aquino que decía “La eliminación de la Bestia es bien vista por Dios si con ella se libera a un pueblo” (243). Las palabras de Santo Tomás se convirtieron en una revelación para Salvador quien a pesar de su religiosidad le

encomendó a Dios que lo ayudara a matar a Trujillo. Es interesante la interpretación que hace Salvador de la cita de Santo Tomás pero incluso más interesante la selección que hace Monseñor Zanini. La relación entre la Bestia y el dictador no es ingenua ni mucho arbitraria pues para muchos dominicanos Rafael Leonidas Trujillo era el peor mal que le había podido suceder a la República Dominicana y sus crímenes atroces merecían un castigo ejemplar. Además, como veremos en el siguiente apartado de esta investigación, las líneas del monseñor anticipan lo que trataremos más adelante, la relación entre las figuras dictatoriales y la monstruosidad que ellas pueden representar.

De otro lado, es importante resaltar que la Iglesia, que al principio se había visto comprometida con el régimen, en los últimos años le retiró su apoyo a Trujillo. Con respecto a lo anterior cabe mencionar que, aunque proponemos que la obra del peruano debe ser tomada como una novela, es evidente que plantea a lo largo de varios episodios su proximidad con los hechos reales. La lucha que se libró entre el régimen y la Iglesia se puede constatar a partir de los registros históricos que se tienen de la época. De hecho, la Carta Pastoral fue enviada en la fecha descrita y Trujillo emprendió una lucha en contra de la Iglesia y sus representantes. Así, aunque no debemos olvidar el carácter ficcional de la obra, es evidente que Vargas Llosa construyó la historia a partir de hechos históricos, comprobables y cuyo desenlace fue definitivo para la historia de la isla. La proximidad no debe tomarse como un reto a la historia oficial ni como una verificación de la misma, se debe tomar como una denuncia de los regímenes dictatoriales y del silencio cómplice que rodeó al trujillato, como lo habíamos expuesto en páginas anteriores.

La lucha a la que nos referíamos, entre Trujillo y la Iglesia, queda en evidencia en la novela cuando se menciona que la oposición del clero contra el régimen se había

intensificado durante el último año, antes de la muerte del dictador. La lucha alcanzó el clímax el 25 de enero de 1960:

No tocar un pelo a los obispos por ahora, aunque siguieran jodiendo, como lo hacían desde el domingo 25 de enero de 1960 —¡año y medio ya—, cuando la Carta Pastoral del Episcopado fue leída en todas las misas, inaugurando la campaña de la Iglesia Católica contra el régimen (...) Hacerle eso a él, condecorado en el Vaticano, por Pío XII, con la Gran Cruz de la Orden Papal de San Gregorio” (31).

En represalia, los adeptos de Trujillo querían vengarse contra “los ensotados” e incluso Johnny Abbes, director del servicio de inteligencia, le sugirió que entraran al Colegio de Santo Domingo, que era dirigido por una orden de monjas norteamericanas, para así sacar de su escondite al obispo Reilly y hacerle pagar su traición a una patria que ni siquiera era la suya.

Por su parte, Tony Imbert también está relacionado con el movimiento *14 de junio* y ya una vez había intentado matar a Trujillo pero el plan se había frustrado. Del grupo de asesinos será el único que sobrevivirá gracias a la intercesión de un diplomático italiano quien lo acoge en su casa mientras el orden se restablece en la isla luego de la muerte del Chivo. Su hermano Segundo está en la cárcel y esto hace parte de su afán por matar al dictador.

Ahora bien, la estructura intercalada que habíamos propuesto Urania-Dictador-Asesinos, se cumple a cabalidad hasta el capítulo XVI. Ya en el capítulo XVII, cuando la narración le correspondía a Trujillo, la estructura que hasta ese momento había propuesto la novela se disloca y se traspone dándole paso a la narración de los asesinos. La ruptura del orden que había seguido la novela se puede explicar desde dos dimensiones. Una de

ellas tiene que ver con el desarrollo de los acontecimientos a partir de ese capítulo; y la otra, con el tipo de narrador que propone Vargas Llosa. De acuerdo con el orden, el capítulo XVII correspondía al dictador pero en este caso es imposible que aparezca por dos razones: la primera es que cronológicamente el grupo de conjurados ya lo han asesinado. Cabría, sin embargo, la posibilidad de que alguien del gobierno, como el presidente Balaguer, Johnny Abbes, alguno de los hijos de Trujillo o incluso un senador Chirinos (todos pertenecen al círculo más íntimo que rodea a Trujillo) tomara la palabra y continuara con la perspectiva del gobierno acerca de la muerte del dictador, pero para ese momento nadie sabe de la muerte así que nadie, excepto los asesinos, puede continuar con la narración de lo que acaba de suceder.

Es por lo anterior que en el capítulo XVII se le cede la palabra a los asesinos y a las personas que estaban involucradas en el complot pues es la narración de ellos la que más interesa debido a que estamos en el clímax de la novela no solo porque se lleva a cabo el asesinato, sino porque muy pronto descubrirán que Pupo Román los ha traicionado a todos y lo que habían planeado luego del asesinato de Trujillo ya no es factible. La traición de Pupo Román funciona en dos planos, el histórico y el narrativo. En ambos caos genera un caos. Desde el punto de vista de la historia, el plan al cual se atenían los asesinos y que se había elaborado con tanto cuidado y anticipación no se lleva a cabo y todos los implicados quedarán al descubierto. Desde el punto de vista narrativo, el hecho que Pupo Román no “aparezca” genera que desde ese momento en la obra, todo se trastoque. La narración ahora debe dar cuenta del paradero de Román y su posterior castigo por traicionar a Trujillo. Desde ese capítulo y hasta el penúltimo (XXIII) las narraciones de los asesinos que ahora están presos y las de los sucesores de Trujillo se

intercalan de modo que conocemos tanto lo que está ocurriendo con la familia de Trujillo y los cambios que deben efectuarse en la estructura del país como lo que ocurre dentro de las cárceles a las cuales son trasladados todos los implicados en la muerte del Chivo.

La otra explicación que proponemos está relacionada con el papel del narrador en tercera persona que emplea un estilo indirecto libre. Hay que aclarar sin embargo que hay un narrador en tercera persona es siempre el mismo de modo que no hay lugar para contradicciones, versiones diferentes de un mismo hecho, dudas sobre cómo ocurrieron ciertos acontecimientos; también muestra una autoridad narrativa que prima a lo largo de toda la narración de la novela que no podemos confundir con las múltiples perspectivas que se pueden apreciar en la novela “la supremacía de esta voz omnisciente en tercera persona, acentúa la autoridad discursiva de la novela a pesar de una apariencia polifónica que viene dada por el multiperspectivismo” (Colomina, n.pag.). Coincidimos con la articulista en cuanto se refiere al papel que desempeña el narrador en la novela, aunque Colomina no anota en su crítica el hecho que hemos comentado anteriormente, y es que gracias a la superioridad de esa voz narrativa, es que el orden que se había seguido desde el primer capítulo se puede alterar en el capítulo sin que lo anterior implique que la narración se disloque en el capítulo XVII cuando el orden de narraciones intercaladas propuesto por el autor se interrumpe. Es decir, que, gracias a la presencia de dicho narrador al que se refiere Colomina, la narración luego de la muerte del chivo puede continuar. Otra característica de este narrador es que tiene acceso tanto a la esfera pública como a la privada de los personajes. El narrador relata o que está sucediendo desde el interior del régimen de modo que contribuye a la función de verosimilitud de la obra. A través de internalizaciones como las que se hacen de Trujillo y Urania, por ejemplo, se

recrean el mundo exterior como el interior de los personajes. Es gracias a este narrador, que sabemos desde las primeras líneas del primer apartado que corresponde a Trujillo que él sufre incontinencia. La imagen del dictador queda, por así decirlo, desenmascarada y expuesta. El lector puede comparar lo que aparenta Trujillo en público con lo que en realidad es: un viejo de 70 años que ya casi no tiene fuerzas. Es en esta medida que este acercamiento íntimo al que tenemos acceso, permite, que no sea tan sorprendente que el régimen fracase ya que vemos un proceso de declive del cual solo podemos esperar un final que se aproxima vertiginosamente. Otras serían nuestras expectativas como lectores si asistiéramos a una narración en la cual se cuenta el momento cúlmine de una dictadura y cómo ha triunfado hasta llegar a ese punto.

La complejidad de la estructura de *La fiesta del chivo* presenta el retrato de un período de República Dominicana al que todos conocen como Era Trujillo. La estructura tripartita en términos de su funcionamiento permite pensar que cada una de las partes de la que se compone se puede leer como una justificación. La historia de Urania responde dos preguntas; por qué se fue de la isla de forma tan abrupta sin despedirse de su familia y por qué odia tanto a su padre. A lo largo de la narración hay una deconstrucción de la Doctora Cabral quien poco a poco vuelve a ser Urania, la niña de catorce años que regresa a la isla con cuarenta y nueve y sigue padeciendo las secuelas de la Era Trujillo. De otra parte, su historia podría leerse como aquella de las víctimas que en silencio sufrieron a Trujillo. La historia de las mujeres que le eran ofrecidas y de los dominicanos en el exilio.

La narración de Trujillo, por su parte, justifica el porqué del régimen. No hay espacio para la reflexión y si la hay es solamente un pensamiento frío y calculador por

parte del tirano para que su régimen no se derrumbe. Durante toda la narración de Trujillo y después, durante la de sus sucesores, asistimos a una continua defensa de la violencia. Los personajes que desfilan al lado del chivo representan el lado más oscuro del régimen. Las intervenciones de Johnny Abbes constituyen casi una glorificación de los múltiples asesinatos, todos con el beneplácito de Trujillo. Las razones para la violencia suelen variar pero nos interesa aclarar que a través de la lectura escuchamos la legítima defensa de un dictador ante quienes lo juzgan. Nada es fortuito, todo está planeado. En estos apartados se expone cómo contribuye la violencia al correcto funcionamiento de la dictadura Trujillista.

En última instancia, la parte que corresponde a los conjurados expone todos los argumentos para matar a Trujillo, como sostiene Galo González en su artículo “El poder y el deseo en La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa, “Las siete voces de los conjurados, representan el consciente común del pueblo dominicano y el deseo de rebeldía contra la opresión infligida por Trujillo y su régimen. En conjunto, explican la razón del asesinato” (65). Es por lo anterior que además de detenerse en las razones personales de cada uno de los conjurados, se explica a través de sus voces los hechos que justifican que el tirano muera⁹. Poco a poco se van desvelando las intrigas del régimen contra sus propios colaboradores, cómo estos últimos deciden cambiar de bando y planear el asesinato del dictador. Pero al mismo tiempo, la incertidumbre que genera en todos ellos el llevar a cabo el plan. Durante estos apartados se alude al lector como tratando de convencerlo por qué la muerte del chivo no es un asesinato más sino la única

⁹ Entre ellos, por ejemplo, la muerte de las hermanas Mirabal, pertenecientes al movimiento revolucionario antitrujillista *14 de junio*.

forma de acabar con tres décadas de terror en la isla. La yuxtaposición de narraciones permite al lector una visión periférica y completa de lo que sucede en la isla y las repercusiones de estos sucesos en un ámbito internacional. No hay historias sesgadas ni cabos sueltos que queden por resolver. Parece que la inquietud que expone Larson en su artículo de 1988 “¿Cómo narrar el trujillato?” cuando plantea “la falta de un definitivo y bien desarrollado retrato narrativo y artístico de la época de Trujillo” (90), queda resuelta en la obra de Vargas Llosa gracias a que las tres perspectivas se complementan a la vez que dotan de credibilidad la ficcionalización que hace Vargas Llosa en su novela de la Era Trujillo.

2.1.4 Urania Cabral: la mujer bajo el poder patriarcal

El que sea precisamente Urania una de las protagonistas de la novela de Vargas Llosa le da gran importancia a su obra y constituye uno de los elementos más interesantes como lo comenta Gallego Cuiñas en “Denuncia y univocidad”. La autora refiere que “encontramos por primera vez protagonistas femeninas [y además] se atiende a la recreación literaria de las esposas de Trujillo y a la relación de poder entre el dictador y las mujeres dominicanas; se entra, de este modo, en el inframundo anteriormente soslayado de las violaciones y los estupros, los desvirgamientos y la relación con la amplia caterva de amantes” (429). A pesar de que Urania, la protagonista de Vargas Llosa, es una de las que ha tenido más trascendencia en tanto personaje femenino de una novela sobre el trujillato, la inclusión de mujeres protagonistas empezó en la década de los noventa con novelas como *En el tiempo de las mariposas* de Julia Álvarez, publicado en 1994. Pero el caso de las hermanas Mirabal, como lo recoge la obra de Álvarez es

distinto ya que las hermanas más allá de denunciar la situación de la mujer, son el símbolo de la resistencia al régimen de Trujillo. Ellas tuvieron el coraje de enfrentarse al dictador y es por esto que su situación particular nada tiene que ver con la gran mayoría de las mujeres de la isla si tenemos en cuenta que algunas de ellas estaban resignadas a ser las amantes de Trujillo, como lo comenta Diógenes Valdez en *Retrato de dinosaurios en la Era Trujillo*:

“Las mujeres de Trujillo”, como se les llamaba en voz baja a las amantes del Jefe, eran incontables. Nadie podía precisar su número, pero posiblemente pasaban del centenar, diseminadas por toda la geografía nacional. Aquellas mujeres del disperso harem del Jefe eran seres infelices, que tenían que someterse a la voluntad del amo. Ellas no podían hacer ningún tipo de vida social, sino estar en la casa que les habían asignado, esperando el día en que él se acordara y las fuese a visitar (77).

Urania sospecha que su madre fue una de las tantas amantes de Trujillo y que ella, como muchas más dominicanas, se convirtió en mero tema de conversación de Trujillo quien se jactaba de sus proezas sexuales a pesar de su avanzada edad. Si consideramos que algunas de las mujeres a las que Trujillo accede carnalmente son dominicanas mayores de edad, y por supuesto, en todo el derecho a decidir mantener relaciones sexuales con el dictador o no, el interrogante es por qué lo hacen. De acuerdo con David T. Abalos, en *The Latino Family and the Politics of Transformation*, la falta de reacción por parte de los ciudadanos en general con respecto a los actos violentos cometidos por el régimen trujillista y la de las mujeres en particular, al no denunciar el repetido acoso sexual por parte del dictador responden al proceso por medio el cual Trujillo, como Jefe

del Estado, ha estado manipulando el juicio de quienes gobierna “The politician as a kind of abusive father does not want his children to become mature, critical citizens” (xviii). Es decir que, si nos atenemos a la metáfora que hace Abalos en la que compara a Trujillo con el padre —metáfora muy apropiada si tenemos en cuenta que Trujillo es el Padre de la Patria Nueva—, los ciudadanos, como sus hijos, se han vuelto individuos permisivos que acatan la norma por miedo a recibir un castigo o, como sucedió con el padre de Urania, a caer en desgracia, que era el peor castigo que el dictador podía imponerle a uno de sus hombre de confianza. Al ser el Padre de la Patria nueva, suponemos que existe la conciencia, profunda en Trujillo y fruto de la convicción o de la conveniencia en el pueblo, que el dictador ha creado un nuevo estilo de vida en La República Dominicana desde su llegada al poder en 1930. Si bien es cierto que la isla se vio beneficiada por algunas de las medidas que tomó Trujillo, como congelar el pago de la deuda externa abonando el dinero a fortalecer las arcas del Estado, además de suspender la importación de productos de primera necesidad para promover el sector agrícola y la producción de alimentos como las legumbres y el arroz, la dictadura de Trujillo tuvo grandes repercusiones en la economía dominicana ya que el salario de casi todos los trabajadores se vio reducido drásticamente y a la precaria situación económica se le sumó la crisis social en la que estuvo sumida la isla a causa de la violencia del régimen trujillista.

Pero sus actos no parecieron hacer mella en sus más fieles servidores quienes, como Agustín Cabral, daban la vida por el dictador “has llegado a comprender que tantos millones de personas machacadas por la propaganda, por la falta de información, embrutecidas por el adoctrinamiento, el aislamiento, despojadas del libre albedrío, de voluntad y hasta de curiosidad por el miedo y la práctica del servilismo y la obsecuencia,

llegaran a divinizar a Trujillo” (Vargas Llosa 75), como se recuerda Urania a sí misma en una de esas introspecciones en la que aparece la voz del tú que indaga en su conciencia. Gracias a todo el tiempo que ha dedicado a conocer la isla de la cual tuvo que salir huyendo, la doctora Cabral trata de analizar las razones que llevaron a un país entero a endiosar a un hombre que gobernaba de forma tan violenta. Ella también ve en Trujillo la figura del padre quien de forma arbitraria castiga a sus hijos y los convence de que ese es el único camino, de modo que los dominicanos aprendieron “No solo a temerlo, sino a quererlo, como llegan a querer los hijos a los padres autoritarios, a convencerse de que azotes y castigos son por su bien” (75). El argumento de Urania, además de describir cómo ocurrían las cosas durante la Era Trujillo, revela el tipo de relación que se estableció en el isla desde la llegada de este al poder. De un lado, el ser presidente implica tener un cierto grado de poder al que no cualquier ciudadano puede acceder; de otro, implica que desde dicha posición deberá seguir cumpliendo con sus deberes como ciudadano, es decir, está amparado por la constitución como mandatario pero no está excluido como dominicano de acatar lo establecido en la constitución.

En el caso de Trujillo esta distinción no parece estar muy clara. A la posición de autoridad que ostenta, con respecto a los otros dominicanos, le ha añadido el poder actuar de forma arbitraria; es decir, actúa sin cumplir ninguna ley. Ahora bien, si abstraemos ese poder al campo de la sexualidad y la forma en que Trujillo se comporta en ese aspecto podemos considerar que ocurre una doble trasgresión como explicaremos a continuación. Desde el principio se ha querido establecer en la novela a Trujillo como progenitor de una nueva era de la República Dominicana; a través de su discurso, es evidente que se trata de la figura de un patriarca, un hombre que tiene el control absoluto de la isla y por

ende de sus habitantes, como lo comenta Samuel Manickam en su artículo “Las estrategias del poder traumatizante”, “Mientras públicamente propaga la ideología de la familia nacional en la cual él queda como Padre de la Patria, al mismo tiempo fragmenta los lazos familiares con sus innumerables actos de violación en el espacio privado” (52). Aunque la afirmación de Samuel Manickam explica cuál es la imagen que quiere proyectar Trujillo de la isla bajo su gobierno, consideramos que más que quebrantar los lazos familiares, lo que está ejerciendo es sus funciones de patriarca. Es más, si nos remontamos un poco en el tiempo, en la sociedad medieval el señor feudal gozaba de lo que se conoce como “derecho de pernada”. Aunque se podría argumentar que en este tipo de sociedad moderna, como lo era la República Dominicana de la primera mitad del siglo XX, los actos cometidos por Trujillo constituyen una violación, teniendo en cuenta el tipo de sociedad patriarcal que se establece, desde la perspectiva del Chivo, esos actos sexuales no constituirían violaciones. Carlos Barros, en su artículo “Rito y violación: derecho de pernada en la baja Edad Media”, comenta que en esa época:

Los nobles imponen el rito del acto sexual con las mujeres vasallas desde su doble poder de hombres y señores, lo cual obliga a distinguir el estudio de la violación en el feudalismo del estudio de la violación en otros tipos de sociedad. Sobre todo si consideramos que, en principio, era tradición admitida más o menos ampliamente este derecho feudal de que señor se acostase con la novia en su primera noche de casada como gesto de vasallaje (306).

Aunque debemos guardar las diferencias, ya que *La fiesta del chivo* no se relaciona de ninguna forma con el sistema feudal medieval, Trujillo, en la relación descrita por Barros, ocuparía el lugar del señor feudal y las dominicanas a las que accede carnalmente, las

vasallas. Lo anterior nos remite de nuevo al comentario, que a forma de sarcasmo, hace Urania “Las buenas dominicanas agradecían que el Jefe se dignara tirárselas” (71). Se ha creado una conciencia colectiva entre las mujeres de la isla que dicta que ser una de las conquistas del Jefe es afortunado y de alguna forma, algo a lo que cualquier mujer debería aspirar. Pero no solo es Trujillo quien ejerce ese derecho sobre las mujeres ya que también se encuentran su hijo Ramfis y su hermano Petán.

El caso de Ramfis es muy significativo en la obra ya que es él el primer hombre de la familia Trujillo con el que tiene contacto Urania. El episodio del fugaz encuentro entre el hijo de Trujillo y la hija del senador Cabral ocurre durante la Feria de la Paz y la Confraternidad del Mundo Libre, evento en el que se celebraban los 25 años de la Era Trujillo. Ramfis se acerca a Urania y besándole la mano le pregunta su nombre. Cuando su padre se entera de lo que ha pasado, reacciona de forma violenta “ ¡Nunca más! Óyelo bien, Urania. Si se te acerca, sal corriendo. No lo saludes, no le hables. Escapa. Es por tu bien” (133). La niña piensa que su padre está celoso de Ramfis y en ese momento no comprende el enfado que produjo en él el hecho que el hijo de Trujillo le hubiera demostrado su “afecto”. La fama que persigue a Trujillo padre también es la aspiración de Ramfis quien, según sabemos líneas más tarde, se ve involucrado en un episodio infame. Rosalía Perdomo, una chica del colegio de Urania e hija de uno de los coroneles de Trujillo, se perfila como la siguiente víctima de Ramfis y sus amigos. Luego de asediar a la chica y de buscarla, fijan una cita con la adolescente y proceden a violarla:

¿Borrachos ya? ¿O se emborrachan mientras hacen lo que hacen con la dorada, la nivea Rosalía Perdomo? (...) Entonces se portan como caballeros. Antes, la violan. A Ramfis, siendo quien es, le correspondería desflorar el delicioso manjar.

Después, los otros. ¿Por orden de antigüedad o cercanía con el primogénito? ¿Se juegan los turnos a la suerte? ¿Cómo sería, papá? Y, en pleno cargamontón, los sorprende la hemorragia (135).

Estos son los recuerdos de Urania sentada frente a su padre mientras el hombre postrado en una silla no puede proferir palabra ni acaso disculparse con su hija. El caso de Rosalía Perdomo es uno de tantos en los que se vio involucrado en clan Trujillo. Esta chica, que no sabe si fue afortunada al salvarse o no, finalmente es llevada al hospital por el primogénito de Trujillo en donde los doctores detienen la hemorragia pero propagan el rumor de modo que la vida de la adolescente cambia para siempre y pasa a ser otra víctima de la Era Trujillo. Aparte de este episodio escabroso, Ramfís tiene fama de ser un conquistador y romántico. De hecho, su padre siempre le ha reprochado el que se gaste el dinero viviendo su vida de *playboy* y acostándose con las actrices de Hollywood. De otro lado está Petán, el hermano de Trujillo, cuya fama de desflorador salvaje dista mucho de la de su hermano dictador, quien siempre procura “placer” a sus conquistas. Aunque no es un personaje recurrente en la novela, sabemos que hace parte de la familia de Trujillo. De igual modo, podemos constatar que Trujillo siente admiración por todos aquellos hombres que ven en la mujer como una “moneda de cambio”, es decir, aprovecharse de las mujeres sin dar nada cambio y sacar el mayor beneficio. Aunque ya hemos mencionado la fama de su hijo Ramfís, Trujillo duda de que le gusten acaso las mujeres. Sin embargo, Ramfís vivía de la fama y “le gustaba la apariencia, que dijeran es el mejor montador de este país, mejor todavía que Porfirio Rubirosa, el dominicano famoso en el mundo por el tamaño de su verga y sus proezas de cabrón internacional” (33). Y es precisamente por Porfirio, ex-esposo de su hija Flor de Oro, por quien Trujillo siente gran

aprecio y admiración “Porfirio tenía ambición y se había tirado grandes hembras, desde la francesa Danielle Darrieux hasta la multimillonaria Barbara Hutton, sin regalarles un ramo de flores, más bien exprimiéndolas, haciéndose rico a costa de ellas” (33). Como podemos observar, para Trujillo y, en este caso para Porfirio, el poder está íntimamente ligado con el sexo; con la habilidad para tener el mayor número de conquistas femeninas, gozar de los privilegios que esto pudiera traer y con la misma habilidad, deshacerse de las mujeres cuando la relación no produjera ningún beneficio.

La novela de Vargas Llosa reflexiona constantemente sobre el papel de la mujer durante el trujillato y cómo ellas pasaron a ser objetos y muchas veces, como en el caso de las hermanas Mirabal, un símbolo de la violencia del régimen contra el género femenino. Aunque en su familia había mujeres, ni sus dos hijas ni su propia esposa juegan un papel determinante, ni funcionan a modo de contrapeso en la imagen que su régimen formó de la mujer. Su esposa, María Martínez, había decidido dedicarse a la “literatura”:

—pues esa vieja gorda y pendeja, la Prestante Dama, era su mujer, después de todo— se había tomado en serio lo de escritora y moralista (...) ¿No era el libro de lectura obligatoria en las escuelas, esas *Meditaciones morales*, prologadas por el mexicano José Vasconcelos, que se reimprimían cada dos meses? (...) La Prestante Dama era escritora y moralista. No gracias a ella, sino a él, como todo lo que ocurría en este país desde hacía tres décadas (29).

En estas líneas vemos una crítica evidente al papel de la mujer durante el trujillato; o bien servía como objeto sexual para el disfrute personal de Trujillo o bien, se trataba de una mujer inútil que no aportaba nada al desarrollo del país a pesar de su evidente

“contribución” a las letras dominicanas. Además, la Prestante Dama tenía fama de aprovechada, de modo que cada vez que se sentía humillada por el comportamiento de su esposo, la única solución, era aumentar sus arcas para callarla, no sin antes haber ido a quejarse ante la Mamá Julia, quien a sus 96 años seguía siendo la mujer más respetada de la isla por haber dado a luz a tan excelso personaje como lo era Trujillo.

Se podría argumentar, como Manickam lo expone el artículo anteriormente mencionado, que si Trujillo es considerado como el Padre de la Patria, su esposa, doña María, debería ocupar el papel de la respectiva madre de la República Dominicana. Pero, como constata el articulista, es evidente que “Aunque su esposa lleva el título de «La Prestante Dama», el cual quiere decir una mujer sobresaliente, es una designación hueca e hipócrita ya que ella sabe bien que su esposo la desprecia públicamente con sus actos de infidelidad” (54). Es en cambio, su madre quien goza de los privilegios y del respeto de toda la isla, tanto así que en Día de las Madres es Mamá Julia quien se lleva todos los halagos “Manantial de caritativos sentimientos y madre del perínclito varón que nos gobierna” (Vargas Llosa, 30), es el saludo del locutor de la radio de la emisora que Trujillo escucha cada mañana. El papel que juega la madre de Trujillo como matrona, sigue el modelo de las madres latinoamericanas quienes son “las que al fin de cuentas, tienen más influencia en el desarrollo de los hijos” (54). Podemos establecer, entonces, un paralelo entre Mamá Julia como el modelo de madre y Trujillo como el modelo de hijo varón. Además, si aplicamos lo que Alan Riding propone en su libro *Distant Neighbours: A portrait of the Mexicans* (1985) a la relación que Trujillo establece con su madre a quien considera “a long suffering saintly figure” (242), podemos observar cómo la figura materna se ha convertido en un símbolo nacional a quien los dominicanos

profesan adoración. El identificar a la madre de Trujillo como modelo a seguir de todas las madres dominicanas, lo que se logra es ponderar aun más las virtudes de Trujillo a través de los honores que se le rinden a su madre. Y es precisamente por lo anterior, que la esposa de Trujillo no puede ser considerada como la mujer perfecta y ese rol lo asume la vieja del clan de la familia Trujillo. De hecho, vemos cómo ninguna mujer aparte de la Mamá Julia es tratada con respecto por el dictador, quien, como habíamos mencionado antes, solo vive alrededor de sus conquistas de jovencitas. Es evidente, en ese respecto, que la novela de Vargas Llosa constituye una denuncia no solo contra la posición de las mujeres en cualquier régimen dictatorial sino de la situación de la mujer en general en Latinoamérica.

Es en este sentido y, teniendo en cuenta lo que hemos observado acerca de Trujillo y su relación de poseedor-objeto con las mujeres, que la escena del encuentro con Urania resulta paradójica y constituye uno de los ejemplos más claros del comportamiento depredador de Trujillo. La noche del encuentro entre Trujillo y Urania, el primero le dice a la niña “Vas a descubrir una cosa maravillosa. El amor. El placer. Vas a gozar. Yo te enseñaré. No me tengas miedo. No soy la bestia de Petán, yo no gozo tratando a las muchachas con brutalidad” (Vargas Llosa 505). El marcar una distancia con su hermano, Petán, implica para Trujillo una distancia entre un acto sexual brutal y uno en el que supuestamente, la mujer va a disfrutar también. En este punto nos gustaría detenernos para señalar que en las relaciones sexuales que mantiene Trujillo con las mujeres no existe el placer, al menos para ellas. Se podría argumentar, si analizamos la escena del encuentro de Urania con el dictador, que ella actúa no con el afán de descubrir ese placer oculto que le han prometido; actúa llevada por el miedo, sentimiento que en

apariencia Trujillo trata de evitar provocar a la niña. Pero en realidad, si tenemos en cuenta la naturaleza del personaje y las circunstancias en las que se lleva a cabo el acto sexual, las palabras de Trujillo “No me tengas miedo. No soy la bestia de Petán, yo no gozo tratando a las muchachas con brutalidad” (505) no pueden más que ser leídas como una ironía cruel en la que el dictador se revela a sí mismo como la “bestia” de la que trata de diferenciarse.

José Antonio Marina en *Anatomía del miedo* (2006) dedica uno de los apartados de su ensayo a estudiar la relación que se establece entre la víctima del miedo y su victimario y cómo este último siempre estará en ventaja, pues si consideramos el miedo como un mecanismo de poder “Es fácil comprender la razón de su eficacia. El miedo impulsa a obrar de determinada manera para librarse de la amenaza y de la ansiedad que produce” (Marina 43). Si extrapolamos esta reflexión al encuentro sexual entre Urania y Trujillo comprendemos desde otra dimensión la confesión que hace la protagonista a su familia “Traté, traté. Pese al terror, al asco. Hice todo. Me puse en cuclillas, me lo metí a la boca, lo besé, lo chupé hasta las arcadas. Blando, blando. Yo le rogaba a Dios que se parara” (Vargas Llosa 508). El miedo que suponía estar con Trujillo y más aún el miedo a la reacción que tendría el viejo si no lograba tener una erección, hacen que Urania se sobreponga de algún modo a esa situación angustiosa y busque de cualquier forma terminar con la ansiedad del momento. No es Urania, por su propia voluntad quien decide incurrir en estas acciones, es el miedo que la domina el que modifica su conducta. Es por lo anterior que es posible comprender por qué la libertad de decisión se ve alterada por el miedo “Por lo tanto, quien puede suscitar miedo se apropia hasta cierto punto de la voluntad de la víctima” (Marina, 43). A lo anterior, habría que añadir que además de la

falta de la libertad para elegir qué se quiere hacer, el miedo causa sumisión. El caso de Urania es el más dramático que ilustra la novela en tanto la violencia del acto sexual que en último término es el origen de la sumisión de la niña. Pero, si tenemos en cuenta que Urania, a pesar de haber sufrido un evento traumático, no es una de las mujeres asiduas de Trujillo, deberíamos considerar que la sumisión provocada por el miedo al Jefe, se ve de forma más clara y periódica con las otras mujeres a las que Trujillo suele frecuentar. Una de esas mujeres es Moni, una muchacha con la que Trujillo suele mantener relaciones sexuales “Era una linda y cariñosa muchacha, que nunca lo había defraudado, desde aquella vez en Quinigua, cuando su padre en persona se la llevo a la fiesta que daban los americanos de La Yuquera: «Mire lo que le traigo, Jefe»” (383). Moni, como otras muchachas de buena familia de la isla son llevadas por sus propios padres para el encuentro sexual con Trujillo al que podríamos calificar casi de iniciatorio. Las jóvenes vírgenes, como sucede en el caso de Urania, son ofrecidas a Trujillo quien las acepta a modo de transacción. Es decir, Trujillo acepta tomar la virginidad de las mujeres y en retorno, al menos eso creen los padres, contarán con la actitud favorable de Trujillo, o sea, que no caerán en desgracia como sucede con Agustín Cabral.

Al verse desprovisto de los favores del Jefe, Cabral decide, por sugerencia de Manuel Alfonso, ofrecer la virginidad de su hija y así recobrar el aprecio de Trujillo al mismo tiempo que demuestra su lealtad “—¿Sabes una cosa, Cerebritito? Yo no hubiera vacilado ni un segundo. No para reconquistar su confianza, no para demostrarle que soy capaz de cualquier sacrificio por él. Simplemente porque nada me daría más satisfacción, más felicidad que el Jefe hiciera gozar a una hija mía y gozara con ella. No exagero, Agustín” (343-344). La propuesta de Manuel Alfonso le parece indecente a Agustín

Cabral pero él terminará aceptando porque en el fondo, las palabras de Manuel carecen de sentido; constituyen un doble discurso que solo pretende convencer a Cerebrito Cabral de que la única forma de reconquistar la confianza de Trujillo es a través de su hija Urania. En este sentido, como propone, Luna Escudero en el artículo ya citado, se entiende por qué “Urania Cabral recrea lo inefable de esos años de horror, de injusticia, corrupción y tragedia. Es a través de las cortapisas de sus recuerdos, de la voz sufriente de Urania, desde su perspectiva de víctima inmolada, de «ofrenda viva», que se nos ofrece la trama” (Luna Escudero n.pag.). Urania, como ella misma lo recuerda a su tía y a sus primas, se reconoce como víctima de un sacrificio parecido a los que le ofrecían a Moloch:

—Apenas tomamos la carretera, tal vez cuando el auto pasaba por el lugar donde dos semanas después matarían a Trujillo, Manuel Alfonso comenzó —una inflexión de disgusto interrumpe el relato de Urania (...) — A prepararme —recupera Urania la firmeza—. A ablandarme, asustarme y encantarme. Como las novias de Moloch, a las que mimaban y vestían de princesas antes de tirarlas a la hoguera, por la boca del monstruo (Vargas Llosa 496).

El “Moloch”, también conocido como “Molk” o “Moloch baal”, era un dios de la mitología fenicia, hebrea y púnica. Se han propuesto muchas teorías acerca de los rituales que se celebraban en torno al dios. Aunque la creencia popular, sostiene que los sacrificios que se hacían al dios tenían que ver con la redención de los pecados, se ha establecido que el ritual al dios Moloch era restringido a la élite de las sociedades que adoraban la deidad como lo comenta Carlos Wagner en el artículo “En torno al supuesto carácter incruento e iniciático del *molk*”, “Se trataría, según esto, de un ritual propio

sobre todo de la realeza y de las familias nobles ante situaciones especialmente críticas, como grandes calamidades (guerras, plagas, hambrunas, etc.) que implicaban grave peligro colectivo para la comunidad” (12). Aunque el estudio que dedica Wagner al respecto es extenso pues analiza toda la historiografía en torno al dios, nos interesa concentrarnos en dos aspectos. El primero, lo hemos referido con líneas anteriores; el sacrificio de niños a Moloch estaba restringido a familias de clase alta, en las sociedades anteriormente mencionadas, y solo se llevaba a cabo cuando infortunios acaecían sobre dichas familias. El otro aspecto que nos interesa resaltar del estudio de Wagner es el hecho que la decisión del sacrificio infantil recayera sobre el padre de familia, nunca sobre la madre o cualquier otro miembro “En el mundo greco-romano las conductas antinatalistas. entre ellas el infanticidio (...) pertenecían a la esfera de lo privado, y en este sentido la decisión última sobre quién debía ser expuesto o no, correspondía a la autoridad familiar encarnada en la figura del padre” (19). Las dos ideas que resaltamos del estudio son pertinentes en tanto explican de forma más amplia la metáfora de Urania en la que compara la preparación para la fiesta ofrecida por Trujillo, únicamente para ella, y la preparación de las niñas que le eran ofrecidas a Moloch. Aunque se desconocen muchos detalles acerca del ritual a la deidad del mundo greco-romano, de modo que no podemos establecer cuál era exactamente la preparación de los infantes, queremos enfatizar en que la metáfora de Urania no solo establece un paralelo entre ella, como niña, y los niños ofrecidos al dios, sino que con esto compara a Trujillo con la deidad, la que hoy en día – y seguramente en el mundo greco-romano- era asociada con la muerte de inocentes criaturas.

Wagner refiere que la elección y decisión sobre quién debía ser sacrificado recaía

sobre el padre de la familia así como, en líneas anteriores, comenta el hecho de que el ritual fuera restringido para familias de la nobleza y se llevaba a cabo solo ante situaciones calamitosas. El padre de Urania, Agustín Cabral, quien desconoce el motivo exacto de por qué ha caído en desgracia, decide libremente, gracias a la intercesión de Manuel Alfonso, entregar a su hija Urania a Trujillo. Cabral no sabe lo que puede ocurrir si no recupera los favores de Trujillo y perder el estatus que por tanto tiempo ha mantenido se presenta como una verdadera tragedia para él como se lo hace creer Manuel Alfonso “El Jefe apreciará más el gesto. Comprenderá que se equivocó, que te juzgó de manera precipitada, dejándose guiar por sus susceptibilidades o dando oídas a tus enemigos. No pienses solo en ti, Agustín. No seas egoísta. Piensa en tu muchachita. ¿Qué será de ella si pierdes todo y terminas en la cárcel acusado de malos manejos y defraudación? (Vargas Llosa 344). Ante el temor de pasar hambre o caer preso y, pensando que Urania sería su salvación y así redimiría el destino de los dos, el ministro Cabral decide ofrecer a Urania como sacrificio para Trujillo. Como las otras chicas que eran entregadas al dictador para que sus padres contaran con el beneplácito del Chivo, Urania es la ofrenda que se hace al semi-dios que encarna Trujillo y así volver a la gracia de este. Pero el encuentro con Urania, como lo hemos referido previamente, no es lo que Trujillo esperaba debido a su impotencia y la fiesta a la que Urania creía estar asistiendo cuando su padre la convenció de que fuera, marcó su destino de forma definitiva.

Es interesante el contraste que hay entre los planes del ministro Cabral para recuperar la confianza de Trujillo y los que tiene Urania. Mientras que el primero consiente entregar a su hija virgen, Urania ofrece su cuerpo voluntariamente “—Esa noche hice una promesa a Nuestra Señora de la Altagracia si ayudaba a mi papá a salir de

eso. ¿Se imaginan qué? (...) — Que me conservaría pura el resto de la vida” (344). En el plano simbólico, la promesa de Urania, de conservarse virgen y pura por toda su vida y lo que esto implica, su sacrificio en pos del bienestar de su padre, se contraponen a la ofrenda que hace el senador Cabral a Trujillo que en este fragmento nos obliga a pensar en la alusión que hace Urania acerca de Moloch, comparando a Trujillo con la deidad; así, se muestran las dos caras de la moneda: el bien encarnado en la niña y el mal en Trujillo. O, si se quiere, la inocencia y la pérdida de ella. Luego del encuentro sexual con Trujillo, Urania, de hecho, no vuelve a estar con ningún hombre y desarrolla sentimientos repulsivos hacia todos los hombres que la rodean o que intentan acercarse a ella, su padre el primero “—Prefiero que viva así, muerto en vida, sufriendo —habla muy serena, con los ojos bajos—. Por eso lo ayudo, tía” (345).

La parálisis del senador Cabral se presenta en la obra como el justo castigo por haber entregado la virginidad de su hija, o al menos, así lo pretende Urania al condenarlo a vivir en una silla de ruedas, dependiendo de una enfermera incluso para sus necesidades más básicas. Su silencio, de otra parte, además de ser provocado por su apoplejía, lo podemos interpretar como el silencio de todos los culpables de lo que ocurrió en el régimen. Cabral, como todos los colaboradores de Trujillo, se beneficiaron durante tres décadas, a costa de los abusos que cometía el régimen contra los dominicanos. El mutismo del senador Cabral, en el plano simbólico, además de ser síntoma inequívoco de su culpabilidad, demuestra que una vez acabado el régimen trujillista, nadie respondió por todas las víctimas del régimen. De hecho, el presidente Balaguer, quien se encontraba en un papel muy marginado mientras que Trujillo estuvo vivo, luego de su muerte, lo que hace es perpetuar la situación de los dominicanos. Gallego Cuiñas en su artículo

“Denuncia y univocidad”, se refiere a la importancia que tomó la figura de Balaguer en la configuración política de la isla tras la caída de Trujillo, “Después de la caída del dictador, la izquierda no encontró una vía de legitimación de sus presupuestos, debido a su exigua experiencia, a sus desconocimientos del esqueleto teórico de la práctica política y a las continuas luchas internas. Los trujillistas, en cambio, fueron recomponiéndose y hallaron en Joaquín Balaguer al líder que podía favorecer sus intereses” (416). La política que adoptó Balaguer, aunque se perfilaba de corte democrático, lo único que logró fue instaurar un nuevo gobierno cuyos pilares eran la corrupción y un autoritarismo disfrazado que en no poco recordaba a Trujillo. Joaquín Balaguer tomó posesión de la presidencia de la isla, en 1966, apoyado por Estados Unidos, el partido trujillista y muchos apuntan a que su campaña política resultó triunfadora gracias a la publicación del libro *Trujillo: The life and Times of a Caribbean Dictator*, del escritor estadounidense Robert Crassweller publicado, convenientemente, el mismo año. A través de sus páginas, además de conocer información confidencial sobre el régimen trujillista, el escritor “forja la figura incólume y acrisolada de un Joaquín Balaguer que se fraguó al socaire de los vejámenes y del martirologio trujillista”, (415) como comenta Gallego Cuiñas. No es un misterio que en la redacción del libro participó Joaquín Balaguer quien además le concedió varias entrevistas a Crassweller en las cuales le proporcionó todo tipo de detalles sobre el periodo trujillista.

Es precisamente por la actitud de Balaguer y la forma en la que condujo la isla luego de la muerte de Trujillo, y por supuesto debido a la ineptitud de los gobiernos subsecuentes, que muchos dominicanos no han podido superar, al menos en términos sociales y políticos, el legado de la Era Trujillo como lo señala José Luis Sáez, citado por

Gallego Cuiñas en su artículo titulado “La fiesta de los sentidos”. Al respecto, Sáez comenta:

No hemos sido capaces de deshacernos de un muerto tan pesado, ni construir algo que nos evitara su presencia constante, y lo que es peor, su amenaza permanente. El problema no radica en el contagio que dejó en los gobiernos que heredaron su despacho en el Palacio Nacional, sino en la incapacidad de esos de transformar las instituciones de la tiranía de manera definitiva (294).

Urania, en tanto personaje ficcional, pero ilustrando perfectamente la situación de los sobrevivientes del régimen ve en su padre postrado en la silla, todavía un recuerdo vivo de la Era Trujillo. Su parálisis, como lo habíamos mencionado anteriormente, además de ser un “castigo” merecido, puede ser interpretada como la decadencia, pero ya no física, sino moral de todos aquellos que participaron y se beneficiaron al lado de Trujillo, como argumenta Tcherepashenets en su artículo “The secrets of the Era” a propósito de la invalidez de Agustín Cabral “ Upon her return, Urania finds her father broken by physical paralysis which one may interpret on a symbolic level as moral sickness. His inability to respond during his meeting with his daughter can be seen as a symbolic expression of his abdication of responsibility to his child, an extensión of his own self” (92). La culpa persigue al senador y su silencio lo “delata” de modo que no podría haber ninguna excusa posible que justificara su acto. La incapacidad del personaje de Cabral para asumir la responsabilidad de sus actos se presenta como metáfora de la incompetencia latente que aun se vive en la isla. El que Agustín Cabral siga vivo, y ya no exclusivamente a causa del dinero que envía Urania, indica la presencia irrefutable de los crímenes de Trujillo casi cuarenta años después de su muerte. Pero el personaje de Cabral,

que no inspira pena, sino más bien rabia, está condenado a morir en una silla consumido por la culpa “Urania’s meeting with his father at the threshold of his death illustrates death revealing and isolating his absolute singularity and responsibility for her trauma. He flees from «answerability» for his act and has to face his «non-alibi» of existence and his guilt” (92). Podríamos decir que el encuentro de Urania con su padre era necesario en tanto suponemos que el senador va a morir pronto. Pero Urania, como se lo explica a su tía, ha prolongado su muerte tanto como lo fue posible, acaso para verlo una última vez en vida. La ausencia del padre durante la conversación, que más bien se trata de un monólogo de la mujer, puede interpretarse como esa misma ausencia que Urania ha sufrido por los últimos treinta y cinco años de su vida. El encuentro con su padre, que era madre a la vez debido a la temprana muerte de la madre de Urania, no es la clausura que la mujer necesita. A pesar de haberle visto y haberle hablado todo lo que calló por tanto tiempo, el encuentro no es tan liberador como sí lo es aquel que ocurre con las mujeres de su familia “Though Urania will never forgive her father, the novel’s ending brings reconciliation between Urania and her family” (98). Consideramos que el reencuentro de Urania con las mujeres de la casa puede interpretarse como el fin de una era marcada por el patriarcado y las consecuencias que tuvo para ella el que su padre decidiera entregarla a Trujillo.

Observamos que los términos en que los dos personajes masculinos, a saber, el senador Cabral y Trujillo, asumen el encuentro sexual entre este último y Urania no se pueden equiparar. Mientras que la culpa acecha al senador, incluso muchos años después de lo ocurrido, de su lado, para Trujillo, no hay ningún impedimento moral para sostener relaciones sexuales con mujeres adolescentes. A este respecto, Crasweller, en el libro que

hemos mencionado anteriormente, observa:

Only in his final years did his taste turn strongly to very young women. He was as generous with money where women were concerned as he was with gallantry and finesse and the artful phrase. He patronized neither prostitutes nor semiprofessionals. Those he selected came sometimes from relatively high social levels and sometimes from modest backgrounds. They were almost always virgins (94).

Al contrario de suponer algo fuera de lo común o si acaso digno de reflexión, para Trujillo acostarse con adolescentes y desvirgar jovencitas hace parte de sus características esenciales y revela una de sus múltiples formas de poder. Al poseer el control de los cuerpos, Trujillo ejerce su poder no solo entre las mujeres sino entre su círculo de amistades.

Las mujeres con las que sostiene relaciones sexuales generalmente son hijas, hermanas o esposas de sus hombres de confianza y él, para humillarlos y dominarlos, se precia de haberse acostado con ellas como lo hizo en la provincia de Barahona en una de las múltiples fiestas que se ofrecían en su honor. Cuando se encontraba a solas, con todos los hombres, y un poco pasado de tragos, Trujillo se levantó y lleno de orgullo se dirigió a los demás:

—Yo he sido un hombre muy amado. Un hombre que ha estrechado en sus brazos a las mujeres más bellas de este país. (...) ¿Saben ustedes cuál ha sido la mejor, de las hembras que me tiré? (...) La cabeza de cabellos plateados buscó y encontró, en el círculo de caballeros que escuchaba, la cara lívida y regordeta del ministro. Y terminó: ¡La mujer de Froilán!” (Vargas Llosa 74).

La anécdota, que no hace parte de la narración de Trujillo, se la recuerda Urania a su padre pues, ella como representante del Banco Mundial, en una ocasión tuvo que darle la bienvenida a Henry Chirinos en calidad de embajador de la isla durante el periodo de gobierno del presidente Balaguer y fue precisamente durante el evento diplomático que el embajador deleitó a los asistentes con esta y otras historias de la Era Trujillo.

Con respecto al comportamiento de Trujillo, al exponer a su ministro de esta forma tan vulgar preciándose haber tenido relaciones sexuales con su esposa, Glen Dealy en su libro *The Latin Americans: Spirit and Ethos*, observa que presumir de las conquistas es un rasgo característico de los hombres hispanos machistas “Women are consistently courted before the eyes of peers in order that his triumphs may be acknowledged and his manliness appreciated” (134). Pero en una sociedad machista latinoamericana, por ser este el caso que nos ocupa, tiene reglas implícitas. Una de ellas, es respetar a la mujer del otro; es decir, es mal visto que un hombre tenga relaciones sexuales con la mujer de su amigo pues esto debilitaría su amistad y acabaría con ella. El caso de Trujillo es excepcional pues Trujillo no necesita mantener lazos fraternos con los hombres que lo rodean, son ellos quienes necesitan el beneplácito del dictador. Al comportarse de esta forma “[Trujillo se] convierte en el más macho de todos los hombres” (Manickam 55). Al considerarse el macho del grupo de hombres que lo rodean, Trujillo, lo que hace, es desestabilizar la red de vínculos masculinos que son los que aseguran la perpetuidad de los hombres al frente de una sociedad como lo describe Eve Sedgwick en *Between Men: English Literature and Men Homosocial Desire* (1985), “There is a special relationship between male (...) homosocial desire and the structures for maintaining and transmitting patriarchal power” (25). Sería de esperar que hubiera una

relación horizontal entre hombres; es decir, que ninguno atentara contra la estructura patriarcal demostrando su poderío en terrenos como el de la sexualidad. El caso de Trujillo no se podría clasificar dentro de esta relación compleja entre los hombres que conforman una sociedad patriarcal porque el dictador es consciente, en cierto grado, que no necesita mantener una relación armoniosa dentro de esa sociedad masculina ya que su permanencia en el poder no depende de las buenas relaciones que mantenga con su círculo más próximo. La obediencia, como lo citábamos en páginas anteriores en relación con los postulados de Foucault, es lo que le permite a Trujillo tener el control de los hombres que conforman su círculo íntimo; por medio del sometimiento, Trujillo sabe de sobra que ninguno se atreverá a cuestionar sus decisiones y mucho menos a rehusarse a cumplir sus órdenes.

A lo anterior habría que añadir un elemento que consideramos fundamental: el proceso de deificación de Trujillo. Los dominicanos no solo respetaban el régimen trujillista por miedo a lo que pudiera ocurrirles si no lo hacían. De hecho, muchos de ellos en realidad creían que Trujillo era símbolo de progreso, por una parte, y de divinidad, por otra. Durante el régimen, Trujillo y sus colaboradores se encargaron de la difusión de una imagen mesiánica de Trujillo. Lo anterior, por obvias razones, aumentaba su poder y le concedía, de algún modo, poderes sobrehumanos. Mucho se ha dicho a propósito del mito construido alrededor de la imagen de Trujillo y esto queda evidenciado en las páginas de la obra de Vargas Llosa. Por esta razón creemos pertinente referirnos a esta cuestión, entre otras, en el siguiente apartado de este trabajo en el que exploraremos las otras formas de poder que podemos identificar en la representación que hace el peruano del dictador en *La fiesta del chivo*.

Para concluir este apartado quisiéramos resaltar algunos elementos. En primer lugar, queremos mencionar que el encuentro de Urania con Trujillo nos sirve de “ventana”, por llamarlo de alguna forma, para poder comprender cuál era la posición de las mujeres durante el régimen trujillista. En ese sentido, el personaje de Urania, no solo sirve de pretexto para regresar 35 años en el tiempo y revivir el último día de Trujillo y todas las memorias de las que somos testigos por medio de las estrategias narrativas que hemos mencionado en la primera parte – vasos comunicantes y cajas chinas-, sino que además, gracias a la historia de Urania podemos extrapolar y comprender en un sentido más amplio, las dimensiones reales del impacto que causó Trujillo en las mujeres dominicanas. De la misma forma, Trujillo, como modelo patriarcal, es la cabeza visible de un sistema muy complejo en el que los padres de las mujeres eran los primeros en ofrecer a sus hijas para Trujillo disfrutara con ellas. Acaso presas del miedo infundido por el dictador o simplemente cómplices de violaciones concertadas que les permitirían gozar de una posición privilegiada dentro del régimen. De otro lado, es importante mencionar en que Urania en tanto personaje literario se construye como el puente que permite unir dos momentos históricos que ente sí distan más de treinta años. Su llegada a la isla, siendo una mujer mayor, el monólogo que entabla consigo misma enfrente de su padre inválido constituyen de un lado, un ejercicio de la memoria personal y de otro, la historia de la República Dominicana representada en el trauma de la protagonista y su posterior exilio. El reconocer al final de la novela, delante de las mujeres de la familia lo que le sucedió, recupera a Urania, la niña adolescente y como lectores, asistimos al camino en retroceso que nos conduce desde la Dra. Cabral hasta Uranita, como la conocían las monjas del colegio y la gente que la apreciaba. Urania se construye a sí

misma, mediante el retroceso que hace en el tiempo lo cual la enriquece como personaje literario al mismo tiempo que articula las tres historias que componen la obra y que funcionan coordinadamente sin que una se imponga a la otra.

De otro lado, el hecho que Trujillo esté aún en la mente de Urania es el síntoma inequívoco de que su recuerdo pervive dentro de la sociedad isleña que, como lo anotamos en páginas anteriores, parece no haberse recuperado del caos político y social que prolongó Trujillo durante más de tres décadas. A lo anterior hay que añadir el hecho que el senador Cabral, como superviviente de la Era Trujillo que nunca abandonó la isla, enfatiza aún más la idea del conflicto que supone haber asistido a la transición de gobiernos en la isla luego de la muerte de Trujillo. Transición, que por su parte, y, como lo hemos constatado, nunca ocurrió en realidad.

Hemos querido dedicar este apartado al estudio de la estructura de la obra y de los personajes que definen cada línea de narración, ya que consideramos que la yuxtaposición de historias hace de la obra del peruano una novela rica en el sentido que alrededor de un suceso principal – la conspiración para dar muerte a Trujillo-, desarrolla toda una serie de historias que a veces son paralelas en el tiempo y en el espacio, otras no, permitiendo que el lector tenga diferentes perspectivas tanto de la muerte del dictador como de su régimen. La inclusión del personaje de Urania dentro del tríptico narrativo, además de ser significativa por ser la voz femenina dominicana, es fundamental para el desarrollo de la trama. De un lado, es la voz que ofrece una perspectiva situada ya no en los años sesenta sino en los noventa cuando la dictadura ha terminado; además, por medio de Urania tenemos acceso al punto de vista del personaje exiliado que ha vivido la historia de la República Dominicana a través de los libros. Por lo anterior, es una suerte

de perspectiva no dominicana de lo acontecido. De otro lado, Urania es quien verdaderamente destruye el mito de Trujillo que se construyó a lo largo de la obra. Es una mujer, que aún siendo niña, la que desvela el verdadero carácter de Trujillo en sus dos facetas: la monstruosa y la más humana, exponiendo así todas sus debilidades.

Con respecto a los conspiradores, podemos decir que son los verdaderos héroes de la novela y del trujillato. En la obra, presentan la faceta humana de quien se dispone a cometer un crimen, exponiendo sus dudas, el conflicto religioso, social y los intereses económicos que hay de por medio. Vemos en el grupo de conspiradores el símbolo de la decadencia en la que Trujillo sumió a los millones de dominicanos que vivieron bajo su régimen. Pero también observamos el deseo de cambio que Trujillo tanto se esmeró por extinguir con las masacres, las persecuciones y la represión que ejerció contra todos sus opositores. De nuevo, gracias a la mirada retrospectiva que provee cada uno sobre su historia personal, los lectores pueden conocer los motivos que los llevaron a asesinar a Trujillo y la corrupción del régimen y todas las maniobras sucias de las que se valía para mantener una imagen limpia.

En cuanto a Trujillo podemos decir que se trata del personaje alrededor del cual se mueven todos los hilos de la obra, pero además es el personaje monstruo que poco a poco va dejando de serlo para convertirse en solo un hombre viejo cuyo esplendor de juventud ya está agotado y cuyo régimen representa la dictadura decadente por la que tanto se esforzaron en librarse América Latina. El poder ver a la figura dictatorial fuera de los muros del palacio es una de las grandes contribuciones de la novela de Vargas Llosa a la tradición de la novela de dictador ya que, como lectores, tenemos acceso a los detalles íntimos del gobernante, podemos desvelar sus secretos, sus miedos. Estamos ante una

figura más humana, a pesar de que como lo hemos mencionado anteriormente, se trate de construir un mito alrededor de su figura. También podemos conocer los pensamientos del dictador, sus maniobras, la verdad detrás del ejercicio de gobierno. La imagen que refleje el dictador no es lo más importante ya, el ejercicio de descubrir al hombre detrás de la figura de poder es lo que realmente cuenta en la obra.

Al desposeerlo de sus características sobrehumanas y una vez expuesta la decadencia del régimen, como lectores nos podemos acercar al personaje de una forma más realista ya que en ningún momento se pretende crear el mito del personaje cuya vida es inaccesible y misteriosa y cuyo régimen se extenderá por tiempo indefinido como lo observamos en otras novelas de dictador como por ejemplo, *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias, publicada en 1946. Es en ese sentido que abordamos la obra del peruano en tanto nos permite comprender, sin ser un documento de carácter histórico estrictamente, a los personajes detrás de la dictadura; no solo a los que estaban en el poder, como Trujillo, sus ayudantes y su familia, sino a los demás, que están representados en Urania y los conjurados y el círculo que los rodea. De modo que en el siguiente capítulo nos dedicaremos a explorar las formas de poder que podemos rastrear partiendo de la construcción del personaje de Trujillo que hace Vargas Llosa en la novela.

Capítulo III

La figura de Trujillo y sus manifestaciones del poder en *La fiesta del chivo*

3.1 Trujillo: El poder sexual como forma de sometimiento

Probablemente una de las manifestaciones del poder más primitivas e instintivas del hombre se manifiesta en el terreno de la sexualidad. El dominio sobre el otro tiene aquí una de sus expresiones más básicas. En el terreno de lo sexual el poder asume una forma esencialmente física de sometimiento del otro. Dentro de una sociedad organizada muchas son las leyes que tienden a regular el comportamiento sexual de los individuos que conforman la comunidad. Cuando un único individuo asume el poder de configurar un determinado sistema de leyes, como hemos observado anteriormente con el caso de los regímenes dictatoriales, sucede también que este gobernante se arroje el derecho a disponer del cuerpo del otro, que es el objeto que quieren regular las leyes concernientes a la sexualidad. La figura en el poder cae en la ficción de creer que, así como puede disponer de las leyes que establecen las relaciones entre los hombres, puede también establecer una relación de dominio sobre el cuerpo de estos. Es así como podemos comprender que el poder en un régimen dictatorial no siempre se manifiesta como un mecanismo de control social por medio del cual se somete a un grupo de individuos que están obligados a acatar ciertas leyes incluso si estas atentan contra su libertad e integridad, sino que también invade el terreno de lo privado en tanto toma posesión de la corporalidad de los gobernados.

Siguiendo estas líneas de pensamiento quisiéramos analizar la novela de Vargas Llosa *La fiesta del chivo* en tanto a la relación que se establece entre el personaje de Rafael Leonidas Trujillo y el control sexual que este ejerce sobre el cuerpo de las mujeres

sobre las que cree tener derecho. Lo que se entiende por libertad sexual, en tanto un individuo puede escoger a la pareja con quien desea ejercer dicha práctica, sufre una tergiversación cuando analizamos la relación que se establece entre el dictador y los individuos que viven bajo su régimen ya que se impone la voluntad del primero en todos los casos. Además, nos interesa analizar particularmente este tipo de poder ostentado por el personaje de Trujillo, ya que se trata de un hombre que si bien en otra época de su vida gozó de los privilegios de una vida sexual muy activa, el viejo dictador de cuya vida presenciamos el último día, está agobiado por la impotencia sexual y por la incontinencia. Es por lo anterior que podemos encontrar un paralelo entre la decadencia y muerte de Trujillo como dictador y su decadencia como hombre cuya virilidad apenas se descubre.

La dictadura en República Dominicana fue una de las más sangrientas del siglo XX y Trujillo uno de los dictadores más icónicos por la violencia con la que gobernó la isla caribeña por tres décadas. Tal vez por eso, resulta tan paradójico que un hombre, cuyo poder llegó a ser comparado con el de un dios por sus servidores cuando se le llamaba *Padre de la Patria Nueva*, termine su vida sufriendo de un mal que de un modo muy particular lo hace parecer un hombre común y corriente; un viejo que se da cuenta de que el poder que tuvo por tanto tiempo se está acabando irremediablemente y de que la fama que lo ha seguido por mucho tiempo, la del macho fogoso y enérgico que dispone de las mujeres a su voluntad, se está extinguiendo. El perder esas capacidades es especialmente relevante en la figura de Trujillo porque para él, como apunta Gallego Cuiñas en el artículo “La fiesta de los sentidos”, el sexo “Constituía uno de los símbolos del poder: la virilidad, que es el valor supremo para una sociedad machista. Por lo tanto la mujer era un objeto del que se disponía” (298). Es a partir de lo anterior que podemos

considerar que una vez perdido el poder sexual que lo había caracterizado, la vida de Trujillo se extingue tal y como él la había conocido. El poder, representado en su virilidad, lo abandona y aparece como símbolo del final de su vida, como lo mencionábamos en líneas anteriores.

El acercarse de ese modo a la intimidad de Trujillo, el revelar detalles de su vida personal, de la transformación de su cuerpo con los años, el mostrar a una figura decadente, hace que la novela del peruano, objeto de nuestro análisis, proponga una representación de Trujillo en dos sentidos. De un lado, es evidente que a lo largo de la novela está presente la constante deificación del dictador, valiéndose por ejemplo de los epítetos con los cuales se alude a Rafael Trujillo; los anteriores, solo buscan resaltar las características que hacen de Trujillo una figura imponente. Entre los epítetos más recurrentes encontramos, “el Chivo”, “El Benefactor”, “El Padre de la Patria Nueva”, “El Generalísimo”, entre otros. De otra parte, Vargas Llosa, y consideramos que este es uno de los puntos en donde radica el valor de su novela, humaniza la figura del gran dictador de modo que, como lectores, nos acerquemos a ella ya no con miedo, como lo hacían los dominicanos, como apunta Gallego Cuiñas en “Denuncia y univocidad”, “Las narraciones se acercan ahora a la figura de Trujillo, a su conciencia, lo humanizan y saldan las últimas cuentas pendientes con el pasado” (428). Pero el humanizar a Trujillo, al contrario de despertar simpatía por el viejo dictador impotente, lo que causa en el lector, es el descubrimiento de la verdadera faceta de la maldad humana, como anota Foley en su artículo “Power, Will and freedom: Mario Vargas Llosa’s *The feast of the goat*”, con respecto a la representación de Trujillo que encontramos en la obra del peruano “far from being some reified figure of evil, or a quasi-mythological villain, is a

true-life character, a totally plausible embodiment of supreme, corrupt power depicted throughout the novel with remarkable verosimilitude” (9-10). No es un dios el que gobierna la isla, es un hombre que ha sido corrompido por el poder y cuyo cuerpo es del mismo modo corruptible. Aunque se encuentra dentro de los humanos, es su crueldad lo que lo aleja del pueblo. He ahí la distancia que se marca entre lo que podríamos llamar Trujillo y su séquito¹⁰, y el conjunto de ciudadanos que están bajo su poder. Al presenciar a este Trujillo humanizado, el lector no se hace a la idea de la permanencia eterna de aquella figura endiosada en el poder sino que por el contrario, todas las “pistas” que Vargas Llosa aporta y que conforman un escenario en el que la decadencia del personaje es evidente, conducen a pensar que el final del régimen se aproxima vertiginosamente. Así, el asesinato del dictador – aunque de sobra se conoce por ser un hecho histórico- no sorprende, hace parte de la secuencia lógica de eventos que Vargas Llosa construye desde las primeras páginas del libro.

Su novela nos adentra en la vida de Rafael Leonidas Trujillo, apodado “El Chivo” por la connotación sexual que se asocia a su figura, ofreciendo una mirada retrospectiva de la vida del dictador dominicano desde su último día de vida. Como todas las mañanas, ese 30 de mayo de 1961, Trujillo se levanta de la cama a las 4:30 a.m. solo para descubrir que su problema de incontinenencia se hace cada día más evidente “Ansioso, observó las sábanas: la informe machita grisácea envilecía la blancura del hilo. Se le había salido otra vez (...) Lo estaba destruyendo precisamente cuando necesitaba más fuerza y salud que nunca” (Vargas Llosa 26). Por las palabras de Trujillo, podemos asumir que no solo se

¹⁰ Arturo Fontaine se refirió así al grupo que conformaban los allegados a Trujillo en su artículo “El tirano y su séquito”.

trata de la incontinencia, se trataría más bien de algo más serio que lo está corroyendo por dentro. El hecho que el personaje esté sufriendo de un mal que, además de debilitarlo físicamente, atenta contra sus principios de virilidad, es un síntoma grave pues de llegar a saberse que el Benefactor padece este mal, su imagen pública se vería afectada como señala Fontaine Talavera “En un hombre tan pulcro y partidario de la limpieza como él -- se dice que jamás suda-- este desorden de su organismo envejecido en el ejercicio del poder resulta particularmente contradictorio y humillante” (Fontaine 99). El personaje de Trujillo, a través de los años, ha creado una imagen de sí mismo ante los demás de modo que nada pueda serle reprochado – al menos no de su apariencia- y de mismo modo exige de sus colaboradores una presencia intachable. La incontinencia, además de presentar un problema en cuanto a higiene, revela que el paso de los años no se hace esperar y que Trujillo está envejeciendo “La incontinencia y, después, la llegada ominosa de la impotencia sexual castigan en la novela al gran macho cabrío del país, al "Chivo", como si representaran la mano vengadora de los súbditos que no pueden hacerlo (99). El enemigo, como el mismo personaje lo argumenta en la novela, ya no es alguno de esos “cientos, miles, que había enfrentado y vencido, a lo largo de los años, comprándolos, intimidándolos o matándolos” (Vargas Llosa 26); el cuerpo del general le juega una mala pasada y se convierte en el primer impedimento para seguir gobernando la isla como lo ha hecho por mucho tiempo.

Detengámonos en las primeras líneas de Trujillo acerca del otro personaje, Urania. Ya habíamos citado que para Trujillo Urania fue “La muchachita esqueleto [que] le trajo mala suerte” (26). Antes de Urania, y el lector lo constata a lo largo de los apartados que corresponden a la narración de Trujillo, la vida sexual del dictador, a pesar

de su problema de próstata, parecía funcionar bien teniendo en cuenta que hablamos de un hombre de 70 años. En este sentido, Urania tiene la función de catalizador en tanto el encuentro con ella con Trujillo pareciera desencadenar muchos otros eventos. No podemos afirmar, por ejemplo, que la muerte de Trujillo está relacionada con Urania a un nivel lógico del relato. Lo que proponemos es que el encuentro es una suerte de anticipación de lo que sucederá en los días siguientes de Trujillo. El no poder consumir el encuentro con Urania, pronostica de cierta forma, que el dictador está en declive y que su impotencia es un signo, y para nosotros, la metáfora del eclipse final del trujillato. Revisemos entonces, cómo el personaje de Trujillo se construye en la novela como un hombre que goza del poder a través del sometimiento sexual de las mujeres y cómo esta dimensión de su personalidad ayuda a conformar la compleja figura del dictador.

3.1.2 La figura de Trujillo a la luz de los planteamientos de Foucault

Trujillo, como otros dictadores que utilizan el sometimiento sexual como elemento clave del aparato represivo por medio del cual gobiernan, suponen una paradoja dentro de los planteamientos que propone Michel Foucault en su conferencia “El orden del discurso” pronunciada como lección inaugural en el Collège de France el 2 de diciembre de 1970. Refiere Foucault que el discurso, como herramienta del poder, debe ser regulado y restringido. En una sociedad determinada el uso de ciertos tipos del discurso es restrictivo por ende, existe, a lo que se refiere Foucault como “lo prohibido”. Lo prohibido, entonces, se convierte en un procedimiento de exclusión (12) y estos procedimientos existen ya que “Se sabe que no se tiene derecho a decirlo todo, que no se

puede hablar de todo en cualquier circunstancia, que cualquiera, en fin, no puede hablar de cualquier cosa” (12). Pero lo prohibido es incluso más complejo cuando consideramos, por ejemplo, que hay varios tipos de prohibiciones, a saber: el tabú del objeto, el ritual de la circunstancia y el derecho exclusivo o privilegiado de quien habla (12). Estos tres tipos de prohibiciones que no funcionan por aparte sino que a veces se trasponen o se complementan unas a otras “formando una compleja malla que no cesa de modificarse” (12). Cuando los tres tipos de prohibiciones se cruzan en el flujo del discurso o se posibilitan a través de una circunstancia, la red que refiere Foucault tiende a ponerse aun más tensa y compleja; es decir, hay temas, que causan que estas prohibiciones se tornen todavía más inflexibles. Hace cuarenta años, cuando Foucault pronunció su lección inaugural, sugería que existían dos detonantes que consistían un punto neurálgico en cuanto a las prohibiciones se trataba; es decir, provocaban y, según nuestra opinión lo siguen haciendo, una gran controversia. Estos temas son la sexualidad y la política.

Estos dos temas, el de la política y el de la sexualidad, constituyen para Foucault una paradoja del discurso ya que este “lejos de ser ese elemento transparente o neutro en el que la sexualidad se desarma y la política se pacifica fuese más bien uno de esos lugares en que se ejercen, de manera privilegiada, algunos de sus más temibles poderes” (12). Es decir, que por medio de la palabra, no solo se expresa lo prohibido, no solamente determinamos de qué se debe hablar y de qué no; es la palabra misma la que se vincula con el deseo y con el poder ya que:

El discurso — el psicoanálisis nos lo ha mostrado— no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también lo que es el objeto del deseo; y ya que —esto la historia no cesa de enseñarnoslo— el discurso no es simplemente aquello

que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse (13).

En el discurso hay temas prohibidos, algunos de los cuales, como enuncia Foucault, parecen cobrar poder por medio de su integración en el mismo. Pero no se trata únicamente de determinar cuáles son los temas prohibidos; las prohibiciones mismas son las que revelan que el poder circunscribirlas o no el discurso, otorga poder a quien decide su exclusión o inclusión. Es por lo anterior que Foucault observa que la sexualidad, por ejemplo, en lugar de apaciguarse en el discurso, encuentra en él una de sus formas más activas, bien sea mediante la prohibición o la inclusión de esta, como tema, dentro del orden del discurso. Esta tensión de elementos dentro del discurso se vuelve aun más compleja cuando se trata de un individuo que además de controlar el discurso, y el orden al que se refiere Foucault, también ejerce su poder sobre las prácticas mismas de la política y la sexualidad. Es decir, que en el caso del personaje de Trujillo, ya no encontramos un individuo que tiene el poder y lo ejerce por medio de la censura de ciertos temas en el discurso; sino que parte de su propio discurso, por medio del cual sustenta su aparato represivo, es el derecho a controlar y participar en los territorios de la sexualidad y la política de acuerdo a su conveniencia. De la segunda instancia nos ocuparemos más adelante en este capítulo; por ahora continuaremos con el análisis del poder sexual como elemento fundamental del aparato represivo del personaje de Trujillo.

Foucault, retoma el tema de la relación que existe entre el poder y el sexo, seis años más tarde, en 1976, enfocándose ya no exclusivamente en la función del poder en el discurso, sino en la compleja red de conexiones que surgen cuando el poder emplea sus mecanismos en el terreno del sexo, en *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*.

Consideramos pertinente detenernos en algunos aspectos que nos ayudarán a comprender de una mejor forma tan compleja relación y cómo podemos extrapolar el análisis del pensador francés para aplicarlo al caso del personaje de Vargas Llosa. Foucault refiere que en el complejo juego de relaciones que se establecen entre el sexo y el poder, cinco son los rasgos que se pueden identificar. Al primero de ellos lo ha denominado *La relación negativa*, en la que entre el poder y el sexo no puede haber más que negación “No establece relación ninguna sino de modo negativo: rechazo, exclusión, desestimación, barrera y aún ocultación o máscara” (50). En esta relación, el poder no establece ningún vínculo con el placer y adopta una función prohibitiva. El segundo rasgo se denomina *La instancia de la regla*, en donde Foucault, para ilustrar su pensamiento, recurre a comparación entre el poder y el sexo con la del legislador y lo que se legisla “el sexo se descifra a partir de su relación con la ley. Lo que quiere decir, por último, que el poder actúa pronunciando la regla: el poder apresa el sexo mediante el lenguaje o más bien por un acto de discurso que crea, por el mismo hecho de articularse, un estado de derecho” (50). En este sentido, la relación que está tratando de explicar Foucault se centraría en los discursos de tipo “jurídico-discursivo”. Habría que recordar entonces que Foucault ya había estudiado el discurso en función del poder en su lección inaugural “El orden del discurso”, texto al que nos hemos referido en páginas anteriores, en el cual el francés establece que es por medio del discurso, del lenguaje mismo, que se tiene el poder. El poder, por ejemplo, para establecer que el sexo es un tabú y por lo tanto no se habla al respecto libremente ni en cualquier situación.

El tercer rasgo es *El ciclo de lo prohibido*, por medio del cual, el poder actúa sobre el sexo de modo restrictivo “no te acercarás, no tocarás, no consumirás, no

experimentarás placer, no hablarás, no aparecerás” (50). Se podría pensar, aunque Foucault no lo comenta, en un tipo de relación como aquella que se establece entre el dios cristiano y sus fieles cuando, a través de Moisés, se les desvelan los diez mandamientos. Foucault resuelve la cuestión de la prohibición haciendo hincapié en que el poder, como mecanismo regulador, se aplica como ley sobre el sexo: la ley de la restricción. El castigo, en este caso, juega un papel importante pues es la herramienta de la que se vale el poder para actuar sobre el sexo. Pero dicho castigo lo único que busca es que el sexo “renuncie a sí mismo” (50). Es decir, que tanto el desear como el no desear nos llevan a una misma instancia: la anulación del deseo. Si deseamos seremos castigados y privados del deseo; si optamos por no desear, con nuestro acto de negación estamos suprimiendo la alternativa de desear. El poder actúa entonces como herramienta de prohibición con el fin de anular el sexo.

El siguiente rasgo es *La lógica de la censura*, en la que el poder actúa de tres formas diferentes pero igualmente eficaces “Afirmar que eso no está permitido, impedir que eso sea dicho, negar que eso exista” (50). En apariencia, las tres formas distarían unas de las otras pero en realidad funcionan como un mecanismo en cadena en la que todas se interrelacionan. Así, si algo está prohibido es evidente que no se puede mencionar en el discurso y una vez deja de existir en la palabra, se llega a la negación de aquello. De esta forma, el poder actúa sobre el sexo prohibiéndolo, negándole su derecho a entrar en discurso y finalmente desposeyéndolo de una existencia *per se*. Es por lo anterior que la perspectiva desde la cual Foucault analiza la censura es significativa en tanto insiste que esta no solo es un mecanismo que busca un *silencio* en la sociedad sobre algunos temas “La lógica del poder sobre el sexo sería la lógica paradójica de una ley que

se podría enunciar como conminación a la inexistencia, la no manifestación y el mutismo” (51). Con lo cual el sexo, desposeído de cualquier forma de manifestación estaría prácticamente anulado en la realidad.

El último rasgo que enuncia Foucault es el que más nos interesa pues observamos que explicaría de forma acertada la conducta sexual y la relación entre esta y el poder en el personaje de Trujillo en *La fiesta del chivo*. El pensador francés lo ha nombrado *La unidad de dispositivo*, en el que el poder sobre el sexo se practicaría en todos los niveles de la sociedad “cualesquiera que sean los aparatos o las instituciones en las que se apoye, actuaría de manera uniforme y masiva; funcionaría según los engranajes simples e indefinidamente reproducidos de la ley, la prohibición y la censura: del Estado a la familia, del príncipe al padre (...) se hallaría, en diferente escala, una forma general del poder” (51). *La unidad de dispositivo* se plantea como una de las más complejas en el esquema que propone Foucault ya que el poder adopta máscaras y puede mimetizarse en el padre que castiga, el maestro que enseña las leyes, o el censor que busca el mutismo, como lo veíamos en *La lógica de la censura* (51). Este tipo de poder no solo se extiende a todas las capas de la sociedad sino que logra, a través de cada una de sus “encarnaciones” someter a otro individuo por medio de la obediencia “A la homogeneidad formal del poder a lo largo de esas instancias, correspondería a aquel que constriñe —ya se trate del súbdito frente al monarca, del ciudadano frente al Estado, del niño frente a los padres, del discípulo frente al maestro— la forma general de sumisión. Por un lado, poder legislador y, por el otro, el sujeto obediente” (51). Las características que enumera Foucault parten del estudio del poder en general, es decir, estos rasgos no son específicos del poder sobre el sexo, sino del poder sobre cualquier elemento social sobre el cual quiera pronunciarse.

Foucault lo advierte y refiere que el poder se vale de los mismos mecanismos también en todo lo relacionado con el sexo. De esta forma, podemos extrapolar la relación que Foucault establece entre el legislador y el sujeto obediente, adaptándola al discurso del dominante y el dominado como sucede entre Trujillo y sus “mujeres” en el terreno de lo sexual particularmente.

Los planteamientos de Foucault resultan de suma importancia en el análisis de *La fiesta del chivo* si tenemos en cuenta que el poder que ejerce el personaje de Trujillo sobre todos los dominicanos busca precisamente lo que el francés plantea: la obediencia. Como hemos anunciado en páginas anteriores, resaltamos tres formas de poder en la novela de Vargas Llosa: la política, la económica y la sexual. Mientras que en las dos primeras, como veremos en el siguiente apartado, lo que se busca es el control absoluto de la población dominicana con fines de perpetuarse como dictador, el poder sexual le permite reforzar su imagen de patriarca – con todo lo que ello implica-, accediendo carnalmente a las mujeres que él desee; y, al mismo tiempo, demostrar delante de todos los demás hombres cómo él puede acostarse con sus mujeres sin que estos puedan hacer nada. De modo que la obediencia que refiere Foucault funciona de manera doble: somete a las mujeres a su voluntad y tiene sujetos a los hombres que saben que deben resignarse a los deseos del Jefe porque de ello depende su permanencia en el gobierno y por tanto, seguir contando con el favor del Generalísimo. Andrew Foley considera a este respecto que:

Trujillo himself has over the years exercised his *droit de seigneur* with any woman he wants, from innocent country girls who attractive women who catch his eye at state functions, and even to the wives of his ministers, whom he brazenly cuckolds

in yet another demonstration of his total command, and as yet another mechanism for keeping his subordinates in a state of humiliated servitude (Foley 15).

El análisis del crítico recoge nuestras observaciones sobre el personaje de Trujillo y sobre la función de la obediencia en el texto de Foucault. Trujillo, cuyo poder sexual se encuentra en disminución con el paso de los días, ha encontrado en el sexo, sobre todo el que practica con las mujeres de sus servidores, la herramienta más eficaz de dominación. Así, la fama de eterno fornicador de Trujillo crece con el paso de los años de la misma forma que su dominio se intensifica. Ni las mujeres pueden negarse al Jefe ni sus maridos pueden objetar el encuentro sexual. Se crea así una relación de dependencia casi enfermiza con el régimen; los hombres del círculo más cercano a Trujillo saben que debe aceptar, como condición, entregar a sus mujeres –y pretender que eso no les molesta-, a cambio de contar con el beneplácito del Benefactor. Y de forma paralela, Trujillo sabe que mientras mantenga su fama de “macho”, una parte de su poder permanecerá intacta. Es por eso que la impotencia y la incontinencia afectan tanto al personaje; Trujillo no puede consentir el deterioro de su cuerpo pues es a través de él que ejerce una de sus formas de poder, en cuanto al sexo se refiere.

Asimismo, podemos constatar en el personaje de Trujillo la existencia de una urgencia de mantener el control sexual de las mujeres a las que desea. El cuerpo de las mujeres es un objeto que Trujillo busca poseer y del cual se cree dueño. Peter Elmore en su artículo “Los males del poder y los poderes del mal”, propone que Trujillo alude a la relación entre el poder y la actividad sexual y propone a ese respecto que Trujillo ese vínculo es de suma importancia ya que “el control del territorio supone también el dominio de los cuerpos. De ahí que, en su caso particular, el quehacer político se

confunda, frecuentemente, con el ejercicio erótico” (317). Es significativo el hecho que el ejercicio erótico al que se refiere Elmore, era de alguna forma, consensual. Es decir, había entre las mujeres de la isla, la idea de que ser poseída por Trujillo era, al contrario de una pena o algo que lamentar, un honor “Yo no recuerdo que viniera, pero pudo venir antes. ¿Qué hizo mamá? ¿Se resignó? ¿Se alegró, orgullosa de ese honor? Ésa era la norma ¿verdad? Las buenas dominicanas agradecían que el Jefe se dignara tirárselas (Vargas Llosa 71). Urania, quien fue una de esas dominicanas a las que Trujillo accedió carnalmente, pero no una de aquellas que agradeció el gesto de buena voluntad del jefe, es la conciencia que regresa a la isla para hablarle recordarle a su padre las atrocidades que cometía quien lo puso en desgracia y a quien ofreció su hija.

3.2 Poder político- poder deífico

En el apartado anterior nos concentramos en la importancia que tienen las relaciones sexuales en la forma en que Trujillo ejerce el poder no solamente sobre las mujeres dominicanas a las que él desea, sino también sobre los otros hombres que forman parte de su gabinete. La humillación constante a la que somete tanto a mujeres como a hombres es una de las formas más características de poder que podemos rastrear en el personaje de Trujillo en la novela de Vargas Llosa. En este apartado de la investigación quisiéramos concentrarnos en las otras formas por medio de las cuales Trujillo ejerce su poder. La primera de ellas la identificamos con el poder “deífico” que se le atribuye al personaje de Trujillo. Estos rasgos divinos contribuyen a su vez a fortalecer las otras formas en la que este ejerce un poder total sobre los dominicanos. Hay que aclarar que la imagen reificada de Trujillo surge precisamente del modo en que el personaje se ha

encargado de construirse a sí mismo y a la vez, de los mecanismos que ha utilizado para difundir esas características que, entre los pobladores de la isla, lo hacen parecer más que un hombre, un dios encarnado, como lo veremos más adelante.

En *La fiesta del chivo*, como lo anotábamos antes, asistimos a un proceso de humanización de la figura del dictador pero al mismo tiempo observamos cómo, a lo largo de toda la isla, Trujillo es visto como un dios. El ser conocido, entre muchas otras cosas, como el Padre de la Patria Nueva, dota de un nuevo significado la figura del dictador. Así, el ser “Padre” alude a su función, más que reproductora, creadora. Con lo cual, además de transformarse en la figura paterna, se convierte en el dios que desde que asumió el poder en la isla todo lo ha creado todo desde la nada. En este sentido, el discurso pronunciado por Joaquín Balaguer en ocasión de su incorporación a la Academia de la Lengua, ilustra ese binomio incuestionable que se engendra en la figura de Trujillo. Balaguer había titulado su discurso “Dios y Trujillo: una interpretación realista”. Trujillo recordaba aquel discurso como uno de tantos a los que había fingido prestar atención hasta que de pronto, unas líneas de Balaguer llamaron su atención:

Comenzó a interesarse cuando, en las palabras educadas y la elegante prosa del conferencista, fue asomando una visión, una tesis. La República Dominicana sobrevivió más de cuatro siglos —cuatrocientos treinta y ocho años— a adversidades múltiples —los bucaneros, las invasiones haitianas, los intentos anexionistas, la masacre y fuga de blancos (solo quedaban sesenta mil al emanciparse de Haití)— gracias a la Providencia. La tarea fue asumida hasta entonces directamente por el Creador. A partir de 1930, Rafael Leonidas Trujillo Molina relevó a Dios en esta ímproba misión (293).

Las palabras de Balaguer, muestra clara de zalamería hacia Trujillo, no están presentes solo en los discursos de quienes, por no perder el favor del dictador, tratan de halagarlo cada vez que tienen la ocasión. De hecho, el lema “Dios y Trujillo” se extendió rápidamente por todos los hogares dominicanos gracias a la idea que tuvo el doctor Jacinto B. Peynado – quien sirvió de presidente fantoche luego de la masacre de los haitianos- de colocar en la puerta de su casa “Un gran letrero luminoso en la puerta de su casa: «Dios y Trujillo». Desde entonces, enseñas idénticas lucían en muchos hogares de la ciudad capital y del interior” (294). Tradicionalmente, en las casas conservadoras y católicas, lo que se espera encontrar es una imagen religiosa a la que se le rinde culto al mismo tiempo que protege la casa. Si tenemos en cuenta que a Trujillo se le comparaba constantemente con un dios, como lo constata el discurso de Balaguer, la imagen de Trujillo en las casas dominicanas vendría a cumplir la función de “proteger” a los miembros de cada familia que le “rindiera culto”. La alusión a la divinidad de Trujillo no solo la podemos constatar en la novela de Vargas Llosa. De hecho, esta misma referencia a la imagen de Trujillo colgada en cada casa dominicana aparece también en la novela *En el tiempo de las mariposas* de Julia Álvarez “A la entrada colgaba el requerido retrato del Jefe (...) colgado junto al Buen Pastor” (267). Pero el retrato de Trujillo no solo estaba en los muros de las casas, también aparecía en forma de estampita “Nos habían dado un retrato de Trujillo en la clase de Cívica. Ahora lo busqué en el fondo del cajón, donde lo había sepultado por consideración a Sinita, y lo puse debajo de la almohada, para que me protegiera contra las pesadillas” (39). El distribuir retratos y estampitas de Trujillo hacía parte de una campaña de cuyas proporciones la gente de la isla no llegó a percatarse, o simplemente de la cual se resignaba a participar. De cualquier forma, se trataba de una

campana que era bienvenida y hacia parte inherente a la vida durante el trujillato. De hecho, si tenemos en cuenta el régimen del terror, hubiera sido impensable negarse a participar de cualquier iniciativa que exaltara la imagen de Trujillo. Al distribuir su imagen en todos los hogares dominicanos, el gobierno pretendía de un lado, consolidar la imagen del dictador como “enviado divino” cuya obra podría ser la continuación de la obra de Dios en la isla; de otro lado, el colocar la imagen de Trujillo al lado de otras imágenes religiosas tenía la función de aumentar de forma significativa el respeto que debía merecer Trujillo. Es decir, era casi un mandamiento respetar a Trujillo como se honraba a Dios ““Nuestra historia ahora seguía el argumento de la Biblia. Los dominicanos habíamos aguardado durante siglos el advenimiento de Trujillo” (41). A propósito de lo anterior, William Galván comenta en su libro *Minerva Mirabal: historia de una heroína* (1982) que durante la campana del gobierno en la que se trataba a Trujillo como una figura divina “Las fotografías del Papa y Trujillo [juntos] circularon por todo el país e inundaron muchos hogares dominicanos, en algunos las colocaban junto a litografías de santos, es decir en el altar de la casa a fin de que nadie osara profanarlas” (222). La campana de divinización evidentemente contribuyó a que el tratamiento que se le diera a Trujillo fuera el que se merece un enviado de dios y por tal razón a Trujillo se le obedecía sin siquiera atreverse a cuestionar sus actos.

Pero las estampitas y las fotos de Trujillo en cada casa no eran suficientes para engrandecer las cualidades del Padre de la Patria Nueva. De hecho, paralelo a la campana que hemos mencionado, Trujillo se dedicó a construir carreteras, hospitales y escuelas (a las que nombraban en su honor) entre muchas otras obras. En general, podemos afirmar que durante todo el trujillismo fue evidente un progreso a nivel de infraestructura que la

isla no había conocido antes. Pero para Galván, detrás del progreso evidente que hubo en República Dominicana, había una estrategia mediante la cual se pretendía extender la idea de Trujillo como una presencia indispensable en la isla. Así lo comenta el autor en *Minerva Mirabal: historia de una heroína*, “No hay dudas de que todas estas actividades y realizaciones obedecían a la concepción de consolidar a Trujillo como una figura omnipotente, omnisciente y omnipresente” (222). Podemos observar que Trujillo, como un mesías enviado a la tierra, tenía un proyecto claro para la isla y todas sus obras hacían parte de esta tarea que le había sido encomendada. Y fue tanto el poder que ganó el mito de Trujillo como mesías que en toda la isla se le consideraba como tal, olvidando la dicotomía que representaba Trujillo, ya que de una parte gobernaba la isla bajo un régimen en el que la violencia sistemática era lo que regía la conducta de los dominicanos, pero de otra, se presentaba la imagen mesiánica y bondadosa del dictador, como lo hemos anotado en líneas anteriores. Esa bondad es alabada incluso por quienes han sido víctimas del régimen como el padre de Salvador Estrella, el general Piro Estrella, quien, al enterarse de la captura de su hijo por haber sido parte de los asesinos del dictador, envía una carta a Ramfis agradeciéndole la diligencia con la que ha ayudado a su familia “El general Piro Estrella llamaba al Chivo «el más grande de todos los dominicanos», se jactaba de haber sido su amigo, guardaespaldas y protegido, y se refería a Salvador con epítetos innobles; hablaba de «la felonía de su hijo descarriado» y de «la traición de mi hijo, que traicionó a su protector» y a sus familiares” (Vargas Llosa 437). Cuando Salvador leyó la carta que su padre había enviado al periódico, sintió vergüenza de que su propia familia, incluso hasta en el último momento, se humillara ante el clan Trujillo. Al general tampoco le importó mucho que su hijo estuviera encarcelado y estuviera siendo

torturado por el SIM, bajo el mando de Ramfis Trujillo y prefirió ante todo, alabar al Chivo y degradar la imagen de su hijo. Manickam en el artículo mencionado en páginas anteriores, aduce la conducta del general Piro Estrella a sus fuertes convicciones políticas “En la casa de Salvador el verdadero padre es Trujillo” (Manickam 53). Además, no es arbitrario que el general se refiera a su hijo como “descarriado”; ese adjetivo, que normalmente se asocia a las ovejas del rebaño de dios que no van por el camino indicado, se ajusta a las creencias religiosas de la familia Estrella, que entre todas las familias de los conspiradores, es la que representa de forma más clara, las creencias religiosas. Debido precisamente a la superposición de Trujillo con dios, es evidente que al general, la traición de su hijo a Trujillo, es comparable a la traición a dios. Además, recordemos que Salvador antes de tomar la decisión de participar en el asesinato del dictador habla con su asesor espiritual, el padre Fortín, quien, al conocer las intenciones de asesinar a Trujillo que tenía Salvador, lo mandó a ver al obispo Zanini “—Voy a matar a Trujillo, monseñor. ¿Habrá perdón para mi alma?” (Vargas Llosa 243). El dilema que se le plantea a Salvador no se le plantea de igual forma a ninguno de los otros asesinos, a quienes no les preocupa tanto la salvación de su alma, sino las represalias del clan Trujillo contra sus familias o fallar en el intento de asesinato, lo cual prolongaría el régimen. El obispo Zanini, quien para esa época, así como todos los representantes de la Iglesia en la isla, ha abandonado a Trujillo y ha dejado clara su postura de oposición. Zanini, escoge sabiamente un libro de Santo Tomás de Aquino y selecciona la página que le dará la respuesta a Salvador “Uno de sus dedos señalaba un pasaje, en la página abierta. Salvador se inclinó y leyó:«La eliminación física de la Bestia es bien vista por Dios si con ella se libera a un pueblo»” (243). Salvador recuperó la tranquilidad de su espíritu y decidió

continuar con el plan para aniquilar a Trujillo “Mataría a la Bestia y Dios y su Iglesia lo perdonarían, manchándose de sangre lavaría la sangre que la Bestia hacía correr en su patria” (243). La conversación de Salvador con el obispo es tal vez una de las más reveladoras con respecto a la “desacralización” de la figura de Trujillo en la novela. De un lado, existe toda la propaganda impulsada por Trujillo en el que su imagen se elogia constantemente haciéndole creer al pueblo que sin él, no existiría la República Dominicana y la prosperidad que se vive en la isla. Pero de otro lado, están aquellos pocos que reconocen el peligro que supone Trujillo y para los cuales, el dictador no es un dios ni una imagen a la cual hay que alabar; Trujillo es la Bestia que está en contra del pueblo y, como lo sugiere el obispo, hay que eliminarla.

La relación de la Iglesia con Trujillo fue compleja a lo largo de las tres décadas que duró su dictadura en la isla. Por mucho tiempo, los “ensotnados”, como se refería Trujillo a los sacerdotes, fueron el mayor aliado que tuvo el dictador y de hecho, había una preocupación constante por parte del régimen, de mantener vigentes en la República Dominicana los valores cristianos. Gallego Cuiñas en su tesis doctoral titulada, *Trujillo: El fantasma y sus escritores*, resalta la importancia que tienen las relaciones con la Iglesia en la permanencia de un dictador en el poder “También destaca la importancia de la Iglesia y del Ejército y de la Prensa: precisan de este apoyo para asegurar su permanencia en el poder y muchos lo utilizan como catapulta de lanzamiento para alcanzar el poder absoluto”¹¹ (51). En la novela de Vargas Llosa, vemos efectivamente cómo Trujillo sustenta su poder sobre estos dos elementos. Sin embargo, al final de su gobierno, la

¹¹ La página mencionada corresponde a la tesis doctoral de la autora titulada *Trujillo: El fantasma y sus escritores (Análisis y sistematización de la novela del trujillato)*. Ver bibliografía para más información de las dos versiones del mismo texto.

Iglesia, luego de haber sido testigo por treinta años a la violencia sistemática que caracterizó el régimen trujillista, decide leer la Carta Pastoral el 25 de enero de 1960, rechazando todo tipo de actos violentos provocados por el régimen, así como reiteraban su distanciamiento de la política trujillista. De esta relación tensa entre Trujillo y la Iglesia, debemos recalcar en la falsa moral que existe por parte de ambos. Desde el principio, era evidente que el régimen de Trujillo no era democrático y solo hace falta recordar la matanza de los haitianos en 1937, solo siete años después de asumir la presidencia de la República Dominicana. Sin embargo, la Iglesia durante mucho más tiempo, hasta la Carta Pastoral de 1960, no se reveló contra el dictador. De hecho, como lo hemos mencionado en apartados anteriores, el Papa Pío XII llegó a condecorarlo en el Vaticano “¡Los maldecidos! ¡Los eunucos! Hacerle eso a él, condecorado en el Vaticano, por Pío XII, con la Gran Cruz de la Orden Papal de San Gregorio!” (Vargas Llosa 31). A la Iglesia le había interesado mucho tiempo estar del lado de Trujillo pues eso suponía una fuente de ingresos segura. Trujillo, se encargaba de dar dinero y así, teniendo a un aliado tan importante, las críticas provenientes del extranjero se contendrían un poco. Nadie iba a pensar que la Iglesia apoyaría un régimen sanguinario. La prensa, por su parte, se encarga de favorecer a Trujillo cuando la Carta Pastoral se hace pública y Trujillo pierde un apoyo importante no solo dentro de la isla, sino fuera de ella “En La Voz Dominicana, Paíno Pichardo recordaba, en un discurso pronunciado la víspera en su condición de secretario de Estado del Interior y Cultos, que el Estado llevaba gastados sesenta millones de pesos en esa Iglesia cuyos «obispos y sacerdotes hacen ahora tanto daño a la grey católica dominicana»” (31). Como podemos observar, la relación entre ambas partes era una de necesidad; pero Trujillo, siempre sospechó que algún día la

Iglesia lo traicionaría. Y esa traición se convierte casi que en una premonición si recordamos las palabras de Juan Domingo Perón a Trujillo en la novela:

Ni la rata de Miraflores, ni Muñoz Marín, el narcómano de Puerto Rico, ni el pistolero costarricense de Figueres, lo inquietaba. La Iglesia, sí. Perón se lo advirtió, al salir de Ciudad Trujillo, rumbo a España: «Cuídese de los curas, Generalísimo. No fue la rosca oligárquica ni los militares quienes me tumbaron; fueron las sotanas. Pacte o acabe con ellas de una vez» (34).

El fragmento no solo es pertinente en cuanto al peligro que suponía la rebelión de la Iglesia contra su gobierno, sino que deja ver con claridad la opinión de Trujillo sobre sus homólogos latinoamericanos. El personaje deja claro que contra él nadie se puede rebelar, que los demás mandatarios y sus opiniones no suponen una amenaza para él y lo deja claro con el atentado que planea contra Rómulo Betancourt:

¿Quién untó con más dólares a representantes, senadores, gobernadores, alcaldes, abogados y periodistas de Estados Unidos? El pago: las sanciones económicas de la OEA, para dar gusto al negrito de Rómulo Betancourt y seguir mamando petróleo venezolano. Si Johnny Abbes hubiera hecho mejor las cosas y la bomba le hubiera arrancado la cabeza al maricón de Rómulo, no habría sanciones y los gringos pendejos no joderían con la soberanía, la democracia y los derechos humanos (25).

La Iglesia se plantea como su enemigo más próximo dentro de la isla, pero las sanciones económicas y la presión internacional han debilitado al gobierno de Trujillo. El dinero es el medio por el cual Trujillo se ganó la simpatía de muchos sectores, pero en los años finales del régimen, el dinero ya no era suficiente para sobornar a quienes le interesaba tener de su lado. Sin embargo, hasta el final de sus días, Trujillo continúa

consolidando su imagen mesiánica. No puede también perder el apoyo del pueblo dominicano, a pesar de que a sus espaldas lleva fraguándose el atentado que acabará con su vida, ya por algún tiempo. Uno de los mecanismos de difusión de la imagen mesiánica que comentábamos anteriormente se debe gracias al control que el gobierno ejerce sobre la prensa y cómo esta a su vez, se encarga de propagar las infinitas cualidades de Trujillo y de su familia también. Catherine Belsey comenta en su artículo “Constructing the Subject: Deconstructing the text” al respecto:

The central ISA (Ideological State Apparatuses) in contemporary capitalism is the educational system, which prepares children to act consistently with the values of society by inculcating in them the dominant versions of appropriate behaviour as well as history, social studies and, of course, literature. Among the allies of educational ISA are the family, the law, the media and the arts, all helping to represent and reproduce the myths and beliefs necessary to enable people to work within the existing social formation (165).

En este sentido, el control que se ejerce desde los medios de comunicación, desde la propaganda a favor de Trujillo, desde los materiales de texto en los colegios, las obras literarias, entre otros, tienen la clara misión de consolidar la imagen de Trujillo y crear una dupla indivisible como lo anota Galván: “Dios en el Cielo y Trujillo en la Tierra” (222). Con esta campaña operando constantemente y los medios de comunicación reivindicando de forma sistemática la imagen de Trujillo, es imposible pensar, que Trujillo, como hombre a la cabeza de la isla no fuera considerado un semidiós cuya misión en la Tierra era un encargo del Dios en el cielo. Además, es importante considerar los efectos que tuvo esta campaña sobre la mentalidad de las mujeres de la isla. Es

evidente que si a Trujillo se le atribuyen tantas cualidades, para las mujeres dominicanas, la idea de ser seducidas por Trujillo no fuera una vergüenza, sino más bien un honor. Eso explicaría por qué, paralelo al miedo que infundía Trujillo cuando no se cumplían sus deseos, por qué a pesar de ser un hombre viejo, ninguna de las mujeres, al menos en apariencia, se sintiera avergonzada de acostarse con Trujillo. De hecho, era un honor, como se lo repite Urania a su padre en varias ocasiones.

Trujillo se había encargado de crearse para sí mismo una imagen inmaculada de la cual nadie pudiera reprochar, incluso llegándose a atribuir rasgos que rozaban en la inverosimilitud como sus capacidades físicas. Él mismo decía que era un hombre incansable y que no necesitaba mucho descanso para recobrar sus fuerzas “Nunca había necesitado muchas horas de sueño (...) cuatro o cinco le bastaban, aun si había bebido y tirado hasta el amanecer. Su capacidad de recuperación física con un mínimo de reposo, contribuyó a su aureola de ser superior” (Vargas Llosa 26). Además de su resistencia física que seguía intacta con el paso de los años, Trujillo era conocido por su pulcritud extrema, que él practicaba e imponía sobre sus servidores. Con respecto a sus raíces negras, él se maquillaba con talcos para disimularla y “Sus biógrafos y esbirros le erigieron un ambiente de alta alcurnia en su razón personal, le mutilaron sus negruras ancestrales y le endosaron a cambio una hispanidad casi diamantina. Incluso para mejor impresión, se negó a que se le pusiera tilde a su segundo nombre” (53), como anota Gallego Cuiñas en *Trujillo: El fantasma y sus escritores*. Además, como ya lo hemos mencionado anteriormente, el culto a su virilidad llegó a tal extremo que comercializó una pócima para que más hombres pudieran tener su potencia sexual; se llamaba “Pegapalo”, brebaje, que, según relata Manuel Javier García en su libro *Mis 20 años en el*

Palacio Nacional (1986), era “una planta silvestre del país cuyas supuestas propiedades afrodisíacas causaron enorme revuelo y conmoción no solo en el medio dominicano sino en los Estados Unidos de Norteamérica” (41). Aunque el brebaje mágico tuvo alcance internacional, como lo asegura Javier García, en la isla, los dominicanos no se lo tomaron muy en serio, pero algunas mujeres, deseosas de gozar de la virilidad de Trujillo, se lo echaban a escondidas en la comida a sus maridos. Todos estos detalles de la vida de Trujillo, fueron configurando un personaje al que todos admiraban y muy pocos cuestionaban. Tanto el personaje histórico como el literario en la novela de Vargas Llosa, están configurados a partir de una serie de excentricidades que parecen más bien producto de la imaginación de los escritores, como anota Foley en el artículo al que nos hemos referido previamente, con respecto a lo que él llama “bufonada” en relación con el régimen Trujillista “He promoted his eldest son to the rank of Colonel at the age of seven and then to Lieutenant at ten. He squanders millions of dollars on farcically extravagant celebrations of the twenty-fifth anniversary of his self-titled «Trujillo Era» (...) Yet, for all this spectacular buffoonery, Trujillo remains a ruthless and callous tyrant” (Foley 11). Estos rasgos, casi sacados de la ficción, son precisamente los que hacen de los dictadores, una fuente inagotable de obras novelísticas. Los lectores, a pesar de que conocen la gravedad de los regímenes y las consecuencias fatales que estos tuvieron para el desarrollo de la historia, encuentran en estos rasgos anecdóticos un material sumamente interesante como afirma Gallego Cuiñas:

El carisma de estos caudillos y dictadores ha ejercido una atracción inconmensurable para los novelistas pues ofrece, un rico botín anecdótico, materia prima para la narración ficcional. Carlos Pacheco señala a Trujillo (...) como uno

de los más estrambóticos y «apetitosos» para el escritor, debido a su inclinación por lo teatral y la parafernalia, que hace que muchos lectores creen que relatos biográficos sobre este son obras de ficción total (*Trujillo: el fantasma y sus escritores* 23).

La parafernalia, como lo comenta Gallego Cuiñas, citando a Pacheco, responde en la novela de Vargas Llosa a la configuración de un personaje literario, que si bien no propone hacer un relato biográfico de Rafael Trujillo, sí se corresponde a datos verídicos y verificables de la vida del dictador dominicano. En los dos casos, el del personaje histórico y el literario, dicha bufonada, como la de hacer construir alrededor de 1800 estatuas en ciudad Trujillo, en honor al dictador, tiene como objetivo principal contribuir a la creación de un ser todopoderoso quien no tiene enemigos lo suficientemente poderosos como para atreverse a derrocarlo. Para el personaje, está claro el hecho que es él quien debe decidir sobre la vida y la muerte en la isla. El personaje aparece en ocasiones como un hombre que ha hecho sacrificios por su patria, sacrificios que, por supuesto, deberían ser agradecidos por los dominicanos. Y Trujillo no pierde ocasión para recordarle a quienes lo rodean, que todas sus decisiones han sido en pos de la Patria Nueva de República Dominicana:

-Por este país, yo me he manchado de sangre –afirmó, deletreando-. Para que los negros no nos colonizaran otra vez. Eran decenas de miles, por todas partes. Hoy no existiría República Dominicana. Como en 1840, toda la isla sería Haití. El puñadito de blancos sobrevivientes, serviría a los negros. Ésa fue la decisión más difícil en treinta años de gobierno, Simón” (Vargas Llosa 215).

Acaso olvida Trujillo sus propias raíces haitianas y su afán por esconderlas. La

doble moral que profesa Trujillo en cuanto a la raza se puede entender como una de las ironías más crueles tanto de la historia dominicana como de la novela, como apunta Manickam “Su rechazo público de los haitianos es reflejo de su asco privado al recordar sus propios orígenes haitianos” (Manickam 55). Aunque el articulista acierta al indicar el vínculo de Trujillo con su sangre negra y su continuo deseo de eliminar cualquier rasgo de su negritud, es evidente que la masacre de los haitianos no sólo responde a intereses xenofóbicos. El nacionalismo que Trujillo pretende difundir es el motor que impulsa un acto tan violento como la matanza de más o menos 30.000 pobladores del vecino país. Podemos observar que hay un continuo interés en defenderse del enemigo, preservar los “valores” dominicanos, hacer valer la soberanía. También resulta obvia la constante amenaza de una invasión por parte de otro país, por ejemplo, Estados Unidos. En este sentido, Trujillo hará todo lo que esté en sus manos para probar que puede defender la isla cobijándose en la excusa de la protección de los valores católicos ya que de esta forma su régimen gozará de cierta popularidad, al menos entre los mismos dominicanos.

Este rasgo, no se plantea únicamente en el caso de Trujillo. De hecho, como López-Calvo sugiere en su libro *God and Trujillo* (2005), es una característica constante el hecho que los llamados “patriarcas”, justifiquen su régimen y las atrocidades que se cometen, con el fin de preservar “*Western values, such as family and Christianity, and to return to democracy as soon as the country became ready and mature enough for it. Of course, they would decide when that particular moment had arrived*” (7). En la obra de Vargas Llosa, queda establecido en varias ocasiones que Trujillo, además de defender los valores cristianos, justifica su permanencia en el poder, no solo frente a sus compatriotas, sino delante de la comunidad internacional, declarándose aliado de Estados Unidos en la

lucha anticomunista:

¡Gringo magnífico, Simon Gittleman! Un verdadero *marine*. Abandonó sus negocios en Arizona, indignado por la ofensiva contra Trujillo de la Casa Blanca, Venezuela y la OEA, bombardeó la prensa norteamericana con cartas, recordando que la República Dominicana fue durante toda la Era Trujillo un baluarte del anticomunismo, el mejor aliado de Estados Unidos en el hemisferio occidental (Vargas Llosa 25).

En cuanto a la defensa de los valores católicos, resulta curiosa la oposición que se hace entre la tradición del vudú y la tradición cristiana que debe regir la vida de todos los dominicanos. En la obra, cuando en 1937, cuando se estaba tomando la decisión sobre la matanza de haitianos, Agustín Cabral, apenas siendo un joven senador, le sugiere a Trujillo que la eliminación del enemigo es necesaria ya que “El vudú, la santería, las supersticiones africanas están desarraigando a la religión católica, distintivo, como la lengua y la raza, de nuestra nacionalidad” (216) a lo cual el senador Henry Chirinos añade que “El salvajismo precristiano, se apodera del país de Diego Colón, Juan Pablo Duarte y Trujillo. Los brujos haitianos tienen más influencia que los párrocos, los curanderos, más que boticarios y médicos” (216). Sugeríamos que resultaba curioso pues mientras que Trujillo emprendía una cruzada contra los haitianos previniendo que invadieran a la República Dominicana con su sangre negra y sus costumbres de santería, el mismo Trujillo era el más ferviente de los creyentes en este tipo de ritos:

En la [mano] izquierda, alcanzó a ver en anillo con la piedra preciosa tornasolada que, según los supersticiosos, era un amuleto que, de joven, cuando, como miembro de la Guardia Constabularia, perseguía a los «gavilleros» sublevados contra el

ocupante militar norteamericano, le dio un brujo haitiano, asegurándole que mientras no se la quitara sería invulnerable al enemigo (47).

Pero incluso esa especie de sincretismo ideológico que sostiene el personaje de Trujillo, apoyando a la Iglesia y los valores cristianos de un lado, y portando un amuleto vudú del otro, no hace más que consolidar su imagen como la de un ser indestructible, inmune a cualquier peligro o enemigo que se le pudiera presentar. Sin embargo, es necesario recordar que el argumento de los valores cristianos solo es, en el caso del personaje, una fachada bajo la cual trata de promover una imagen con la que el pueblo se pueda identificar. Para Trujillo, la religión no es un aspecto fundamental en su vida, como sí lo es el culto a su persona “La limpieza, el cuidado del cuerpo y el atuendo habían sido, para él, la única religión que practicaba a conciencia” (30). Ahora bien, con respecto a los peligros a los que estaba expuesto y para cuyo fin le protegía el amuleto, podemos argumentar que el anillo se trata más de la superstición popular que de un hecho real al cual el lector de deba apegar. Los peligros para Trujillo no era combatidos por los poderes mágicos de un anillo, sino más bien resueltos por medio de la violencia.

Y en este caso, el peligro que supondría una invasión haitiana justifica la masacre de los habitantes del país vecino ya que se trata de defender el ideal de la unidad dominicana bajo el estandarte de los valores cristianos. Además, como Trujillo anuncia en la novela, se ha manchado las manos de sangre para preservar la soberanía de la isla. López-Calvo, refiere en el libro al que nos hemos referido en páginas anteriores, a propósito de la decisión del dictador de ordenar la matanza de los haitianos, que a pesar de ser un hecho reprochable desde todo punto de vista, refuerza la campaña de unidad dominicana que tanto ha propagado Trujillo:

According to Trujillo's propaganda apparatus, he was the chosen one, the messiah who would finally save the Fatherland from chaos, a new Haitian invasion, and economic and political dependency on foreign powers. Within the framework of these providential views, both his internal political enemies and the people of African descent were seen as scourges that stained the cohesiveness and purity of the national ideal (21).

Es evidente, como lo anotábamos en páginas anteriores, que los hombres de los que se rodeó Trujillo fueron la ficha clave a partir de la cual se propagó la imagen deificada del dictador en la isla, como comenta López-Calvo "Joaquín Balaguer, Manuel Antonio Peña Batlle, and the other intellectuals who articulated Trujillo's political propaganda were instrumental in the elaborate deification of his image and the fictionalization in several works of this literary corpus" (11). En este sentido, López-Calvo y Carlos Pacheco coinciden cuando los dos apuntan a que gracias a la campaña emprendida por los colaboradores de Trujillo en la que se pretendía la creación de una imagen de ser todopoderoso, es que ha sido posible que tantos escritores hayan nutrido a sus novelas de detalles que parecen inverosímiles y puramente ficcionales; pero, que en realidad, dichas cosas sí ocurrieron y toda la parafernalia política alrededor de la imagen de Trujillo no es más que la verdad. Para López-Calvo, el círculo de colaboradores con el que generalmente cuentan los dictadores, y por consiguiente, el dictador dominicano fue esencial en la formación de la imagen sobrenatural de Trujillo "They often surrounded themselves with loyal and dependent acolytes who, concomitantly, benefited in some way from the association. In some cases, the dictators even resorted to their personal charisma to make citizens believe that they had supernatural powers" (4). La imagen que

se crea alrededor de la figura de Trujillo opera al menos en dos niveles. De un lado, se podría decir que hay una necesidad patológica por parte de Trujillo que lo obliga a la constante adulación y reconocimiento. De esta forma, la constante alabanza que se hace de su figura, funciona no solo para nutrir su propio sentimiento de superioridad, sino que al mismo tiempo utiliza estos recursos como herramientas de dominación. Crassweller puede esclarecer mejor lo anterior “This extraordinary need for adulation and for the proliferation of his name reflected an urgency somewhere in the depths of his being; it also reflected his knowledge of the political uses of vanity and adulation” (74). De hecho, la adulación a la que se refiere Crasweller, demostró una de las herramientas más fuertes con las que contó Trujillo para permanecer en el poder. De esta forma, los ideólogos de Trujillo se encargaron de crear a su alrededor un mito, al que López-Calvo se refiere como *salvapatrias* (López-Calvo, 12), pero al mismo tiempo “Their rhetoric provided the required smoke screen to compensate for the numerous breaches in the supposedly democratic system of the country” (12).

Ahora bien, la pregunta que subyace a esta cuestión de la imagen de ser omnipotente no es el medio por el cual fue posible, ya que hemos establecido las estrategias que fueron empleadas, sino la razón por la cual nadie se opuso al endiosamiento de Trujillo. No hace falta recordar que en la República Dominicana de aquella época había también personas que le hicieron fuerte oposición a Trujillo. De todos ellos el dictador se fue deshaciendo poco a poco, bien fuera obligándolos al exilio o eliminándolos como lo hizo con Jesús Galíndez, entre otros. López-Calvo, comenta que el fenómeno que ocurrió en la República Dominicana, con respecto al poder que ganó y mantuvo Trujillo entre los isleños, de debe principalmente al aislamiento, valga la

redundancia, en el que la Era Trujillo sumió a la isla durante un largo periodo de tiempo “The isolation of the Dominican Republic provided an ideal ‘cultural medium’ for the appearance of this type of self-involved leader who turns his country into a giant prison or a kindergarten” (12). La deificación de Trujillo no solo ocurre por medio de la propaganda, que constituye uno de los medios para crear su imagen de dictador, como lo habíamos anotado anteriormente, sino que también ocurre de hecho. Con lo anterior nos referimos a que, dejando de lado las alusiones a la figura de Trujillo como ser mesiánico, y a las numerosas comparaciones entre Trujillo y dios, lo cual aumentaba notablemente su popularidad y su poder, el dictador logró, como dios, hacer que la vida de los dominicanos dependiera enteramente de él. Muchos sugieren que en un punto de su gobierno, más de la mitad de las familias dominicanas dependía de Trujillo, quien controlaba el casi el 80 % de las industrias de la isla, que a su vez representaban la mayor fuente de empleo de los dominicanos. Esta maniobra fue posible gracias a que Trujillo localizaba estratégicamente a personas de su círculo más cercano en posiciones que eran clave para mantener el control, restringiendo así, el acceso al poder económico del país a un grupo muy pequeño de individuos. François Chevalier en el ensayo “The roots of Personalismo”, que hace parte del libro *Dictatorship in Spanish America*, publicado en 1965, se refiere al uso del nepotismo durante el régimen de Trujillo “whose brothers, legitimate and illegitimate sons (the latter in impressive numbers), nephews, relatives and allies divided among themselves the principal positions of the country in such a manner as to deal with it as with a big business or as a patrimony” (45). En la novela de Vargas Llosa, ese recurso descrito por Chevalier, es evidente y se convierte en una paradoja cuando descubrimos que en el grupo de conspiradores, todos, en su época, se

beneficiaron considerablemente del régimen.

Así mismo, en la novela, podemos evidenciar que Vargas Llosa no ha escatimado en detalles históricos y el personaje de Trujillo alude constantemente a las cifras de empleo y prosperidad que él ha conseguido a lo largo de todos los años que lleva gobernando la isla. En una conversación con el senador Chirinos, Trujillo explica la importancia que ha tenido la administración de la tierra dominicana por parte de su gobierno “-¿Necesitas que te lo explique, por centésima vez? Si esas empresas no fueran de la familia Trujillo, esos puestos de trabajo no existirían. Y la República Dominicana sería el paisito africano que era cuando me lo eché al hombro. No te diste cuenta todavía” (Vargas Llosa 154). Trujillo, como dios, ha rescatado a la República Dominicana, ha mejorado su calidad de vida y además, justifica así el hecho que su familia posea la mayoría de las tierras de la isla. Sin él, la mayoría de los dominicanos moriría de hambre. Trujillo se ha convertido en el sustento económico de la isla y la razón de vida de todos los dominicanos. Podría pensarse que los isleños respetan a Trujillo, que lo alaban porque en realidad creen que él es la salvación de la isla y que sin su presencia, el país no tendría la “prosperidad” de la que goza. Pero, siguiendo en la línea de análisis de Trujillo como figura deílica, no podemos dejar de lado el elemento del miedo que infunde su figura. De esta forma se establece una suerte de paralelo, de nuevo, entre la figura de Trujillo y la de Dios. Así como en las Sagradas Escrituras se escribe que hay que temerle a Dios, Trujillo, por su parte, espera el mismo comportamiento de los dominicanos. Trujillo está consciente de que los isleños, a pesar del respeto que sienten por el Padre de la Patria Nueva, en realidad lo que infunde el dictador es miedo y por eso su poder no ha cesado de aumentar:

¿Y por qué no robas, pese a tus poderes de hacer y deshacer? ¿Por lealtad? Tal vez. Pero, ante todo, por miedo. Sabes que, si me robas y te descubro, te pondría en manos de Johnny Abbes, que te llevaría a La Cuarenta, te sentaría en el Trono y te carbonizaría antes de echarte a los tiburones (...) Por eso no me roban, tampoco, los gerentes, administradores, contadores, ingenieros, veterinarios, capataces, etcétera, etcétera, de las compañías que vigila (155).

Trujillo, en la conversación que sostiene con el senador Henry Chirinos, destacan varios elementos. En primer lugar, el poder que Trujillo tiene sobre los dominicanos, como lo habíamos comentado antes. Pero ese poder no proviene únicamente de él como hombre, para ejercer el poder por medio de la violencia, cuenta con Johnny Abbes y todo el aparato represivo que se ha encargado de formar alrededor del SIM (Servicio de Inteligencia Militar). Johnny Abbes es conocido por los métodos de tortura que emplea, los cuales se ven de forma explícita al final de la novela cuando algunos de los conjurados caen en manos de este cuerpo militar y son torturados por la muerte de el Chivo.

De otra parte, el anterior apartado muestra hasta qué punto Trujillo y su familia controlaban todos los negocios de la isla. Y como lo referíamos en páginas anteriores, el controlar la economía local, le permite tener un control absoluto sobre los habitantes, pareciendo ante ellos como la única solución para sobrevivir. Y aun más si tenemos en cuenta que en los últimos años del régimen, la isla caribeña no contaba con la ayuda económica de los países vecinos y las sanciones impuestas por la OEA convirtieron a la República Dominicana en un territorio completamente aislado. Pero las palabras de Trujillo van más allá y añade, “Por eso, trabajan con puntualidad y eficacia, y por eso las

empresas han prosperado y se han multiplicado, convirtiendo a la República Dominicana en un país moderno y próspero” (155). El temor que sienten los dominicanos hacia Trujillo puede ser interpretado desde más de una perspectiva. Para López-Calvo, parte de ese sentimiento tiene sus raíces en la conciencia atávica del pueblo dominicano; los isleños están convencidos de que el Generalísimo tiene poderes sobrenaturales “This popular belief in the Goat’s supernatural powers could perhaps be linked to an atavistic interpretation of the dictator as the inheritor of the tribal leader or local cacique. In that case, the Dominican people would have remained fearful of the ancestral otherworldly powers attributed to the indigenous rulers” (47). Sin embargo, hay que recordar que estos poderes sobrenaturales no son nada más que una estrategia por parte de Trujillo y sus colaboradores para alimentar la superstición popular y así ganar su favor y temor. La novela de Vargas Llosa, en este sentido, ha logrado construir un personaje que se preocupa constantemente por resaltar esas características sobrenaturales de las que se jactaba el dictador, sobretodo gracias a los constantes rumores que circulaban en la sociedad dominicana “On this account, in the *The feast* the credulity of the masses has created several myths about the Goat: he does not need to sleep, he does not sweat, no one can resist his fixed stare, and he has an insatiable sexual appetite” (47). No son pocos los pasajes en la novela en donde se alude a los poderes de Trujillo, pero hay solo uno en el que el lector puede observar las dos caras de la moneda; es decir, el personaje se desmitifica dejando solo al hombre “Ya sudaba ¡Si lo vieran! Otro mito que repetían sobre él era: «Trujillo nunca suda. Se pone en lo más ardiente del verano esos uniformes de paño, tricornio de terciopelo y guantes, sin que se vea en su frente brillo de sudor» No sudaba si no quería. Pero, en la intimidad, cuando hacía sus ejercicios, daba permiso a su

cuerpo para que lo hiciera” (Vargas Llosa 29). La voz de narrador omnisciente desvela el mito y muestra a al hombre que se encuentra detrás de él. Si bien es verdad que resalta el hecho que la voluntad de Trujillo impera sobre su propio cuerpo, como lectores sabemos que el personaje deja de ser esa figura sobrenatural sobre la cual se especula tanto en la isla, para ser de nuevo el hombre viejo que sufre de incontinencia.

A modo de conclusión nos gustaría mencionar que a pesar de que a lo largo de toda la obra de Vargas Llosa se alude a Trujillo como un personaje mitificado y deificado, un mesías que ha llegado a la República Dominicana y en cuyas manos, de acuerdo con él, está cambiar el destino de los dominicanos, dicha mitificación es más bien una construcción que tanto Trujillo como quienes lo rodean se han encargado de fabricar. Trujillo, procedente de una familia humilde, cuya madre es descendiente de negros haitianos, cree profundamente que la imagen que él puede proyectar de sí mismo será decisiva en la forma en que los demás lo traten y lo respeten. De ahí, por ejemplo, su afán de gloria al hacer esculpir estatuas suyas y ponerlas por toda ciudad Trujillo, sus gustos exagerados en cuanto a su ropa. Crassweller opina a este respecto que las extravagancias de Trujillo no eran más que una maniobra para impresionar a sus compatriotas “Absurd as these excesses were to people of a more cosmopolitan culture, they were very impressive to the country campesinos and the ragged people in the working-class districts” (Crassweller 78). Es decir, que el uso de vanidad en Trujillo era una forma de dominación, que funcionaba gracias a que él conocía la forma de pensar de las personas a las que dominaba. Tenía, como añade Crasweller, “a sure grasp of those sensitive areas of the national psychology that must be apprehended by the emotions rather than deduced by logic” (78). En este sentido, y con el fin de impresionar por medio de su apariencia

física, el personaje de Manuel Alfonso, juega un doble papel. En principio solo se pensaría que Alfonso se encarga de buscarle las mujeres a Trujillo, una especie de proxeneta refinado que no trabaja por el dinero que supondría proveer a Trujillo de mujeres; en realidad, Manuel Alfonso también es el consejero de Trujillo en cuanto a moda se trata “Thus, he hires Manuel Alfonso not only because he is a refined Dominican living in the United States who can work as a translator and find girls and women for him, but also because he can choose his clothing and help him design his extravagant uniforms, which is one of his favourite hobbies” (López-Calvo 49). Estos uniformes funcionan como una suerte de disfraces que tienen dos funciones; la primera es hacerlo parecer superior dotándolo con un aura de héroe nacional, de ser escogido por una voluntad superior. De otra parte, la extravagancia y la elegancia ocultan al hombre que jamás podrá ser; es decir, Trujillo, a través de sus trajes, gana ese prestigio social del que carece por haber nacido en una familia humilde. Su pasado se difumina gracias a ese falso glamour que adquiere con su vestimenta. Para Chevalier, el anterior es un rasgo característico de este tipo de líderes “From his stems, the caudillo’s propensity to exalt and magnify his personality beyond all limits, especially if his humble origin and total absence of family tradition make him believe in the necessity of convincing other of the transcendental and exceptional character of his own person” (Chevalier 47). Lo cual conduce a lo que anotábamos anteriormente, la creación de la imagen de una especie de superhombre entre los ciudadanos.

A pesar de todo lo que hemos mencionado anteriormente, la imagen de superhombre que quiso formar Trujillo durante toda su carrera, se derrumba desde las primeras líneas del primer apartado que corresponde a su narración “Despertó, paralizado

por una sensación de catástrofe. Inmóvil, pestañeaba en la oscuridad, prisionero en una telaraña, a punto de ser devorado por un bicho peludo lleno de ojos” (Vargas Llosa 24). El personaje fuerte y aguerrido solo se configura a través de las páginas de la novela como un vago recuerdo del hombre viejo que es Trujillo el mismo día de su asesinato. Como refiere López-Calvo en relación con la construcción del personaje de Vargas Llosa y el viejo dictador de *El otoño del patriarca* “Their dreams and interior monologues show that, after floating for so many years in the realm of fantastic superhuman powers, the passage of time, as well as their fear of or attractions to death, has brought them back to reality” (López-Calvo 53). En este sentido, Vargas Llosa ha logrado la humanización del personaje de Trujillo mediante el contraste entre un cuerpo que entra en decadencia y la imagen idealizada de su poder supremo con el que gobernó la isla por más de tres décadas.

3.3 Carisma y poder

En este apartado proponemos tratar otras formas por medio de las cuales el personaje de Trujillo en la novela de Vargas Llosa ejerce el poder durante tanto tiempo en República Dominicana y nos concentraremos en los mecanismos por medio de los que ese poder se perpetúa y de hecho, aumenta durante el período que Trujillo estuvo gobernando la República Dominicana, mediante el análisis literario de *La fiesta del chivo*. Para lo anterior, proponemos tomar algunos conceptos expuestos en el primer capítulo de la investigación. En particular, nos concentraremos en el concepto del carisma, que habíamos introducido en la primera parte de la investigación y que complementa el análisis que proponíamos en el apartado anterior en lo referente a la imagen divinizada del personaje de Trujillo en la obra de Vargas Llosa. Nos interesa particularmente

detenemos en el elemento del carisma ya que esto nos permitirá establecer con mayor claridad, mediante el análisis literario del personaje de Trujillo, de qué forma su gobierno y el poder que asumió durante tres décadas puede considerarse dentro del marco conceptual de la legitimidad. Hace falta anotar que a pesar de que los conceptos a los que nos referiremos hacen parte de un corpus bibliográfico que no se dedica al análisis de *La fiesta del chivo* en particular y que de hecho, aborda dichos conceptos desde un punto de vista sociológico, consideramos que en tanto herramienta de análisis, son válidos en cuanto nos serviremos de ellos para estudiar el personaje de Trujillo que Vargas Llosa ha creado en la novela de la que se ocupa nuestra investigación.

3.3.1 Lectura de Weber: El personaje de Trujillo como líder carismático

En el primer capítulo de nuestra investigación nos referíamos al concepto de *carisma* en relación con la propuesta de Max Weber acerca de un tipo de legitimidad a la que él llama *Legitimidad Carismática*. El pensador alemán dedicó una parte extensa de su trabajo a estudiar el fenómeno del *carisma* y su relevancia en la relación que se puede entablar entre un líder social y sus seguidores. En primer lugar, debemos aclarar que para Weber existen dos tipos de carisma, cuyos orígenes difieren y cuyos efectos en la sociedad son únicos. En primer lugar debemos definir la forma en que Weber emplea este término en sus estudios sobre la forma en la que está constituida la sociedad. El término, que Weber toma prestado de Rudolf Sohm, historiador y jurista de la Iglesia de Estrasburgo, aparece en los textos del primero para caracterizar “self-appointed leaders who are followed by those who are in distress and who need to follow the leader because they believe him to be extraordinarily qualified” (52), como anota el alemán en *From Max Weber: Essays in Sociology*. Lo anterior quiere decir que el carisma, para Weber,

implica una relación que se establece entre dos partes. La primera, de la que emana el carisma, es la del líder; la segunda, que es la que necesita de un líder que los saque de sus apuros, es la que, por decirlo de alguna forma, se deja cautivar por el carisma del líder.

Proponemos entonces, a partir de las ideas de Weber y conforme vayamos refiriéndonos a ellas, hacer un análisis del personaje de Trujillo en *La fiesta del chivo*. En primer lugar, nos interesa detenernos en la definición que Weber propone del término *carisma*. Dado que el pensador alemán lo define principalmente como una relación entre un líder y sus seguidores, en el caso de la obra de Vargas Llosa, identificamos algunos niveles en los cuales podríamos ubicar a los seguidores de Trujillo. En el primer estrato encontramos a los hombres, ninguna mujer, que conforman el círculo más próximo del dictador. Allí se encuentran Joaquín Balaguer, presidente títere y figura bajo la cual Trujillo se resguardó de la crítica internacional sobre una dictadura en la isla, quien en la obra de Vargas Llosa aparece como una presencia constante, quien a pesar de ser un fiel trujillista, es descrito por Fontaine Talavera en su artículo “El tirano y su séquito” como “un hombrecillo completamente anodino y sin ambición. Y sin embargo, su disimulo, su repugnante e impasible maquiavelismo, resultarán más efectivos que las bravuconadas, represiones y horrendas crueldades de los militares trujillistas” (105). Sin embargo, para Trujillo, Balaguer es sólo otro de los hombres que lo siguen con fidelidad, a pesar de las continuas advertencias de Johnny Abbes García, como lo podemos observar en una conversación que sostiene con Trujillo “ -No entiendo por qué le tiene desconfianza. Balaguer es el más inofensivo de mis colaboradores. Por eso lo he puesto donde está. – Yo creo que su manera de ser, tan discreta, es una estrategia. Que, en el fondo, no es un hombre del régimen, que trabaja solo para Balaguer. Puede que me equivoque (...) Pero,

no metería mis manos al fuego por su lealtad” (Vargas Llosa 99). Las palabras de Abbes García aparecen como un adelanto de lo que ocurrirá luego de la muerte de Trujillo cuando Balaguer tome el poder y demuestre a todos que su aparente fidelidad a Trujillo no era más que una forma de acercarse al poder disimuladamente. Pero Balaguer no es el único que profesa devoción a Trujillo; dentro del círculo de hombres también se encuentra Johnny Abbes, director del SIM y encargado de eliminar a todos quienes se opusieran al régimen de Trujillo. En la obra, es Johnny Abbes quien nos revela la verdadera cara violenta del régimen “Johnny Abbes quería entrar al Colegio Santo Domingo y sacar de su refugio al obispo yanqui. «¿Qué puede pasar, Jefe? Los gringos protestarán, por supuesto. ¿No protestan por todo, hace ya tiempo? Por Galíndez, por el piloto Murphy, por las Mirabal, por el atentado a Betancourt y mil cosas más»” (30). Y aunque Trujillo apoyaba las maniobras siniestras de Abbes García, el personaje del dictador aún guarda cierta cordura y diplomacia “No. Aún no había llegado el momento de tomar cuentas a Reilly, o al otro hijo de puta, el españolete del obispo Panal. Llegaría, pagarían. A él no lo engañaba el instinto” (31). Dentro de ese grupo de seguidores, también se encuentran el senador Henry Chirinos, quien nunca simpatizó a Trujillo, obseso incansable del aseo personal, pero el más fiel desde el principio del régimen de Trujillo:

Pese a la repugnancia que siempre le inspiraron su físico, su desaseo y sus modales, Henry Chirinos, desde el comienzo de su gobierno, había sido privilegiado con aquellas tareas delicadas que Trujillo confiaba a gente, además de segura, capaz. Era uno de los más capaces, entre los que habían accedido a ese club exclusivo (...)

Buena parte de la telaraña legal de la Era había sido tejida por la endiablada

habilidad de esa gran rábula (así lo llamó una vez, delante de Trujillo, el senador Agustín Cabral, su amigo y enemigo entrañable dentro del círculo de favoritos) (150).

Es tal vez, dentro de ese club de elegidos que la figura que más destaca es la de Agustín Cabral precisamente por haber caído en desgracia y sin saber por qué. Con respecto al personaje de Cerebritito Cabral, podemos decir que es una suerte de personaje kafkiano. Al igual que en *El proceso* (1925), donde Josef K. es detenido por razones que le son totalmente desconocidas, Agustín Cabral sale del círculo de favoritos de Trujillo y en un gesto desesperado por recobrar el favor de El Generalísimo, entregará a su hija Urania, como especie de muestra de lealtad. Y es precisamente el personaje de Urania, cuando regresa a la isla después de treinta y cinco años, el que cuestiona por qué hombres inteligentes y cultos se han dejado seducir por el carisma que emana de Trujillo “¿Cómo era posible, papá? Que un hombre como Froilán Arala, culto, preparado, inteligente, llegara a aceptar eso. ¿Qué les hacía? ¿Qué les daba, para convertir a don Froilán, a Chirinos, a Manuel Alfonso, a ti, a todos sus brazos derechos e izquierdos, en trapos sucios? (Vargas Llosa 75). Pero su padre, Agustín Cabral, no es un buen interlocutor y su parálisis no le permite responder las preguntas de Urania. En cambio, la voz que le habla en *tú*, a modo de su conciencia, conoce la respuesta “has llegado a comprender que tantos millones de personas, machacadas por la propaganda, por la falta de información, embrutecidas por el adoctrinamiento, el aislamiento, despojadas de libre albedrío, de voluntad y hasta de curiosidad por el miedo y la práctica del servilismo y la obsecuencia llegaran a divinizar a Trujillo” (75). Pero la pregunta de Urania, aunque conozca la respuesta, es legítima. No se puede imaginar por qué las personas educadas de la isla,

cayeron en las manos de Trujillo y cómo rápidamente empezaron a colaborar en un régimen tan sanguinario. La voz de la conciencia de Urania, nos da una parte de la respuesta: la alienación que sufrieron los que servían a Trujillo. Pero creemos que a esa alienación hay que sumarle el temor de quienes rodeaban al dictador. Y es precisamente para ese propósito que Trujillo cuenta con Abbes García, el encargado de desaparecer a cualquier opositor, sin importar que viva en la isla o no.

Al pequeño círculo que rodeaba a Trujillo lo vemos como el cerebro que le permitía al régimen seguir funcionando y mantenerse en pie como sistema, a pesar de las críticas de los otros países. Pero el régimen no depende del círculo de colaboradores de Trujillo, es el pueblo a quien Trujillo debe “conquistar”, poco a poco, para así ganarse su favor, convirtiendo a los isleños en sus más férreos seguidores. Pero no cualquier persona goza del derecho de tener seguidores; solo un líder, que se diferencie de los demás, que muestre capacidades únicas, podrá marcar una distancia entre él y el resto del mundo. Con respecto a lo anterior, Weber propone en *Essays in Sociology*, que dichos líderes, usualmente se encuentran dentro del siguiente grupo “Founders of world religions and the prophets as well as military and political heroes are the archetypes of the charismatic leader. Miracles and revelations, heroic feats of valor and baffling success are characteristic marks of their stature” (52). Por lo consiguiente, si estos líderes, que por definición deben gozar de ciertos atributos que los diferencian del resto de la gente, no cumplen con las tareas que de ellos se esperan, o lo que sería peor, no cumplen con las expectativas de sus seguidores, el fracaso implica su final. Es por eso que es fundamental mantener la imagen de ser superior, esa especie de aureola de la cual están dotados. Con respecto al grupo dentro del cual Weber sitúa a los líderes de tipo carismático, nos

gustaría hacer una aclaración en relación con el personaje de Trujillo quien se ajusta a todas las categorías que propone Weber, salvo a la de fundador de alguna religión. Si bien éste no puede ser considerado de esa forma, Trujillo sí tiene muy presente en su discurso el referente de la religión católica y cómo él sería un patrono de los valores católicos en la isla.

Como afirma Weber, este tipo de líderes se deben caracterizar por sus tareas heroicas, su éxito y sobre todo por sus rasgos distintivos que marcan una distancia entre ellos y sus seguidores. En este aspecto el personaje de Trujillo encarna cada uno de estos elementos. En primer lugar, Trujillo alimenta su imagen de héroe cada vez que le es posible “El sargento Gittleman le puso la más alta calificación: «Irás lejos, Trujillo». Había ido, sí, gracias a esa disciplina despiadada de héroes y místicos, que le enseñaron los marines” (Vargas Llosa 24). Desde las primeras líneas de la novela, el personaje se define a sí como un héroe e identifica su éxito necesariamente con la dureza del régimen militar en el que creció. Sin embargo, Trujillo agradece haberse formado con los marines y es ese entrenamiento el que puso en práctica con todos los que lo rodeaban cuando estuvo al mando de la isla. Continuamente Trujillo está recordando a sus servidores los sacrificios que ha tenido que hacer por el bien de la República Dominicana, lo cual lo hace merecedor, por supuesto, de su admiración.

De esta forma, el personaje de Trujillo se muestra casi como un mártir; siempre trata de comparar lo mucho que él ha hecho con lo poco que han hecho los demás, mostrando así sus extraordinarias hazañas “Pero, gobernar, tiene una cara sucia, sin la cual lo que usted hace sería imposible. ¿Y el orden? ¿Y la estabilidad? ¿Y la seguridad? He procurado que usted no se ocupara de esas cosas ingratas. Pero, no me diga que usted

no sabe cómo se consigue la paz” (304). Las palabras de Trujillo, cuyo interlocutor es en este caso el presidente Balaguer, solo refuerzan su faceta más sacrificada. Él ha hecho cosas por la isla, que nadie más se había atrevido a hacer. Pero Trujillo no ha terminado su lección y añade “Con cuánto sacrificio y cuánta sangre. Agradezca que yo le permitiera mirar al otro lado, dedicarse a lo bueno, mientras yo, Abbes, el teniente Peña Rivera y otros teníamos tranquilo al país para que usted escribiera sus poemas y sus discursos” (304). El discurso de Trujillo es contradictorio en cuanto al mensaje que trata de difundir: dice haber alcanzado la paz por medio de una violencia continua. Pero esto no debe ser tomado en ningún momento como un signo de incoherencia. Por el contrario, Trujillo siempre trata de convencer a quienes lo rodean y por supuesto, al pueblo dominicano, que si él se ha manchado la manos de sangre y se ha encargado de eliminar a sus enemigos, siempre ha sido por una causa justa: defender la soberanía nacional de detractores internos o externos.

Desde nuestra perspectiva, es una forma de “purificar” sus actos y justificar la violencia política bajo la cual sometió a la isla por tres décadas. El supuesto argumento de lograr la paz, es solo una excusa para mantener la política sanguinaria del régimen. Él, como salvador de la Patria, se ha responsabilizado de muchas muertes, pero todo ha sido en pos de la construcción de un nuevo país. Es precisamente este doble discurso de los líderes carismáticos uno de los elementos que motivó a Weber a enfocarse con tanta dedicación al estudio de los efectos que estos han causado en el curso de la historia. Al respecto hay que anotar que, a pesar de que Weber es consciente de que las relaciones sociales dependen de muchos factores, de muchas fuerzas sociales, el pensador alemán resalta la importancia de los líderes carismáticos como fuerzas revolucionarias en el curso

de la historia¹². Además, hay que resaltar que para Weber, el carisma, aunque se centra en el líder que lo ostenta, constituye en su análisis una fuerza política entre el líder y sus seguidores. En este sentido, comprendemos por qué para Trujillo es tan importante mantener una relación con sus seguidores, en la cual él se reivindica constantemente como la solución a todos los problemas y el héroe de todas las batallas sangrientas en las que ha actuado siempre en defensa de los valores dominicanos. Pero es necesario advertir que esos valores a los que Trujillo se refiere como “dominicanos” son sus propios valores, su visión de cómo debería funcionar el mundo; de modo que inculca, por medio de su discurso, sus propios valores y trata de atribuírselos al pueblo dominicano como forma de justificación de sus actos.

Ahora bien, para Weber hay dos tipos de *carisma* que difieren en su origen y por lo tanto en el efecto que causan en los seguidores del líder carismático. El primer tipo, podría ser llamado *Carisma Institucional*, y de acuerdo con la lectura que Charles Lindholm hace de los planteamientos de Weber en *Charisma* (1990) “[it] can be inherited, or passed along with accession to an office, or invested in an institution. This is the charisma that gives an aura of sacred power to any individual who has the right to wear the bishop’s robe, or sit on the king’s throne, regardless of actual personal characteristics” (24). En este caso el *Carisma Institucional*, opera como una fuerza de legitimización de ciertas instituciones en la sociedad, que generalmente están encabezadas por un individuo. Dentro de esta categoría, destacarían la Iglesia y la monarquía. Esto quiere decir que tanto el Papa, en el caso de la Iglesia Católica, como el

¹² Although Weber is aware of the fact that social dynamics result from many social forces, he nevertheless places great emphasis upon the rise of charismatic leaders (Essays in Sociology, 52).

rey, alegan tener una conexión especial de tipo sagrado, por lo cual, para sus seguidores, gozan de una forma de *carisma*. Es decir que, esos atributos se dan por hechos; un católico no se cuestiona que el Papa sea el elegido en la Tierra para guiar al rebaño de Dios; y si cuestiona la elección, no puede hacer nada para participar de ésta. Es así y no se pone en duda que el Papa sea una persona *santificada*.

Si bien los estudios que Weber dedica a este tipo de *carisma* son extensos y profundos, el pensador alemán cree que la verdadera forma de este fenómeno reside por fuera del ámbito de las instituciones y es así como afirma que “is opposed to all institutional routines, those of tradition and those subject to rational management” (*Essays in Sociology* 52). Se podría alegar que la fe de los católicos en el Papa no es racional, pero eso no significa que el Papa deje ser elegido por fuera de la Institución de la Iglesia; es decir, los católicos no pueden designar a un Papa por unanimidad, su elección no está sujeta a la voluntad de los creyentes sino que recae en las decisiones que tome el clero.

Es el segundo tipo de *carisma* el que más suscita el interés de Weber ya que se caracteriza por surgir en momentos críticos de la historia de una nación, de un pueblo; además, ofrece salidas viables para construir un futuro mejor, y es por eso que los seguidores de estos se dejan impresionar tan fácilmente. La gente, ya no actúa de acuerdo con lo prescrito por la ley o incluso por la tradición y en cambio “the followers submit to the imperious demands of a heroic figure, whose orders are legitimated not by logic, not by the hero’s place in any hierarchy, but solely by the «personal power to command» of the charismatic individual” (Lindholm 25). Es por lo anterior que queremos hacer hincapié en que los líderes carismáticos del segundo tipo se distinguen por tener ciertas

características o cualidades, que bien pueden ser verdaderas o atribuidas al líder. Además, dichos líderes deben justificar su legitimidad continuamente y por diversos medios, lo cual evidentemente lo ocurre ni con los reyes ni con los papas.

Trujillo se perfilaba como el perfecto líder a quien necesitaban con urgencia los dominicanos luego de varias décadas de inestabilidad económica y social en la isla. Después del desastroso gobierno de Ulises Heureaux (1845-1899) y quien se desempeñó como presidente de la República Dominicana durante dos periodos (1882-1883) y (1887-1889), la isla se encontraba en bancarrota debido a la mala administración del gobierno de Heureaux, por lo cual Francia, entre otros países europeos, amenazaba con tomar el control de la isla. A Estados Unidos le preocupaba una intervención europea ya que la isla caribeña sería una de las futuras rutas de los barcos que pasarían por el Canal de Panamá, que para aquella época se encontraba en construcción. De modo que Theodore Roosevelt organizó una toma militar de la isla y luego de proclamar el *Corolario Roosevelt*¹³, logró que en 1906 las autoridades dominicanas acordaran una cesión de los derechos de administración de las aduanas dominicanas por un periodo de cincuenta años. Pero la crisis no solo se manifestaba en el campo económico ya que la estabilidad política era precaria. En 1911, el presidente Ramón Cáceres murió asesinado, luego de seis años en la presidencia de la isla, lo cual desencadenó periodos de crisis política y como última consecuencia, una guerra civil. Después de un período de seis años durante el cual se sucedieron algunos presidentes, en 1916, finalmente Estados Unidos tomó el control de la

¹³ En el caso de la política exterior hacia América Latina, se dio una reinterpretación de la Doctrina Monroe: el llamado Corolario Roosevelt. Así, dio inicio la escalada de intervenciones estadounidenses en el subcontinente. La justificación fue la incapacidad de los países latinoamericanos y caribeños para gobernarse a sí mismos y la falta de responsabilidad de éstos ante sus compromisos internacionales. (La política exterior de Theodore Roosevelt hacia América Latina,)

isla y el cuerpo de *Marines*, desembarcó en República Dominicana. Por supuesto, los isleños mostraron su desacuerdo rápidamente y en especial después de que Estados Unidos decretara que varios puestos en el gobierno debían ser desempeñados por miembros de la Marina estadounidense. A pesar de todas las desventajas de la ocupación por parte de Estados Unidos, durante el tiempo que hicieron presencia en la isla, la infraestructura en general sufrió una mejoría y se creó por primera vez la Guardia Nacional de República Dominicana. Con la Primera Guerra Mundial, la situación desmejoró pues a la oposición que mostraban los dominicanos a la ocupación, la presión en Estados Unidos empezó a incrementar, por lo que el sucesor del presidente Wilson, Warren G. Harding, trazó un plan para poner fin a la ocupación. Luego, en las elecciones de 1924, fue elegido presidente Horacio Vásquez, contra quien Trujillo, en complicidad con Estrella Ureña, secretario de Estado de Vásquez, organizaría un golpe militar que resultaría en la destitución de Vásquez y daría comienzo a la Era Trujillo el 16 de agosto de 1930.

Es evidente que después de algunas décadas de inestabilidad, los dominicanos reclamaban la presencia de un hombre que guiara el rumbo de la isla. En este caso, la presencia de los estadounidenses sólo aumentaba la necesidad de un héroe nacional, lo cual favoreció enormemente la imagen de Trujillo. Es paradójico, sin embargo, que Trujillo proviniera de la tradición de los *marines* a quienes admiraba tanto y a quienes debía todo lo que era; pero ni siquiera el hecho de haber sido formado por el enemigo, previno que los dominicanos dieran su apoyo a Trujillo. La desesperación del pueblo fue un factor decisivo en la elección de Trujillo, aunque es por muchos conocido que los comicios de 1930 no fueron un ejemplo de transparencia política. Las estadísticas

“oficiales” reclaman que Trujillo fue vencedor con más del 40% de los votos aunque no más del 25 % de los votantes acudió a las urnas. Además, su grupo paramilitar conocido como *la 42* se encargó de amedrentar cualquier indicio de oposición que Trujillo pudiera llegar a tener. Incluso los miembros de la Junta Central Electoral se vieron obligados a dejar sus cargos y fueron sustituidos por adeptos al régimen trujillista.

A pesar de que subió a la presidencia de una forma deshonesta y valiéndose de medios de intimidación, es evidente que el pueblo olvidó rápidamente dicho suceso y se encargó de elogiar todos los cambios que ocurrieron en la isla promovidos por Trujillo. Además de todos los adelantos en cuanto a infraestructura se refiere, Trujillo impulsó el plan de pensiones y solo once años después de estar en el poder, logró terminar con la administración de las aduanas por parte de los Estados Unidos y en 1947 canceló la totalidad de la deuda de la isla. Trujillo, además supo ganarse el favor de los dominicanos haciéndoles parecer que él estaba presente en todos los rincones de la isla y que todos los pobladores de la isla formaban una gran familia, a la cabeza de la cual se encontraba él. Y la mejor forma de reforzar el carisma que inspiraba en los pobladores de la isla era por medio de regalos y agasajos “Luego, el dinero le sirvió para ser más eficaz, disipar obstáculos, comprar, halagar o sobornar a la gente necesaria y para castigar a los que obstruían su trabajo (...) Lo utilizaba al servicio del poder” (Vargas Llosa 166). Trujillo es un personaje astuto y conoce bien a quienes gobierna, mientras los tenga contentos obsequiándoles regalos, su favor estará con él:

¿Cuántos millones de pesos había gastado todos esos años en fundas de caramelos, chocolates, juguetes, frutas, vestidos, pantalones, zapatos, pulseras, collares, refrescos, frutas, discos, guayaberas, prendedores, revistas, a las interminables

procesiones que se acercaban al Palacio el día del Jefe? ¿Y cuántos muchísimos más en regalos a sus compadres y ahijados, esos bautizos colectivos, en la capilla de Palacio, en que, desde hacía tres décadas, una y hasta dos veces por semana, se convertía en padrino de lo menos un centenar de recién nacidos? Millones de millones de pesos (166).

El establecer un sistema de premios, Trujillo afianza el respeto de sus seguidores y estos últimos, al aceptar el regalo, legitiman el poder de Trujillo. Además, Trujillo se asegura de hacer creer a los dominicanos que lo une a ellos lazos familiares, inquebrantables; así como el pueblo respeta al dictador, él en un acto de generosidad, hace gala de sus múltiples cualidades y se asegura de que el pueblo comprenda que el dinero del Estado es de todos y por tanto él está compartiéndolo con sus hermanos dominicanos. Ronald Wintrobe en su libro *The political economy of dictatorship* (1998) comenta a propósito de la entrega de regalos a los ciudadanos que “When dictators make a gift to the public or some part of it, from the public treasury, they are asserting that it is right to give that money, and by accepting the gift, the recipient is agreeing to this fact (...) By accepting these gifts, the people confirm the dictator’s power (87). La entrega de regalos cada año durante la celebración de su día y los bautizos colectivos, el apadrinar a tantos niños dominicanos, hace parte de una estrategia planeada con mucho cuidado y luego de una aguda observación de los costumbres del pueblo dominicano:

Una inversión productiva, por supuesto. Ocurren en su primer año de gobierno, gracias a su conocimiento profundo de la psicología dominicana. Trabaja una relación de compadrazgo con un campesino, con un obrero, con un artesano, con un comerciante, era asegurarse de la lealtad de ese pobre hombre, de esa pobre mujer,

a los que, luego del bautizo, abrazaba y regalaba dos mil pesos. Dos mil en las épocas de la bonanza (166).

Este tipo de relación que se teje entre el líder y sus seguidores va más allá de cualquier principio lógico; los dominicanos, enceguecidos por la supuesta bondad de Trujillo, parecían ignorar, de una parte la estrategia que Trujillo utilizaba para ganar su confianza y de otra, los actos violentos del régimen contra el pueblo. Los regalos se convierten en sobornos que además de comprar la lealtad, compran el silencio y nublan el discernimiento de los isleños. En este sentido, los seguidores del líder, se convierten en un individuos sumisos, que se dejan conquistar por pequeñas cosas, que constantemente confunden como pruebas de simpatía del líder hacia ellos. Podemos argüir que Trujillo desafía toda lógica, sabe que mientras los dominicanos estén seducidos por sus dones, tendrá el poder y no hallará oposición; y si la hubiera, la aniquilaría rápidamente con ayuda de Johnny Abbes. Crassweller también refiere ese dominio del que gozaba Trujillo “a sure grasp of those sensitive areas of the national psychology that must be apprehended by the emotions rather than deduced by logic” (78). Para algunos, ese tipo específico de poder del que gozan algunos líderes se podría identificar con una especie de *encantamiento*, como lo explica Andrew Foley en “Power, Will and Freedom”, artículo al que nos hemos referido previamente. Foley, arguye que el poder que ejerce Trujillo sobre los dominicanos es tan fuerte que ellos terminan por aceptar la realidad, a pesar de todos los abusos que comete la dictadura:

In the case of the Dominican Republic, as with many other dictatorships, people have also come over time to accept the strangest things, especially the most outrageous abuses of power, as ordinary, even normal, and so have eventually

reconciled themselves with what has mordantly been termed in similar contexts of tyranny and oppression, «the banality of evil» (22).

El término “encantamiento”, al que Foley no traduce como “spell”, sino más bien como “enchantment”, no proviene de las críticas que se ha hecho a propósito de la obra, sino de la novela misma “Aunque todos temían un golpe de Estado de los hermanos Trujillo¹⁴, que restaurara la dictadura cruda y dura, era evidente que, poco a poco, la gente iba perdiendo el miedo, o más bien, rompiéndose el encantamiento que había tenido a tantos dominicanos entregados en cuerpo y alma a Trujillo” (Vargas Llosa 490). Es precisamente ese encantamiento el que lleva a Pupo Román, uno de los conspiradores y el secretario de Estado de las Fuerzas Armadas, a acobardarse en el último momento luego del asesinato de Trujillo. Era él quien, a condición de ver el cadáver de Trujillo, debía dar la orden a sus hombres y apresar al clan Trujillo y a Johnny Abbes y sus asesinos del SIM. Pero el general Román no tuvo coraje y todo el plan se echó a perder. La única explicación que pudo encontrar fue el inmenso poder que Trujillo ejercía sobre él “Sumido en esa especie de hipnosis pensó que su indolencia acaso se debía a que, aunque el cuerpo del jefe estuviera muerto, su alma, su espíritu, o como se llamara eso, continuaba esclavizándolo” (411). La figura de Trujillo actúa al mismo tiempo como un imán que atrae a sus seguidores y como un supresor de la voluntad y la libertad de los dominicanos. De un lado, trata de ganarse al pueblo con sus obras en las que cada vez se refuerza más su lado carismático; pero, de otro lado, se ha encargado de atemorizar a la población, amedrentar o eliminar a sus opositores, dejando así el camino libre para ejercer su poder sin límites. Es por lo anterior que queremos enfatizar que el poder

¹⁴ Se refiere aquí a los hijos de Rafael Leonidas Trujillo

carismático del que goza Trujillo fue, en gran parte, el motor de su estrategia política durante tanto tiempo.

Retomando la línea teórica que hemos propuesto, Weber resalta que en la relación que establece un líder con sus seguidores, es de vital importancia que el primero se esfuerce por preservar y si es posible, intensificar las cualidades que lo hacen único y que lo diferencian de los demás, a propósito de lo anterior, el pensador alemán comenta “*Charismatic authority*, hence, shall refer to a rule over men, whether predominantly external or predominantly internal, to which the governed submit because of their belief in the extraordinary quality of the specific *person*” (*Essays in Sociology* 295). Es evidente que en la obra, muchos eran los dominicanos que estaban convencidos de que Trujillo tenía cualidades que lo distinguían del resto de los hombres y por eso le eran fieles. Ese es el caso de Octavio de la Maza, hermano de Antonio, uno de los asesinos de Trujillo. Fue Tavito de la Maza quien, junto con el piloto Murphy, se encargó de transportar a Galíndez luego de ser secuestrado. Para Tavito lo más importante era la fidelidad al Jefe y fue eso lo que no le permitió ver lo que en realidad estaba pasando “Con su ingenuidad, con su inocencia de muchachón, Tavito, a diferencia de Antonio, sí fue un trujillista convencido, uno de esos que pensaba en el jefe como un ser superior. Discutieron muchas veces, porque a Antonio le irritaba que su hermano menor repitiera, como un estribillo, que Trujillo era un don del cielo para la República” (Vargas Llosa 110). Para Tavito, en este caso, el haber sido siempre fiel a Trujillo no lo salvó de morir a manos del régimen. Cuando Trujillo se dio cuenta de que todos los dedos apuntaban hacia él y que la comunidad internacional lo acusaba de haber secuestrado y asesinado a Jesús de Galíndez, capturó a Tavito y en una maniobra tan sucia como inteligente, asesinó a Octavio de la

Maza, arrojó su cuerpo en el jardín de su casa y “el régimen en una de sus más truculentas mascaradas, divulgó una supuesta carta manuscrita de Octavio de la Maza, explicando su suicidio. ¡El remordimiento por haber asesinado con sus manos al piloto Murphy, su amigo y compañero en Dominicana de Aviación! No contento con mandarlo matar, el Chivo, para borrar las pistas de la historia de Galíndez, tuvo el refinamiento macabro de hacer de Tavito un asesino. Así se libraba de dos molestos testigos” (116). Lo que le sucedió a Octavio no es un incidente aislado, incluso a los mejores adeptos del régimen, Trujillo los elimina si lo considera necesario. Trujillo siempre cuenta con la confianza que han depositado en él, pero no es un hombre honorable. Y en su caso se suficiente con que los demás crean que así es. La devoción por Trujillo emana de él mismo; el Jefe ha convencido a todos sus servidores de que su misión en la isla es un designio divino. En una de las conversaciones con Joaquín Balaguer, Trujillo interpela a su interlocutor, quien le responde exactamente lo que él espera escuchar :

-¿Cree usted todavía que Dios me pasó la posta? ¿Qué me delegó la responsabilidad de salvar a este país? – preguntó, con una mezcla indefinible de ironía y ansiedad. – Más que entonces, Excelencia –replicó la delicada y clara vocecita-. Trujillo no hubiera podido llevar a cabo la sobrehumana visión, sin apoyo trascendente. Usted ha sido, para este país, instrumento del Ser Supremo (293).

Trujillo alimenta el discurso del ser elegido por poderes superiores y sus seguidores, Balaguer, el más zalamero de todos, no duda en halagarlo constantemente para ganar su favor. En este sentido, Balaguer, aunque insignificante para Trujillo, fue el que mejor supo cómo aprovecharse de su posición de presidente títere, ya que sería él quien tomaría el poder luego del asesinato de Trujillo, excluyendo casi por completo al clan Trujillo. Lo

que nos interesa resaltar es que el personaje de Trujillo siempre está creando un halo sagrado e imponiéndoselo; justifica su permanencia en el poder como un mandato divino al que él no puede desobedecer. Y, como lo habíamos mencionado en páginas anteriores, el discurso de Balaguer titulado “Dios y Trujillo” no hizo más que aumentar el fervor de los dominicanos por Trujillo e incluso el del dictador por sí mismo “No, no era la frase; eran los argumentos justificando aquella alianza lo que había sobrecogido a Trujillo como una aplastante verdad. No era fácil sentir en sus hombros el peso de una mano sobrenatural” (294). Pero la modestia de Trujillo, el peso que supondría cargar con el destino de la isla, solo era otra estrategia para justificar sus actos. Lo que no deja de asombrar es que un hombre de carácter tan fuerte, necesitara la constante alabanza de sus más fieles servidores:

-Muchas veces he pensado en esa teoría suya, doctor Balaguer –confesó-. ¿Fue una decisión divina? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? El doctor Balaguer se mojó los labios con la punta de la lengua, antes de responder: - Las decisiones de la divinidad son ineluctables –dijo, con unción-. Debieron tenerse en cuenta sus condiciones excepcionales de liderazgo, de capacidad de trabajo y, sobre todo, su amor por este país (294).

En este sentido, la palabra del líder es tomada como sagrada y Weber se inspira en el ejemplo de Jesús como líder carismático por excelencia “Jesus’s words, «It’s written...But I say unto you», are the core for the charismatic relation for Weber. Whatever the leader says, whatever he asks, is right, even if it is self-contradictory. It is right *because the leader has said it*” (*Charisma* 25). Los seguidores, entonces están sujetos a la palabra de este líder, a sus órdenes y como sus discípulos deben ser fieles a él,

deben convertirse en sus devotos. Para eso, hace falta someter a la población y anular su sentido común; a ningún líder, que quiera permanecer en el poder indefinidamente, le conviene tener bajo su mando personas capaces de pensar y racionalizar la brutalidad de los actos a los que están subyugados. Nataly Tcherephashenets en “The secrets of the Era”, afirma que el uso del carisma, en ese sentido, es la herramienta más poderosa de la que goza Trujillo “ Using his charisma and leading a mythical life in the imagination of his countrymen, Trujillo achieves the banality of evil in a way typical for any totalitarian rule, by cultivating fear and ignorance” (95). A lo largo de la obra podemos encontrar ejemplos de ambas herramientas de las que se vale Trujillo. Los rumores que corren por la isla no hacen más que acrecentar el poder del dictador y con el paso de los años, los rumores han pasado a formar parte integral de la figura del dictador:

El teniente García Herrero había oído hablar desde niño, en su familia – sobre todo a su abuelo, el general Hermógenes García-, en la escuela y, más tarde, de cadete y oficial, de la mirada de Trujillo. Una mirada que nadie podía resistir sin bajar los ojos, intimidado, aniquilado por la fuerza que irradiaban esas pupilas perforantes, que parecía leer los pensamientos más secretos, los deseos y apetitos ocultos, que hacía sentirse desnudas a las gentes (Vargas Llosa 47).

Sin duda, el poder que ha adquirido Trujillo a lo largo de las tres décadas de su mandato no hubiera sido posible sin la colaboración de los pobladores. Con lo anterior, nos referimos a que el alcance de los supuestos poderes de Trujillo fue posible gracias a que con el paso del tiempo, estos fueron formando parte de una conciencia colectiva a lo largo de la isla. Es decir, hubo un punto en que el mito alrededor de Trujillo era la realidad para los isleños y la figura del dictador se volvió intocable y nadie se atrevía a

desafiarla. En eso consistió el éxito de su gobierno; por medio de estrategias variadas logró someter a los dominicanos de tal forma que anuló incluso su capacidad de razonar de forma lógica y los privó de su libertad de pensamiento, subyugándolos a su voluntad. Gallego Cuiñas en “La fiesta de los sentidos”, retoma los planteamientos de Weber, con respecto al *carisma* y cómo este se evidencia en la relación que Trujillo, como líder, establece con sus seguidores “Pero Trujillo es ante todo un hombre carismático, que seduce por su inteligencia vil, por esa imagen mítica sobrenatural que lo describe como un ser «sin olor, sin sudor»” (298). Es evidente que los planteamientos de Weber con respecto al rol que juegan los seguidores en tanto alimentan el carisma del líder, son una herramienta fundamental en el análisis de fenómenos políticos como el de ciertos gobernantes como Trujillo. Y es por eso que se insiste tanto en que el carisma no puede ser asociado únicamente al individuo de donde este emana. Más bien, hay que enfocar la cuestión desde el punto de vista de quienes se dejan seducir por ese carisma “Aunque se piensa que el carisma es algo intrínseco al individuo, una persona no puede revelar esta cualidad de forma aislada. Sólo se evidencia en interacción con quienes son afectados por ella. El carisma es ante todo una relación, una fusión del líder y del seguidor” (298). Pero para establecer dicha interacción a la que se refiere Gallego Cuiñas, el líder debe preocuparse constantemente por alimentar su imagen. Él debe lograr distinguirse de los demás, solo así podrá reclamar un estatus más alto y diferenciarse por completo de quienes lo siguen.

De acuerdo con Weber, el líder carismático, defiende la idea que él es una especie de enviado divino, cuya misión debe ser acatada por cuantos están bajo su mando. Su fuerza así como su permanencia en el poder y su forma de legitimarlo no siguen el orden

de los códigos o los estatutos, “The charismatic leader gains and maintains authority solely by proving his strength in life” (*Essays in Sociology* 249). Probar dicha fuerza resulta difícil si tenemos en cuenta que el líder carismático se enfrenta a muchos adversarios, pero la forma de legitimar su fuerza sin necesidad de recurrir a grandes hazañas es aludiendo constantemente a sus poderes sobrenaturales. En el caso del personaje de Trujillo, la fama que lo persigue es evidente y es un rasgo en el que se insiste a lo largo de toda la obra. Sus 70 años no son símbolo de decrepitud o debilidad, al menos para los dominicanos, que siguen creyendo en las leyendas que giran alrededor de tan enigmática figura “Rafael Leonidas Trujillo Molina era todavía, pese a sus setenta años, pese a sus problemas de próstata, pese a los dolores de cabeza que le daban los curas, los yanquis, los venezolanos, los conspiradores, un macho cabal, un chivo con un güevo todavía capaz de ponerse tieso y de romper los coñitos vírgenes que le pusieran delante” (Vargas Llosa 507). Pero esa era la fama que lo perseguía, no la realidad. Trujillo sabía que su cuerpo se estaba haciendo viejo y que el poder que había ostentado otrora lo estaba abandonando. En la intimidad imploraba por un milagro “Dios mío, hazme esta gracia. Necesito tirarme como es debido, esta noche, a Yolanda Esterel. Para saber que no estoy muerto, que no estoy viejo. Que puedo seguir reemplazándote en la tarea de sacar adelante este endemoniado país de pendejos” (371). Trujillo ve en sus problemas de salud señales inequívocas de su deterioro lo cual supone que el fin de su vida se acerca.

Como lectores, son estas señales, como lo mencionábamos en páginas anteriores, las pistas que nos indican que el final del régimen es inevitable. Y al mismo tiempo, constituyen una de las herramientas de las cuales se vale Vargas Llosa para humanizar al

personaje. Nos interesa recalcar este aspecto, ya que está en directa consonancia con uno de los planteamientos de Weber en cuanto a las características que debe tener un líder si quiere mantener su estatus. Para el alemán, este tipo de líderes carismáticos ostentan poder en tanto “The legitimacy of their rule rests on the belief in and the devotion to the extraordinary, which is valued because it goes beyond the normal human qualities, and was originally valued as supernatural. The legitimacy of charismatic rule thus rests upon the belief in magical powers, revelations and hero worship” (*Essays in Sociology* 296). En este sentido, aunque el personaje de Trujillo ejemplifica, de forma general, las características de las que debe gozar un líder carismático, su salud y su avanzada edad se muestran como un obstáculo en sus ambiciones de seguir manteniendo el poder de la isla.

Es evidente que los eventos que desembocan en su caída, no son sus problemas de salud, sino más bien son el resultado de lo que ha hecho como líder del país durante las últimas treinta décadas. De modo que en ese sentido, podemos afirmar que la relación, en la que tanto interés poner Weber, entre el líder y sus seguidores, se ha deteriorado tanto que se convierte en el causante principal de su asesinato y Trujillo lo sabía “-Si me matan, lo hará alguien muy próximo, un traidor de la familia, digamos –dijo como hablando de otra persona-. Para usted sería una gran desgracia. –También para el país, Excelencia” (Vargas Llosa 96). El interlocutor, en este caso, es Johnny Abbes García, en quien Trujillo confiaba ciegamente los crímenes más crapulosos que había cometido el régimen, aunque hubiera fallado en uno de los más importantes, el del presidente venezolano Rómulo Betancourt. Para Trujillo, quien había puesto tanto esfuerzo en construir esos lazos familiares con el pueblo dominicano, es un verdadero fracaso el no haber podido contar con la confianza de sus más cercanos seguidores hasta el final. Era evidente que en

algún punto, los motivos de los conjurados para asesinarlo iban a ser más fuertes que el miedo que Trujillo infundía.

La Era Trujillo comenzó cuando los dominicanos sentían que necesitaban un líder luego de tantos años de inestabilidad política y social y agobiados por las deudas económicas que tenía la isla y la ocupación norteamericana. Fue gracias a estos apuros que encontraron en la figura de este militar un supuesto alivio para su deteriorada situación. Es por lo anterior que Weber atribuye el éxito de los líderes carismáticos a la necesidad de un grupo de personas que no tienen guía. Podríamos decir que de no ser por la existencia de un grupo de individuos en busca de un “profeta”, quien, oportunamente, se muestra como la mejor alternativa a sus inconvenientes, no habría líderes carismáticos. De modo que podemos afirmar que dicha fidelidad que profesan los seguidores solo puede ser posible en una sociedad en la que haya “[a] devotion to the extraordinary and unheard-of, to what is strange to all rule and tradition and which therefore is viewed as divine. It is a devotion borned of distress and enthusiasm” (*Essays in Sociology* 249). Los planteamientos de Weber, en cuanto a la importancia de los líderes carismáticos en el curso de la historia, aunque no se enfocaban precisamente en los líderes latinoamericanos, los consideramos pertinentes para nuestra investigación ya que nos han ayudado a construir un perfil, de forma general, del personaje de Trujillo. En este caso, es evidente que los rasgos atribuidos al personaje literario, están basados en las características del personaje histórico.

Y, de hecho, Trujillo es recordado como uno de los líderes carismáticos más destacados en Latinoamérica, por desgracia. Y decimos por desgracia, por varias razones. En primer lugar, porque la historia de los países latinoamericanos está llena de estas

figuras nefastas, como lo comenta Gallego Cuiñas “Liderazgo, carisma, oratoria y persuasión son precisamente las palabras clave que conforman la descripción elemental de Trujillo, personaje que podemos tomar como ejemplo de un tipo de compromiso carismático que reverbera en la sociedad hispanoamericana” (“La fiesta de los sentidos” 298). Además, la evidente proliferación de este tipo de líderes, que parecen replicarse con el paso del tiempo en lugar de extinguirse, ha marcado de forma definitiva la forma en que Latinoamérica ha evolucionado, si el término puede aplicarse, en cuanto a sus prácticas políticas y sociales.

De otra parte, tomando a Trujillo como ejemplo, podemos decir que para muchos, tristemente, la figura de Trujillo no ha desaparecido completamente del panorama dominicano. La Era Trujillo, además de sumir a la isla en una sucesión de violaciones a los derechos humanos, asesinatos y caos político, en el que se instauró un régimen democrático que en la práctica no funcionaba, dejó marcada a la isla para siempre. Además de la huella del trujillato en la constitución política y social de la isla, el fenómeno del fantasma de Trujillo es muy sintomático incluso en la literatura, en el modo en el que se aborda ese periodo de la historia dominicana “La escritura del trujillato trasluce la lectura que se hace desde el presente de la dictadura: una lectura alienada que fija un solo sentido y una sola forma, amén de eliminar la ideología trujillista, en lugar de desarticularla y evaluar sus múltiples significaciones” (“Denuncia y univocidad” 432). La observación que hace Gallego Cuiñas al respecto, desvela un afán por eliminar cualquier rezago, incluso en los textos literarios, de cualquier corriente de corte trujillista. Es por eso que muchos críticos se refieren a este fenómeno, aludiendo a la metáfora del fantasma de Trujillo, del que la isla no se ha podido librar “Por ello ha de emprenderse un

proceso que calibre la dimensión de la cicatriz que ha dejado el trujillato en la sociedad, y hay que iniciar una investigación más exhaustiva y profundizar en las lecturas del texto del trujillato, para evaluar causas y no sólo efectos—formas de lectura y escritura—, hasta dar caza, por fin, al fantasma de Trujillo” (433). Es por lo anterior que consideramos que la novela de Vargas Llosa es un buen ejercicio no solo de indagación de los pormenores del régimen, sino una forma de desmitificación, desacralización si se quiere, de la tiránica figura a la que muchos dominicanos adoraron, y no solo por respeto, sino por miedo, lo cual es mucho más grave, y a la vez interesante. Es por eso que consideramos que la forma que en Vargas Llosa ha concebido el personaje de Trujillo, ha sido significativa, no solo en términos de creación literaria, sino como una forma de exorcizar el miedo, a través de la literatura, que ha acompañado a la sociedad dominicana por tantas décadas.

3.4 Michel Foucault y Hannah Arendt: Formas de política- modelos de Policía

En este apartado nos gustaría referirnos a dos de los pensadores cuyas investigaciones, desde nuestra perspectiva, nos ayudarán a ilustrar un poco mejor de qué forma se ejerce el poder, cuáles son sus mecanismos y cuál es su estructura dependiendo del tipo de gobierno que analicemos, a saber Hannah Arendt y Michel Foucault. Consideramos pertinente analizar sus propuestas en esta sección ya que los dos dedican una parte importante de su investigación a tratar el problema de la autoridad y la relación que esta establece entre los gobernantes y los gobernados. Sin embargo, el enfoque desde el cual cada uno analiza la problemática es diferente. Arendt se dedica a estudiar las estructuras en la que está dispuesto el poder y cómo funciona en distintos modelos de gobiernos, proponiendo así, la forma en la que cada estructura opera y haciendo una

distinción de los distintos estratos y cómo el poder se reparte en cada uno de ellos; Foucault, por su parte, estudia uno de los mecanismos para alcanzar el poder, el aparato policial del cual se valen los gobernantes para tener acceso y control permanente de la población sobre la cual ejercen dicho poder.

3.4.1 El modelo de Hannah Arendt como explicación a la estructura del gobierno de Trujillo en *La fiesta del chivo*

En el primer capítulo de esta investigación ya nos habíamos referido a la autora alemana con respecto a los tres modelos de gobierno que proponía en *Between past and future: eight exercises in political thought*, publicado en 1968. Para este apartado hemos considerado pertinente dejar de lado los dos modelos que no se ajustan al análisis que proponemos hacer de la representación del gobierno de Rafael Trujillo en la obra de Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*, y concentrarnos en el que nos interesa para este respecto. Nos gustaría enfatizar en que, si bien el modelo político al que nos referiremos se puede aplicar al que utilizó Rafael Leonidas Trujillo durante las tres décadas que estuvo al frente de La República Dominicana, a lo largo del análisis no pretendemos cuestionar los métodos políticos del personaje histórico sino hacer una crítica de los mismos a través de la representación que Vargas Llosa hace de este en la obra.

Arendt ha escogido la figura de la pirámide para explicar cómo funciona una tiranía, pero en este caso, la pirámide de su primer modelo de gobierno –el autoritario–, en el que las capas inferiores de la figura sostenían a cada una de las superiores y así sucesivamente hasta llegar a la cúspide, ha perdido casi la totalidad de sus capas, dejando únicamente la parte superior que no se mantiene por el soporte que le daban los estratos inferiores, sino por una suerte de pilares a los que la alemana ha denominado como

“bayonetas proverbiales” (99). La metáfora de la autora implica que un régimen tiránico sólo puede estar sostenido por dos cosas que casi siempre operan conjuntamente: la violencia y un discurso carente de sentido. El primer elemento es claro y necesario pues es gracias a él, que el tirano logra reprimir; el segundo, hace eco del segundo tipo de legitimidad que ha propuesto Weber: la legitimidad carismática, a la que nos hemos referido en el apartado anterior. Aunque Arendt no cita a Weber en su texto, consideramos pertinente citar la categoría a la que se refiere Weber en *The Theory of Social and Economic Organization*, ya que es gracias a un discurso que parece prometedor, pero que en realidad no tiene bases sólidas, que algunos de los grandes tiranos han llegado al poder; lo anterior sin tener en cuenta las vías por las cuales han accedido a este.

En la obra de Vargas Llosa se hace evidente que el tipo de estructura que ha propuesto Hannah Arendt es el que opera durante el gobierno del personaje de Rafael Trujillo. Al respecto nos gustaría hacer una consideración. Es conocido por todos que Trujillo no fue siempre la cabeza visible de la cúspide de esa pirámide destruida que propone Arendt. Hubo periodos en los cuales Balaguer fue el que ocupó el puesto de Jefe de Estado, pero si tenemos en cuenta que Balaguer, mientras Trujillo estuvo vivo, sirvió solo de presidente títere, Trujillo en últimos términos fue la figura que siempre estuvo al mando de la isla y de su gobierno por las tres décadas que este se extendió.

Los dos elementos que propone Arendt y que sirven de cimientos para mantener en pie un gobierno tiránico son visibles en el gobierno de Trujillo. De un lado, la violencia proliferó durante todo su gobierno y, de otro, “las bayonetas proverbiales” a las que se refiere la pensadora alemana no son más que ese discurso vacío, de doble moral

que manejaba Trujillo y que le permitía mantener una imagen intachable delante de los dominicanos. A este respecto, uno de los personajes que se cuestiona acerca de la doble fachada que mantuvo Trujillo durante 31 años es Tony Imbert. Mientras esperaba apostado en la carretera esperando a que viniera el auto de Trujillo, él se pregunta cómo pudo durante tanto tiempo estar al servicio de un régimen que aunque parecía ser prometedor en sus comienzos, poco a poco fue convirtiéndose en el símbolo del terror:

Ya no recordaba cómo empezó aquello, las primeras dudas, conjeturas, discrepancias, que lo llevaron a preguntarse si en verdad todo iba bien, o si, detrás de esa fachada de un país que bajo la severa pero inspirada conducción de un estadista fuera de lo común, progresaba a marchas forzadas, no había un tétrico espectáculo de gentes destruidas, maltratadas y engañadas, la entronización por la propaganda y la violencia de una descomunal mentira (Vargas Llosa 186).

Como Tony Imbert, había muchos más dominicanos que se hacían la misma pregunta, sobre todo los jóvenes, muchos de los cuales solo habían vivido bajo el régimen trujillista, deseosos de un cambio radical. Muchos se opusieron al régimen; entre ellos, los jóvenes del movimiento *14 de junio*, las hermanas Mirabal, e incluso hubo múltiples voces de rechazo por parte de la comunidad internacional. Pero a todos aquellos que suponían un riesgo para el régimen, Trujillo los fue eliminando, callando, apresando, hasta que solo al final los conjurados lograron acabar con la vida del Chivo aunque no con su legado.

Trujillo, por su parte, encuentra cualquier pretexto para derramar sangre dominicana y a la vez, parecer un héroe que solo se ha sacrificado por un pueblo que no conocía la dignidad antes de su llegada. Incluso se lo hace saber al presidente Balaguer a

quien trata de hacer sentir culpable por no encargarse de los asuntos sucios de la política. Trujillo se muestra como un personaje frío y calculador, pero que sin embargo, no pierde la ocasión para vanagloriarse de que sus actos, que por más violentos que hayan sido, se justificaban y era él precisamente quien había tenido que cargar con el peso de la “mala” conciencia por haber hecho su deber patriótico. Como lectores, si desconocemos la historia, es difícil saber, en un comienzo, si se trata de un acto de humildad, pero con el transcurrir de la novela, Trujillo empieza a revelarse como un hombre que solo quiere mantener una fachada:

¡Lo envidio! Me hubiera gustado ser sólo un estadista, un reformador. Pero, gobernar tiene una cara sucia, sin la cual lo que usted hace sería imposible (...) Pero, no me diga que no sabe cómo se consigue la paz. Con cuánto sacrificio y cuánta sangre. Agradezca que yo le permitiera mirar al otro lado, dedicarse a lo bueno, mientras yo, Abbas, el teniente Peña Rivera y otros teníamos tranquilo al país para que usted escribiera sus poemas y sus discursos (304).

Como mencionábamos anteriormente, el discurso de Trujillo está plagado de esas “bayonetas proverbiales” a las que se refiere Arendt y parece que en este caso fueron lo suficientemente convincentes para que Trujillo se quedara en el poder durante tanto tiempo. En realidad carecen completamente de sentido y sobre todo, faltan a la verdad de manera atrevida. Trujillo sabe que mientras él se defiende y justifica sus acciones, la isla no conoce la paz y la gente muere todos los días a manos de sus calíes. Nadie se atreve a hacerle oposición y la formación de una hipotética guerrilla que contrarreste sus acciones es impensable gracias a la efectiva labor que desempeña Johnny Abbas y su grupo de espías y asesinos. Tal vez Trujillo conozca la paz desde que se dedicó a exterminar a sus

enemigos, pero los dominicanos viven en un constante estado de temor y ninguno se atreve a rebelarse por miedo a las represalias del régimen.

De otro lado, nos gustaría añadir que para Arendt, el hecho que esta pirámide se haya destruido dejando únicamente su cúspide que precisamente está sostenida por las “bayonetas proverbiales”, implica que el vértice de la figura ha quedado “suspended, supported only by the proverbial bayonets, over a mass of carefully isolated, disintegrated, and completely equal individuals” (*Between Past and Future* 99). Lo anterior significa que para el tirano, hay una diferencia clara: de un lado se encuentra él y de otro, un grupo de personas que poco pueden hacer para luchar contra el régimen establecido. El modelo que propone Arendt, en el que encontramos una masa de individuos que se encuentran a un mismo nivel, pero alejados de la cúspide, se ejemplifica en la obra de Vargas Llosa cuando encontramos que no importa cuál sea la posición económica o social de cada uno de los personajes principales de la novela, ninguno puede hacer nada para luchar contra el Chivo. Puede ser que por ejemplo, Agustín Cabral tenga más dinero y cuente con un estatus más alto que cualquier otro dominicano, pero al final, ni siquiera sus influencias ni la supuesta intercesión de Manuel Alfonso, logran amistarlos de nuevo con Trujillo. Es por lo anterior que el grupo de conjurados juega un papel definitivo en la historia. De todos los dominicanos, solo ellos tuvieron el coraje y la posibilidad de realizar lo que muchos pensaban que se hacía necesario con el paso de los días: matar a Trujillo. Y no solo es significativa su participación ya que llevaron a cabo su plan, sino porque en toda la novela, el grupo de conjurados es el que representa al pueblo dominicano tan ausente en la obra de Vargas Llosa, aunque como bien lo hemos anotado a lo largo de esta investigación, este grupo de hombres de una forma u otra estuviera vinculado con el

régimen. Consideramos por tanto, que ellos son como una suerte de puente que se tiende entre las altas esferas del poder y los dominicanos que viven sujetos a él.

Fue la determinación para ejecutar a Trujillo, lo que desde nuestro punto de vista, diferencia a este grupo de hombres de la masa uniforme en la que se ha convertido el pueblo dominicano, senadores, pensadores y gente culta incluidos. Tony Imbert, Amadito García Guerrero, Juan Tomás Díaz y Salvador Estrella, aparte de los demás, se plantearon en varias ocasiones como única salida a la situación matar a Trujillo “-¿Secuestrarlo, pedirle la renuncia? – se escandalizó Pupo-. Se equivocan de país y de persona, compadre. Parece que no lo conocieras. Jamás se dejará capturar vivo. Y nunca le sacarán la renuncia. Hay que matarlo” (Vargas Llosa 399). Incluso Pupo Román, que se supone le debía fidelidad a Trujillo, opina que la única salida es asesinarlo. Pero a todos los conspiradores los acechan las dudas sobre la efectividad del plan, sus consecuencias e incluso qué le deparará a su alma por cometer un asesinato. Ese es el caso de Salvador Estrella, quien antes de comprometerse con el plan, decide consultar el caso con su asesor espiritual “-Matar a cualquiera, no. Acabar con un tirano, sí. ¿Has oído la palabra tiranicidio? En casos extremos la Iglesia lo permite. Lo escribió Santo Tomás de Aquino” (42). Con la conciencia tranquila, el Turco decide unirse al grupo de los conjurados y eliminar la fuente del mal, como se lo había sugerido sutilmente el Monseñor Lino Zanini “Uno de sus dedos señalaba un pasaje, en la página abierta. Salvador se inclinó y leyó «La eliminación física de la Bestia es bien vista por Dios si con ella se libera a un pueblo»” (243). A pesar de todas las dudas y los inconvenientes que se presentaron antes de esa noche del 30 de mayo de 1961, al final es ese grupo de hombres el que asesina a Trujillo acabando con la Era, destruyendo así la cúspide que sobrevivía del modelo

piramidal que había propuesto Arendt, pero sin el resultado esperado en el que el pueblo saldría a las calles y se alzaría en armas contra los otros miembros de la cúpula del gobierno. De modo que fuera como fuera, el país iba a continuar bajo una estructura de un gobierno en el que la prioridad no eran los ciudadanos sino los beneficios que los sucesivos presidentes pudieran obtener.

En el modelo propuesto por Arendt, el poder del tirano procede de una fuerza superior y la alemana, para explicar esta cuestión, recurre a Platón cuando este último, en los textos que dedicó a la política, lo llama “wolf in human shape” (Citado por Arendt en *Between past and future* 109) ya que la figura del tirano, para el filósofo, se caracterizaba por la relación que hay entre el uno y la masa aislada a la que se refiere Arendt, siendo ese uno, un peligro para los demás. Además, añade la autora, que se acuerdo con el filósofo, que el tirano era “the rule of one, which Plato still calls indiscriminately *μον-αρχία* or tyranny, from various forms of kingship or *βασιλεία*” (99). Nos gustaría conservar la analogía de Platón pero no sin agregarle algo que consideramos fundamental en los regímenes tiránicos: el uno, ese que está contra todos, es solo la cara visible de todo un aparato que funciona detrás. Y precisamente depende el tirano de la maquinaria para sostener su régimen y para que este se imponga a través de la violencia, tema al que Arendt se refiere en páginas siguientes en su obra.

Hemos comentado vastamente la forma en que Trujillo emplea la violencia, sus mecanismos, la función del SIM, la red de espías que ha organizado a lo largo de la isla y si era necesario, a lo largo de América, con el único propósito de mantener su poder vigente. Ahora, nos gustaría discutir ese sistema de violencia a la luz de la propuesta de Arendt acerca del concepto de *autoridad*. Los modelos propuestos por Arendt así como

las reflexiones que la autora hace a propósito de la evolución de las distintas formas de gobierno provienen del capítulo titulado “What is authority?” que hace parte del libro *Between past and future* (1978) como habíamos mencionado en páginas anteriores.

Nos interesa particularmente este apartado no solamente porque la autora trata de trazar una “evolución” de la historia de los gobiernos occidentales, sino porque además profundiza en el tema de la *autoridad* y de hecho, es esa pregunta la que titula el mencionado apartado. Es por lo anterior que nos gustaría detenernos en algunos puntos relevantes. En primer lugar, Hannah Arendt sitúa la polémica sobre la definición de la *autoridad* en las discusiones de las dos posturas políticas más distintivas desde el siglo XX: el conservadurismo y el liberalismo. Su análisis tiene como hipótesis que ambas posturas consideran que “authority is whatever makes people obey” (103), lo cual, de cierta forma es razonable pues en cualquier sociedad debe haber una serie de códigos que se deben respetar y obedecer. El problema, de acuerdo con Arendt, es que tanto los liberales como los conservadores han mostrado una cierta tendencia a confundir la autoridad con la violencia “if violence fulfills the same function as authority – namely, makes people obey- then violence is authority” (102-103). La confusión de los dos términos está tan propagada que de hecho, los conservadores tienden a justificar la aparición de las dictaduras como solución a la falta de autoridad de los gobiernos. Estamos ante una sustitución de términos que ha resultado muy perjudicial para el desarrollo político de las naciones occidentales en el siglo XX y hasta ahora. Si la única forma de imponer autoridad es por vías de la violencia, entonces la violencia no sólo reemplaza la autoridad convirtiéndose en ella sino que además, está completamente justificada.

La confusión de términos es más que visible en la Era Trujillo. Después de algunas décadas de confusión, los dominicanos esperaban que alguien pudiera resolver la situación, pagar la deuda externa y recobrar el control de las aduanas. Trujillo parecía el candidato ideal. Desde su formación *marine*, Trujillo aprendió que la violencia y la disciplina son dos cosas que iban de la mano y por eso siempre le guardaría admiración y respeto al cuerpo estadounidense. Le debe a ese tipo de entrenamiento la dureza de su carácter, pero sobre todo, de acuerdo con él, su capacidad de aguante “Gracias a esa disciplina despiadada de héroes y místicos que le enseñaron los *marines*” (Vargas Llosa 24). Más adelante, reproduce este tipo de entrenamiento y adoctrino a cuantos estuvieran a su servicio para que siempre la obediencia fuera lo primordial en esa relación vertical que existía entre Trujillo y cualquiera de sus servidores “Un militar obedecía las órdenes, sobre todo si venían del Benefactor y Padre de la Patria Nueva, quien había distraído unos minutos de su tiempo para hablarle en persona. Si le había dado esa orden a él, oficial privilegiado, era por su propio bien. Debía obedecer” (48). Esos fueron los pensamientos que inundaron la mente de Amadito cuando Trujillo se negó a autorizar su boda con Luisa Gil. Pero, por si el discurso que le dio Trujillo en su despacho no hubiera sido suficiente, más tarde en la noche, lo obligaron a matar a un preso que tenía la cara cubierta para después enterarse por Johnny Abbes de que supuestamente había asesinado a su propio cuñado “-Qué fácil sería, si uno hiciera estas cosas sin saber de quién se trata. No me joda, teniente. Si uno se echa al agua, tiene que mojarse. Era uno del *14 de junio*, el hermanito de su ex novia, creo. ¿Luisa Gil, no? Bueno, hasta cualquier rato, ya haremos cosas juntos. Si me necesita, sabe dónde encontrarme” (61). La negativa de Trujillo para conceder la autorización de casarse con su novia no era suficiente para que

Amadito aprendiera la lección; Johnny Abbes se aseguró de que el teniente se manchara las manos de sangre inocente. Así, García Guerrero aprendería a obedecer las órdenes de Trujillo y este, probaría una vez que nadie podría desafiar la autoridad de la que él gozaba.

El discurso de Trujillo está plagado de alusiones a los esfuerzos que requiere ser un buen gobernante; haciendo énfasis en que estos “esfuerzos” casi siempre implican matar a muchos para que solo unos cuantos puedan gozar de ciertos privilegios. Y siempre defiende la idea que son solo aquellos que se oponen al régimen los que mueren, nunca los fieles a Trujillo “-A mí no me tiembla la mano cuando tengo que matar –añadió, después de una pausa-. Gobernar exige, a veces, mancharse de sangre. Por este país, he tenido que hacerlo muchas veces. Pero soy un hombre de honor. A los leales, les hago justicia, no los mando matar” (119). Antonio de la Maza recordaría esas palabras de Trujillo y sobre todo, el sentimiento que lo embargaba al pensar en que tuvo en frente al asesino de su hermano, Tavito, y no fue capaz de hacer nada. El caso de Octavio de la Maza es uno más en los que Trujillo ejerce la violencia como una forma de autoridad; un medio por el cual deja claro quién es el que gobierna y quién es el que obedece. El no reconocer su autoridad desata la violencia y es por eso que tiene tantos “fieles” seguidores. El personaje a través de su discurso, concluye que el ejercicio de gobernar la isla supone, muchas veces, el ejercer el poder que la autoridad investida en él le confiere y ordenar la muerte de cuanto ciudadano se interponga en el camino de su voluntad. Y es precisamente la posición de gobernante a lo que él se aferra para excusar todas las muertes que ha provocado su régimen. Toda la sangre derramada tiene una justificación, el ejercicio del poder y el bienestar de los dominicanos.

De otro lado, podemos añadir que la autoridad y la violencia que ejerce Trujillo se ven matizadas de forma definitiva por los rasgos patriarcales indiscutiblemente asociados a la figura del dictador. Es decir, que, por ejemplo esa autoridad-violencia, también se ve expresada en las relaciones sexuales que mantiene con diversas personas. El episodio más evidente en este respecto es el de Urania Cabral en la Casa de Caoba. Antes del encuentro con Trujillo, Urania no comprendía todavía que en una sola persona pudieran mezclarse cosas de tan diversa índole, como sucedía con Trujillo “Eras aún una niña, cuando ser niña quería decir todavía ser totalmente inocente para ciertas cosas relacionadas con el deseo, los instintos y el poder, y con los infinitos excesos y bestialidades que esas cosas mezcladas podían significar en un país modelado por Trujillo” (351). La cuestión principal que nos interesa rescatar de la figura de Trujillo con respecto al postulado de Arendt acerca de que la autoridad es cualquier cosa que haga a la gente obedecer, es que el Chivo disponía de los mecanismos para poseer a Urania aquella noche. Es decir que, Trujillo tenía la autoridad, o creía tenerla, para disponer del cuerpo virgen de la niña a su antojo; y de no poder hacerlo ante una negativa por parte de Urania, la violencia sería el medio para alcanzar su objetivo. A Urania, por su parte, no le quedó más remedio que obedecer a su padre y fue a cumplir la cita con Trujillo. Esa misma noche, la niña iba a descubrir de la peor forma posible que era Trujillo el que regía sobre toda la isla y dispondría de su cuerpo como si este le perteneciera. Urania fue dócil con Trujillo, más por el miedo que por otra cosa, pero las cosas no salieron como el viejo esperaba. Urania, una niña virgen, nada experimentada no logró satisfacer los deseos de Trujillo y justo en el momento de desvirgarla, la impotencia lo atacó y no pudo hacer nada, ni la niña ni él, para contrarrestarla. Pero eso no lo detuvo y mostró ante Urania su faceta más violenta

“Sentía sus músculos y huesos triturados, pulverizados. Pero la asfixia no evitó que advirtiera la rudeza de esa mano, de esos dedos que exploraban, escarbaban y entraban en ella a la fuerza. Gimió, sintiendo que se moría” (508-509). El personaje de Trujillo es la fusión compleja de deseo y poder. El resultado de esta mezcla resulta en una violencia que no conoce límites y de la cual se vale para disponer no solamente sobre los asuntos de la isla, sino también sobre quienes habitan en ella.

De otro lado, la violencia que se propagó durante el régimen es una de las explicaciones a la devoción que profesaban tantos dominicanos por Trujillo. No podemos dejar de lado, evidentemente, el carisma – al que nos hemos referido extensamente en un apartado anterior-, pero está claro que no todos los dominicanos se dejaban convencer fácilmente por el lado afable de Trujillo; los más humildes, quizás, se sentían halagados cuando Trujillo apadrinaba tantos ahijados en bautizos colectivos. Les hacía sentir que sus hijos hacían también parte de la extendida familia Trujillo. Ellos obedecían las órdenes del régimen porque tenían miedo al SIM, a lo que la policía de Johnny Abbes pudiera hacer si descubría que había facciones rebeldes. Urania, recuerda que cuando era pequeña, ciudad Trujillo era menos bulliciosa que ahora; la tranquilidad de la ciudad como reflejo del miedo de los dominicanos “la ciudad era tres o cuatro veces más pequeña, provinciana, aislada y aletargada por el miedo y el servilismo, y tenía el alma encogida de reverencia y pánico al jefe, al Generalísimo, al Benefactor, al Padre de la Patria Nueva, a Su Excelencia el Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, era más callada, menos frenética” (15). Pero dentro de la gran masa de dominicanos que vivían en un perpetuo estado de terror, había un grupo más selecto. Ellos, no temían tanto a Johnny

Abbes, su miedo más bien era, el perder de repente la reputación y hacer algo que pudiera molestar al Jefe:

Treinta años en las alturas del poder político habían hecho de Agustín Cabral un hombre experimentado en imponderables –trampas, emboscadas, triquiñuelas, traiciones-, de modo que saber que había una carta contra él en El Foro Público, la sección más leída y más temida de El Caribe pues estaba alimentada desde el Palacio Nacional y era el barómetro político del país, no le hizo perder los nervios (254).

Aunque en un principio no se inquietó por aparecer en tan temida columna, al final fueron esas intrigas las que lo llevaron a salir expulsado del círculo íntimo de Trujillo. No contar con el favor del Jefe se equiparaba con la muerte en vida para cualquier persona decente que se preciara de ser leal al gobierno trujillista. Cabral sabía, o al menos intuía, que Trujillo no lo mandaría matar; pero el castigo que le impuso fue mucho peor. Si a eso añadimos que ofreció hasta su propia hija y ni siquiera aquello logró recobrar la confianza del Benefactor.

Agustín Cabral pertenecía a ese grupo de personas que ciertamente contaban no solo con más dinero sino que gozaban de una posición social elevada; aquellos que servían a Trujillo y le prodigaban devoción y lealtad hasta el final de sus días. Era ese grupo el que, desde nuestro punto de vista, el que temía más por su vida. Sin embargo, se esperaba que tratándose de gente educada e inteligente, estos hombres no se convirtieran en el símbolo de la humillación. Eran precisamente ellos los que podrían luchar contra Trujillo, ya no desde las armas, sino desde adentro, dinamitando el régimen. Pero hay que

tener en cuenta que estos hombres, en realidad gozaban de las vejaciones a las que Trujillo los tenía sometidos, como la propia Urania se lo recuerda a su padre inválido:

-¿Valía la pena, papá? ¿Era por la ilusión de estar disfrutando del poder? A veces pienso que no, que medrar era lo secundario. Que, en verdad, a ti, a Arala, a Pichardo, a Chirinos, a Álvarez Pina, a Manuel Alfonso, les gustaba ensuciarse. Que Trujillo les sacó del fondo del alma una vocación masoquista, de seres que necesitaban ser escupidos, maltratados, que sintiéndose abyectos se realizaban (76).

Todos ellos encontraban en la autoridad que Trujillo imponía sobre ellos, en los malos tratos a los que se sometían, un camino de realización personal. Sabían que debían ser obedientes y Trujillo tenía el control sobre su voluntad; sabía que mientras vivieran con el miedo constante a ser expuestos ante la sociedad dominicana, a perder su favor, la “confianza” que había depositado en ellos, este grupo de hombres respetaría su autoridad y obedecería cualquier orden. Y lo más significativo es que parecía que este sometimiento, esta anulación de su libertad, realmente les daba satisfacción.

Nos gustaría concluir esta sección haciendo hincapié en que la sustitución de términos que propone Arendt –la violencia por la autoridad- resulta muy peligrosa pues si por medio de la violencia un gobierno logra que la gente obedezca, entonces se tiende a pensar que la violencia está justificada si con ella se logra una sociedad que “respete” las reglas. En esta cuestión, más bien valdría preguntarse dónde está la libertad de los ciudadanos y cómo la ejercen cuando la dupla autoridad-violencia es el principio que rige una sociedad. De otro lado, si bien Arendt no se refiere particularmente al problema de los gobiernos dictatoriales, podemos inferir que el panorama político de América Latina puede ejemplificar, y lo ha hecho en muchas ocasiones, que estas condiciones políticas

no son raras, más bien son rasgos frecuentes que podemos rastrear en los gobernantes de esta parte del continente americano. Y es precisamente allí en donde se ha visto con más intensidad el particular ejercicio del poder al que se refiere Hannah Arendt. La figura del tirano que propone la autora alemana, evidencia el problema de los regímenes que no tienen más sostén que la violencia y es precisamente por esta razón que necesitan emplearla constantemente. Para estos regímenes no existe otra vía posible, confían en que el ejercicio de la violencia es lo que les garantizará su duración y por supuesto, el incremento del poder. El tirano es tal vez el punto en donde se hace más visible la sustitución de la autoridad por la violencia. El primer término carece de toda validez, ni siquiera aparece en el panorama político, sino que está presente su otra cara, la violencia que es por medio de la cual se logra la obediencia de la gente. De esta forma, el pueblo como masa aislada, está supeditado a la ley del uno contra todos que enuncia Arendt. Las propuestas de la pensadora alemana son significativas en tanto nos permiten evaluar de forma general y contextualizar de forma particular en América Latina, los fenómenos políticos que han marcado el siglo XX. A partir de su análisis podemos explicar en varios sentidos por qué el poder político en general es un tema tan conflictivo y en especial por qué la figura de cada uno de los modelos gubernamentales es decisiva cuando queremos analizarlos.

3.4.2 El papel de la policía desde la perspectiva de Foucault

En *La vida de los hombres infames*¹⁵ (1996), en el que se recogen varios ensayos del pensador francés Michel Foucault, encontramos un apartado dedicado a los mecanismos de control de la sociedad. El ensayo surge a propósito de la cuestión en torno a los abusos de poder que comete el Estado. El pensador propone que ya no es apropiado preguntarse si acaso aquellos abusos se deben a un exceso de racionalidad o la ausencia total de la misma; por el contrario, argumenta que habría que plantear el asunto desde otra perspectiva “sería más sensato en mi opinión, centrarse en el tipo específico de racionalidad política producida por el Estado” (126). El tipo de análisis que propone Foucault es muy pertinente debido a que se parte del presupuesto que todo ejercicio del poder implica un desarrollo racional lógico que no surgió espontáneamente, sino que por el contrario es el resultado de una reflexión constante que además es consciente y que tiene un tipo de racionalidad singular, de modo que las prácticas políticas se convierten entonces en la puesta en funcionamiento de este tipo de racionalidad (126). Dicho proceso está planteado alrededor de dos cuerpos que, si bien con el tiempo han alcanzado un significado despectivo “durante los ciento cincuenta o doscientos años que duró la formación de los Estados modernos, estos dos cuerpos de doctrina mantuvieron una significación mucho más amplia de la que tienen hoy” (126). Los dos cuerpos de doctrina a los que se refiere Foucault son *la Razón de Estado* y *la Teoría de la policía*. Con respecto al primero, podemos decir que define, en términos generales, cuál es la diferencia entre la relación del poder del Estado y la sociedad en la que este se ejerce y la relación que existe, por ejemplo, entre las relaciones de poder en una familia o en otro

¹⁵ Texto al cual nos referiremos de ahora en adelante como *La vida*

tipo de sociedad. De esta forma, se establecen principios y normas a partir de los cuales se gobierna; principios, que asumimos, se deben seguir y funcionan de manera equitativa en toda la sociedad. Con respecto al segundo cuerpo, estaba pensado para definir “la naturaleza de los objetos de la actividad racional del Estado; esta doctrina se refería a la naturaleza de los objetivos de la policía y a la modalidad general de los instrumentos de los que ésta se sirve” (126). Es interesante que Foucault proponga analizar dichas doctrinas desde el principio de su creación, ya que es evidente que los usos actuales que se le da a ambas han cambiado sustancialmente de dirección. En el caso de la policía, es evidente que en muchos casos, casi se puede decir que en todos, se ha convertido en el mecanismo de control por medio del cual el Estado ejerce su poder. Dicho poder, en el caso de las dictaduras va a ser definitivo pues es en parte a través de los cuerpos policiales, independientemente de si el régimen es militar o no, que el poder total se puede ejercer. Serán los cuerpos policiales los que se encarguen de que el poder se aplique “correctamente”, mientras que a su vez, *la razón del Estado* sea la herramienta que justifique racionalmente cualquier abuso que se haga del mismo. Lo anterior plantea una situación compleja en el caso que proponemos analizar, el de la dictaduras, ya que lo que se pretende es justificar el poder y sus abusos por medio de un discurso racional que lo justifique y que no deje resquicios que puedan desestabilizar o poner en riesgo el ejercicio del mismo.

3.4.2.1 El modelo de Turquet de Mayerne

En este apartado nos concentraremos en el segundo cuerpo de doctrina, *La teoría de la policía*. Con el fin de explicar el término, proponemos seguir la revisión histórica que Foucault hace del término ya que el pensador francés precisa que antes de cualquier

asociación o contextualización que se haga del mismo, hay que aclarar que para ciertos autores de los siglos XVII y XVIII no tenía el mismo significado que tiene actualmente (128). Estos autores, que a continuación referiremos, por *policía* “no entienden una institución mecanismo que funciona en el interior del Estado, sino una técnica de gobierno propia del Estado; ámbitos, técnicas, objetivos que reclaman la intervención del Estado” (128). La definición que proponen ciertos pensadores se sitúa más dentro de un marco teórico enfocado en el mejoramiento del Estado que en un sistema de represión y control, tal y como es entendido actualmente. Uno de los textos que mejor ejemplifican esta teoría es el de Turquet de Mayerne publicado en 1611 que es propuesto a los Estados generales de Holanda. Es necesario que aunque el programa que presenta Turquet de Mayerne ejemplifica muy bien *la teoría de la policía* no deja de ser utópico y no fue más que un proyecto que, sin embargo, para la época fue muy revelador.

James E. King, historiador y politólogo de Estados Unidos, destaca en *Science and Rationalism of Louis XVI* que la importancia del texto de Turquet de Mayerne, cuyo título original es *La monarchie aristodemocratique* (1611) radica en que “se trata menos de elegir entre estos dos diferentes tipos de constitución que de adecuarlos para una finalidad vital: el Estado” (Citado por Foucault en *La vida* 128). Es interesante la elección del autor al considerar desde el título mismo la coexistencia tanto de la monarquía como de la aristocracia; pero más allá de generar una oposición entre ambos, Turquet de Mayerne pretende en su proyecto ponerlos al servicio de un bien y fin común: el bienestar del Estado. Lo que resulta aun más interesante es el hecho que Turquet de Mayerne se refiera al Estado con el término *Policía* lo cual nos indica que en su programa la línea que pareciera dividir estos dos entes es más bien estrecha o casi inexistente, y

más bien son, como referíamos anteriormente “una técnica de gobierno propia del Estado” (128).

El Estado que propone Turquet de Mayerne se organiza de la siguiente forma. El rey, vamos a designarlo así, está secundado por cuatro fuerzas, cada una encargada de un sector particular. La primera es la de la justicia, la siguiente es la del ejército, la siguiente es la que maneja la economía y la última es la policía. Aunque cada sector, con un funcionario a su cabeza, se encarga de labores claramente identificadas y específicas, todas se encauzan a un solo fin en tanto tratan de infundir en la población, como explica Turquet de Mayerne “la modestia, la caridad, la fidelidad, la regularidad, la cooperación amistosa y la honestidad” (Citado por Foucault en *La vida* 128). La propuesta de Turquet de Mayerne no deja de ser tradicional pues plantea la necesidad de un alto grado de virtud entre los individuos, no solo entre los que gobiernan el Estado, sino entre los ciudadanos, para que la sociedad funcione de forma correcta. De modo que la existencia de ciertos valores, como la honestidad y la fidelidad, serían prueba suficiente de una buena administración y de un buen gobierno. Pero esto resulta demasiado utópico y cuando analizamos la situación desde el interior, ya del Estado y no solamente en el texto de Turquet de Mayerne, nos encontramos con una realidad muy diferente.

Hasta este momento Turquet de Mayerne presenta un programa en el que la *Policía* es algo constitutivo del Estado, un ente que no funciona aparte de éste y que parece darle forma y unidad al mismo. Turquet de Mayerne plantea a la *Policía* como un elemento que engloba al Estado mismo. Pero lo anterior sugiere entonces una cierta omnipresencia de la *Policía* lo cual convertiría al Estado en un ente intervencionista y sin duda, totalitario. Veamos de forma más clara por qué. En primer lugar Turquet de

Mayerne propone que la *Policía* sea “como una administración de las que dirige el Estado en concurrencia con la justicia, el ejército y la hacienda” (129). Lo cual implica que este ente vigila todas las actividades del Estado; las económicas, las sociales, las jurídicas, etc. No hay ningún espacio libre de su presencia. En segunda medida, la *Policía* debe actuar como mecanismo interventor en cualquier tipo de actividad que realicen los hombres. De modo que extiende su presencia a las relaciones comerciales, como el intercambio de productos; la forma en que viven los hombres, dónde viven en incluso se sugiere su presencia en caso de situaciones como la enfermedad o la pobreza. En todo caso, nada escapa del control de la *Policía*. De acuerdo con lo anterior, Turquet de Mayerne propone que la *Policía* sea una presencia indispensable en cualquier tipo de relación que pueda existir entre los ciudadanos, a lo que añade que “el hombre es el verdadero objeto de la *Policía*” (129). Entonces, cabe preguntarse si realmente este programa de Turquet de Mayerne es una utopía. Es evidente que aunque los estados actuales no están organizados estrictamente como lo propone el francés, sí tienen todos una tendencia al control total de las actividades de sus ciudadanos.

Nuestro propósito no es el de basar nuestro análisis en un documento de hace más de cinco siglos. Sin embargo, es un punto de partida para evaluar cómo ha sido concebida la policía y por qué esa conceptualización, en este caso la de De Mayerne no es posible; e realidad se trata de una utopía y más aun cuando se trata de un gobierno dictatorial. Su propuesta tiene dos partes; la primera, irrealizable en tanto el hombre, como ciudadano, pocas veces es concebido como el fin último de la policía. La segunda, premonitoria, en tanto el francés en su estudio ya auguraba con su propuesta que pocas cosas no estarían bajo el control absoluto de la policía. Si extrapolamos los conceptos y los analizamos a la

luz de los gobiernos actuales, veremos cómo el primero ha sufrido una significativa reinterpretación y puesta en práctica, mientras el segundo se puede analizar como la nefasta consecuencia del primero. Veamos entonces detalladamente lo que hemos expuesto.

En un gobierno dictatorial, la policía no tiene como fin el utópico proyecto de Turquet de Mayerne, en tanto su objetivo sea velar por las relaciones entre los ciudadanos. Sin embargo, el francés acertó al proponer que la policía intervendría en todas las relaciones que pudieran establecerse entre dichos ciudadanos. Es más, en un gobierno represivo y controlador, como lo es una dictadura, la policía se muestra como la mejor herramienta ya no para velar por una seguridad ciudadana, sino para garantizar que la inmensa mayoría de ciudadanos no atente contra la minoría que ostenta el poder. La propuesta de de Mayerne se distorsiona completamente pues él sugería que la policía fuera una suerte de organismo interventor y veedor de todas las actividades, incluidas las que realizaba el propio Estado; es decir, quienes formaran parte de las ramas ejecutivas, legislativas y judiciales, por citar un ejemplo de cómo están conformados algunos estados modernos. En el caso de *La fiesta del chivo*, el intervencionismo de la policía es absoluto y su fin, claramente, no es la protección de los ciudadanos, excepto los que le convienen al Estado; en otras palabras, la policía es el estado o viceversa. La policía en este caso es el SIM, al que ya nos hemos referido antes, y la cabeza de todas las operaciones es Jonhny Abbes. Los ciudadanos, incluso los más adeptos al régimen, se sienten constantemente vigilados y privados de su libertad:

Una libertad muy relativa, por cierto. Desde que se dio cuenta en qué régimen vivía, a qué gobierno había servido desde joven y seguía sirviendo aún - ¿qué hacía

sino de gerente de una de las fábricas del clan?- se sentía un prisionero. Tal vez fue para librarse de esa sensación de tener todos los pasos controlados, todas las trayectorias y movimientos trazados, que la idea de eliminar a Trujillo prendió con tanta fuerza en su conciencia (Vargas Llosa 185).

Tony Imbert, como los otros conjurados, había sido fiel al régimen, incluso había vivido de él, había usufructuado el dinero de la República Dominicana. Pero como otros tantos dominicanos, se había dado cuenta de que no había mucha diferencia entre estar prisionero en una cárcel y servir al régimen trujillista. No gozaba de libertad y como otros, por trabajar para la familia Trujillo, era constantemente observado. El régimen trujillista, con el SIM como su mejor herramienta, invadió la vida de los isleños de tal forma, que incluso los que trabajaban para el Estado, debían someter decisiones tan personales como la de contraer matrimonio a la aprobación de Trujillo. Es el caso del teniente Amado García Guerrero, quien también hacía parte del grupo de los conjurados y a quien solo le bastó un momento para darse cuenta de los alcances que tenía el Servicio de Inteligencia Militar y la capacidad de intervención de la que gozaba, como lo hemos mencionado en páginas anteriores. Para el SIM está claro que no todos los ciudadanos son iguales y por ende no todos tienen los mismos derechos. Su fin no es cuidar y velar por la seguridad de los dominicanos, sino, por el contrario, asegurarse de que ningún dominicano atente contra el poder que ha instaurado Trujillo, sin importar si se trata de enemigos internos o externos.

Para asegurarse de lo anterior, el régimen contaba con Johnny Abbes quien estaba al mando de todas las operaciones; bajo su supervisión ningún detractor del régimen se saldría con la suya:

La desaparición de José Almoina fue apenas una, en la larga secuencia de brillantísimas operaciones realizadas por el coronel, que mataron o dejaron lisiados o malheridos a docenas de exiliados, entre los más vociferantes, en Cuba, México, Guatemala, Nueva York, Costa Rica y Venezuela. Trabajos relámpago y limpios, que impresionaron al Benefactor (...) La mayor parte de las veces, además de acabar con el enemigo, Abbes García se las arregló para arruinarles la reputación (86).

Como podemos observar, además de todos los dominicanos que murieron en la isla a causa de las operaciones del SIM, también hubo muchos ciudadanos que padecieron la persecución de Trujillo fuera de República Dominicana. El enemigo, para El Chivo, era cualquier persona que se opusiera a sus órdenes, que amenazara con desestabilizar su gobierno; en resumen, cualquier ciudadano dominicano o extranjero que se atreviera a pensar libremente. De modo que podemos decir que la policía, más específicamente el SIM, ha creado su propio aparato represivo que depende del Estado y constituye uno de sus instrumentos de represión a la vez que sirve a la vez para mantener una legitimidad que a todas luces es dudosa.

Otra pregunta que suscita el texto de Turquet de Mayerne es la conexión que sugiere el autor entre *Estado* y *Policía*. Si en efecto, son dos caras de la misma moneda, un mismo ente ¿quién ejerce control sobre éstos? Aun más allá, cabe preguntarse sobre la necesidad de la existencia de un mecanismo interventor que vigile a la *Policía* de modo que no se convierta en un ente represor y controlador. Pero lo más interesante es que estas cuestiones no solo están presentes en el texto del siglo XVII sino que la propuesta de Turquet de Mayerne, a grandes rasgos, es en realidad la forma en la que operan los

gobiernos y aun más, los dictatoriales puesto que si, en efecto, Estado y Policía son un mismo ente, nada escapa a ellos. Todas las actividades son controladas, verificadas y autorizadas por el mismo. La propuesta del pensador francés resulta especialmente interesante en nuestro caso, pues aunque los dos términos deberían ser distinguibles, o al menos esa debería ser la realidad, en la dictadura de Trujillo, la línea entre los dos no existe. Así como tampoco hay una entidad que verifique y limite los derechos tanto del *Estado* como de la *Policía*. Al no contar con oposición, Trujillo y su círculo, controla enteramente todo lo que sucede en la isla. Además, en una dictadura, es evidente que los organismos de control, como la policía, son nombrados por el mismo dictador, quien debe asegurarse de proteger sus intereses, incluso de sus mismos colaboradores:

La Victoria, La Caurenta y El Nueve estuvieron atiborrados de jóvenes de ambos sexos, estudiantes, profesionales y empleados, muchos de los cuales eran hijos o parientes de hombres del gobierno. Trujillo se llevaría la gran sorpresa: ¿era posible que complotaran contra él los hijos, nietos y sobrinos de gentes que se habían beneficiado más que nadie con el régimen? (178).

El régimen no conoce límites y se protege incluso de sí mismo; la policía solo está al servicio de Trujillo y acaso de su familia. No hay mediador alguno entre Trujillo y el SIM, o división entre los poderes del estado. Todo se controla desde un centro inamovible que es Trujillo y así lo fue por el tiempo que duró su gobierno. E incluso después de muerto Trujillo, cuya presencia era la que cohesionaba y le daba “sentido” al aparato represor, fue Johnny Abbes junto con Ramfis Trujillo quienes se encargaron de las torturas de los conjurados.

Ahora bien, con respecto a los fines que se propone Turquet de Mayerne al escribir este texto podemos decir dos cosas. La primera es que “la policía tiene que ver con todo lo que se refiere a la ornamentación, la forma y el esplendor de la ciudad” (129). Esto quiere decir que para el pensador francés, la forma en que está construido el estado, su disposición geográfica y física no son suficientes; el esplendor también se percibe a través de la fuerza y el poder del Estado. Y la *Policía* juega un papel muy importante en tanto asegura que la fuerza y el poder se mantengan e incrementen. Aunque han pasado más de tres siglos desde que el pensador escribió su tratado acerca del papel de la Policía, la propuesta de De Mayerne, se puede evidenciar en el papel que juega la policía en los gobiernos modernos ya que, como lo hemos aclarado anteriormente, una de sus funciones es garantizar que el Estado no tenga ningún obstáculo para prosperar y, de presentarse el caso, perpetuarse. Y lo anterior es de lo que se ocupa nuestra investigación. Durante la Era de Trujillo, fue gracias al SIM que Trujillo pudo permanecer en el poder, aumentar el control sobre los dominicanos e incrementar su presencia a lo largo de todo el territorio. En este punto nos gustaría resaltar no solo la importancia que tuvo el SIM, como ente, sino el gran poder, delegado por Trujillo, que se concentró en un solo hombre: Johnny Abbes García. Sin él, probablemente Trujillo no hubiera durado en el poder por tanto tiempo; a pesar de ser un personaje siniestro, a quien muchos adeptos a Trujillo desprecian porque argumentan que le hace mala fama al régimen, Abbes García es un personaje clave en la novela, ya que nos ayuda a comprender la magnitud de la tragedia que supuso para los dominicanos tener un régimen como el de Trujillo. Gracias a las operaciones a cargo de Johnny Abbes, Trujillo tuvo el camino despejado para gobernar a su antojo, sin perder la supuesta clase que lo caracterizaba:

El coronel puede ser un demonio; pero al jefe le sirve: todo lo malo se le atribuye a él y a Trujillo solo lo bueno. ¿Qué mejor servicio que ese? Para que un gobierno dure treinta años, hace falta un Johnny Abbes que meta las manos en la mierda. Y el cuerpo y la cabeza, si hace falta. Que se queme. Que concentre el odio de los enemigos y, a veces, el de los amigos” (Vargas Llosa 54).

Las palabras del mayor Figueroa Carrión, superior inmediato de Amadito García Guerrero, aunque no son una defensa de los actos que comete Abbes García, demuestran cómo, para que un régimen se tenga en pie, siempre debe haber alguien que dirija el lado sucio y sangriento del gobierno. Trujillo, por su parte, confiaba ciegamente en Abbes García y de no ser por él, como añade el mayor, “quién sabe si no le hubiera pasado ya lo que a Pérez Jiménez en Venezuela, a Batista en Cuba y a Perón en Argentina” (54). Es precisamente por la seguridad que le inspira, que Trujillo se permite tener a un asesino de la calaña de Jonhny Abbes a su lado, para cuidarle la espalda y para garantizar su permanencia en el poder.

De otra parte, continuando con el análisis de Foucault, otra de las funciones de la *Policía* es “desarrollar las relaciones de trabajo y de comercio entre los hombres, así como la ayuda y asistencia mutuas” (*La vida* 129-130). Lo cual quiere decir que la *Policía* está encargada de la “comunicación” entre los ciudadanos, de acuerdo con Turquet de Mayerne y por tanto sin la presencia de este canal de entendimiento e interacción, los hombres que conforman el Estado no podrían convivir ni establecer ningún tipo de interacción. Además, argumenta el pensador, sin la presencia de la *Policía*, las relaciones se deteriorarían y estarían bajo constante amenaza. La idea de las funciones de la *Policía* en cuanto a su rol en la comunicación entre los ciudadanos, es otra que en el

contexto de una dictadura sufre una distorsión significativa ya que en realidad, la *Policía* de lo que se encarga es de intervenir la información que circula en la sociedad formando una red de espionaje que opera en contra de los mismos ciudadanos. Dicha función, en la obra de Vargas Llosa, también la desempeña el SIM, que siempre está vigilante y sospechoso de cualquier actividad revolucionaria que pueda gestarse en la isla. Además, Trujillo contaba con una suerte de picota pública que era el periódico *El Caribe*, en donde se denunciaba a aquellos considerados traidores. Por eso todos los dominicanos estaban pendientes de lo que allí se pudiera decir de ellos gracias a “las intrigas y operaciones contra, a veces, gente apolítica, digna, ciudadanos pacíficos que, por alguna razón, habían caído en las infinitas redes de espionaje que Johnny Abbes y su multitudinario ejército de caliés tenían tendidas por todos los vericuetos de la sociedad dominicana” (Vargas Llosa 53). Como se puede observar, Trujillo tenía cubiertos todos los frentes, asegurándose así, que nada escapara de sus manos. Los medios de comunicación se habían convertido en los mejores aliados del régimen ya que, por una parte hacían propaganda, y por otra, denunciaban a posibles detractores. El más popular de todos, cuya falta contra Trujillo nunca se esclarece completamente es precisamente Agustín Cabral.

Para concluir, podemos añadir que la idea que tal vez resume el programa de de Mayerne es que “El papel de la policía, en tanto que forma de intervención racional que ejerce el poder político sobre los hombres, consiste en proporcionarles un pequeño suplemento de vida y, al hacer esto, proporcionar al Estado un poco más de fuerza” (*La vida* 130). Y es precisamente gracias a ese control de la comunicación que le es posible al Estado tener una vigilancia continua de sus ciudadanos. Dicha vigilancia, como hemos anotado anteriormente, se lleva a cabo de forma extrema en un régimen dictatorial. Es

decir, que la función que le otorga de Mayerne a la Policía es completamente ambigua si lo analizamos a la luz de sus alcances. Si el pensador propone que sea este organismo el que controle las actividades de los hombres y a su vez le garantice la prosperidad al Estado, a su vez está proponiendo un sistema en que la libertad individual se vea coartada por la intervención de la Policía. Y es en este aspecto que consideramos que el modelo propuesto por de Mayerne es utópico en el sentido que no puede garantizar que la Policía no se extralimite en sus funciones. Desde otro punto de vista, esa utopía encarna una anticipación de lo que sucedería cuando se le otorga tanto poder a la *Policía* y es por esto que consideramos que el modelo propuesto por de Mayerne proporciona una serie de ideas, que aunque difieren de la intención original, se realizan a través del sistema impuesto por una dictadura, por ejemplo.

Además, el pensador añade que, es por medio de la intervención en sus actividades (sociales, comerciales, laborales, etc.) que el Estado puede ejercer el poder y la fuerza que así mismo le son garantizados por la *Policía*. En tanto dentro del Estado los ciudadanos estén bajo estricta vigilancia, le será más fácil a quienes ejercen dicho control ocuparse de los asuntos exteriores y cada vez ganar más poder y control sobre sus límites geográficos. Lo cual, a la luz del análisis de la obra de Vargas Llosa, es un eco de lo que hemos expuesto en líneas anteriores cuando analizamos la función del SIM en la dictadura de Trujillo y cómo a través de este organismo, el dictador convirtió a la isla en una inmensa red de informantes en la que ninguna actividad escapaba a su control.

3.4.2.2 El modelo de Delamare

Si bien es cierto que el ejemplo que ha escogido Foucault no es el más conocido ni el más difundido, también hay que anotar que el programa de Turquet de Mayerne sólo es uno entre los muchos que se escribieron durante los siglos XVII y XVIII. Para citar algunos otros ejemplos, a continuación nos referiremos a uno francés y a otro alemán, que son tal vez un poco más conocidos que el de Turquet de Mayerne, pero que son contemporáneos al mismo.

El primero de ellos es el *Compendium* de Delamare, administrador francés quien a comienzos del siglo XVIII se dedicó a la tarea de recopilar reglamentos de policía de todo el reino (*La vida* 130). En este compendio explica doce cosas de las cuales se debe encargar la policía al interior de un Estado “la religión; la moralidad; la salud; los abastos; las carreteras; caminos y puertos y los edificios públicos; la seguridad pública; las artes liberales (en términos generales las artes y las ciencias); el comercio; las fábricas; los criados y los braceros; los pobres” (130). Por tanto, si comparamos este programa con el de Turquet y omitimos el ejército que estaba presente en el programa de Turquet de Mayerne, la policía también ejerce un control absoluto en la propuesta de Delamare. Lo que nos interesa particularmente de los modelos que aquí analizamos es el gran poder que los pensadores otorgan a la policía, sin tal vez, medir los alcances que esto pudiera tener si dicha soberanía se ejerciera de forma descontrolada. Como hemos mencionado antes, en la dictadura de Trujillo, es difícil establecer una clara división entre la policía y el Estado porque todo hace parte de una misma máquina cuyo fin es preservar el poder y de ser posible, extenderlo. De modo que la protección de los dominicanos, salvo unos pocos, no era el fin último del Estado ni mucho menos de la policía. Delamare

propone que este último organismo se encargue de cosas como la religión y la moralidad, las artes y las ciencias, las fábricas, etc. Lo hace pensando en el mejoramiento de las condiciones y la prosperidad del Estado en tanto conjunto de personas que habitan un territorio.

En el caso de la República Dominicana, el Estado-Policía sí que supo encargarse de los aspectos anteriormente mencionados, pero lo hizo con el fin de garantizar la duración de la Era Trujillo. Por ejemplo, se encargó de mantener buenas relaciones con la Iglesia Católica para que esta no se convirtiera en un enemigo; además qué mejor imagen publicitaria para un gobierno de reputación dudosa que contar con la ayuda divina. Recordemos que, gracias al presidente Balaguer, Trujillo logró establecer una unión que pensaba sería indestructible, con el Vaticano “El Concordato entre la República Dominicana y el Vaticano, que Balaguer negoció y Trujillo firmó en Roma, en 1954, resultó un formidable espaldarazo para el régimen y su figura en el mundo católico” (Vargas Llosa 291). Por esta razón, para Balaguer era tan importante que Trujillo restableciera cuanto antes las relaciones con la Iglesia. No se podían permitir perder una carta de tal importancia “Siempre defendió que el régimen se llevara bien con los obispos, curas y el Vaticano alegando razones pragmáticas y políticas, no religiosas; la aprobación de la Iglesia Católica legitimaba las acciones del régimen ante el pueblo dominicano” (291). Es por dichos argumentos que los allegados a Trujillo empezaron a mostrarse incómodos acerca de la campaña que el dictador había lanzado contra la Iglesia y sobre todo contra el obispo Reilly, que no está de más advertir, era ciudadano americano.

Para Trujillo el tema se había vuelto controversial y todos se preguntaban sobre el destino de las relaciones “-Sería bueno que eso se solucione pronto –insistió el ex-

marine-. En Estados Unidos, muchos católicos mal informados se creen las declaraciones de monseñor Reilly” (228). Simon Gittleman se refiere a la campaña de intimidación que lanzó Trujillo contra la Iglesia Católica; pero este último le asegura que en realidad nada está pasando “-No tiene importancia, Simon. Todo se arreglará y las relaciones con la Iglesia volverán a ser magníficas. No olvides que mi gobierno ha estado siempre lleno de católicos a carta cabal y que Pío XII me condecoró con la Gran Cruz de la Orden Papal de San Gregorio” (229). Observamos que Trujillo más que bogar por mantener un Estado religioso, lo que hizo fue comprar a la Iglesia con sobornos. Además, recordemos que el personaje nunca se muestra como un hombre muy religioso, de modo que solo le interesaba proyectar una imagen intachable en el ámbito internacional.

Delamare también propone que una de las funciones de la Policía sea preservar la seguridad pública y la manutención en general de la infraestructura estatal. A este respecto ya nos hemos referido cuando analizamos el papel que tenía el SIM a fin de garantizar la seguridad a lo largo de la isla. Más que preservar este derecho del cual deberían gozar todos los ciudadanos, sin excepción, lo que instauró fue un régimen de terror en el cual nadie se sentía seguro. Los atentados contra grupos revolucionarios eran frecuentes, de modo que servían de escarmiento para quienes se atrevieran a pensar libremente. Entre los múltiples asesinatos, los que más recordaba Tony Imbert eran:

Las redadas masivas de enero de 1960, en que cayeron tantos muchachos y muchachas del Movimiento 14 de junio, entre ellas las hermanas Mirabal y sus esposos (...) El atentado contra el Presidente Betancourt de Venezuela, en junio de 1960, que movilizó contra Trujillo a tantos países, incluido su gran aliado de

siempre, los Estados Unidos, que, el 6 de agosto de 1960, en la Conferencia de Costa Rica, votaron a favor de las sanciones (180-181).

De acuerdo con Delamare, es gracias a ese control que ejerce la policía es posible la constitución, regulación y supervisión de todos los sectores de la sociedad, partiendo de la idea de que el poder debe venir de una única fuente que maneje todo desde un punto geográfico preciso y definido. Lo cual ocurrió a cabalidad durante la Era Trujillo, periodo durante el cual ningún dominicano o extranjero escapó al control del aparato represor del dictador.

Con respecto a la función de la policía en cuanto se refiere a las artes liberales, el comercio; las fábricas; los criados y los braceros y los pobres, (*La vida* 130) podemos decir que las funciones desempeñadas por la dupla Estado-Policía, en relación con algunos de los anteriores aspectos fueron más bien precarias. De los elementos que enumera Delamare, podemos dejar de lado a los braceros – por ser un oficio que se ajusta al modelo de Delamare, pero no a un sistema socio-económico moderno- pero es posible referirnos a los aspectos. Con respecto al comercio y las fábricas, es evidente que Trujillo controlaba todo lo que estaba relacionado con la economía del país y se preocupaba, por supuesto, de cuidar sus intereses. La conversación que sostiene Trujillo con el senador Chirinos, es interesante analizar la posición que toma Trujillo frente a la crisis económica a la que se enfrenta por el cerco que le ha impuesto Estados Unidos. Chirinos argumenta que la única forma de salvar el patrimonio de la familia Trujillo es nacionalizar las empresas y por consiguiente, transferirle las pérdidas que estas generen al Estado “Qué coño gano con eso – lo interrumpió Trujillo irritado-. Qué gano con que los dólares pasen del Banco Central a una cuenta a mi nombre. – Que, a partir de ahora, el quebranto que

significa trescientas empresas trabajando a pérdida, no lo sufra su bolsillo, Jefe” (Vargas Llosa, 153-154). Para Trujillo la propuesta de Chirinos es indignante; evidentemente, el dictador no puede dejar que su imagen de Benefactor de la Patria se empañe delante de uno de sus más fieles servidores. Trujillo debe mantener siempre vigente el hecho que él es quien siempre ha cuidado de los intereses de la isla, él, no se beneficia de ninguna forma:

-Tú también piensas, en el fondo de tu puerco cerebro, que acaparo fincas y negocios por espíritu de lucro –monologó, en tono cansado-. No me interrumpas. Sí, tú. Tantos años a mi lado, no has llegado a conocerme, qué puedo esperar del resto. Que crean que el poder me interesa para enriquecerme (...) Si esas empresas no fueran de la familia Trujillo, esos puestos de trabajo no existirían. Y la República Dominicana sería el paisito africano que era cuando me lo eché al hombro (154).

El discurso doble que maneja el personaje de Trujillo se evidencia a lo largo de toda la narración, construyendo la imagen del dictador humanizado, como lo habíamos analizado en apartados anteriores. El afán de Trujillo por demostrar que él es un héroe a pesar de lo que todos puedan pensar de él, es un rasgo característico. Y en lo relacionado con el manejo del dinero, el personaje de Trujillo siempre defiende que sus decisiones han sido por una buena causa, el bienestar de la isla.

De otro lado, Delamare también menciona que la Policía debe encargarse de los criados y de los pobres, pero la propuesta del pensador francés, en el caso específico de las funciones que desempeñaba el SIM durante la Era Trujillo, es completamente obsoleta. En la novela de Vargas Llosa, no se menciona que la policía de Trujillo se encargue de ninguna forma de los pobres o de los criados. De hecho, *La fiesta del chivo*

no aborda de manera directa la situación económica de la isla, en cuanto a clases sociales se trata. Como referíamos en un apartado anterior, Trujillo se preocupaba por mantener una imagen de Padre de la Patria apadrinando a niños sin hacer distinción de su origen. Es recurrente, por parte del novelista, referirse a la situación económica de la isla en términos generales, de cómo las sanciones que le habían sido impuestas estaban afectando el patrimonio nacional y la forma en que Trujillo trataba de hacer frente a esos problemas. De hecho, podemos decir que una de las características primordiales de la novela, es la ausencia de personajes de estratos marginales en la narración. Tengamos en cuenta que los Cabral pertenecen a una familia de la alta sociedad que hacía parte del círculo de confianza de Trujillo; el senador Agustín Cabral gozaba de comodidades económicas al igual que su hija Urania. En el grupo de los conjurados, todos ocupaban posiciones en el gobierno, por más modestas que fueran. Y en general no se hace referencia a hechos evidentes que demuestren que había una pobreza generalizada en la isla. De modo que no podemos analizar hasta qué punto la policía de Trujillo cumplía sus funciones en cuanto al bienestar de los pobres, pero deducimos, por el comportamiento general que tenía el SIM, que el Servicio de Inteligencia tenía como única función velar por los intereses de Trujillo.

Finalmente, la función de la policía en lo referente a las artes liberales, la Era Trujillo no es conocida por la promoción de las artes en general. Pero, nos parece interesante recordar que fue gracias a Trujillo que el merengue se impuso como el ritmo de moda en la isla. Es conocido por todos que el dictador no se caracterizaba por su gusto refinado, aunque siempre intentara disimularlo, y la alta esfera social consideraba que ocurría lo mismo con respecto a sus preferencias musicales. Trujillo, quien venía de un

estrato bajo, nunca dejó de sentir admiración por la música popular, en especial por el merengue. Así que se aprovechó de su conveniente posición política e impuso que el merengue fuera desde ese momento, el ritmo nacional, como refiere Deborah Pacini en el artículo “Dominican popular music”. Allí, la autora comenta que “Trujillo’s tastes prevailed of necessity, and the elites were eventually forced to accept the merengue into their salons and clubs. In effect, Trujillo was able to impose the music of one social class upon another quite against its will” (Pacini 129). El poder de control que ejercía Trujillo era de tal magnitud, que tuvo sus propias orquestas, las cuales se convirtieron en otro de los símbolos de propaganda política, y el merengue era lo único que los dominicanos escuchaban en la radio. Cabe mencionar que los compositores de la época debían recurrir al merengue como su única alternativa y que Trujillo aprovechó este ritmo musical y lo hizo parte de la identidad dominicana; símbolo que aún prevalece y por el que se reconoce a la isla.

Pero parece que el estado de las artes, en general, era más bien precario durante la Era Trujillo. Sin ánimo de criticar el merengue, el haberlo impuesto como ritmo nacional y haberlo utilizado como propaganda política, no es algo que se pueda elogiar de Trujillo. Su familia tampoco se queda atrás con respecto a lo que entendían por arte. Su esposa, María, se dedicaba a escribir libros y obras de teatro “Para congraciarse con María Martínez esas viejas pendejas, como el propio Chirinos, se habían aprendido páginas de las *Meditaciones morales* o parlamentos de la obrita de teatro *Falsa Amistad*, las recitaban y las pericas aplaudían” (Vargas Llosa 27). En realidad las dos obras son creación del escritor José Almoina, quien luego de que se terminó la Guerra Civil española se exilió en la República Dominicana. El escritor quien llegó a ocupar cargos

tan importantes como preceptor de Ramfis Trujillo o secretario particular el propio Trujillo. Era por todos conocido que era el español quien había escrito las obras que aparecieron publicadas bajo el nombre de María Martínez, pero nadie se atrevía a cuestionar a la Prestante Dama, salvo su propio esposo quien frecuentemente la ponía en ridículo “Olvidas que esas pendejadas no las escribiste tú, que no sabes escribir tu nombre sin faltas gramaticales, sino el gallego traidor de José Almoína, pagado por mí. ¿No sabes lo que dice la gente? Que las iniciales de *Falsa Amistad*, F y A, quieren decir: Fue Almoína” (28). Como podemos observar, el arte no fue una de las cosas que floreció durante la Era Trujillo; de hecho, el dictador era conocido por su estafalario sentido de la estética y es Manuel Alfonso el que se encarga de aconsejarlo, como lo comenta López-Calvo “Thus, he hires Manuel Alfonso not only because he is a refined Dominican living in the United States who can work as a translator and find girls and women for him, but also because he can choose his clothing and help him design his extravagant uniforms, which is one of his favourite hobbies” (López-Calvo 49). Además, su egolatría era tan grande que lo único que decoraba Santo Domingo, que pasó a ser Ciudad Trujillo, eran innumerables estatuas regadas por toda la ciudad. Todo lo que rodeaba a los dominicanos les recordaba a Trujillo, desde la música hasta los monumentos en las calles. Ramón Feenstra, en el artículo “Una lectura antropológica de *La fiesta del chivo*”, comenta al respecto de esa necesidad que tenía el dictador de estar omnipresente en la vida de los dominicanos “Trujillo monopolizó el poder político pero también la vida de los dominicanos, calles, ciudades, la prensa, las estatuas... Todo hace referencia al dictador, convirtiéndose en la referencia y en la razón de ser de muchos dominicanos despojados de su yo” (171). En conclusión, cuando analizamos la propuesta de Delamare en relación

con la función de la policía, en cuanto al servicio que deben prestar a los ciudadanos, el proyecto del francés no es más que una utopía en algunos aspectos si lo contrastamos con la realidad de un régimen autoritario, como es el caso de la Era Trujillo

Delamare también añade que la policía debe cuidar continuamente el bienestar de todos los ciudadanos al mismo tiempo que “vela por todo aquello que regula la sociedad (las relaciones sociales) que prevalece entre los hombres” (*La vida* 130). Este punto es central en el discurso del francés puesto que añade que la policía, por tanto, debe encargarse de todo lo *viviente*. Para Foucault el empleo de este término por parte de Delamare es un aporte considerable y original por parte del francés a la teoría de la policía. Y es precisamente original puesto que si consideramos que este cuerpo se encarga precisamente de casi todos los aspectos sociales en los que las relaciones de los hombres están presentes, la policía está a cuidado de sus vidas y todo lo que ello involucra. Por ejemplo, al ocuparse de la religión en realidad está velando por el la buena moral de los hombres; al encargarse de la salud y de la comida se preocupa por preservar la vida; cuando se interesa por la infraestructura como las carreteras, las fábricas y los obreros que trabajan en ellas, en realidad se ocupa de las comodidades que se le ofrecen a los ciudadanos (131). En resumen “la vida es el objeto de la policía; lo indispensable, lo útil, lo superfluo” (131). Y es así como comprendemos por qué la policía se encarga de lo *viviente*, de la misma forma que ayuda los hombres no solamente a vivir sino también a sobrevivir en la sociedad llevando la mejor calidad de vida posible.

La propuesta del francés suscita varias cuestiones en tanto los poderes que se le otorgan a la policía. De una parte, al encargarse de todo lo *viviente*, es evidente que tenemos que hablar de un cuerpo policial muy bien diseñado y que cuente con suficientes

hombres que puedan garantizar que las personas que están a cargo de la policía, es decir, todos los ciudadanos, gocen de los mismos derechos. De otro lado, Delamare tal vez no midió los alcances que pudiera tener su modelo de sociedad. La policía, como lo hemos visto a la luz del análisis de *La fiesta del chivo*, tiene demasiados poderes pero no los utiliza para el bien común, dado que en un gobierno tan sangriento como lo fue el de Trujillo, las funciones del SIM fueron claras y establecidas desde el principio: la única seguridad que importaba era del régimen y la de Trujillo en persona. Trujillo, en este aspecto, se aseguró de que sus cuerpos policiales nunca se detuvieran a pensar de forma lógica y racional, ellos debían proteger los intereses del dictador sin importar que eso implicara ordenar masacres como la de Haití o múltiples atentados y redadas, como los que sucedieron al movimiento *14 de junio*. Para lo anterior, Trujillo adoctrinó muy bien a sus servidores y los privó del libre pensamiento. Y en esta medida, el personaje de Urania funciona como la conciencia del régimen, de aquellos que no hicieron nada para detener a Trujillo:

Pero a fuerza de leer, escuchar, cotejar y pensar, has llegado a comprender que tantos millones de personas, machacadas por la propaganda, por la falta de información, embrutecidas por el adoctrinamiento, el aislamiento, despojadas de libre albedrío, de voluntad y hasta de curiosidad por el miedo y la práctica de servilismo y la obsecuencia, llegaron a divinizar a Trujillo (Vargas Llosa 75).

Y no solo Urania, recapacita tantos años después sobre el poder que llegó a ejercer Trujillo sobre los dominicanos. También lo hace Antonio de la Maza “Era algo más sutil e indefinible que el miedo: esa parálisis, el adormecimiento de la voluntad, del raciocinio y del libre albedrío que aquel personajillo acicalado hasta el ridículo, de

vocecilla aflautada y ojos de hipnotizador ejercía sobre dominicanos pobres o ricos...” (119-120). Fue esa parálisis la que le impidió matar a Trujillo cuando lo tuvo a pocos metros de distancia, mientras le decía que él ni su régimen había ordenado la muerte de Tavito. Y que para probar su fidelidad con quienes lo habían servido, le concedía la licitación para hacer obras en un pedazo de la carretera que comunicaba a Santiago con Puerto Plata.

Es evidente que Trujillo disponía de la mejor arma para que nadie en su entorno se sublevara; dominaba a todos y se encargó de crear a su alrededor la figura de hombre indestructible a quien nadie podía siquiera mirar a los ojos. Y para lograr su cometido se valió de los peores hombres que pudo encontrar para realizar sus trabajos sucios. Creó el Servicio de Inteligencia Militar y la policía dejó de servir a los ciudadanos para convertirse en el cuerpo de asesinos del régimen.

En el estudio que hace Foucault, no solo aparecen modelos de pensadores franceses y por tanto sus teorías no son exclusivas. Aun más importantes y de mayor difusión fueron algunos manuales alemanes que fueron diseñados para enseñar la administración. En este caso nos vamos a concentrar en el caso de aquellos impartidos por la Universidad de Gottinga en Alemania, que fue de gran importancia y por mucho tiempo un centro de enseñanza fundamental para la formación de altos mandos prusianos, austriacos y algunos otros rusos, así como de algunos funcionarios franceses muy allegados al gobierno de Napoleón que estaban al corriente de las doctrinas de la *Poliseiwissenschaft* (*La vida* 131).

3.4.2.3 El modelo de Von Justi: *Polizei y Die Politik*

En este caso particular nos detendremos en el texto de Von Justi *Elementos de la policía* publicado por la Universidad de Gottinga en 1755. El alemán coincide con Delamare cuando afirma que el objetivo primero de la policía debe ser el cuidado de los ciudadanos, es decir, la prioridad es la vida. Pero Von Justi sistematiza su obra de una forma diferente. En primer lugar tiene en cuenta los “bienes raíces” del Estado, lo que en otras palabras es el territorio (131). En este punto se detiene en dos perspectivas; la primera es cómo está distribuida la población en el territorio, es decir cuáles son las proporciones entre campo y ciudad; en la segunda, considera el número de habitantes, su tasa de natalidad y mortalidad, la salud y la migración entre las dos zonas. Después, Von Justi estudia “los bienes y efectos”, que corresponde a las mercancías y los productos manufacturados, así como el comercio y la moneda (131). Y finalmente la última parte de su libro está dedicada a los individuos en sí; sus relaciones sociales, su conducta, la moral, sus aptitudes profesionales y por supuesto, el respeto por la ley (131). De esta forma, Von Justi se preocupa de tratar los diferentes aspectos en los que la policía está presente. Lo hace de forma más profunda que Delamare quien solamente se queda en una vaga descripción que conforman más un reglamento que un estudio serio de la forma en que está constituido el Estado, abarcando tanto sus estructuras administrativas como económicas y sociales siempre teniendo en cuenta el papel fundamental que juega el ciudadano.

Foucault considera que el estudio de Von Justi es mucho más serio y profundo que el del francés puesto que en primer lugar trata de definir de manera específica la paradoja de la policía. Es decir “La policía, según dice, es lo que permite al Estado

acrecentar su poder y ejercer su fuerza en toda su amplitud” (132). Pero, por otra parte debe velar por el bienestar de la gente, su felicidad y las condiciones que harán su vida mucho más cómoda. Además, la policía juega un papel fundamental en el arte de gobernar, también llamado *racional* “desarrollar unos elementos constitutivos de la vida de los individuos de tal forma que su desarrollo refuerce también el poder del Estado” (132). De esta forma la policía no sólo debe preocuparse de satisfacer las necesidades de los ciudadanos sino que presta un doble servicio al serle también de utilidad al Estado en tanto le permite crecer y tener más poder.

Es precisamente el estudio de Von Justi así como el de De Mayerne y Delamare, que deben servir más que como modelos, como pretextos para analizar la paradoja que supone el poder de la policía. Como bien lo enumeran los tres pensadores, el cuerpo policial debe tener como objetivo velar por el bienestar de los ciudadanos, poniéndolos incluso, como su prioridad. Pero Von Justi hace justicia cuando refiere que también debe velar porque el Estado incremente su poder mediante el desarrollo y mejoramiento de todos los individuos que conforman un estado . Y en ese punto es donde consideramos que se encuentra la ruptura entre el modelo de los tres pensadores europeos y la forma, como de hecho funciona la policía en el caso de concreto de la Era Trujillo.

La policía de la Era Trujillo llevó a cabo sus funciones desempeñándolas de manera impecable cuando se trataba de defender los derechos del Estado, en otras palabras, los derechos que se había atribuido arbitrariamente Trujillo durante las tres décadas que permaneció en el poder. Por medio de operativos, redadas y constante opresión logró que la isla pudiera defenderse tanto de los enemigos internos – cualquier persona o grupo que se manifestara en contra de Trujillo-, como de los externos. En este

caso, los enemigos externos y su aniquilación fueron los que tuvieron mayor alcance y los que, a fin de cuentas, deterioraron las relaciones internacionales de la isla con el resto de los países vecinos, especialmente con Estados Unidos. Trujillo, como habíamos mencionado antes, tenía confiada esa tarea a Abbes García y admiraba su capacidad para deshacerse de problemas potenciales sin importar en qué país se encontraran:

¿Cómo logró montar por casi toda América Latina y Estados Unidos una red tan eficiente de informantes y de hombres de mano gastando tan poco dinero? El tiempo de Trujillo era demasiado precioso para perderlo averiguando pormenores. Pero, a la distancia, admiraba, como buen conocedor de una preciosa joya, la sutileza y originalidad con que Johnny Abbes García libraba al régimen de sus enemigos (Vargas Llosa 87).

Pero la tarea de Jonhny Abbes era más compleja de lo que podemos imaginar; no solo se encargaba de los crímenes más sangrientos que perpetuaba con un talento escalofriante, sino que además era el encargado de limpiar tras de sí cualquier rasgo que pudiera ensuciar la prístina imagen que Trujillo se había encargado de crear de sí mismo “Ni los grupos de exiliados, ni los gobiernos adversarios, pudieron establecer vínculo alguno entre estos accidentes y hechos horribles y el Generalísimo” (87). La policía estaba entrenada para servir a quien le daba de comer, es decir, al gobierno trujillista. De modo que los ciudadanos comunes y corrientes, quienes, de acuerdo con los pensadores citados en este apartado, deben ser uno de los fines principales del cuerpo policial están abrigados bajo su protección y vigilancia.

Hasta el momento ninguno de los pensadores a los que se refiere Foucault ha contemplado la otra cara de la moneda en tanto la policía, como lo hemos visto en

nuestro análisis, lo único que ha ganado es poder en contra de los ciudadanos de un estado, quedando estos sin ninguna posible protección, sino más bien siendo víctimas de los abusos de ese cuerpo estatal. Pero Von Justi resolvió esta cuestión y en este sentido, su modelo y análisis del cuerpo policial es el que más destaca Foucault. El alemán propuso establecer una diferencia bien clara entre *Polizei* y *Die Politik*. Mientras que el primer término se relaciona, generalmente, con actitudes negativas, en tanto la *Polizei* es la encargada de luchar en defensa del Estado contra los enemigos externos como contra los internos, el segundo término se refiere a la tarea que hemos descrito anteriormente: velar por el bienestar de los ciudadanos en pos del crecimiento y la seguridad del Estado.

Pero la diferencia que establece Von Justi no resuelve de ninguna forma la situación que se vivió durante el trujillato; es más, la hace más visible. El alemán propone dos tipos de cuerpo policial, uno que lidia con las tareas de defensa del estado y otro que se encarga de la población y vela por su bienestar. En el caso de la República Dominicana únicamente está establecida la *Polizei*, por lo cual no hay ningún equilibrio entre los dos cuerpos policiales que establece el alemán. Es que no puede existir *Die Politik* en un estado represor como lo fue la dictadura de Trujillo a quien solo le interesaba que el país mantuviera sus fronteras libres de enemigos y las calles despejadas de insurgentes que amenazaran con desestabilizar el régimen. A pesar del discurso de Trujillo, a través del cual trataba de promoverse como un hombre generoso, entregado al servicio de la patria, es evidente que nunca fue así. Desde la profanación del cuerpo de innumerables mujeres hasta los asesinatos de todos los que trataron de pronunciarse contra su régimen, Trujillo sembró terror a lo largo de la isla y logró un supuesto respeto valiéndose del miedo de quienes lo rodeaban. Incluso, los conjurados reconocen, en

varios episodios a lo largo de la novela, que Trujillo lo único que infundía entre todos era terror. No lo respetaban porque se hubiera ganado su admiración, así lo confirma el general Pupo Román:

Siempre fue bueno peleando, con guantes o a puño limpio. Jamás permitió a nadie faltarle el respeto. Pero, como tantos oficiales, como tantos dominicanos, frente a Trujillo su valentía y su sentido del honor se eclipsaban, y se apoderaba de él una parálisis de la razón y de los músculos, una docilidad y reverencia serviles. Muchas veces se había preguntado por qué la sola presencia del jefe – con su vocecita aflautada y la fijeza de su mirada- lo aniquilaba moralmente” (Vargas Llosa 398).

Incluso Pupo Román, quien había pertenecido al círculo de confianza de Trujillo, sabía que debía hacer todo lo posible por acabar con ese flagelo que era el dictador y que había estado atemorizando a la isla por tres décadas. Por eso, no dudo ni un momento en unirse al grupo de los conjurados para matar a Trujillo. Aunque, al final, cuando tenía que dar la orden a los demás militares, se acobardó y provocó la oleada de captura, tortura y muerte de casi todos los conjurados.

De otro lado, y a modo de conclusión, quisiéramos recordar que Foucault considera que Von Justi va un paso más allá que Delamare en cuanto a lo que el último considera como categoría de lo *viviente*. Si bien es cierto que Delamare propuso que el objetivo de la *Policía* debía ser siempre la preservación de la vida, nunca insistió en las dimensiones de la misma. Nunca consideró, por ejemplo, el crecimiento poblacional, las tasas de mortalidad y natalidad, fenómenos como la enfermedad, etc. Considerar estas dimensiones no solamente fue fundamental para Von Justi, sino que durante todo el siglo XVIII “sobre todo en Alemania, la población –es decir un grupo de individuos que vivían

en una zona determinada- fue definida como objeto de la policía” (*La vida* 132). Las consideraciones de Von Justi son fundamentales en el estudio de las poblaciones en tanto constituyen aproximaciones muy precisas a lo que son ahora los estudios demográficos y el papel que juega la estadística en los estados. Y es precisamente la importancia que Von Justi concede a la estadística lo que hace de su texto una fuente importante del siglo XVIII puesto que en éste la asocia con el arte de gobernar (132). Además, pretende elaborar una *Polizeiwissenschaft*, que podríamos traducir como *ciencia de la policía*, lo cual hace de su libro, más que un manual “un prisma a través del cual se puede observar el Estado, es decir, su territorio, sus recursos, su población, sus ciudades, etc” (132). De esta forma, esta *Polizeiwissenschaft* constituye a la vez un arte de gobernar y un método por medio del cual se puede estudiar a la población que vive en un determinado territorio que funciona de cierta forma, es decir, un Estado.

En este tercer capítulo hemos querido concentrarnos en las formas por medio de las cuales el personaje de Trujillo ejerce el poder. De un lado tenemos su característico don del carisma por medio del cual supo llegar a la mayoría del pueblo dominicano, haciendo así que tanto pobres como ricos aprobaran su forma de gobernar, incluso cuando esta no parecía la más convincente ni apropiada. El haber recuperado el control de la isla y después haber hecho de los Estados Unidos su principal aliado, le supuso a Trujillo una permanencia más larga en el poder. El acercarse al pueblo autodenominándose Padre de la Patria Nueva Nueva creó durante todos sus mandatos sucesivos la ilusión de la gran familia dominicana, cuyos hijos siempre serían los ahijados de Trujillo. Pero el complejo sistema que describe la obra no se basa únicamente en el poder carismático que define al personaje de Trujillo. Al lado de este, se necesitaba

la maquinaria necesaria para sostener un régimen que se extendió por más de tres décadas y que dejó tras de sí miles de muertos dominicanos y extranjeros, perseguidos y exiliados políticos y una estela de corrupción que tardará mucho tiempo en desaparecer.

Uno de nuestros propósitos era definir los rasgos del poder que encontramos en el personaje de Vargas Llosa. A pesar de que se podría argumentar que muchas de las características se corresponden con aquellas descripciones históricas con las que frecuentemente se aludía a Trujillo, consideramos que el mérito del peruano es haber dibujado un personaje literario que, si bien no dista del modelo histórico en el que está inspirado, se va configurando a lo largo de las páginas como un hombre cuya sed de poder se ve reflejada en todas las decisiones que toma. Independientemente de la relación que existe entre el personaje literario y el histórico, el Rafael Leonidas Trujillo de *La fiesta del chivo*, está construido como una figura infinitamente poderosa, ambiciosa y sin escrúpulos. Es decir, no puede leerse la novela de Vargas Llosa como un testimonio histórico del personaje de Trujillo, a pesar de que haya sido inspirado por este ya que la obra del peruano es ficcional. Por lo anterior, es necesario recordar que los textos teóricos a los que nos hemos referido en este capítulo tienen como función poner de manifiesto los mecanismos de poder de los cuales se valía el personaje de la novela, por lo tanto no se trata este de un análisis socio-histórico que pretenda revelar el funcionamiento interno de un régimen dictatorial. Por el contrario, los conceptos teóricos de los que nos hemos valido han servido para comprender cómo operaba el régimen y de qué forma los personajes literarios que lo conformaban se aprovechaban de él.

De otro lado, al examinar las diversas formas de poder de las que se valía el personaje, podemos constatar que se trata de una figura compleja que usaba todos los

medios de que disponía para conseguir su objetivo. El hecho que la novela explore todas las facetas del personaje, hace del dictador una figura compleja que se va construyendo con el paso de las páginas. Es interesante que se destaque el poder sexual ya que más allá de ser un mero atributo, el personaje se sirve de él para aumentar su prestigio, para consolidar la imagen del patriarca reproductor y para someter la voluntad de las mujeres que fueron sus amantes. Pero la paradoja es que precisamente sus dotes sexuales son las que revelan su verdadera faceta.

Ya desde las primeras páginas leíamos cómo la incontenencia lo abatía y no había nada que pudiera hacer para solucionar el mal que lo aquejaba. Y al final sería precisamente Urania, la más insignificante de las mujeres a las que poseyó quien ridiculizara su imagen, llevándolo incluso a llorar y a lamentarse de la única condición que no podía cambiar su vida, la vejez. En este sentido es interesante cómo asistimos primero a un proceso de configuración de los rasgos que hacen del personaje el Generalísimo, Benefactor de la Patria. Trujillo y dios son uno por mucho tiempo y así parece creerlo el lector. La propaganda en torno a su imagen, su deificación constante y el pedestal desde el cual parece que observa todo sin que nada pueda afectarlo, contribuyen a la creación de un ser todopoderoso cuyo poder pareciera ser infinito. Pero, poco a poco, la imagen se va deconstruyendo, los problemas del régimen se hacen más evidentes, la debilidad de la economía de la isla aparece como síntoma inequívoco de la decadencia de su gobierno. Y es al final, luego de todas los signos que van apareciendo como suerte de claves, que presenciamos el derrumbe del dios. Aunque el poder del que gozaba hacía parecer que Trujillo no era un hombre del común, al final el personaje vuelve a ser hombre viejo que realmente es. La humanización del personaje no hubiera

sido posible sin la configuración de los rasgos que aparecían poco a poco con el fin de deificarlo.

Finalmente, podemos añadir que ese poder no estaría completo ni sería tan eficiente sin la eficiente fuerza policial que se conformó con Johnny Abbes a la cabeza. El poder del que somos testigos en la novela no hubiera sido posible sin la presencia de personajes como los que conformaban el SIM, siempre dispuestos a seguir las órdenes de Trujillo y a “limpiar” la sociedad de cuantos enemigos pudieran obstaculizar el camino del dictador. La fuerza de este ejército de *caliés* es parte fundamental de la estructura que soporta el régimen trujillista y su papel es tan protagónico como el del mismo dictador. Pero Trujillo es la cara visible de las tramas y las intrigas del régimen, de ahí, que los encuentros entre este último y personajes como Johnny Abbes siempre se llevaran a cabo en el despacho presidencial. No había necesidad de que un personaje tan siniestro como Abbes García cobrara importancia fuera de los muros de Palacio ya que él era el encargado de la cara sucia del régimen, del orden que Trujillo prometía a sus conciudadanos y de mantener una supuesta paz, que al final, acabó con la vida de miles de dominicanos. El poder de los dos personajes casi se podría comparar; mientras que el dictador mandaba, el director del SIM ejecutaba sus órdenes sin reparos y sin cuestionarlas. El poder había corrompido la voluntad de cuantos se acercaran a este. Prueba de lo anterior, Cerebritito Cabral y Joaquín Balaguer, quien al final de la novela, luego de ser un personaje secundario y la sombra de Trujillo, es quien logra la victoria reivindicando a los conspiradores de Trujillo y haciendo la paz con la Iglesia.

El poder sin medida es uno de los conflictos latentes en la novela. El poder del personaje de Trujillo en tanto se rehusaba a salir de la isla como uno de esos tantos

presidentes jubilados; la sed de poder que lo llevó a cometer actos atroces en contra de la población dominicana y el mismo poder que lo condujo a poseer sin reparos a todas las mujeres que quiso. Vemos también, el poder como signo inequívoco de una sociedad machista y patriarcal que Vargas Llosa se ha esforzado por plasmar en la novela al configurar un universo de personajes en el que incluso algunas mujeres, como la tía de Urania, justifican los actos más reprochables como el que cometió Agustín Cabral con Uranita cuando decidió entregársela a Trujillo. Por lo anterior, consideramos que el poder en *La fiesta del chivo*, aparece es uno de los ejes centrales alrededor de los cuales se articulan las relaciones de los personajes y una de las características definitivas para comprender la configuración del personaje del dictador y la forma en que se relaciona con aquellos que lo rodean y que están continuamente sometidos a su voluntad.

Capítulo IV

La monstruosidad

Introducción

En este último apartado de la investigación nos gustaría concentrarnos en un aspecto que ha sido poco estudiado con respecto a la figura de los dictadores, en concreto en relación con la presencia del personaje de Rafael Trujillo en la obra de Vargas Llosa, y se trata de la monstruosidad de esta figura. Partiendo de las numerosas alusiones que se hacen en la obra a propósito de esta característica del dictador, proponemos analizar de qué forma estas características dotan todavía de una mayor complejidad al personaje y cómo estos rasgos no constituyen algo aislado, sino que por el contrario contribuyen de forma definitiva a la construcción del personaje de Trujillo. De otro lado, nos gustaría enfatizar en que la novela, al permitirnos leer en la figura de Trujillo una suerte de “monstruo”, no solamente hace una representación estética del mismo, sino que al mismo tiempo ejerce una suerte de juicio moral. Hemos analizado en el capítulo anterior los rasgos más característicos de la figura de Trujillo en relación con las formas en que el personaje ejercía el poder y todo el aparato represivo que ideó para tal fin. Ahora bien, dentro de esos rasgos que configuran al personaje también consideramos pertinente detenernos en su carácter monstruoso. Es importante señalar que dicho rasgo del personaje aunque emana de él mismo solo es percibida por los otros personajes, quienes están bajo su poder. Es decir, el personaje no se reconoce a sí mismo como monstruo, como tampoco se reconocía a sí mismo como asesino, sino como Benefactor de la Patria que hacía sacrificios por la misma.

En este capítulo estudiaremos a dos autores que se han dedicado al tema de la monstruosidad. En primer lugar, nos referiremos al libro *Máscaras Masculinas* (2006) del autor español Enrique Gil Calvo en el que se establece una tipología de las figuras monstruosas, ya que de esta forma podremos categorizar al personaje de Trujillo y explicar sus rasgos más definatorios. De otro lado, y partiendo de las propias fuentes del autor español, ampliaremos el análisis basándonos en el estudio que Michel Foucault ha dedicado al tema, en especial el capítulo “Los anormales” de su obra, *La vida de los hombres infames*.

4.1 Tipología de figuras monstruosas

Máscaras masculinas de Enrique Gil Calvo, constituye un estudio desde un punto de vista sociológico de la figura del monstruo y las diferentes manifestaciones en que éste puede aparecer. Al mismo tiempo, encontramos en su investigación una suerte de clasificación de la figura del monstruo, así como los diferentes géneros –literario, cinematográfico, pictórico, etc.- en los cuales han estado presentes estos seres a veces no tan fantásticos. Para el autor, la figura del monstruo se puede clasificar de acuerdo con los siguientes grados: criaturas malignas, agentes del mal y finalmente aquellos asociados con los poderes malignos. Proponemos entonces una revisión de los mismos, de su historia y evolución para comprender cómo operan los grados que ha señalado Gil Calvo en su estudio.

4.1.1 Criaturas malignas

Refiere el autor, con respecto al primer grado de monstruosidad, que “Los monstruos de la ficción son seres inhumanos, pero poderosos que se caracterizan por su extraordinaria capacidad para hacer el mal, de la que hacen víctimas a los seres humanos que caen bajo su poder” (Gil Calvo 286). Podemos observar que en primera medida el grado cero de la monstruosidad está asociado al mundo ficcional, por lo que podemos asumir que se trata de seres que no son posibles en un mundo real (aunque sí existen en forma e imagen), sino que han sido incorporados a éste por medio de la literatura o el cine, entre otros. Es en este sentido, explica el autor, podemos asociar a las criaturas malignas con la “bestia salvaje inmune al poder del cazador” (286). Esta forma de monstruosidad la podemos relacionar, por ejemplo, con la criatura prehistórica que vivía en las planicies africanas y cuyas presas eran los hombres prehomínidos (286): el tigre dientes de sable, que en diversas ocasiones ha sido representado en el cine, incluso en películas infantiles como una bestia sin piedad. Lo anterior explicaría, según Barbara Ehrenreich, autora de *Ritos de sangre*, publicado en 1997, el miedo primitivo que actualmente se traduciría como las fuerzas internas que mueven al ser humano a la guerra, transformando el miedo al monstruo o la bestia, en el odio al enemigo mortal (286). De la misma manera, podemos relacionar este tipo de criatura, por ejemplo con la figura del dragón (como el que aparece en *Beowulf*) o al de la ballena asesina en *Moby Dick* de Herman Melville; o en un caso más reciente al tiburón que hizo tan famoso a Spielberg en la película *Jaws* de 1975.

Dentro de este primer grado de monstruosidad, también podemos encontrar “al monstruo primario [que] es un híbrido de animal y persona” (286). Este nuevo monstruo

constituye la suma del salvajismo de una bestia animal y la maldad que sólo puede ser concebida a partir de una mente racional. Asociar lo racional a lo humano es una mera cuestión de lógica, pero Gil Calvo va un paso más allá y deriva de la capacidad racional la de actuar con maldad premeditadamente; lo cual nos lleva a la conclusión de que los animales no podrían ser entendidos como monstruos pues al no racionalizar sus actos, quedan reducidos a simples criaturas movidas por un instinto que no deja espacio a la reflexión. Lo anterior, nos permite observar, por un lado que la maldad de algunos monstruos está íntimamente ligada con la capacidad racional, y por otro excluye de una vez por todas a los animales como motivo de estudio de nuestra investigación. Aparte de que nuestro análisis está enfocado en estudiar al personaje de Rafael Trujillo en *La fiesta del chivo*, por lo cual nos centraremos en los monstruos humanos.

Un buen ejemplo de esta síntesis entre la bestialidad y la racionalidad lo podemos encontrar en la mitología antigua con Polifemo que aparece en el Canto X de *La Odisea*. La figura de Polifemo es muy interesante pues es un cíclope que además es hijo de un Dios por lo que podemos distinguir en él al menos tres rasgos, que juntos, conforman una figura monstruosa: su semidivinidad por ser hijo de Poseidón, su racionalidad porque, dejando de lado que sólo tiene un ojo, su figura es humana, y finalmente su deformidad que se asocia a la falta de la simetría en su cara. En la misma línea está el Minotauro que está oculto en su laberinto, así como Polifemo se resguarda en una cueva, quien es derrotado por Teseo con la ayuda del hilo de Ariadna. De acuerdo con el análisis de Gil Calvo, podemos afirmar que, en general todo el imaginario del “helenismo mediterráneo estuvo atravesado por el culto sacrílego a diversos monstruos profanos (...): genios, sátiros, centauros, grifos, tritones, esfinges, ogros, sirenas, quimeras y demás seres

intermedios entre la bestia y el *daimon* que interceden entre los dioses o los héroes a favor de gracia para los humanos” (287). De modo que los híbridos entre formas animales y humanas se remontan muchos siglos atrás, y la literatura clásica constituye ejemplo y una fuente de la que se nutre el imaginario de bestias humanas a las que se refiere el autor.

Como menciona José Bergamín en “La importancia del demonio”, conferencia impartida en 1932, no podemos olvidar que en el imaginario de los antiguos griegos existían “tres órdenes o mundos de distinta naturaleza” (31). Estos tres órdenes son: el de los dioses, el de los hombres y el de los demonios. A cada uno de ellos, en consecuencia, le corresponde un lugar; y es así que encontramos el mundo elemental, el cielo etéreo y el aire, respectivamente (47). Dado que el aire es el mundo, por así llamarlo, de los demonios, no ha de extrañarse que para los griegos dicha naturaleza “airada” fuera la responsable de la comunicación entre hombres y dioses, llevando e intercambiando mensajes. Lo más interesante, y que está en estrecha relación con nuestra investigación es que, los demonios no poseían en sí una naturaleza malvada o diabólica como se tiende a pensar. El demonio, era bueno o malo de acuerdo con los resultados de sus mediaciones entre cielo y tierra. Es más, de acuerdo con lo referido por San Agustín, los demonios “estaban sujetos a las pasiones humanas: y aun, añade, que algunos creyeron que eran los hombres los que contaminaban de sus pasiones y de sus vicios a los demonios” (48). Lo anterior es muy significativo en cuanto nos revela, una vez más, que en realidad la monstruosidad, en términos de maldad, es más factible asociarla a lo humano que a lo animal, como habíamos mencionado anteriormente.

Continuando con la revisión histórica que hace Gil Calvo, no se puede dejar de lado la importancia de la Edad Media en el desarrollo de la idea de monstruosidad. Entendidas desde un punto de vista carnavalesco encontramos a “*Pantagruel, Gargantúa y Panurgo* (Rebalais, 1532, 1534, 1546), dibujando un mundo deforme y grotesco afín a la abigarrada fauna cuya iconografía se codificó en el tema de *El jardín de las delicias*, como se muestra en las tablas de El Bosco expuestas en el Museo del Prado” (287). En este sentido, observamos al monstruo como una figura que representa la inversión del orden natural, como una imagen que no podemos asociar con alguna otra cosa pues nos resulta no-natural o simplemente caricaturesco en el mejor de los casos; nos enfrentamos, tal vez, al monstruo del que podemos reír, al bufón.

Con el paso de los años, la imagen del monstruo se vio reemplazada por la de del héroe debido a que “el humanismo puritano de la era moderna repudió toda hibridación, desterrando a los monstruos de la era oscura en beneficio de otros seres más brillantes” (287). De modo que poco a poco las figuras monstruosas, que de ningún modo se ajustaban a los modelos de perfección que proponía el humanismo, fueron reemplazadas por otro tipo de seres, “los héroes trágicos y los patricios soberanos” (287) quienes serán los verdaderos protagonistas en las obras del Barroco y la Ilustración. Para comprender un poco mejor la supresión de las figuras monstruosas, debemos retroceder un poco en el tiempo y enfocar la cuestión desde la perspectiva epistemológica de la época. El humanismo puritano al que se refiere el autor lo podemos asociar con el Protestantismo y toda una serie de acontecimientos que son decisivos en el modo de pensar de la época. Además ocurre una ruptura definitiva con la Edad Media dando paso así al Renacimiento, por lo cual podemos comprender por qué las figuras monstruosas, que pertenecían a la

episteme medieval, dejaron de ocupar un lugar significativo en el imaginario renacentista donde el hombre se convirtió en la figura central. En este nuevo resurgimiento del pensamiento y de la individualización, el monstruo representaba todo lo contrario a los modelos no sólo estéticos sino también epistemológicos, porque hay que recordar que gran parte de las ideas del Renacimiento surgen a partir de las lecturas de los autores grecolatinos. Esta vuelta a los clásicos explica entonces los cánones de belleza que surgen en el Renacimiento. Nótese, sin embargo, que en el Renacimiento no hay una desaparición de la figura del monstruo, sino un desplazamiento en la forma en que se representa y se percibe. Lo cual implica que, si bien las figuras monstruosas no fueron eliminadas de la literatura ni de la pintura, era el hombre alrededor de quien se concentró el interés. Así, el monstruo representaba no solo el oscurantismo del Medioevo, sino el lado oscuro del hombre en oposición a su renovación como centro de la nueva episteme renacentista.

Más tarde, luego del auge del Neoclacista y del apogeo del Racionalismo, el Romanticismo volvería a la Edad Media como fuente de inspiración para algunas de las obras de este período. Este retorno del Romanticismo al Medioevo se dio en gran medida gracias a que se quería romper con las rígidas reglas del Neoclasicismo, por lo cual los autores se nutrieron del imaginario medieval para la creación de sus obras. Así, durante el Romanticismo surgen los monstruos que más han tenido repercusión en las obras literarias y cinematográficas de los siguientes siglos a su aparición: *Frankenstein* de Mary Shelley publicada en 1818 y *Drácula* de Bram Stoker de 1897, monstruos, que aunque son situados dentro de un mismo imaginario por Gil Calvo, consideramos que deben ser tratados por aparte dada su naturaleza y el período histórico al que aluden. Sin embargo,

dentro de las categorías propuestas por el crítico, estos dos personajes se pueden considerar como *criaturas*.

Si pensamos en la posibilidad de un híbrido bestial, como lo menciona Gil Calvo (287), Frankenstein no correspondería a lo anterior debido a que surge como un ser que se compone de diferentes partes de cuerpos muertos que al final forman un nuevo ser que tiene vida; de este modo podemos decir que esta criatura es un intermediario entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Además, debemos resaltar el hecho que la criatura no está sola, junto a ella aparece la figura de su padre, a la que al autor se refiere como “un fáustico inventor maldito” (287), por lo cual la “maldad” de la criatura no derivaría de sí misma como de quien la compuso. Además, el resultado del experimento podría ser considerado como una aberración de la naturaleza, sin mencionar que la monstruosidad se materializa en este caso a través de su aspecto deforme. Pero el caso de Frankenstein merece consideraciones más amplias de las que propone Gil Calvo. En primer lugar, dadas las condiciones físicas de Frankenstein, debemos asociar su monstruosidad al concepto del feísmo en tanto es una criatura hecha de diferentes cuerpos que no conserva simetría alguna y que, en conjunto, no apunta hacia el más mínimo grado de armonía. Y son estas condiciones las que nos permiten comprender por qué Frankenstein es un monstruo. En primer lugar, representa el ideal romántico del hombre nuevo que se encuentra ante una sociedad a la que no se adapta, porque en el momento de su creación los elementos científicos de los que se dispone están todavía en una etapa inicial de perfeccionamiento por lo cual Frankenstein resulta un experimento mal logrado. De modo que, aparte de las condiciones físicas de Frankenstein, lo que verdaderamente lo hace monstruoso es que su cerebro, que es el de un criminal. Lo

anterior representa el conflicto de la era Victoriana; su forma de pensar proviene de una época anterior. Lo cual lo llevará, por ende, a contradecir todo principio social, moral y ético. Frankenstein es el hombre nuevo con cerebro antiguo. Además por su apariencia monstruosa no es posible considerarlo en ningún canon de la época en tanto su belleza no destaca, su aspecto deforme va en contra de las reglas estéticas y su comportamiento no se ajusta a las normas sociales. Pero es precisamente Frankenstein, como invento fallido, lo que nos demuestra, por una parte, el afán científicista de la época, y de otra, los impedimentos contra los cuales los intelectuales tuvieron que luchar.

En lo que respecta a Drácula, según refiere Gil Calvo, se cree que más que un personaje único “se trata, en realidad de una invención colectiva, pues como ha detallado Antonio Ballesteros en su exuberante monografía, el vampirismo de la literatura victoriana procede del mismo caldo de cultivo (la novela gótica) que había alumbrado la criatura creada por Frankenstein” (288). El origen al que se refiere el autor, se trata del círculo de escritores ingleses en el que encontramos a Mary Shelley junto con Lord Byron y John William Polidori, quienes son considerados como los precursores de la tradición de los vampiros, pues fueron ellos los primeros en escribir acerca de estas criaturas. Polidori, por ejemplo, crea la emblemática figura de un lord sombrío quien contrata a un joven para que lo acompañe en un extraño viaje en el relato *The Vampyre: a tale*, publicado en Londres en 1819. El lord de la historia, si revisamos la biografía de Polidori podría tratarse de Lord Byron, quien de hecho lo contrata como su médico para que lo acompañe en su recorrido por Europa. De otro lado, no podemos ignorar la similitud de la figura que esboza Polidori de un lord, con la del conde Drácula, un noble, quien al igual, vive en un lúgubre castillo.

A pesar de que Gil Calvo acierta al mencionar que la figura del vampiro tuvo su auge en la época a la que el crítico se refiere, hay que aclarar que estos emblemáticos seres se remontan en realidad hasta la Edad Media. Observemos por ejemplo que, mientras que la historia Frankenstein se desarrolla en la ciudad de modo que lo podemos situar en un contexto moderno, la historia de Drácula se construye alrededor del espacio rural. Así, la figura del castillo es inseparable de la idea de un feudo; el sombrío conde nos introduce en un mundo de la nobleza, mientras que la monstruosa figura de Frankenstein lidia con la burguesía. Además, el hecho que la novela del vampiro se desarrolle en Transilvania, a diferencia de la novela de Shelley, merece que consideremos que la tradición literaria que está detrás de la historia del conde no es meramente occidental debido a que el territorio que hoy se conoce como Rumania, por algunos siglos hizo parte del Imperio Otomano y sólo hasta el siglo XIX, Transilvania (la región en donde está situado el Castillo del Conde Drácula) se convirtió en parte del Imperio austrohúngaro.

De otro lado, también debemos considerar erróneo ubicar a Frankenstein y a Drácula como productos de una misma tradición pues mientras que el primero alude a una situación científica hipotética, en la que el experimento no se logra, Drácula no es producto de ningún científico pues aunque se han agregado numerosos detalles a su modo de vida, el personaje si existió y lo podemos ubicar en un espacio geográfico real y un tiempo también real. La figura vampiresca de Bram Stoker está inspirada en Vlad IV, también conocido como “el empalador de Rumania”, quien vivió en el siglo XV en la región de Valaquia (lo que ahora es el sur de Rumania) y fue criado por Murat II, sultán del Imperio Otomano. Luego de llegar en sucesivas ocasiones al trono de Valaquia

-reinados que casi siempre duraban muy poco- con ayuda del Imperio Otomano, se ganó su fama por su crueldad y por ejecutar a sus enemigos empleando la práctica del empalamiento.

Ahora bien, la figura del conde tenebroso no sólo fue motivo de inspiración para los autores contemporáneos a Bram Stoker, sino que se ha convertido en un personaje que constantemente aparece en la literatura y tuvo un lugar muy significativo en las pantallas desde la aparición del cine. *La condesa sangrienta* de Valentine Penrose publicada en 1962, es un claro ejemplo de la influencia que ha tenido la figura del conde en el campo literario. Erzébeth Bathory, quien también ostenta un título nobiliario, es la condesa que nació en 1650 en Transilvania donde estaba su castillo, que hacía parte de la herencia de su familia, y donde posteriormente instaló una cámara de torturas en donde infligía los más severos castigos. Su relación con el conde Drácula no sólo era familiar, pues aparentemente los dos eran descendientes de los nobles de Transilvania, sino que compartían el deseo por la sangre por igual. Bathory, era conocida por darse baños de sangre de jóvenes doncellas para conservar su belleza y juventud.

El anterior es sólo un ejemplo, tal vez uno de los más significativos, de la repercusión que ha tenido la figura del vampiro hasta nuestros días. En el caso de las adaptaciones cinematográficas, la lista no es corta tampoco. En 1922, un poco más de veinte años después de que se realizara la primera proyección de los hermanos Lumière, se estrenó *Nosferatu* de F.W. Murnau; en 1931, encontramos a *Vampyr* de Carl Dreyer. También, dentro de esta serie de películas de vampiros, encontramos al director Ted Browning con *Dracula* de 1931 y *Vampires of Prague* de 1935, ambas protagonizadas por Béla Lugosi. Luego a mitad del siglo XX, se encuentra la versión de Terrence Fisher

de 1958. Y en los últimos años, la versión de Francis Ford Coppola, *D*, de 1992. Éstas, son solamente algunas de las películas de vampiros, pues la lista se hace cada vez más extensa por lo que podemos advertir que el tema del vampirismo ha sido una presencia constante tanto en la literatura como en el cine.

Aparte de Drácula y de Frankenstein, podemos rastrear la existencia de otras criaturas híbridas “más puras, en tanto que producto del cruce entre bestias y humanos” (289), como refiere Gil Calvo. En esta línea está, por ejemplo, Tarzán, criatura creada por Edgar Rice Burroughs en 1914. Pero en este caso nos encontramos con una figura problemática pues en realidad pertenece no sólo a una tradición literaria diferente de la de Drácula y Frankenstein, sino que Tarzán en realidad es una suerte de intertexto del relato clásico de Rómulo y Remo quienes fueron amamantados por una loba en tanto Tarzán es el hombre blanco que es criado por los monos, pero en realidad no se convierte en ningún momento en monstruo. Simplemente es una criatura enteramente humana, que no está contaminada por ninguna perversión conocida y cuya vida se desarrolla en un contexto al que no pertenece, por lo que su comportamiento refleja características que no son del todo humanas en tanto muestra una afinidad sorprendente con los animales.

4.1.2 Agentes del mal

Si en el primer grado de monstruosidad -al que nos hemos referido como *grado cero*- se encuentran alojadas las criaturas que son producto de hibridaciones de algún tipo, en éste, nos enfrentamos a la especie humana exclusivamente “pues se trata de aquellas personas (varones por lo general), que, a pesar de serlo, se comportan con la maldad despiadada de una bestia inhumana, movidos por el «lado oscuro» del hombre

investigado por Ghiglieri” (Gil Calvo 289). Por oposición a la bestialidad desatada por criaturas que no se consideran del todo humanas, bien sea por su comportamiento, su figura, su forma de pensar; en este grado están alojadas las que de forma natural sí lo son, pero presentan un comportamiento que por el mismo hecho de ser racional, obedece a un grado de maldad premeditado y por lo tanto cargado de características como la crueldad que no encontramos en la conducta animal, por ejemplo.

En la mitología, no se detectan criaturas dotadas de maldad que no sea del tipo bestial o monstruosa “pues, por crueles que sean los dioses, héroes o semidioses, siempre compensan su maldad con rasgos de piedad o devoción por los suyos” (290). Hay que tener de marco de referencia, entonces, la modernidad para que con el surgimiento de la figura del diablo (que es una concepción enteramente cristiana asociada a la idea del mal y de la condena más allá de la vida física), aparezcan personajes cuyos actos son movidos por influjos de maldad. En la literatura, Shakespeare es quien logra construir el perfecto modelo de agentes del mal con los personajes de Ricardo III o Lady MacBeth; esta última considerada por Fernando Savater como una figura representativa en su lista de «malos y malditos» (290). En el caso de estos dos personajes, la monstruosidad ya no radicaría en su aspecto físico o en el hecho de que estén emparentados con una tradición bestial, sino que su maldad reside en que rompen con las normas morales de su época; representan la ruptura entonces en tanto no obedecen el mandamiento “No matarás”. Si consideramos que el contexto de estos dos personajes está altamente influenciado por unos principios morales y religiosos, representan un dislocamiento al cometer sus actos, de modo que si los juzgamos a la luz de un pensamiento cristiano, sus monstruosidades constituirían, ante todo, pecados mortales. Pero aun así, debemos tener en cuenta que para el crítico lo que

incluye a estos personajes dentro de la categoría señalada parte principalmente de un juicio ético, que es lo que los “condena”.

Pero para Gil Calvo, el agente del mal por excelencia y a quien nadie puede rebasar es sin duda, *Don Juan: El burlador de Sevilla*. Es interesante que dentro de esta catalogación de monstruos, el autor se concentre con especial atención en el personaje literario de Tirso de Molina. Refiere Gil Calvo que, Don Juan ya no es “ seductor mujeriego como el libertino Casanova, sino nada menos que un transgresor sacrílego, que busca ofender y humillar a lo más elevado, tanto divino como humano (muy lejos por tanto del posterior Tenorio de Zorrilla, que se redime por amor como un romántico sentimental)” (290). De modo que en el caso de este personaje, la ruptura que éste representa con respecto a la sociedad en la que vive se entiende sólo desde un contexto católico en tanto sus actos violan la moral de esta doctrina religiosa.

A pesar de que aparece dentro de su abanico de figuras monstruosas, el autor aclara que Don Juan “pertenece al linaje del monstruo del que constituye su mejor prototipo” (290), por lo que se le va a dar el tratamiento de héroe maldito o siniestro debido a que sus “hazañas”, siempre se rigen por los mandatos del caballero “cortejando y desafiando en duelo a las víctimas” (290). Aunque lo anterior, no nos impide pensar que en esencia, Don Juan sea una figura monstruosa que no guarda respeto alguno por la autoridad y se atreve a desafiar a los poderes divinos. Pero la visión de Gil Calvo parece estrecha en tanto no contempla que Don Juan representa una ruptura que no está determinada tanto por sus actos, como por el contexto en el que se cometen. Debemos situar, entonces, a Don Juan en un contexto en donde las conductas debían estar guiadas por el Código del Honor de modo que los valores de la sociedad estaban determinados

por el mismo. Es en este punto donde el personaje citado se convierte en monstruo para Gil Calvo, en tanto incumple estas leyes y por lo tanto vive fuera de la norma.

Este personaje, que representa un desafío pues se debate entre lo maldito por su forma de actuar y lo monstruoso por su esencia misma, es de enorme influencia en personajes de su misma calaña en tanto constituyen la idea moderna del hombre al que su afán individualista lo ha convertido en héroe maldito. Don Juan, ha sido el motor una dinastía en la que se incluyen aquellos inventados por la Ilustración y el Romanticismo. En las obras del Marqués de Sade, podemos rastrear la presencia de estos “monstruos sedientos de placer y de muerte” cuyo único fin es arruinar todo lo que implique bondad, nobleza y legitimidad. También debemos considerar en este caso que la obra del Marqués de Sade es en realidad el paso entre el antiguo régimen que determinaba los valores de la sociedad y la manifestación de un proceso revolucionario que se sitúa en el siglo XVIII y principios del XIX durante el período que sucedió a la Revolución Francesa. Además debemos considerar que sus obras, por su contenido “impropio” estaban consideradas una amenaza no sólo contra la sociedad sino contra el nuevo régimen que se imponía. Sus personajes son una clara muestra de la transgresión a la norma en tanto por medio de sus actos la desprecian, además de quebrantar la moral de la doctrina religiosa.

Podemos observar que la maldad humana, no sólo es innegable pues es posible que una criatura racional así como puede considerar la idea de la bondad, pueda albergar la de la maldad, sino que este tema ha sido ampliamente explorado por diversos campos del conocimiento. La literatura se ha encargado de configurar a la criatura maldita, el cine, por su parte, la ha representado de forma visual haciendo posible la relación entre ciertos rasgos físicos y mentales más real y palpable. Y por su parte los estudios científicos como

los adelantados por el psicoanálisis y luego por la psiquiatría, han identificado ciertos patrones de conducta que determinan y configuran de forma integral la figura de un psicópata, por ejemplo.

En cuanto se refiere al monstruo interior, debemos remitirnos necesariamente al texto de Stevenson *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* publicado en 1896, en tanto ese “otro” oculto “personifica la perversidad polimorfa del instinto de placer y de muerte” (Gil Calvo 292) y por lo tanto constituye el anticipo más claro de la teoría del subconsciente formulada tiempo después por Sigmund Freud. El anterior caso, nos introduce en un campo de investigación de diferente índole pero aún relacionado con lo que se venía tratando: el tema de la otredad en oposición al yo (ver a los demás como los “otros”), y en particular la posibilidad de que en un mismo individuo pueda habitar un “otro”. Pero acaso es la literatura del Romanticismo alemán la que más estuvo influenciada por la versión del Fausto de Goethe, que según afirma Gil Calvo:

al cruzarse con el de Don Juan daría lugar al «superhombre» de Nietzsche volcado en la muerte de Dios, la superación de todos los valores y la voluntad de poder para situarse más allá del bien y del mal, tal como se revela en ese canto de cisne que celebra el crepúsculo del nazismo que es el *Doctor Faustus* de Thomas Mann, publicada en 1947 (292).

Así como anteriormente veíamos, con el caso de Don Juan, que la maldad estaba condicionada, en algunas ocasiones, por la negación del orden – humano y divino-, ahora observamos que esta idea no sólo encuentra espacio en la literatura y el cine, sino que también se manifiesta a través de otros saberes de muy diferente índole. El planteamiento de la muerte de Dios, no implica específicamente, la desaparición de un orden natural en

el que se sobreentiende que el asesinato, la crueldad y cualquier forma de maldad sean permitidos. En el caso de estas criaturas malditas, nos encontramos con el extremo negativo de aquel “superhombre” que ya no es más que un hombre, sino mucho menos que éste.

De otro lado, dentro de las criaturas malditas también se encuentran los asesinos en serie, que desde siempre han causado gran terror no sólo en las sociedades en las que viven, sino que su impacto más profundo ha sido entre mujeres y niños. Recordemos al más famoso de todos, Jack el Destripador, quien asesinaba prostitutas en Londres sin ningún motivo aparente. Este tipo de monstruos “que encarnan los peores extremos de la crueldad masculina se han convertido en un ícono de virilidad perversa, alcanzando una popularidad inmensa” (294). Con respecto al carácter icónico de estas criaturas, es necesario aclarar que se realiza en dos sentidos: el primero de ellos se relaciona con los medios de comunicación que se encargan de divulgar los crímenes lo cual hace aun más monstruosos sus actos. El segundo, en tanto estos asesinos seriales no sólo repiten patrones de conducta en sus propios crímenes sino que se convierten en modelo de otros asesinos que imitan los crímenes, que también aumenta el grado de perversidad de los mismos.

4.1.3 Poderes Satánicos

En el último grado de monstruosidad comprende las criaturas que están dotadas con los poderes sobrehumanos y que habitan en el espectro de lo sobrenatural. Hacer un rastreo de este tipo de monstruosidad en la mitología clásica no proporciona muchas pistas pues “al ser politeísta, la antigüedad no contaba con un primer principio

responsable último del bien y del mal, siendo la maldad divina normal o monstruosa como la maldad humana” (298). De modo que para referirse a esa otredad maldita, se recurría al uso de la máscara, cuya función era cubrir y descubrir los rostros monstruosos de la maldad: Dioniso y Gorgo.

Con el desplazamiento desde el politeísmo hacia el monoteísmo y el surgimiento de la imagen de un Dios todopoderoso que por supuesto sugiere la idea de bondad “introducido bajo el nombre del Dios judeocristiano, único Señor del bien y del mal. Por eso para justificar la existencia del Mal, compatible con la infinita bondad de un Dios omnipotente, la teodicea hubo de inventar la figura de Satán (...)” (298). La idea del bien y del mal, de su coexistencia en el mundo y de su interdependencia hacer pensar que es imposible considerar a un elemento sin su contrario porque de otra forma no habría noción ni de lo uno ni de lo otro. Así, el mal, que complementa al bien, configura de cierto modo la armonía que debe haber en el mundo; la maldad y la bondad son dos caras de una misma moneda, inseparables.

Desde entonces en la historia de Occidente, la batalla ha sido por combatir a Satán y la Iglesia Católica ha contribuido en gran parte en esta campaña. Pero el problema que representa Satán, a diferencia de las otras figuras monstruosas a las que nos hemos referido es que no lo podemos identificar como una presencia corpórea definida. De esta forma sólo nos quedan las manifestaciones y representaciones que de ella tenemos; los poderes malignos necesitan de vehículos o agentes portadores en las cuales puedan encarnarse. Así es como en cada época los poderes malignos están pensados para representados por ciertos agentes, que por demás generan un miedo colectivo. En la Edad Media, por ejemplo, una cantidad considerable de personas, influidas por la presión de la

Iglesia, consideraba que Satán estaba asociado con la herejía y con las brujas. Pero no podría acaso tomarse la Santa Inquisición como la encarnación viva de Satán, desde la perspectiva de los supuestos herejes, ya que por una parte causaba un terror colectivo y por otra, condenó a torturas indecibles y a la muerte a miles de personas.

De otro lado, el peligro que representan los herejes, como representantes del mal, en oposición al Dogma hay que considerarlo como un fenómeno de naturaleza teológica más de que origen civil. De modo que, mientras la Iglesia ostentara un poder importante en las sociedades de los siglos pasados en donde no existía todavía una división clara entre lo civil y lo eclesiástico, la herejía continuó siendo un mal al que había que combatir. Sin embargo, el fenómeno de los herejes no solo está asociado con la Edad Media dado que la brujería ha aparecido en diversos periodos y por tal razón siempre ha sido condenado por su “relación” con Satán. En Estados Unidos, por ejemplo, existe el caso, uno entre muchos otros, que se conoce como el de “las brujas de Salem”. En este episodio, ocurrido en Salem (actual estado de Massachusetts) en 1692 y llevado al teatro por Arthur Miller, un grupo de mujeres es condenado a muerte por una supuesta vinculación demoníaca que las llevaba a mostrar comportamientos extraños como alucinaciones o repentinos ataques. Aunque no se ha comprobado de manera conclusiva la razón del comportamiento de las mujeres así como un posible nexo entre las acusaciones de brujería y grupos religiosos fanáticos, el incidente demuestra una vez más que en algunos casos la ignorancia, acompañada de un terror colectivo provocado desembocan en esta clase de acusaciones injustas que terminan en la condena de gente que en algunos casos es inocente.

Actualmente, aunque en algunos países la brujería continúa siendo un tema polémico, la presencia de Satán está asociada con fenómenos un poco menos religiosos como el terrorismo, la drogadicción, la locura, la criminalidad y la inmigración, entre otros (Gil Calvo 299). Ahora, no deja de ser interesante en hecho de que, si dejamos de lado la figura de Satán como la concibe la Iglesia, y de esa figura sólo nos concentramos en los poderes malignos, los fenómenos actuales que enumera Gil Calvo no se alejan demasiado de la idea de la perversidad. Es evidente que el terrorismo no se puede asociar de una forma clara con las brujas, pero lo que se encuentra detrás de estos dos fenómenos no es el diablo ni el demonio, es un imaginario colectivo que se ha ido construyendo poco a poco y que vincula las consecuencias de dichos fenómenos con el sufrimiento humano, corpóreo y espiritual. Es decir, el mal aparece como el origen de aquellas manifestaciones a las que nos referimos como “monstruosas”.

Más adelante, Gil Calvo, referirá que la figura del diablo tiene una doble importancia ya que no sólo se relacionan con él los poderes malignos como los de las brujas sino que “casi todas las figuras que hasta ahora hemos considerado, como las de Don Juan o Drácula, pueden considerarse manifestaciones del poder diabólico, apareciendo Satán al fondo como la autoridad sobrenatural que las respalda” (299).¹⁶ La propuesta de Gil Calvo, nos lleva a pensar entonces que todas las criaturas monstruosas se pueden asociar al fenómeno satánico y que por tanto quedan reducidas a este ente, que no debemos olvidar, es producto de un imaginario religioso. Consideramos que la afirmación de Gil Calvo pretende ser absoluta cuando en realidad hay que considerar por

¹⁶ La afirmación de Gil Calvo nos parece un poco contradictoria si tenemos en cuenta que todo su texto se esfuerza por especificar los diversos grados de monstruosidad. Además, debemos recordar que bajo nuestra perspectiva Don Juan y Drácula son dos “monstruos” que pertenecen a tradiciones diferentes.

ejemplo el caso de Frankenstein. Como lo hemos explicado anteriormente dicha criatura, no está relacionada con el Diablo, sino que es producto del choque de dos mentalidades que corresponden a dos períodos históricos diferentes, de modo que la monstruosidad de la criatura no tiene nada que ver con poderes satánicos, sino que su “aparente maldad” se debe a que, como cuerpo recompuesto, su cerebro es el de un criminal. De modo que no podemos “demonizar” a todos los monstruos tan fácilmente, como lo propone Gil Calvo.

De otro lado, refiere el autor, se encuentra dentro de esta categoría de los poderes sobrehumanos (asociado a lo diabólico), la figura del mago “como intermediario entre el mundo natural y el sobrenatural que intercede por los seres humanos ante los poderes celestes o infernales” (300). Pero la figura del mago, representa un caso único que es bastante interesante pues de acuerdo con el transcurso del tiempo se ha ido transformando hasta perder un poco su carácter. Nos referimos a lo anterior, siguiendo las pruebas que aporta el autor de acuerdo con el estudio que Butler hace al respecto. La autora, hace el seguimiento de la figura del mago desde Zoroastro “como fundador de la estirpe” (300). Después de Zoroastro, de acuerdo con el estudio de Butler, estarían “los grandes magos de la edad de oro: Moisés, Salomón, Pitágoras, Apolonio de Triana, el Cristo de los evangelios apócrifos y Simón el Mago” (300). Con respecto a esta estirpe de magos, como la denomina Butler, podemos asociarlos, si bien de manera no conclusiva, a un rasgo más o menos común: la sabiduría.

Zoroastro es conocido como profeta y fundador del Zoroastrismo que se desarrolló como una religión no politeísta en la región del Golfo Pérsico. Moisés y Salomón son dos figuras bíblicas; el primero liberó al pueblo israelita el yugo del faraón egipcio Ramsés II, mientras que Salomón pertenece a la sucesión de reyes de Israel, y se

destaca por su sabiduría para gobernar y sus “juicios”. Pitágoras fue un filósofo griego, reconocido por dar los primeros pasos en el campo de las matemáticas; y finalmente Apolonio de Tiana, que también es conocido como Apolonio de Tiana porque nació en la región de Tiana, fue considerado en su tiempo como una figura mesiánica a la que se le atribuían milagros parecidos a los de Jesús. Aparte de que hubiera o no realizado dichos milagros, es conocido como un hombre sabio que se educó en la escuela neoplatónica por lo que puede ser relacionado con los que hemos mencionado anteriormente.

Luego de esta serie de magos de la Antigüedad, Gil Calvo, refiere que la figura del mago ya no era respetada y apreciada dentro de la sociedad, por lo que en la Edad Media fue perseguido y juzgado por la Santa Inquisición así como las brujas (300). Pero luego vendrían figuras como la del Doctor Fausto y Roger Bacon, más bien asociadas con la ciencia de la alquimia (300). Y por último, tenemos a los magos degradados como Rasputín y Cagliostro que representan una magia asociada a la superstición espiritista y la estafa. El caso del primero es muy conocido debido a que fue el consejero de la zarina Alexandra, la esposa del Zar Nicolás II. Cagliostro, por su parte, fue un médico italiano que vivió en los tiempos de Luis XVI y al que algunos le aluden poderes místicos y alquimistas.

Pero la figura del mago antiguo adquiere suma importancia para Gil Calvo pues considera que “designa un monstruo propicio, dotado de poderes mágicos que permiten controlar las fuerzas de la naturaleza más peligrosas y potencialmente malignas. En este sentido, es el claro antecedente histórico del científico que aparecerá en el siglo XVI” (300). Se refiere en concreto al personaje del genio creador que aparece en *Fausto*, publicada en 1832 por el autor alemán Johann Wolfgang von Goethe. Para Gil Calvo,

Fausto, a pesar de que está incluido dentro de la categoría de los magos - que en un principio asoció a poder malignos- es tal vez el único monstruo al que le perdona haberse asociado con el diablo porque es “la figura romántica más excelsa de todas. Un genio dispuesto a caer en las peores maldades con tal de realizar su obra creativa e innovadora, que así ya no resulta maligna y maléfica sino genial y bienhechora” (Gil Calvo, 302). En el caso de Fausto, la genialidad se conjuga con el carácter maligno y destructor hasta el punto que llega a matar a Filemón y Baucis, símbolos de la divinidad sobre la Tierra, con el fin de conseguir sus ambiciones personales. Pero no podríamos afirmar de forma categórica, como lo hace Gil Calvo, que se trate de un propósito bienhechor. Además, no consideramos que la obra del alemán proponga en su obra un conflicto de tipo religioso entre el bien y el mal, sino más bien se trataría de una metáfora de los límites del poder.

Pero cuando hablamos de creatividad ya no sólo nos referimos al genio, o al inventor; debemos ampliar el contexto e incluir al autor dentro de esta gama de magos que buscan crear productos nuevos. “Y lo de menos es que tales genialidades sean obra de un científico (un genio de la invención o de la investigación) o de un artista (un genio de la expresión o la representación), con tal de que sean geniales: es decir, inéditas, originales, innovadoras y creativas (302). En este punto el análisis del autor da un giro muy particular pues de la figura del monstruo pasa a la del autor, y vincula a los dos por medio del mago (que ahora se ha convertido en el genio moderno), lo cual aunque despierta curiosidad no deja de ser cuestionable. Gil Calvo se apoya en que los actos del doctor Fausto aunque monstruosos son redimibles y rescatables, pues a pesar de que causan mal y hay víctimas como resultado de los mismos “Es el caso de Filemón y Baucis en el poema de Goethe, que deben ser eliminados para que la obra emprendida por

Fausto pueda ser culminada” (303), constituyen un esfuerzo que una vez llevado a cabo produce una obra que no sólo resulta bienhechora sino que también es genial. Aunque ya hemos discutido el carácter bienhechor de la obra de Fausto, queremos rescatar que Gil Calvo propone la genialidad como un proceso creador y original, lo cual nos lleva a pensar que el genio al final no se relaciona con otros monstruos cuya constante, en la mayoría de los casos, es la repetición.

Tomemos el caso de Drácula; este monstruo y sus acciones son repetitivas y no producen nada bueno al final, pues lo único que hace es chupar la sangre sus víctimas y someterlas a todas a los mismos castigos. Drácula, a diferencia de Fausto no está creando nada positivo y no tiene ideas innovadoras, y además las torturas que inflige en sus víctimas son conocidas pues tienen una larga tradición. En el caso del genio romántico, sus creaciones son originales y no se trata de una conducta repetitiva sino de encontrar algo nuevo incluso si aquello implica, como en el caso de Fausto, sacrificar a Filemón y Baucis.

El mago o genio es la última figura monstruosa que hace parte de la clasificación de Gil Calvo que a veces suscita preguntas y dudas y que en muchos puntos es bastante cuestionable, pero que sobre todo constituye un estudio muy interesante acerca de la figura del monstruo que en una segunda parte del texto (que no se ha tratado en este análisis) se complementa con un estudio teórico acerca ya no de los monstruos sino de la figura del mismo y cómo esto deviene en un análisis sociológico a partir de las teorías de Foucault y Levi-Strauss. En realidad la clasificación de Gil Calvo ha constituido una herramienta muy útil en este primer apartado del capítulo pues provee una aproximación

al tema de la monstruosidad desde muchos puntos de vista: el literario, el histórico, el cinematográfico y el sociológico entre otros.

4.2 *La aniquilación de la Bestia*

El recorrido que hemos trazado a partir de la tipología propuesta por Gil Calvo nos ha permitido establecer un marco histórico del origen de algunas criaturas monstruosas, pero nos gustaría detenernos en uno de los grados de monstruosidad específicamente con el fin de analizar al personaje de Rafael Trujillo en la obra de Vargas Llosa. Es por lo anterior que queremos concentrar nuestro análisis en la categoría a la que el autor ha denominado como *Agentes del mal*. Nos gustaría puntualizar que en este capítulo proponemos analizar la dimensión monstruosa del personaje de Trujillo a partir de dos conceptos que aparecen expuestos en el capítulo que Gil Calvo dedica al tema de la monstruosidad en su libro *Máscaras Masculinas*. De un lado, nos interesa particularmente que Gil Calvo se refiera a las criaturas que se encuentran agrupados dentro de la categoría de *Agentes del mal*, como «bestias inhumanas» a pesar de su carácter enteramente humano ya que en *La fiesta del chivo* se alude al personaje de Trujillo como La Bestia y por lo tanto dedicaremos una parte de nuestro análisis partiendo de ese punto. En una segunda instancia, nos detendremos en las definiciones de César Aira y Michel Foucault con respecto a la monstruosidad y partiendo de las mismas, proponemos analizar de qué forma podemos considerar al personaje de Trujillo una figura monstruosa. Sin embargo, es importante aclarar que la dimensión bestial que analizaremos a propósito del personaje de Trujillo no excluye los rastros de monstruosidad ni viceversa; la bestia es un tipo de monstruo, una manifestación de toda

una serie de características de la monstruosidad. Asimismo, a pesar de que nuestro análisis se va a concentrar en el personaje del dictador, nos detendremos para analizar los rasgos monstruosos en otros personajes cuando lo consideremos pertinente para el propósito de nuestra investigación.

4.2.1 La Bestia como sinónimo del mal

Trujillo, conocido entre sus enemigos como La Bestia, había convertido a la República Dominicana en la paradoja del Caribe. Si de un lado había traído progreso a la isla y se había convertido en uno de los aliados más fuertes de los Estados Unidos, de otro, había sumido a la isla en una ola de terror que para 1961, año en que murió, ya llevaba 31 años azotando al país. Muchos sectores, sin duda, se habían beneficiado del régimen trujillista ya que esto significaba un flujo de dinero considerable y mientras las clases más pobres estaban deprimidas social y económicamente, unos pocos ricos de la isla habían estado amasando fortunas por tres décadas. Pero en los últimos años, la crisis no se hizo esperar y el gobierno de Trujillo se debilitó de una manera rápida sin que el dictador pudiera sortear todos los obstáculos con la astucia que siempre lo había caracterizado. Es precisamente allí donde se ubica la novela del peruano. El auge de la Bestia ya había ocurrido, ahora solo quedaba por presenciar su caída definitiva. Y la caída era inevitable; si bien el régimen hubiera podido solucionar los problemas con Estados Unidos, evitar una posible invasión cubana y hacer las paces con la Iglesia, el grupo de conspiradores estaba decidido a acabar con tantos años de yugo. Para ellos, Trujillo era la Bestia y por lo tanto tenían que eliminar al dictador para así eliminar la fuente del mal.

Es por lo anterior que consideramos pertinente comenzar nuestro análisis concentrándonos específicamente en uno de los conspiradores para comprender de una forma más completa las razones por las cuales el personaje de Trujillo ha sido apodado como La Bestia y por qué su eliminación era tan imperiosa. Como habíamos mencionado en el apartado anterior cuando analizábamos la figura del personaje de Trujillo, hay un pasaje preciso en el libro en el que Salvador, ante el dilema moral que le supone participar en el asesinato de Trujillo se dirige a su asesor espiritual para recibir consejo. Monseñor Zanini, ante la preocupación del Turco, abre un pasaje de un libro de Santo Tomás de Aquino en el que Salvador lee “«La eliminación física de la Bestia es bien vista por Dios si con ella se libera a un pueblo»” (Vargas Llosa 243). El pasaje de la novela es interesante por muchas razones. En primer lugar, no es la única vez que se alude a Trujillo como «La Bestia», por lo que entendemos que se trata de reforzar una imagen que ha sido constante durante toda la novela, como lo veremos a continuación. De otro lado, cuando Salvador lee el pasaje de Santo Tomás, el conspirador se tranquiliza al saber que el tiranicidio en el que se ha involucrado no solo no traerá consecuencias nefastas para la salvación de su alma, sino que por el contrario, está cumpliendo con un deber patriótico al eliminar a Trujillo. Además, es paradójico que sea la Iglesia quien en el último momento dé su beneplácito para el asesinato de Trujillo, cuando durante casi todo el tiempo que duró el régimen en la isla, el clero fue el aliado más fuerte de Trujillo. De otro lado, hay que recordar que aunque Salvador se guía por las palabras de Santo Tomás, el intertexto de estas líneas es la Biblia. En el Apocalipsis, se alude a la eliminación de la Bestia y del falso profeta y se lee “Y fue aprisionada la Bestia y con ella el falso profeta que hacía señales delante de ella, con las cuales extraviaba a los que habían recibido el

carácter de la bestia y a los que adoraban su imagen” (Apocalipsis 19:20). Es por lo anterior que el personaje de Salvador, el único quizás que se declara abiertamente católico y practicante, quien aparecerá en casi todos los apartados en los que se alude a la eliminación de la Bestia, aludiendo al personaje de Trujillo. Además, el pasaje del libro del Apocalipsis cobrará una importancia relevante en la obra en cuanto a los hechos que suceden la muerte de Trujillo.

De igual forma, Salvador es quien expone la situación de tensión que se produjo durante el último periodo del régimen trujillista en la isla. El Turco, apostado en la carretera la noche del 30 de mayo esperando a que pasara el carro de Trujillo, implora a Dios que Trujillo se presente para acabar de una vez por todas con el mal que tanto aquejaba a la República Dominicana “Le rogó que Trujillo viniera, que su infinita gracia permitiera que ejecutaran de una vez al verdugo de los dominicanos, esa Bestia que ahora se encarnizaba contra la Iglesia de Cristo y sus pastores” (Vargas Llosa 237). Salvador se refiere a la campaña que Trujillo emprendió contra el clero luego de la Carta Pastoral leída a lo largo de todas las iglesias de la isla el 31 de enero de 1960.

Podemos observar a lo largo de toda la novela que las alusiones al personaje de Trujillo como «la Bestia» son numerosas y cada vez refuerzan aún más el carácter malvado no solo de Trujillo sino de quienes participaban con él del régimen que había impuesto. Para Salvador, liberar al pueblo del yugo de Trujillo era una tarea imperativa que no podía dejar inconclusa. De antemano, sabía que las represalias contra su familia serían graves si Trujillo se llegara a enterar de que estaba conspirando contra su vida. Es por esto, que agradece enormemente el que el mismo monseñor Zanini haya intercedido para que su hermana Gisela –sor Paulina- fuera trasladada de Santiago a Puerto Rico “Era

una decisión sabia y generosa de la Iglesia de Cristo para poner fuera del alcance de la Bestia a una joven pura e inocente sobre la que podían cebarse los verdugos de Johnny Abbes” (245). Para el pueblo, o gran parte de él, Trujillo siempre será la Bestia, pero no podemos ignorar que detrás de ella hay una maquinaria del mal que trabaja conjuntamente para llevar a cabo todos los crímenes que se cometieron durante la dictadura. Así que, por extensión, quienes acompañan a Trujillo, en específico los hombres de Abbes, simbolizan también los agentes del mal de los que la Bestia depende.

El bestiario, por así llamarlo, en el que nos introduce la novela no pertenece a un mundo irreal ni a uno habitado por monstruos de naturaleza que no sea otra que la humana. Es interesante la dicotomía que nos presenta la obra de Vargas Llosa con respecto al personaje de Trujillo. Si bien, de acuerdo con la categoría de Gil Calvo, hemos decidido catalogarlo como «agente del mal», en diversas ocasiones, como lo hemos explicado extensamente en el capítulo anterior, Trujillo es la extensión de Dios en el territorio dominicano y él así lo cree. Sin embargo, esto resulta paradójico si tenemos en cuenta, por un lado el que Trujillo simplemente usara los valores católicos como estandarte para sustentar los actos más violentos en defensa de la Patria, y para ganarse el favor de la Iglesia y de otros países, y por otro, los múltiples actos violentos que cometió durante tres décadas, ganándose así su fama de bestia humana. En ocasiones, ese desdoblamiento es evidente y parece que nos encontramos ante una imagen que revela las dos caras, acaso, del mismo dios que en este caso es Trujillo.

La dupla bestia humana-dios, se revela en una conversación que adquiere más un carácter confesional que cualquier otra cosa entre Trujillo y el presidente Balaguer cuando este último le comenta a Trujillo que su fe en la Iglesia es insustituible “Dudaba a

veces de la trascendencia, de Dios, pero nunca de la función irremplazable del catolicismo como instrumento de contención social de las pasiones y apetitos desquiciadores de la bestia humana” (301). El presidente fante sin acaso proponérselo estaba tratando de evangelizar a la bestia humana que tenía delante y que pronto revelaría su otra cara “-Si yo hubiera tenido dudas, nunca hubiera levantado a este muerto –dijo Trujillo-. Si hubiera esperado alguna señal del cielo antes de actuar. Tuve que confiar en mí, en nadie más, cuando se trató de tomar decisiones de vida o muerte” (301). Trujillo quiere ser reconocido como el Salvador de la Patria, pero como todo dios, castiga cuando lo cree necesario y no parece arrepentirse de sus actos. Si hay que mancharse las manos de sangre, como le espeta a Balaguer, es por una buena causa “Pero, no me diga que no sabe cómo se consigue la paz. Con cuánto sacrificio y cuánta sangre” (304).

Por su parte, los sacerdotes, parecen jugar la contraparte y atacar a la Bestia para que esta repliegue su poder. Su apoyo incondicional para Trujillo desaparece brutalmente de un momento a otro y el viejo dictador se queda sin su último aliado en la isla, como si el final del régimen y de su cabeza visible se dispusiera desde de muchos ángulos. Trujillo y la maldad de su régimen contaban con poderes especiales mientras tuvieran el beneplácito de la Iglesia pero una vez Trujillo se vio abandonado por el clero, su debilidad quedó expuesta y su poder fue amainando poco a poco ya que estaba siendo aplacado desde varios frentes. El hecho que haya de repente un frente anti-maldad encabezado por los sacerdotes de la isla podría extrapolarse a la lucha entre el bien y el mal, pero consideramos que la novela trata de exponer la cuestión desde un ángulo diferente. Se trata más bien de poner en evidencia el deterioro y caducidad del régimen dictatorial que había sostenido Trujillo por tres décadas y todo el mal que este sacó a la

luz dentro de la sociedad dominicana. La alusión a la Bestia, como lo analizaremos de forma más extensa, es una de las formas de revelar el daño que hacen personajes como el de Trujillo a las sociedades civiles latinoamericanas, específicamente. El descubrir el carácter monstruoso de Trujillo nos permite apreciar al hombre detrás del régimen en su faceta exclusivamente humana y cómo es posible que la maldad surja precisamente de la racionalidad humana.

A lo largo de la novela, la connotación «bestia» para apelar al carácter vil de Trujillo se hace cada vez más intensa conforme se va fraguando el plan para eliminarlo. Sus opositores, en concreto los conspiradores, veían en Trujillo una amenaza constante a la que había que eliminar cuanto antes. Como hemos observado, Salvador Estrella es este sentido es quien revela de forma más evidente la necesidad de acabar con la Bestia; por una parte por toda la sangre dominicana que ha hecho derramar y por otra, porque como ferviente católico creyente y practicante, para él, la Bestia, por oponerse contra la Iglesia simboliza el mal hecho hombre como él mismo reflexiona minutos antes de matar a Trujillo mientras esperaba en el carro al lado de la carretera:

La Bestia tenía la culpa de que tantos dominicanos buscaran en putas, borracheras y otros descarríos cómo aplacar el desasosiego que les causaba vivir sin un resquicio de libertad y dignidad, en un país donde la vida humana nada valía. Trujillo había sido uno de los aliados más efectivos del demonio (246).

Así que para Salvador, el tiranicidio que ha planeado con tanta dedicación, supone de hecho una lucha entre el bien y el mal y además está completamente justificado desde el punto de vista de la moral católica. Para él, había sido precisamente la Casta Pastoral la que había desatado la furia de la Bestia y se sentía orgulloso de que la Iglesia se hubiera

pronunciado abiertamente y hubiera denunciado las atrocidades cometidas por el régimen “Oyendo leer al padre Fortín en su español ligeramente afrancesado, cada frase de aquella Carta Pastoral que enloqueció de furor a la Bestia, le parecía una respuesta a sus dudas y angustias” (239). La lucha Trujillo y la Iglesia se agudizaba con el paso del tiempo y poner fin a la situación se volvía cada vez más perentorio.

Aunque el papel de la Iglesia, en tanto fuerza de oposición al régimen trujillista, es evidente en la obra del peruano, y es incuestionable que desde la lectura de la Carta Pastoral en todas las iglesias dominicanas se agravó la situación política de Trujillo conduciéndola al declive definitivo, poca atención ha prestado la crítica a lo que representa esta lucha en la novela. Proponemos que el apelar a Trujillo como «la Bestia» a lo largo de toda la novela no hace parte únicamente de una técnica por parte del autor para acentuar el carácter malvado del personaje de Trujillo. Más bien, sugerimos que el apelativo para referirse al dictador hace parte de una estrategia narrativa en la que se configura, desde las líneas de Santo Tomás, que lee Salvador, la lucha que al final ha de librarse entre la Bestia y los conspiradores.

Al principio del régimen y durante muchos años, Trujillo se perfilaba como el perfecto aliado de la Iglesia y esta última le daba el aval internacional que necesitaba el dictador. A nadie se le ocurriría que un régimen apoyado por la Iglesia sería capaz de trasgredir cualquier principio ni de atentar contra la vida de los ciudadanos “El Concordato entre la República Dominicana y el Vaticano, que Balaguer negoció y Trujillo firmó en Roma, 1954, resultó un formidable espaldarazo para su régimen y su figura en el mundo católico” (291). Balaguer siempre había defendido que Trujillo debía saber manejar sus relaciones con la Iglesia pues le suponían un apoyo incalculable y le

aconsejaba constantemente a Trujillo que se trataba de una estrategia política “Siempre defendió que el régimen se llevara bien con los obispos, curas y el Vaticano, alegando razones pragmáticas y políticas, no religiosas: la aprobación de la Iglesia Católica legitimaba las acciones del régimen ante el pueblo dominicano” (291). Balaguer, frío calculador que gozaba de una astucia política que Trujillo subestimaba, fue quien al final logró lo que siempre había añorado luego de tantos años de zalamerías y adulaciones a Trujillo, dejar de ser el presidente marioneta y convertirse en el verdadero mandatario de la isla luego de la muerte de Trujillo “Joaquín Balaguer no podía quejarse: en ese tiempo brevísimo de Presidente pelele, un don nadie, pasó a ser el auténtico jefe de Estado, cargo que reconocían tirios y troyanos, y, sobre todo, los Estados Unidos” (464). Y fue él quien precisamente reestableció las relaciones con la Iglesia luego de la caída de Trujillo; se jactaba incluso de tomar el té con el nuncio.

Pero para Trujillo, los últimos años del régimen no fueron fáciles en tanto su relación con la Iglesia se fue enturbiando poco a poco y se terminó radicalmente como lo habíamos anticipado en líneas anteriores. La Iglesia empezó a darse cuenta de que los excesos del régimen ya no eran tan bien vistos y los sobornos de Trujillo no surtían efecto. A pesar de que el pueblo dominicano, como grupo social, no tiene una voz activa en la novela de Vargas Llosa, podemos afirmar que serán los conspiradores, a pesar de ser hombres del régimen, quienes de alguna forma expresan las inquietudes de los dominicanos. Así, por ejemplo, los reclamos de Salvador Estrella en contra del papel de la Iglesia, no solo constituyen sus propias arengas como católico, sino el clamor de todos los dominicanos que vivían bajo el yugo de Trujillo “¿Por qué la Iglesia de Cristo apoyaba a un régimen manchado de sangre? ¿Cómo era posible que la Iglesia amparara

con su autoridad moral a un gobernante que cometía crímenes abominables?” (238). Como ya hemos comentado, las quejas de Salvador tuvieron respuesta con la Carta Pastoral y desde ese momento en adelante, la caída de Trujillo se hizo inevitable.

Aun teniendo en cuenta la gravedad de las acusaciones, el Generalísimo encargó una comisión que debía reestablecer los lazos con la Iglesia; formaban parte de la misma, además de Henry Chirinos, Balaguer y Paíno Pichardo, el senador Agustín Cabral. De modo que estaba en las manos de Cerebrito Cabral, evitar la caída de la Bestia a manos de los obispos que aunaron fuerzas a lo largo de toda la isla. La fallida misión de Cabral resulta significativa ya que su fracaso en la comisión fue su sentencia de muerte y será él, el único de dicha comisión que caerá con Trujillo, también derrotado por la Iglesia. Pero el triunfo de la Iglesia se plantea de forma diferente en ambos casos. En la obra, se insinúa en varias ocasiones que Cabral perdió el favor de Trujillo precisamente por no haberle salvado su reputación ante los obispos e incluso su familia lo reconocerá muchos años después “–Decían que cayó en desgracia porque hicieron creer a Trujillo que, por culpa del tío Agustín, los obispos se negaron a proclamarlo Benefactor de la Iglesia Católica” (257). Pero solo se trata de rumores que ni siquiera en su debido tiempo, cuando se desató la crisis con la Iglesia, nadie nunca pudo aclarar “–Dándole vueltas, devanándome los sesos –añadió Chirinos, con aire conspirativo-, he venido a pensar que, tal vez, la razón sea la desilusión que produjo al Jefe la negativa de los obispos a proclamarlo Benefactor de la Iglesia Católica” (268). Agustín Cabral sabe que en esa comisión también se encontraba el senador Chirinos y no comprende por qué todo recaería sobre él. Por qué él precisamente era el único que había caído en desgracia. Las razones no son muy claras, lo único que sabemos que todo ha sido una trampa de la

Bestia, una malvada jugada para probar su fidelidad al régimen, para saber hasta dónde podría soportar el senador:

¿Habría traicionado ya, Cerebritito? (...) ¿Lo habría empujado a las filas del enemigo? Ojalá, no; era un antiguo colaborador, había prestado buenos servicios en el pasado y acaso podía prestarlos en el futuro (...) ¿Había sido una ligereza someter a un eficiente servidor como Cabral a una prueba así, en estos momentos difíciles para el régimen? Tal vez (285).

Ante la negativa de Trujillo y el olvido al que se vio sometido el senador Cabral, este último recurre, como lo hemos analizado en el capítulo anterior, a la última estrategia que está en sus manos: alimentar el apetito de la Bestia y entregarle a su hija virgen. Más adelante analizaremos en detalle la relación entre la Bestia y Urania, pero lo que en este momento nos interesa comentar es que luego del encuentro entre la niña y el Generalísimo, Cabral nunca volvió a ver a su hija ya que después del encuentro en la Casa de Caoba, Uranita fue directamente a su colegio en donde las monjas tramitaron su salida de la isla. El senador Cabral nunca recobra el favor de Trujillo pues el sacrificio de su hija virgen solo hace enfurecer a la Bestia aun más. Y recibirá, a modo de castigo, la ausencia de hija, el olvido al que fue sometido por el régimen, incluso después de la muerte de Trujillo, y posteriormente, la apoplejía que lo reducirá a una silla de ruedas sin ni siquiera poder hablar. Así, Cabral, al tratar de ganar el favor de la Bestia, lejos de lograr su redención, lo único que consigue al final es perder todo lo que tenía. Además, Cabral, al entregar a su hija, se convierte, de forma simbólica, en otro tipo de bestia, ya que el mal al que somete a Urania ha sido producto de un elaborado plan. Su maldad revela, como en el caso de Trujillo pero en menor grado, el lado oscuro de la racionalidad

humana. Serán las *sisters*, quienes arrebatarán de las manos de su padre a Urania y quienes le asegurarán una vida más o menos digna fuera del alcance de su padre. Resulta paradójico, sin embargo, que sea Agustín Cabral, con quien se ensaña más la Bestia, ya que aparte del confuso episodio de la frustrada comisión para reestablecer las relaciones con la Iglesia, Cerebritito destaca en toda la obra como uno de los personajes más fieles a Trujillo ya que nunca pareció tener segundas intenciones. Solo vivía para el régimen y no tenía mayores pretensiones que impresionar a Trujillo y probar su fidelidad absoluta.

En el caso de Trujillo, como lo hemos anticipado antes, al perder el favor de la Iglesia, su gobierno se debilita todavía más. Aparte de luchar contra los enemigos internacionales, debía lidiar con una situación interna que se había vuelto insostenible. Pero en lugar de tratar de aliviar la situación, los ataques de Trujillo no se hicieron esperar y fueron particularmente feroces contra los sacerdotes extranjeros que estaban en la isla:

Con esa endiablada habilidad del régimen para la intriga, la venganza se concentró en los dos obispos extranjeros, ignorando a los nacidos en suelo dominicano. Monseñor Tomás. F. Reilly, de San Juan de la Maguana, norteamericano, y monseñor Francisco Panal, obispo de La Vega, español, fueron los blancos de esa innoble campaña” (240-241).

La persecución a Reilly solo agravó más la situación ya que el sacerdote agudizó sus críticas contra el régimen que llegaban hasta su país natal “En Estados Unidos muchos católicos mal informados se creen las declaraciones de monseñor Reilly. Que está amenazado, que tuvo que refugiarse por la campaña de intimidación y todo eso” (228). Incluso Simon Gittleman le recordaba a Trujillo que se estaba jugando la vida por

haber emprendido una campaña en contra de los sacerdotes. Dada la situación, Trujillo incluso barajaba la posibilidad de exiliarlos, a Panal y a Reilly, y sacarlos de la isla por traidores o en el peor de los casos asesinarlos fingiendo un linchamiento por parte del pueblo. Pero ninguna de las opciones era buena; al primer intento de atentar contra la vida de Reilly, los *marines* tendrían la excusa perfecta para invadir la isla.

Como podemos observar, entre Trujillo y la Iglesia se dio una lucha encarnizada en la que ninguna de las dos partes cedía. Reilly, había pedido refugio en el Colegio de Santo Domingo –donde estudiaba Urania- y Panal permanecía en La Vega impassible a pesar de los ataques de los que fue víctima por parte de Johnny Abbes y sus hombres. Sabemos bien que Trujillo no resultará vencedor en esta lucha, que la Iglesia reestablecerá las relaciones con el gobierno de Balaguer. La lucha contra la Iglesia no sorprende, ni siquiera por su final. A lo largo de la obra, varios elementos de fueron disponiendo de forma tal que, como lectores, nos preparamos para asistir a la caída del régimen a manos de la Iglesia; la inquietud de Trujillo con respecto a las intenciones de la Iglesia ya se presagiaban desde las primeras páginas de la novela “Perón se lo advirtió, al salir de Ciudad Trujillo, rumbo a España: «Cuídese de los curas, Generalísimo. No fue la rosca oligárquica ni los militares quienes me tumbaron; fueron las sotanas. Pacte o acabe con ellas de una vez». A él no lo iban a tumbar” (34). Ahora bien, teniendo en cuenta el final de la lucha entre la Iglesia y la Bestia y cómo el grupo de conspiradores tenía como objetivo liberar al pueblo dominicano del yugo de Trujillo, resulta paradójico que luego de la muerte de Trujillo, su cadáver haya sido velado de acuerdo con los ritos católicos “Al amanecer del día siguiente, su ministro del Interior lo despertó para informarle que un grupo de militares había retirado el cadáver de Trujillo de su cripta en la iglesia de San

Cristóbal. Lo trasladon a Boca Chica, donde, frente al embarcadero privado del general Ramfis, estaba atracado el yate Angelita” (475). La descripción de lo sucedido en la obra luego de muerto es mínima en comparación con los preparativos que se tuvieron en cuenta para su asesinato. La Bestia había muerto, pero su deceso solo sería un brevísimo paréntesis entre las tres décadas que había durado su régimen y lo que esperaba a la República Dominicana justo después de su asesinato y los años posteriores a él. A este respecto se refiere Gallego Cuiñas en “La fiesta de los sentidos” cuando cita las palabras de José Luis Sáez Ramo, miembro de la Academia Dominicana de Historia “No hemos sido capaces de deshacernos de un muerto tan pesado, ni construir algo que nos evitara su presencia constante, y lo que es peor, su amenaza permanente” (Citado en “La fiesta de los sentidos”, 294). Sáez Ramo reconoce que el fin de la Era Trujillo no acabó en realidad con el régimen del terror que había dispuesto el dictador; más bien, se observan aún los estragos que trajo consigo un gobierno bajo el cual se rigió la isla por tantos años. Y añade que “El problema no radica en el contagio que dejó en los gobiernos que «heredaron» su despacho en el Palacio Nacional, sino en la incapacidad de estos de transformar las instituciones de la tiranía de manera definitiva” (294). Sáez Ramo hace justicia con sus palabras ya que durante el gobierno de Balaguer, sucesor de Trujillo, la situación social no mejoró radicalmente. Sólo por citar algunos ejemplos, recordemos que en 1962, un año apenas después de la muerte de Trujillo, ocurrieron dos ataques en contra de la Unión Cívica Nacional. Uno de ellos en la calle Espaillat y el otro en el Parque Independencia, cuando una manifestación de estudiantes terminó en una matanza por órdenes, poco confusas todavía, de Balaguer. Además, cabe anotar que algunas de las empresas que creó Trujillo durante el régimen existen hoy, medio seiglo después de su

muerte. Por ejemplo Seguros San Rafael o Caribbean Motors, entre otras. Así, no es de extrañar que los dominicanos no hayan podido superar una época tan dañina para la isla y que con razón, algunos críticos aseguren que el fantasma de Trujillo sigue presente en la vida dominicana.

El destino de la República Dominicana, décadas después de la muerte de Trujillo, no se aborda directamente en *La fiesta del chivo*, más allá de las observaciones que hace Urania, quien se ha dedicado a estudiar y a leer todo lo que se hubiera publicado sobre la historia dominicana. Como tampoco se menciona los alcances del gobierno de Balaguer ni su particular forma de gobernar que recordaba, tal vez demasiado, la violencia con la que el Benefecator había gobernado durante tres décadas. Sin embargo, la novela sí da cuenta de los sucesos que ocurrieron luego del ajusticiamiento de Trujillo y del destino de cada uno de los conspiradores. Descubrimos en la obra de Vargas Llosa que con la muerte de Trujillo, la crueldad del régimen no había cesado, quedaba todavía por arreglar las cuentas pendientes entre el clan Trujillo y los conspiradores. De un lado estaban los hermanos de Trujillo, Petán y Héctor, quienes suponían un peligro inminente para Balaguer “Ya había sacado todo el dinero que podía; dejaba algunas propiedades inmuebles que tarde o temprano serían embargadas. En fin, eso no era el problema. Lo eran las bestias irracionales. Los hermanos del Generalísimo comenzarían pronto a pegar tiros, lo único que hacían con destreza” (Vargas Llosa 475). En este caso, los hermanos Trujillo son vistos por Balaguer como seres incapaces de solucionar un problema a menos que recurrieran a la fuerza bruta; para ellos, la solución a todos sus problemas eran las armas y nada más.

De otro lado, quedaba aún el más temible del clan Trujillo, Ramfis. El hijo de la Bestia, quien aunque no había heredado del padre la fuerza de trabajo y la disciplina que siempre lo caracterizaron, pertenecía a la misma estirpe de asesinos, de bestias despiadadas cuyo único deseo era ver la sangre correr y así vengar la muerte de su padre. Su personalidad, desde siempre había sido frenética e impulsiva, como se lo recuerda Urania a su padre “Carecía de ambición política, de toda ambición, y era indolente, propenso a las depresiones, a la introversión, neurótico, asediado por complejos, angustias y retorcimientos, con una conducta zigzagueante de explosiones histéricas y largos periodos de abulia que ahogaba en drogas y alcohol” (129). Ramfis, al igual que su hermano Radhamés, no tienen el carácter que su padre hubiera deseado que heredaran. Desde el inicio, sabemos que por eso mismo no se plantea nunca como el sucesor de Trujillo. Y es precisamente su carácter impetuoso el que lo llevará a arremeter contra Pupo Román y a descargar toda su furia contra él. Fue con el general, con quien más se ensañó Ramfis Trujillo en la prisión conocida como El Nueve. Allí Ramfis lo sometió a todo tipo de torturas, depojándolo de su humanidad:

Entre sesión y sesión de silla eléctrica, lo arrastraban, desnudo, a un calabozo húmedo, donde baldazos de agua pestilente lo hacían reaccionar. Para impedirle dormir le sujetaron los párpados a las cejas con esparadrapo. Cuando, pese a tener los ojos abiertos, entraba en semiinconsciencia, lo despertaban golpeándolo con bates de béisbol (424).

La violencia que desata Ramfis contra Pupo Román por haber participado en la conspiración que terminaría con la vida de su padre puede explicarse de acuerdo con la teoría que tiene el antropólogo Michael Ghilgieri, al que cita Gil Calvo. El antropólogo

argumenta que la violencia, que se puede manifestar de muchas formas, es uno de los medios de los que disponemos para probar que, en ciertas circunstancias somos más fuertes o tenemos más poder sobre alguien más “Perpetrators generally use violence when they imagine they are facing a victim (or opponent) unable to retaliate with equal or superior violent capacity. In short, violent perpetrators seek prey less dangerous than themselves” (Ghiglieri, interview). En este caso, la víctima, el general Román, no dispone de ningún medio para defenderse, por lo cual el ataque de Ramfis es mucho más efectivo. Pero el someterlo a todo tipo de torturas, muestra también en cierta medida un grado de impotencia por parte de Ramfis quien no conoce otro camino distinto al de la violencia. Ya lo había probado en otras ocasiones, por ejemplo cuando se trataba de conquistar y desvirgar mujeres. Y es el caso de Rosalía Perdomo el más dramático ya que mientras él y sus amigos se turnan para violar a la chica, se dan cuenta de que Rosalía se está desangrando por la agresión.

Es por lo anterior que podemos considerar que torturar a Pupo, para Ramfis, consiste en un acto de desesperación al no saber qué otra cosa puede hacer y al no disponer de otras herramientas para afrontar la situación. De modo que descargar su ira contra Pupo parece ser la mejor alternativa para el hijo del Generalísimo. El comportamiento violento del personaje de Ramfis puede ser interpretado como un signo de impotencia de acuerdo con el análisis que Ghiglieri hace al respecto ya que según el antropólogo “Violence can be the perpetrator’s strategy of last resort when other strategies gave failed. Or, instead, violence can be simply the strategy of greatest ease for the perpetrator. Or, by default, violence can be the strategy requiring the least intelligent cogitation on the part of the perpetrator” (Ghiglieri, interview). Una vez muerto Trujillo,

el clan familiar que supuestamente debía sucederlo y tomar el poder, parece desmoronarse y tanto los hermanos de Trujillo como sus hijos, encuentran en la violencia su única salida. Vengar la muerte del dictador se convierte en su objetivo principal, dejando en otras manos, tal vez por no saber cómo hacerlo, el destino de la República Dominicana.

Ahora bien, hay que considerar que al referirse al personaje de Trujillo como «La Bestia», se está poniendo de manifiesto la presencia de cierta trasgresión. El personaje del dictador sin dejar de ser enteramente humano, pues no sufre ninguna transformación física, se convierte en un individuo que pareciera estar despojado de su humanidad no el sentido específicamente fisiológico, sino más bien en tanto es consciente de que sus actos proceden de un razonamiento malvado, causan daño a otras personas y aun así continúa ejerciendo su poder sin mostrar ningún signo de arrepentimiento. Es por lo anterior que las figuras agrupadas dentro de la categoría de *Agentes del mal*, acuñada por Gil Calvo resulta tan paradójica. Así, a los individuos de esta categoría se les puede considerar malvados dentro del marco de una serie de valores que deben ser respetados y sin embargo son violados de muchas formas por estos *agentes del mal*. Y es por esto que la connotación de «La Bestia » para referirse al personaje de Trujillo cobra tanto significado dentro de la obra. El contexto del conflicto con la Iglesia en el que nos adentra la novela, además de ser uno de las causas de su inminente caída, es necesario para comprender por qué, de cualquier forma, hay que eliminar al dictador. En primer lugar, la isla presume de ser uno de los bastiones de la Iglesia Católica. El personaje de Trujillo recuerda en varias ocasiones cómo él ha defendido los valores católicos a lo largo de su mandato, como se lo recuerda a Simon Gittleman “Todo se arreglará y las relaciones con la Iglesia volverán

a ser magníficas. No olvides que mi gobierno ha estado siempre lleno de católicos a carta cabal y que Pío XII me condecoró con la Orden Papal de San Gregorio” (Vargas Llosa 229). Es verdad que había sido condecorado y que eso le había merecido si no el respeto de la Iglesia, al menos su silencio cómplice. Pero eso no significa que Trujillo actuara de acuerdo con los mandamientos de la Iglesia, empezando por el quinto: «No matarás». Nunca en la historia moderna de la isla había habido tantos muertos, dominicanos y extranjeros. De esta forma, la trasgresión del personaje y de su régimen se hace evidente. Su bestialidad no solo radica en la maldad con la que lleva a cabo sus actos, sino también en la ruptura que estos actos suponen. Y nos interesa subrayar especialmente lo anterior. La bestialidad y, como lo veremos más adelante, la monstruosidad, no describen únicamente el modo en que los individuos “malvados” actúan. Su *anormalidad* radica en que por una o muchas razones no se ajustan a los paradigmas sociales. Y con lo anterior no estamos sugiriendo que, de haber sido otras las condiciones en la República Dominicana, de haber sido la isla un país no confesional, los crímenes de Trujillo no serían considerados una trasgresión y el personaje una bestia. El paradigma al que nos estamos refiriendo se encuentra más allá de la frontera delineada por los valores religiosos; las normas que trasgrede el personaje son los valores sociales establecidos por un código social que nada tiene que ver con la religión sino más bien con los derechos que le deben ser garantizados a los individuos incondicionalmente.

Ahora bien, si por una parte el apelativo de «La Bestia» para referirse al personaje de Trujillo constituye una trasgresión que tiende hacia lo inhumano del carácter del dictador en tanto hombre que conscientemente lleva a cabo actos violentos, de otra, identificamos que la palabra «bestia» también es empleada para referirse al carácter

animal de algunos otros personajes. En este caso, se trata de exponer mediante este apelativo el lado más dócil y servil de quienes trabajan para el Generalísimo; se trata de descubrir la falta de raciocinio de aquellos hombres que por tanto tiempo siguieron las órdenes de Trujillo sin atreverse a cuestionarlas. El Generalísimo, como lo mencionábamos en líneas anteriores, considera que algunos de sus más fieles trabajadores son unas auténticas bestias, ya no por su maldad sino por su incapacidad de reconocerse como seres individuales y racionales; con el paso de los años se han convertido en obedientes animales siempre a su servicio. Es el caso del general Ludovino Fernández a quien Trujillo se refiere como “bestia servicial que tanta sangre derramó por el régimen y a quien se vio obligado a matar porque lo aquejaron veleidades politiqueras” (372). El caso del general Fernández es sintomático en el régimen de Trujillo, quien se encargó de convertir a sus servidores en seres obsecuentes que no osaban criticar ni contradecir al Generalísimo por miedo al castigo; el mismo miedo que siente el animal por su amo.

Otro ejemplo y quizás el más trágico de la novela por su mismo desenlace, es el del senador Agustín Cabral cuya fidelidad perruna al final no será premiada por Trujillo sino por el contrario, será desgraciado y destinado a morir sin poder pronunciar palabra ni racionalizar apenas, como las bestias. Desde el principio de la novela, gracias a los recuerdos que Urania tiene de su padre, sabemos que Agustín le profesa fidelidad absoluta al Generalísimo:

«Para ella, conocerlo, darle la mano, sería la felicidad. Uranita reza todas las noches porque Dios le conserve esa salud de hierro. Y, también, por doña Julia y doña María. Háganos ese honor. Se lo pide, se lo ruega, se lo implora el más fiel de sus perros. Usted no puede negármelo: recíbala. ¡Excelencia! ¡Jefe!» (14).

El servilismo de Agustín Cabral, un hombre que se suponía era educado, hacia Trujillo es solo una muestra que refleja el sometimiento en el cual el Generalísimo tenía sumidos a quienes gozaban de ciertos privilegios en su régimen. Así, la humillación constante era una de las estrategias del dictador para conservar el poder sobre sus seguidores. Incluso hasta el final de sus días como mandatario de la República Dominicana, Trujillo se encargó de hacerle la vida imposible a Agustín Cabral, degradándolo a él y a su familia. Urania no tiene memoria de esos acontecimientos pues ya había abandonado la isla, pero su prima se lo recuerda, tratando de excusar la conducta de su tío “Todo el mundo empezó a atacarnos, a decir mentiras horribles de la familia, solo por ser mi madre hermana de un trujillista. Nadie se acordaba de que al final Trujillo trató a tu papá como a un perro. Tuviste suerte de no estar aquí en esos meses, Uranita. Vivíamos muertos de miedo” (197). La situación del senador Cabral se fue agravando con los días y ya nunca volvió a ser la figura respetada que había sido en los buenos años que estuvo al servicio de Trujillo. Pero si Trujillo lo había tratado como a las bestias, su vida después de la muerte del dictador no había sido mucho mejor. Luego de sufrir el derrame cerebral, su hija se encargaba de enviarle dinero, pero no para asegurarse de su bienestar sino para condenarlo a vivir una vida llena de sufrimiento “Prefiero que viva así, muerto en vida, sufriendo –habla muy serena, con los ojos bajos-. Por eso lo ayudo tía”(345). Urania ha decidido que su padre enfermo pague por lo que le hizo el resto de sus días, a pesar de que para sus familiares el gesto de mantenerlo económicamente y contratarle una enfermera era, hasta el momento de la confesión de Urania, un gesto de buena voluntad de su parte. El final de Agustín Cabral no podía haber sido otro. El castigo que le impone Urania es de forma análoga el mismo que los asesinos le imponen

a Trujillo; pero mientras que el último muere, el primero es sentenciado a estar muerto en vida. Así, en los dos casos se trataría de un parricidio, como propone Sabine Kollmann en “*La fiesta del Chivo: cambio y continuidad en la obra de Mario Vargas Llosa*”. Mientras que el de los conjurados es real, ya que han asesinado al Padre de la Patria Nueva, al padrino de tantos niños dominicanos, el de Urania es simbólico ya que “Tarde pero de manera inexorable se venga de su padre que después de un ataque cerebral es incapaz de moverse y hablar” (139). En ninguno de los dos casos estaríamos ante víctimas impasibles ya que en el caso de Urania, ella primero logra salvarse de su padre fugándose a los Estados Unidos para luego regresar a recriminarle al anciano todo lo que había hecho. Mientras que en el de los conjurados, este grupo de hombres toma la justicia en sus manos, elimina a La Bestia aunque el deselance para casi todos haya sido fatal.

Ambos casos, el de Cabral y el de los conjurados revelan el precario estado de quienes seguían a Trujillo. Eran hombres, pues en su gabinete sería impensable encontrar una mujer, que habían perdido cualquier iniciativa; su capacidad de raciocinio había sido aniquilada hasta el punto que se habían convertido en criaturas sumisas que no podían comprender el mundo sin la mano intercesora del Benefactor. Tanto los conjurados como Urania, destacan en la obra por ser los personajes que lograron escapar al dominio de Trujillo. Si bien es cierto que el primer grupo cae en las manos del SIM luego de haber perpretado el asesinato, ningún otro isleño se había atrevido a desafiar al régimen. Urania, por su parte, escapó de su padre, se dedicó a forjar una carrera exitosa, a pesar de la evidente aniquilación que le había producido caer en las manos de Trujillo y además fue la única que descubrió al dictador tal y como era. Uranita desvela su debilidad y la humanidad bestial de Trujillo queda expuesta, para vergüenza suya, ante los ojos de una

niña de apenas catorce años. Pero Trujillo logró convertir a los demás personajes en seres incapaces de pensar y de ser por sí mismos; se convirtió en su amo, haciendo que los hombres más cultos de la isla fueran solo una recua de bestias sobre las cuales podía ejercer un control absoluto.

El concepto de «bestia inhumana» es una de las manifestaciones de la monstruosidad que encarna el personaje de Trujillo en la novela de Vargas Llosa. En esta parte, nuestro interés era mostrar cómo dicho apelativo para referirse al dictador no intensifica únicamente su carácter violento, sino que por el contrario hace parte de una configuración más compleja. La relación entre la Bestia y la Iglesia constituye un punto neurálgico tanto en el desarrollo de la novela como en el destino del régimen trujillista hasta convertirse en una lucha que ha de concluir con la eliminación de la Bestia y la muerte de muchos de los conspiradores. Además, es necesario subrayar el hecho que nos enfrentamos a una Bestia inhumana, no por sus características físicas, sino por su capacidad racional de hacer el mal y cometer actos violentos contra el pueblo dominicano. En el caso del apelativo con respecto a sus servidores, observamos la otra cara de la moneda; hombres supuestamente inteligentes cuya capacidad de discernimiento ha sido aniquilada convirtiéndose en esclavos de la voluntad del Padre de la Patria Nueva. Su comportamiento gregario es una muestra de la influencia que el dictador tenía sobre los hombres que pertenecían a su círculo más cercano, haciendo que sus órdenes fueran acatadas sin protesta alguna. Es así como el personaje de Trujillo triunfa por tanto tiempo y logra controlar la voluntad de aquellos que lo rodean, aniquilándola y suprimiéndola por completo a través de distintas estrategias a las que ya nos hemos referido ampliamente en apartados anteriores.

4.3 Trujillo como monstruo

En este apartado queremos concentrarnos en el aspecto monstruoso del personaje de Trujillo así que proponemos continuar con el estudio que Gil Calvo dedica al tema, detenernos en algunos aspectos importantes mencionados por autores a los que el español cita en su trabajo como Michel Foucault y complementar la investigación a partir de la propuesta que desarrolla José Miguel Cortés en *Orden y Caos*, publicado en 1997. Adicionalmente, nos referiremos a algunos articulistas que se han referido al aspecto monstruoso del personaje de Trujillo. De esta forma, pretendemos enfocar la cuestión desde diferentes perspectivas para tener una visión más completa del tema.

La segunda parte del estudio que Gil Calvo dedica al fenómeno de la monstruosidad ya no se relaciona tanto con la fenomenología ni tipología de estas criaturas, sino que intenta proveer un acercamiento al tema de su estudio desde un punto de vista teórico. Así, su análisis se divide en cinco apartados, de los cuales solo tomaremos el primero por la pertinencia que supone para nuestra investigación. El apartado se titula “El «daimon» sin par” en el que desarrolla su análisis a partir de dos autores, César Aira de quien tomará la definición de monstruo y Michel Foucault de quien retomará algunas de sus conferencias en el Colegio de París. De esta forma, la tipología que realizó en la primera parte, que ya hemos comentado ampliamente, aparecerá en este segundo apartado a modo de ejemplo para explicar de mejor forma lo que el autor intenta plantear como una teoría del fenómeno de la monstruosidad.

Gil Calvo ya ha intentado establecer una clasificación de los monstruos de acuerdo con sus características, comportamiento y momento histórico en el cual surgen, pero hasta ahora no ha dado una definición de lo que él considera como “monstruo”. Es

por lo anterior que en el apartado titulado “Daimon sin par” va a referirse a César Aira, ensayista y novelista argentino, quien propone que el monstruo es “una especie que consta de un solo individuo” (Citado por Gil Calvo, 305), de acuerdo con el ejemplo que el argentino analiza en su artículo *Dos notas sobre Moby Dick*¹⁷. La propuesta de Aira nos conduce a enfocar la cuestión de la monstruosidad desde una perspectiva que no había sido explorada hasta ahora por Gil Calvo y es así como podemos considerar que la monstruosidad de una criatura no se manifiesta tanto en su aspecto físico o cualquier deformidad que ésta pueda presentar, como se ha expuesto anteriormente, como sí lo hace en su singularidad y especificidad. Lo anterior conlleva, por supuesto, a que al monstruo no se le pueda comparar con nada semejante.

En la novela, se podría argumentar que el personaje de Trujillo tiene hijos y también hermanos, pero hay que tener en cuenta que la violencia que ellos encarnan, podría bien atribuírsele a Johnny Abbes o a cualquiera de los hombres del SIM. Consideramos que aunque varios personajes muestran rasgos de monstruosidad en la novela, a ninguno de ellos se le puede acaso comparar con los rasgos que caracterizan al dictador. El personaje de Vargas Llosa está configurado de tal forma que no podría llegar a considerarse la idea de que el Generalísimo solo fuera un engranaje más en el sistema dictatorial bajo el que vivió la isla por poco más de tres décadas. Recordemos pues algunos de los rasgos, que si bien no todos están relacionados con su conducta violenta, sí hacen de este personaje uno singular, destacando su peculiar individualidad. Además es preciso anotar que estas características nos llevan a pensar en el personaje como una suerte de individuo sobrenatural, magnificando así el poder que ejerce sobre los demás.

¹⁷ Aira, César: *Dos notas sobre Moby Dick*, suplemento *Babelia*, *El País*. 12 de Mayo de 2001, pag 32.

El Generalísimo no suda y alrededor de este fenómeno se ha creado una leyenda que se extendió por toda la isla “Otro mito que repetían sobre él era «Trujillo nunca suda. Se pone en lo más ardiente del verano esos uniformes de paño, tricornio de terciopelo y guantes, sin que se vea en su frente brillo de sudor». No sudaba si no quería” (Vargas Llosa 29). Este rasgo, evidentemente contribuía a crear la imagen de ser todopoderoso cuya voluntad se convierte en mandato, incluso en contra de la naturaleza humana. La cuestión principal no es que no sude, es que el dictador se aprovecha de eso para convencer a quienes tiene dominados de que él es un hombre diferente, incomparable y sobre todo, irrepetible. Además de jactarse de no sudar, quienes lo rodeaban le tenían miedo a su mirada, no podían soportar que El Chivo fijara los ojos en ellos pues sentían la presencia de una fuerza sobrenatural “Una mirada que nadie podía resistir sin bajar los ojos, intimidado, aniquilado por la fuerza que irradiaban esas pupilas perforantes, que parecía leer los pensamientos más secretos, los deseos y los apetitos ocultos, que hacía sentirse desnudas a las gentes” (47). La mirada de Trujillo infundía el mismo terror que puede sentir la presa ante el depredador; otra leyenda acerca del dictador, que pasaba de generación en generación y que todos los dominicanos creían. Pero Amadito reflexiona y parece desenmascarar a Trujillo ante nuestros ojos; nos recuerda que efectivamente no estamos frente a un ser sobrenatural ni todopoderoso. Trujillo a pesar de su maldad y su fama, a pesar de ser el Padre de la Patria Nueva, era solo un hombre “Pero, no era Dios. Su mirada solo podía ser la de un mortal” (47). Aun así, la fama de la mirada de Trujillo había trascendido y Antonio de la Maza, así como Amadito, siempre recordaría qué era ser observado por Trujillo “Veintiocho años después, Antonio recordaba aquella voccecita chillona, aquella inesperada cordialidad, atenuada por un matiz de ironía. Y la

penetración de aquellos ojos cuya mirada – él, tan soberbio- no pudo resistir” (106). Lo que más sorprende es que su voz, a quienes todos se refieren como “aflautada” o “chillona” también tenía un efecto apabullante incluso en el más cruel de sus hombres, como lo podemos observar en la conversación que sostiene con Johnny Abbes “-Hizo un buen trabajo en México – le dijo éste, con la vocecita aflautada y cortante que, igual que su mirada, ejercía también un efecto paralizante sobre sus interlocutores-.” (85). Resulta casi paradójico que un hombre, que presumía de su masculinidad, tuviera una voz tan poco acorde con los otros rasgos de los que presumía. Pero eso no impedía que todos le temieran. Así, se crea una atmósfera de terror en torno a la figura del dictador; su humanidad parece ignorarse elevándolo a la categoría de divinidad. Además, como ya lo hemos comentado ampliamente, El Chivo había ganado su sobrenombre con méritos. Su fama de fornicador incandable traspasaba los límites de la edad y no importaba de qué mujer se tratara, él siempre demostraba tener un desempeño sexual envidiable. Al respecto, Charles Lindholm comenta en *Charisma* que los atributos de los líderes como Trujillo no son extravagantes sino que más bien representan los valores de la sociedad en la que viven “Naturally the particular characteristics must be compatible with the demands of the mass, evoking images that are familiar and compelling” (44). La sociedad machista dominicana y caribeña exigía que su líder fuera el símbolo si no de lo que eran los isleños, de lo que pretendían ser. Es por eso que, entre otras cosas, se hizo tan popular su “Pegapalo”, el famoso brebaje que todos los dominicanos querían beber dadas sus propiedades afrodisíacas.

Su monstruosidad sí radica en su singularidad y es así como el personaje está construido para ser un irrepetible. Y este es el punto en donde la monstruosidad y la

capacidad de liderazgo encuentran un punto común. Podemos entender al personaje de Trujillo como líder y como figura monstruosa por su capacidad de distinguirse del resto, por sus habilidades sobrenaturales y deíficas de un lado, y por su facultad de hacer creer al pueblo dominicano que sin él no habría Patria Nueva, del otro. Gallego Cuiñas comenta en *Trujillo: El fantasma y sus escritores* que gran parte del éxito que tuvo el dictador se debía a su especificidad como un político al que los dominicanos nunca habían visto. Y la obra se encarga de retratar muy bien dichos rasgos; el personaje cumple con toda una serie de rituales diarios, se maquilla su negritud y viste siempre elegante. El Generalísimo no era un soldado cualquiera, recordemos que había asistido a la escuela de los *Marines* de la cual se había graduado con honores y una carrera prometedora. Es por esto que “El resultado de todo este «ceremonial cosmeológico» era el encanto y la fascinación que producía en las masas, que le vieron, desde un principio, como un político y un militar distinto a los caudillos de montoneras y a los pocos impresionables líderes urbanos de la época” (128). Sin dicha singularidad, El Chivo no habría llegado a ser tan conocido entre amigos y enemigos y jamás habría podido llegar tan lejos. Pero es precisamente su singularidad lo que hace de este personaje un monstruo, irrepetible tanto en la historia como la ficción.

En este sentido, Vargas Llosa se encarga de configurar un personaje que tanto por su rareza como por su maldad se convierte en una figura monstruosa compleja, pero que sin embargo va perdiendo su máscara poco a poco, conforme se desarrolla la historia para descubrir que el personaje es solo un hombre. Pero ese hombre hundi6 en la miseria a la República Dominicana, envileció el carácter de quienes le servían y esa sería su condena “Lo que él no podía perdonarle era, sobre todo, que, así como había empuetecido y

encanallado a este país, el Chivo también había emputecido y encanallado a Antonio de la Maza” (Vargas Llosa 104). Fue su capacidad de llenar de odio el corazón de sus más fieles seguidores lo que sentenció el final de la vida de Trujillo. Nunca nadie había ordenado tantos asesinatos, masacres, muertes por venganza y atentados tanto en suelo dominicano como extranjero.

Ahora bien, volviendo con la propuesta que hace Gil Calvo, es necesario recordar que el autor refiere en su libro que César Aira no es el único que ha enfocado la cuestión de la monstruosidad desde el punto de vista de la singularidad de la criatura. Ian Watt, según lo referido por Gil Calvo, también ha anotado algo similar en *Myths of modern individualism* publicado en 1996, cuando menciona que Fausto, Don Quijote o Don Juan son “individualidades hechas a sí mismas que carecen de familia pues no parecen tener progenitores ni descendientes” (Gil Calvo 305). Pero el hecho de que no se les pueda relacionar con ninguna otra criatura no significa que no tengan pares, es decir, tienen congéneres que comparten una misma especie: por ejemplo, en la historia de la política latinoamericana, solo por citar un caso específico, ha habido muchos dictadores sin que eso suponga estrictamente que están relacionados entre sí. Los uno más bien otra serie de características que no se heredan sino que por el contrario se copian, tratando de hacer cada uno su régimen más efectivo, poderoso y duradero que el de sus homólogos sin importar a qué precio. O, como comenta Gil Calvo, lo anterior también se podría aplicar, por ejemplo, a los vampiros; hay muchos de ellos pero no están emparentados entre sí.

Además de lo anterior hay que especificar que esa singularidad hace que los monstruos sean criaturas generalmente solitarias que “atacan” a sus víctimas sin formar parte de un grupo con inteligencia colectiva. Este tipo de comportamiento ha sido

denominado por Mancur Olson, quien ha tomado el caso de *Alien* o *Moby Dick*, como el *free rider* “un parásito y depredador racional, cuya pasión es el cálculo de su propio interés que trata de maximizar con eficiencia despiadada, sacrificando sin compasión cualquier pieza que logre cobrar” (305). Lo anterior, sin embargo es muy discutible si lo analizamos a la luz de la obra de Vargas Llosa dado que el SIM vendría a cumplir la función de ese grupo del que Trujillo depende para poder llevar a cabo sus planes.

A pesar de lo anterior, destacamos en el personaje dos aspectos que son fundamentales a la luz de la relación “depredador-presa” expuesta por Gil Calvo. En primer lugar, el personaje del dictador demuestra una autonomía casi sagrada a la hora de mantener relaciones sexuales con una mujer; es decir, nunca lo hace como parte de un grupo. En segundo lugar, el dictador, como depredador, siempre está buscando satisfacer sus deseos sin importarle lo que eso implique y sin hacer distinciones entre las mujeres que elige para compartir el lecho. Es decir, no importa si están casadas, si se trata de las hijas de sus servidores o si son apenas unas muchachas. No se trata de un personaje como el de Ramfis Trujillo que actúa en grupo y entre todos sus amigos comparten el placer de desvirgar a una muchachita, como en el caso de Rosalía Perdomo. En el caso del padre, nadie interviene en sus relaciones sexuales, salvo Manuel Alfonso, quien hace las veces de celestino. Sin embargo, el Chivo no ve en las relaciones sexuales un acto grupal. Se las arrebató a sus maridos porque le gustan tal vez, porque quiere humillar a sus servidores o por ambos motivos, pero no permite que nadie se involucre en su vida sexual, que además, muestra signos evidentes de deterioro durante los últimos años de su vida. El Benefactor no necesita ayuda para acceder carnalmente a las mujeres que le gustan porque eso sería mostrar debilidad; si no puede mantener su fama de macho cabrío, de su

condición física para mantener relaciones sexuales, el mito en torno a él decaería y el respeto también. Es por eso que cada vez que podía, le recordaba a sus conocidos sus proezas en la cama “Llegaba a jactarse de las «hembras que se había tirado», algo que también celebraban los cortesanos, aun cuando ello los hiciera potenciales enemigos de doña María Martínez, la Prestante Dama, y aun cuando aquellas hembras fueran sus esposas, hermanas, madres o hijas” (Vargas Llosa 72). Lo que nos parece interesante es que el personaje no se ve a sí mismo como una especie de depredador sexual que solo busca satisfacer sus necesidades primarias. Trujillo está convencido de que es un privilegio para las mujeres, el que él las haya escogido para ser sus amantes “El rostro de una hermosa hembra, deshaciéndose de placer en sus brazos, agradeciéndole lo mucho que la había hecho gozar” (170). Pero su postura frente a los actos sexuales tendrá una suerte de contrapunto cuando se encuentre con Urania en la Casa de Caoba, como lo estudiaremos más adelante. Es ella quien descubrirá no solo la faceta más vulnerable del dictador, sino quien también pondrá de manifiesto las vejaciones que sufrieron las mujeres, en general, y ella, en particular, durante el régimen trujillista.

De otro lado, y continuando con la línea argumentativa de Gil Calvo, el monstruo también puede ser definido por oposición; es decir, de acuerdo con el autor, el monstruo en tanto es una criatura solitaria que no tiene semejantes y cuyos actos están motivados por un impulso racional insaciable que lo lleva a cometer cualquier tipo de actos, es todo lo contrario a la figura del héroe “Pues a diferencia del héroe, que se mide y compara con sus rivales, el monstruo no reconoce pares, sólo presas con las que satisfacer su ávida voracidad” (Gil Calvo, 305). Es interesante que Gil Calvo haga plantee esta oposición ya que así desprovee al monstruo de cualquier valor positivo o la posibilidad de tener un

papel redundante dentro de la sociedad en la que éste vive. Y es lo anterior lo que lo distancia de la figura del héroe que es motivo de inspiración y tiene seguidores que lo toman como un modelo digno de imitar. Pero dentro de las dimensiones de este paralelo hay que resaltar que a pesar de los argumentos anteriormente expuestos, el héroe comparte con el monstruo su singularidad y el hecho de que rara vez tenga un igual al que se le pueda comparar.

Con respecto a la propuesta de Gil Calvo se pueden comentar varios aspectos a la luz de la obra de Vargas Llosa. En primer lugar, estamos de acuerdo con el ensayista en cuanto a la incapacidad del monstruo de reconocer pares pues en el caso del personaje de Trujillo, esta característica es evidente y el dictador así lo reconoce:

A la Prestante Dama tendría que reñirla esta tarde y recordarle que Rafel Leonidas Trujillo Molina no era Batista, ni el cerdo de Pérez Jiménez, ni el cucufato de Rojas Pinilla, ni siquiera el engominado general Perón. Él no iba a pasar sus últimos años como estadista jubilado en el extranjero. Viviría hasta el último minuto en este país que gracias a él dejó de ser una tribu, una horda, una caricatura, y se convirtió en República (Vargas Llosa 157).

Los personajes a los que se refiere el dictador no representan para él ni un peligro ni mucho menos dignos rivales. Asimismo para Trujillo no hay adversarios a los que no pueda derrotar ni enemigos lo suficientemente poderosos para derrocar su régimen. Para el personaje hubiera sido una deshonra tener que salir exiliado de República Dominicana o haber pasado a la historia como otro de los presidentes de la isla. Trujillo había hecho cosas grandes por ese territorio de modo que él moriría gobernando y eso fue justamente lo que sucedió con el personaje de Trujillo en la obra. De hecho, un discurso pronunciado

por Joaquín Balaguer pocos meses antes de la muerte de Trujillo aparece en la novela como una suerte de presagio de la suerte del personaje:

-«Sean cuales sean las sorpresas que el porvenir nos reserve, podemos hallarnos seguros de que el mundo podrá ver a Trujillo muerto, pero no prófugo como Batista, ni fugitivo como Pérez Jiménez, ni sentado ante las barras de un tribunal como Rojas Pinilla. El estadista dominicano es de otra moral y otra estirpe» (226).

El marcar una diferencia entre sus homólogos contemporáneos y Trujillo no es más que una estrategia para hacer parecer que su poder aumenta, cuando en realidad está disminuyendo y la situación social y política en la isla se está deteriorando rápidamente. Sin embargo, el tratar de guardar distancia con los otros presidentes, que han sido derrotados, implica que Trujillo tiene el pleno convencimiento de que él es mejor. Pero no se compara con los demás en términos de quién es el mejor gobernante o el que más se ha comprometido con el bienestar de la nación que gobierna; se trata más bien de distanciarse de Rojas Pinilla o Perón ya que ellos sí sucumbieron, ellos no supieron mantener el régimen al que habían intentado someter a sus naciones. En cambio Trujillo, a pesar de la presión de la Iglesia y de las sanciones impuestas por países como Estados Unidos, seguía gobernando a su modo. Se trata de resistir ante cualquier inconveniente, sin importarle acaso que sus políticas hayan acabado con la vida de miles de personas. Para el personaje no había nadie que se pudiera medir ante él; su poder no tenía comparación y sus monstruosidades tampoco.

Además, no podemos olvidar que Trujillo tenía razones de sobra para creer que él era imbatible y que su régimen jamás caería como el de sus homólogos. Por muchos años, la República Dominicana contó con el beneplácito de Estados Unidos, así que apadrinado

por el gigante, Trujillo no tenía nada que temer. Así lo anota Macías Rodríguez en “El doble tiranicidio de Trujillo”, cuando comenta que si bien el dictador dominicano ostentó mucho poder, la responsabilidad en gran parte era de los Estados Unidos por haberlo apoyado por tanto tiempo en el marco de la política del país norteamericano para combatir el comunismo:

Al amparo de esta política, Trujillo fue proclamado el Primer Anticomunista de América, título que sirvió para perfeccionar los métodos de represión que aumentaron el despotismo y la crueldad de la Era. Para la década de 1950, Trujillo era considerado el más poderoso de los dictadores de la América Latina bajo el amparo y patrocinio de los Estados Unidos (Macías Rodríguez n.pag.).

Es evidente que con el respaldo de los Estados Unidos, el éxito del régimen de Trujillo, abanderado de la lucha contra el comunismo, estaba casi garantizado. Pero a pesar de eso, hubo quienes se atrevieron a cuestionar sus políticas, sin imaginar que el SIM, bajo las órdenes de Johnny Abbes, como lo hemos comentado ampliamente en otros apartados, se encargaría de acallar sus críticas.

Con respecto a los planteamientos de Gil Calvo con respecto a la singularidad del monstruo y la relación que el ensayista plantea entre este último y el héroe como figuras antagónicas, podríamos discutir algunas cosas a la luz de la construcción del personaje de Rafael Trujillo. Si bien Gil Calvo acierta al apuntar que históricamente la figura del monstruo, en tanto representación del “antihéroe”, ha tenido más opositores que seguidores, en el caso del personaje de Trujillo, ocurre un fenómeno paradigmático. A principio del régimen, a pesar de los incontables opositores de Trujillo –a cada uno de los cuales fue eliminando a conveniencia-, el dictador gozaba, y lo hizo por mucho de tiempo,

del aprecio y admiración de muchos dominicanos que en poco tiempo vieron que el gobierno del Benefactor estaba dando los frutos deseados. Muchos de ellos, como lo comentamos detalladamente en capítulos anteriores, llegaron a idolatrar la imagen de Trujillo y defendían a toda costa las acciones del Padre de la Patria Nueva quien se reconocía a sí mismo como un digno representante de la estirpe de titanes “Había ido, sí, gracias a esa disciplina despiadada de héroes y místicos, que le enseñaron los marines” (Vargas Llosa 24). Rápidamente la República Dominicana se convirtió en la obra de un dios encarnado, como se lo recuerda entre zalamerías, Balaguer “Trujillo no hubiera podido llevar a cabo la sobrehumana misión, sin apoyo trascendente. Usted ha sido, para este país, instrumento del Ser Supremo” (293). Incluso, los conspiradores alguna vez estuvieron de parte del régimen, que untaba de dinero y así compraba el silencio cómplice a quienes colaboraran con las empresas de la familia de Trujillo, quien siempre le recordaba a sus colaboradores que al ser el dueño de tantas fábricas y negocios, solo velaba por la economía dominicana. Los isleños y, sobre todo, sus hombres de confianza debían tener presente que “Si esas empresas no fueran de la familia Trujillo, esos puestos de trabajo no existirían” (154), como se lo recuerda a Henry Chirinos en una de sus habituales reuniones. La frase de Trujillo es tradicional de los regímenes paternalistas, en los cuales el padre, en este caso el de la Patria Nueva, crea a partir de su discurso, la falsa impresión de que sin su presencia, los pobladores estarían perdidos y su destino no sería el mismo. Así, se crea una dependencia que deriva en un círculo vicioso: el dictador necesita a sus dominados para seguir ejerciendo poder y los isleños dependen de Trujillo para poder subsistir. O al menos eso es lo que hace parecer el personaje, ya que, de otro lado, la voz de los dominicanos es casi una ausencia en la obra.

Pero, cuando la situación social se deterioró, los conspiradores, aun usufructuándose del régimen y sabiendo lo que el golpe supondría para ellos y sus familias, se dieron cuenta de que no tenían otra opción más que el tiranicidio. La hora de la venganza había llegado. Lo anterior es uno de los dilemas que plantea la novela y este se hace evidente cuando Salvador Estrella comenta su plan con su consejero espiritual. Así, solo se plantean dos alternativas: seguir bajo el régimen sanguinario de Trujillo o emplear la violencia para acabar con el mismo. Andrew Foley comenta en “Power, Will and Freedom” que si bien el dilema de Salvador podría representar el dilema del mismo autor con respecto a la reivindicación de la violencia como arma para producir un cambio social, “What the novel does affirm, however, is that there seems to be no alternative to assassination” (20). Pero incluso si hablamos en términos de asesinato y no de tiranicidio, los autores materiales e intelectuales del golpe contra Trujillo tampoco serían considerados de ningún modo como antihéroes por haber matado al dictador, o al menos, así lo creían ellos “Los radios, diarios y la televisión dejaron desde ese día de llamarlos asesinos; de ajusticiadores, su nuevo apelativo, pasarían pronto a ser llamados héroes y, no mucho después, calles plazas y avenidas empezarían a ser rebautizadas con sus nombres” (491). Como podemos observar, el apelativo de antihéroe que emplea Gil Calvo es relativo dependiendo desde el cristal con el que se mire. Así como Trujillo había sido un héroe, un ídolo para muchos y después un tirano; los conspiradores, luego de la amnistía de Balaguer, pasarían a la historia dominicana de ser los asesinos del Benefactor a los héroes que habían liberado a un pueblo de un yugo que había pesado por más de tres décadas.

4.3.1 La anormalidad como rasgo distintivo del monstruo

Pero tal vez la definición más interesante que propone Gil Calvo con respecto a los monstruos es la que a continuación analizaremos. Aunque la idea no es original, sino que la retoma de Foucault, Gil Calvo la define en términos menos estrictos que el pensador francés, en cuya clasificación nos detendremos en las siguientes líneas. Para Gil Calvo, la esencia única del monstruo y la imposibilidad de encontrar una repetición o una posible manera de imitarlo es lo que caracteriza a estas criaturas y es así como para el autor podemos identificar a las figuras monstruosas por su “inimitable anormalidad imposible de reproducir, excepcional a la vez que estéril, pues no deja herederos, epígonos ni sucesores” (Gil Calvo 306). El comentario no es muy original en sí mismo pues a nuestro modo de ver aparece más como una conclusión a lo que ha dicho previamente con respecto a la imposibilidad del monstruo de encontrar rivales, sino más bien presas con las cuales satisfacerse. Pero lo que sí hace Gil Calvo es mencionar el término “anormalidad”, que nos permitirá considerar al monstruo desde una nueva perspectiva. Además, la “anormalidad” de estas criaturas es el resultado de la relación que existe entre ellas y el paradigma social en el que surgen como individualidades identificables que se distancian del resto, de la norma, por así decirlo. De modo que, al ser anormales, regresamos al punto principal de nuestra propuesta: lo que caracteriza al monstruo es la ruptura que éste implica para ciertos paradigmas que a su vez están determinados por una serie de factores sociales, temporales e históricos.

Abordaremos el tema de la anormalidad del monstruo principalmente desde dos autores. En primer lugar nos referiremos a la clasificación que hizo Michel Foucault en el apartado “Los anormales” que aparece en *La vida de los hombres infames*. En segundo

lugar, tomaremos el análisis que propone José Miguel Cortés en *Orden y caos. Un estudio cultural sobre lo monstruoso en el arte*, publicado en 1997, como lo habíamos anticipado en páginas anteriores. Aunque la clasificación que ha hecho Foucault, como lo veremos a continuación es quizás una de las referencias más frecuentes en relación con el tema de la monstruosidad, consideramos que las categorías que propone el francés no son suficientes y son al mismo tiempo demasiado estrictas para el propósito de nuestra investigación. Sin embargo, las revisaremos para comprender cómo operan y de qué forma la revisión que propone el estudioso es provechosa para nuestro propio análisis.

El estudio que propone el francés se parece un poco al que ha hecho Gil Calvo en la primera parte de su análisis, en tanto Foucault también plantea la problemática de la monstruosidad desde un punto de vista tipológico. Así, analiza casos para crear una clasificación de acuerdo con la cual podríamos agrupar a los individuos que por alguna razón son considerados “anormales”. De esta forma distinguimos entre los «anormales» “tres variantes sucesivamente constituidas en la historia de los peritajes médico-legales a lo largo del siglo XIX: el *monstruo humano*, el *incorregible* (hoy lo llamamos desviado social) y el *onanista* (practicante de las antes llamadas perversiones sexuales que hoy se denominan parafilias)” (Gil Calvo 306). Es importante el hecho de que Foucault retome los análisis del siglo XIX y se detenga en dicha época si tenemos en cuenta que fue gracias a los estudios practicados en los individuos considerados como “anormales” que surgieron formalmente nuevas disciplinas que se dedicarían a estudiar dichos fenómenos de forma rigurosa, a veces no tan acertada como sería el caso de la frenología que se dedicaba a estudiar la morfología de los huesos del cráneo de modo que a partir de los resultados se podía decir con “certeza” que tipo de personas eran propensas, por ejemplo,

a los actos criminales. Pero paralelamente al penoso caso de la frenología, surgió también la psiquiatría y el psicoanálisis, entre otras disciplinas.

La psicopatología es el punto de partida de Michel Foucault desde el cual inicia su estudio acerca de “La gran familia indefinida y confusa de los «anormales» que atemoriza de forma obsesiva a las gentes de finales del siglo XIX” (*La vida* 39), con lo cual el francés propone hacer una revisión histórica del fenómeno de los comportamientos que hasta el siglo XIX no habían sido estudiados con el rigor necesario. El contexto decimonónico será entonces el marco histórico de referencia desde el cual se explicarán algunos de los fenómenos relacionados con el tema que nos interesa. En primer lugar, Foucault señala que el estudio de aquellos que se conocen como «anormales» no sólo representa un momento de confusión en la ciencia del siglo antepasado, sino que la construcción de este tipo de seres, y su posterior denominación responden a “todo un conjunto de instituciones de control, con toda una serie de mecanismos de vigilancia y de distribución del orden” (39). Pero el asunto es más complejo debido a que gracias a una concepción errónea con respecto a este conjunto de personas, que de algún modo son diferentes y se distinguen como un grupo aparte dentro de una sociedad establecida que se rige por una serie de normas, “... (se) dará lugar a elaboraciones teóricas irrisorias cuyos efectos se grabarán sin embargo hondamente en la realidad social” (39). Un ejemplo de lo anterior lo encontramos en la frenología o la lobotomía, que aunque cuyos fines eran diferentes en tanto la primera tenía un carácter de “pronóstico” de posibles anomalías, mientras que la segunda pretendía “curar” algunas enfermedades mentales, ambas surgieron como alternativas “científicas” para tratar a los pacientes con problemas mentales.

4.3.1.1. Categorías propuestas por Foucault

El «monstruo humano»

Dentro de la serie que Foucault denomina como la de los «anormales» podemos a su vez identificar tres figuras “cuya constitución no ha surgido de forma exactamente sincrónica” (39). La primera de ellas es «el monstruo humano» que constituye una idea ya bastante antigua y que podemos delimitar dentro de un marco referencia legal. Así, podemos entender que esta figura se debata entre las leyes jurídicas y las leyes de la naturaleza. Si hacemos un rastreo histórico, encontraremos que el «monstruo humano» ha aparecido a lo largo de muchas épocas y bajo distintas formas. Desde la Edad Media este tipo de figuras ha suscitado todo tipo de problemas y ha sido objeto de rechazo en las sociedades. La idea de “un ser mitad hombre mitad bestia (privilegiada sobre todo en la Edad Media), las individualidades dobles (valorizadas sobre todo en el Renacimiento), los hermafroditas (que suscitaron tantos problemas en los siglos XVII y XVIII) representan bien históricamente las figuras arquetípicas de esa doble infracción” (39). La doble infracción referida por Foucault, se da precisamente debido a que el monstruo no sólo es considerado como la ruptura al orden natural, sino que también representa un reto para la ley pues no se ajusta a parámetros determinados. Pero si observamos el caso de los hermafroditas, no sólo debemos considerar de qué forma se los puede considerar dentro de un marco jurídico, sino que además siempre han sido considerados como un caso excepcional en el campo de la medicina. De cualquier forma, el «monstruo humano» representa una problemática que tiene muchas facetas, porque además surge de la combinatoria de lo imposible y lo prohibido (Foucault, 37). Además, lo anterior plantea un giro interesante de la cuestión pues el «monstruo humano», como lo denomina

Foucault, no sólo es aquél cuya configuración física disímil del resto de la sociedad implica una ruptura de un cierto orden establecido. A esta condición en particular también está ligada toda una serie de elementos que le permiten, de cierto modo, una ambigüedad entre la ruptura de la norma natural y la de la norma jurídica.

El «individuo a corregir»

A diferencia del «monstruo humano», cuyo comportamiento se puede asociar a cierto tipo de condiciones que representan una ruptura de las leyes de la naturaleza y cuyo aspecto físico influye drásticamente en el modo en el que se adapta a una sociedad determinada, el «individuo a corregir» es para Foucault “un personaje más reciente que el monstruo que está más cerca de las técnicas de adiestramiento, con sus exigencias propias, que de los imperativos de la ley y de las formas canónicas de la naturaleza” (La vida 40). El esquema que Foucault nos presenta puede ser interpretado como un sistema de interrelaciones en el que cada «anormal» no puede ser concebido ni estudiado como un fenómeno totalmente aislado, sino que por el contrario, su aparición y particularidades están íntimamente ligados con determinado tipo de entorno social e histórico.

Entonces, de acuerdo con el hilo argumentativo que propone Foucault, podemos situar al «individuo a corregir» en el momento histórico en el que se empiezan a poner en práctica ciertos mecanismos de disciplina occidentales¹⁸, que aparecen durante los siglos XVII y XVIII. Algunos de estos métodos son la implementación, por ejemplo, de la educación militar, los internados, los colegios e incluso las familias, un poco más

¹⁸ Es imprescindible anotar que el análisis que hace Foucault se remite a una realidad enteramente occidental, de modo que los modelos de conducta propuestos deben considerarse teniendo en cuenta dicho contexto cultural y social.

adelante (40). Pero no debemos pensar, exclusivamente, en instituciones que de algún modo implican un modo de educación represivo, como es el caso de una escuela militar o de un internado. El contexto educativo es mucho más amplio si tenemos en cuenta que era muy común que las niñas de familias ricas recibieran educación que más allá de formarlas intelectualmente, buscaba prepararlas para que fueran buenas esposas y amas de casa. De una u otra forma se educaba su voluntad a una edad muy temprana y es por lo anterior que podemos comprender que “Los nuevos procedimientos de adiestramiento del cuerpo, del comportamientos, de las aptitudes, suscitan el problema de aquellos que escapan a esta normatividad que ya no se corresponde con la soberanía de la ley” (40). Si el «monstruo humano» representa conflictos de orden médico, por su ruptura del orden natural y legales, por la ruptura de la norma, el reprender a este segundo tipo de individuo compete a otras autoridades de modo que el tribunal jurídico “se va a ver en parte ocupado y en parte reemplazado por un conjunto de técnicas y de procedimientos mediante los cuales se pretenderá corregir a aquellos que se resisten a ser educados así como a reformar a los «incorregibles»” (40). Una de estas prácticas, consistía en el encierro o enclaustramiento que era practicado frecuentemente durante el siglo XVII y representaba el término medio entre los correctivos que hubiera impuesto la ley y los métodos apropiados de corrección. De esta forma, el encierro, que era de alguna forma el equivalente del castigo de la cárcel “excluye de hecho y funciona fuera de la ley, pero no se justifica apelando a la necesidad de corregir, de mejorar, de provocar el arrepentimiento, de despertar «buenos sentimientos»” (40). Cuestionar el encierro o enclaustramiento es, en otras palabras, cuestionar de hecho la forma en la que funcionan casi todos los sistemas penales actuales. En realidad, cuando se piensa en el castigo de la

cárcel, es muy frecuente encontrarse con opiniones divididas, algunas de las cuales cuestionan la efectividad de la cárcel en el proceso de rehabilitación social del individuo. De cualquier forma, es necesario considerar las transformaciones, no sólo legislativas, sino también educativas que ocurren no sólo conforme se van descubriendo y estudiando distintos tipos de comportamiento, sino que también están en consonancia con las condiciones sociales y políticas que impone cada país. Es evidente que en todo sistema social, no sólo están en juego ciertas políticas que de algún modo son compartidas por otras sociedades. También encontramos que la herencia cultural tiene una gran importancia en el forma en la que se educa y castiga a quien incumpla la norma.

El onanista

Finalmente encontramos la figura del onanista cuyo surgimiento, aunque contemporáneo de las dos anteriores, tiene un origen bastante diferente. En este caso se la puede relacionar con “las nuevas conexiones entre la sexualidad y la organización familiar, con la nueva posición del niño en el interior del grupo parental, con la nueva importancia concedida al cuerpo y a la salud” (40). Es interesante que Foucault centre su atención en torno de esta figura en la niñez del ser humano. Mientras que las otras dos figuras anormales contemplan al individuo como un adulto formado que en un primer caso debe enfrentarse a instancias jurídicas y médicas y en el segundo caso debe ser castigado y corregido, la atención en torno al onanismo se enfoca en la primera etapa del individuo, cuando se está formando su carácter y su personalidad, y más importante aún, la forma en que se relaciona con un núcleo social.

Comenta el autor, que la figura del onanista cuenta con un largo historial que está íntimamente ligado con “el desarrollo conjunto de técnicas de dirección de la conciencia

(en la nueva pastoral nacida de la Reforma del Concilio de Trento) y de las instituciones e educación” (40). Así, el deseo sexual en todas sus formas se enfoca desde los cánones sociales de lo que debería ser aceptable o no. Las prácticas sexuales no hacen parte entonces del espacio íntimo de quienes las llevan a cabo, sino que son continuamente revisadas por autoridades que terminan por dictar lo que es moral o no. De esta forma, el deseo sexual en todas sus expresiones ha sido sometido a una “minuciosa cuadrícula discursiva (...), que se verá reforzada por la obligación de la confesión en el sacramento de la penitencia y por una práctica muy codificada de los interrogatorios sutiles” (40). A partir de estas consideraciones se puede comprender de una forma más clara la relación entre la idea de sexualidad y la de pecado. No estamos sugiriendo que haya sido Foucault el primero en anotar tal cuestión, pero el autor resalta el hecho que las conductas anormales deben ser consideradas como tal, no por su índole, sino por el contexto en el que se producen. Son anormales entonces, estas conductas, debido a que hay alguien que dicta qué es aceptado dentro de una sociedad y qué no. En este caso, la Iglesia ha jugado un papel fundamental ya que es ésta la que dicta las normas de ciertas sociedades y la que en último término se encarga de denunciar públicamente conductas sexuales a través de métodos que más que explorar el origen, pretenden exponer modelos que por un lado deben ser castigados y por otro, no deben ser imitados bajo ninguna circunstancia.

El individuo al que en esta parte nos hemos referido como “anormal” y del que se han encargado tantas y tan diversas instituciones y campos del saber puede contemplarse desde las siguientes perspectivas. De una parte, podemos clasificarlo desde la singularidad jurídico-natural del monstruo; de otra, de la gran cantidad de incorregibles a

los que se trató de reprender por medio de un aparato correctivo y por último, de las tan reprimidas conductas sexuales infantiles.

Si bien la reflexión ha estado centrada en los comportamientos que podemos considerar como rupturas de modelos o de normas, el estudio del francés constituye más bien, un cuestionamiento acerca de la forma en que las instituciones a través del poder que ostentan, ejercen control sobre la sociedad a la que dirigen. Aunque los planteamientos de Michel Foucault son una suerte un punto de partida para analizar las instituciones de poder que rigen la sociedad, nos detendremos en las dos primeras figuras, a saber, el “monstruo humano” y el “individuo a corregir” ya que son las que plantean una problemática más compleja a la hora de emplearlas en nuestra investigación. En primer lugar debemos advertir que el personaje de Rafael Trujillo en *La fiesta del chivo* no pertenece a ninguna de las dos de forma estricta. Más bien preferimos tomar elementos de ambas categorías para tratar de definir la figura de Trujillo. En segunda instancia, consideramos que la tercera categoría propuesta por Foucault, la del onanista, la dejaremos de lado ya que en nuestro caso, el personaje del dictador no se ajusta a la definición propuesta por Foucault.

No resulta fácil, a pesar de las precisiones de Foucault y de la importancia de su investigación, emplear sus categorías para analizar la figura del personaje de Vargas Llosa. Por una parte, nos interesa el que Gil Calvo coincida con Foucault en la existencia de la figura del “monstruo humano” ya que nuestro análisis trata precisamente de explorar la dualidad de estas criaturas. Sin embargo, Foucault basa su análisis de la primera categoría basándose en ejemplos en donde la naturaleza cobra un papel definitivo. Hablamos de monstruos porque su misma esencia no permite clasificarlos como humanos,

bien sea por deformidades físicas, trastornos, o como cita Foucault, casos de hermafroditismo. Así, estos casos suponen una doble ruptura en tanto la ni la ciencia ni la jurisprudencia cuentan con las herramientas para tratar con este tipo de individuos. Son aquellos seres que se encuentran en una zona gris de la cual solo saldrán cuando ambos campos del saber hayan definido parámetros claros acerca del tratamiento que se les debe dar.

De otro lado, si nos fijamos en la categoría del “individuo a corregir”, podríamos argumentar que el Benefactor de hecho es uno de esos candidatos perfectos para ser condenado a través de las herramientas del sistema punitivo, cualquiera que fuera aquel. Pero la pregunta que subyace a esta posibilidad es quién hubiera podido condenar la conducta del dictador cuando él era quien manejaba el sistema carcelario y las leyes se dictaban de acuerdo con sus propios paradigmas. El personaje acomoda todo a su gusto y con el fin de que su régimen sea imbatible; es así como Henry Chirinos será el encargado de redactar las leyes y todas los cambios que pudieran hacerse beneficiando siempre los intereses del dictador:

Muy joven, fue con Agustín Cabral el principal redactor de la Constitución que hizo dar Trujillo en los inicios de la Era, y de todas las enmiendas hechas desde entonces al texto constitucional. Había redactado también, las principales leyes orgánicas y ordinarias, y sido ponente de casi todas las decisiones legales adoptadas por el Congreso para legitimar las necesidades del régimen (Vargas Llosa 150).

Cómo contrariar las leyes de Trujillo si él mismo las había ordenado redactar en su propio beneficio. Aquellos que lo rodeaban no se atrevían y no les convenía tampoco

cuestionar el parecer del Padre de la Patria Nueva. Desobedecerlo habría sido incluso más grave que desacatar a un padre o atreverse a cuestionar las leyes divinas. No hay que olvidar que el lema del régimen era *Dios y Trujillo*, con lo cual se pretendía elevar al segundo a la categoría divina y así aumentar su poder, como lo hemos comentado ampliamente en apartados anteriores.

De otro lado, la segunda categoría propuesta por Foucault presenta otro problema. Si consideramos que un individuo es monstruoso porque presenta una ruptura de la norma, Trujillo no sería en realidad un monstruo. El dictador, valga la redundancia, era quien dictaba sus propias normas, de modo que sus actos solo son un reflejo de su modo de pensar. Él no presenta en sí una ruptura para el paradigma que ha impuesto. Por ejemplo, la violencia, supuestamente, está justificada porque es el medio para protegerse a sí mismo y al Estado “—Nunca temblaron —repitió Trujillo, mostrando de nuevo sus manos—. Porque solo di orden de matar cuando era absolutamente indispensable para el bien del país” (220). La estrategia bajo la cual Trujillo defiende el régimen del terror que ha instaurado es el velar siempre por la seguridad de los dominicanos; solo así la República Dominicana sería un gran país. Pero no podemos dejar de preguntarnos por qué los que rodeaban a Trujillo, hombres inteligentes y educados, habían decidido participar de un régimen tan sangriento. Urania también se lo pregunta a su padre cuando regresa a la isla luego de treinta y cinco años; pero en realidad no espera que su padre le dé una respuesta, ella ya la sabe “Luego de tantos años de servir al jefe, habías perdido los escrúpulos, la sensibilidad, el menor asomo de rectitud. Igual que tus colegas. Igual que el país entero, tal vez. ¿Era ése el requisito para mantenerse en el poder sin morir de asco? Volverse un desalmado, un monstruo como tu jefe?” (137). El monstruo ya no

era una figura que se llamaba Trujillo sino un estado generalizado en la sociedad dominicana. Por eso todo lo que ocurría no era considerado en sí un acto monstruoso sino que se trataba de hechos lógicos y consecuentes. El paradigma no era el de un Estado democrático que velaba por el bienestar de sus ciudadanos. La isla desde 1930 se había convertido en una suerte de cartel cuya única función era protegerse a sí mismo, evidentemente, con el favor de Estados Unidos y la complicidad de la Iglesia. Así, el personaje no se considera a sí mismo como un monstruo, no se identifica como la cabeza de un régimen asesino y violento. Lo más importante para el Generalísimo era mantener una fachada transparente e intachable. Él más que nadie se aseguraba de que siempre se hiciera justicia. Para ello si era necesario, negaba hasta los actos más evidentes “-Ya sé que crees que a Octavio lo mandé matar y que lo de su suicidio es una farsa, montada por el Servicio de Inteligencia. Te he hecho venir personalmente para decirte que te equivocas” (118). Antonio de la Maza no puede creer que Trujillo tenga la osadía de decirle que a su hermano no lo ha asesinado el régimen para cubrir la desaparición de Jesús Galíndez. Todo el mundo sabía que Tavito no se había ahorcado en su celda, sin embargo, por si la explicación del dictador no fuera suficiente garantía, añade “— También autoricé al FBI a venir a investigar aquí la muerte de ese tal Murphy —añadió, con el mismo tonito agudo- (...) Que vengan. Que el mundo sepa que no tenemos nada que ocultar” (119). El FBI como garante de sus acciones parecía razonable para Trujillo; pero su discurso no es más que una constante burla a quienes lo escuchan. Una ofensa para cualquier dominicano medianamente inteligente que supiera que el régimen estaba involucrado en todos los actos violentos dentro y fuera del suelo dominicano relacionados con testigos inconvenientes u opositores del régimen. Pero, desafortunadamente, esa era

la ley que regía en la isla. Trujillo no estaba trasgrediendo ninguna norma, al menos no desde su perspectiva.

4.3.1.2 La anormalidad: Lectura de José Miguel Cortés

Es por lo anterior que queremos aclarar la cuestión de la anormalidad siguiendo la propuesta de José Miguel Cortés ya que consideramos que el autor explica de una forma más clara y menos restrictiva, con respecto a las categorías de Foucault, la monstruosidad desde la ruptura de ciertos paradigmas que esta implica. Así, proponemos una mejor comprensión del personaje de Trujillo y desde qué punto de vista puede ser considerado una figura monstruosa.

Habíamos dicho que el personaje de Trujillo presenta una dificultad ya que no podemos establecer que el paradigma que trasgrede el dictador es aquel de la democracia, ya que él mismo se ha encargado de imponer un sistema que funciona a partir de valores dictados por el mismo y completamente arbitrarios. Tenemos que buscar otro paradigma desde el cual el personaje pueda ser considerado como una figura monstruosa. Cortés comenta que son “seres monstruosos [los] que equivalen a aquello que representa una amenaza para la integridad, de un sistema o de un individuo, un elemento que se opone a las estructuras que constiuyen la vida” (Cortés 17). La definición del ensayista ofrece ese nuevo paradigma desde el cual podemos considerar al personaje de Trujillo como una figura monstruosa. Ya no se trata de respetar las normas de una sociedad o de actuar conforme a una constitución; hay que enfocar la cuestión desde el punto de vista de los elementos que conforman la vida misma. Así, es evidente que Trujillo supone un peligro constante para todos los dominicanos que viven bajo su régimen, como se lo recuerda Juan Tomás Díaz a Antonio de la Maza “En la intimidad, cuando estaba seguro de que

nadie lo oía (...) confesaba a Antonio que todo lo avergonzaba, los asesinatos, las desapariciones, las torturas, la precariedad de la vida, la corrupción y la entrega de cuerpos, almas y conciencias de millones de dominicanos a un solo hombre” (Vargas Llosa 109). La vergüenza de Juan Tomás era legítima y estaba justificada. Si bien el mal emanaba de Trujillo, de su Servicio de Inteligencia y de todas las maniobras sucias a las que había recurrido durante las últimas tres décadas, el personaje está consciente de que todo eso ha ocurrido gracias a la complicidad de muchos dominicanos que no han sabido enfrentar a Trujillo.

Hemos discutido previamente que el miedo es una de las razones principales por las cuales hasta el día de su asesinato, ningún dominicano se hubiera enfrentado a Trujillo; pero la obra plantea una sociedad degradada en la que el dinero del que disponía el régimen compraba muchas conciencias. En “The Secrets of the Era”, Tcherepashenets propone que la obra de Vargas Llosa puede ser leída como la historia de un régimen que con el paso del tiempo fue corrompiendo los valores humanos en la que “monstrous evil is willfully concealed by a degraded society, which is forced to come to terms with its own degradation by the pangs of conscience of its agents” (89). Recordemos que todos los que participaron en el asesinato de Trujillo habían sido hombres de régimen. Todos habían gozado de los privilegios de serlo, al lucrarse con el terror que había impuesto Trujillo en la isla como regla. Juan Tomás había alcanzado el rango de general de tres estrellas; Amadito era teniente, Salvador Estrella además, era hijo del condecorado general Piro Estrella, Pupo Román era el jefe de las Fuerzas Armadas y el segundo hombre del régimen. Por su parte, Antonio de la Maza recibía contratos millonarios para hacer carreteras y otras obras. Además, estaban Tony Imbert que era el gerente de Mezcla

Lista, fábrica de la que era propietario el hermano de doña María Martínez; de otro lado, Huáscar Tejeda y Roberto Pastoriza Neret, quienes eran socios, habían recibido contratos para construir algunos edificios en la isla. Finalmente Pedro Livio Cedeño, quien también había seguido la carrera militar, se había desempeñado como alto funcionario en varias instituciones del régimen.

El derecho a la vida no estaba contemplado dentro de los planes que Trujillo tenía para la isla, es decir, para el progreso de la isla en su propio beneficio. El personaje está configurado de tal forma que para él, cualquier acto de violencia estaba justificado. Si matar era necesario, él lo haría. La normalidad para Trujillo era ordenar eliminar a cualquier enemigo potencial, incluso si este no representaba ningún peligro. Además, como rasgo sintomático de su maldad, observamos que Trujillo no siente remordimiento, incluso cuando sabe que sus decisiones han sido apresuradas. A este respecto resulta significativo el episodio en que el Generalísimo se ve sumamente turbado por la presencia de un loco al que apodaban Chapita. Su curiosidad lo lleva a espiar a dicho hombre, una parodia del dictador, quien “Con su pecho lleno de espejitos y tapas de cerveza, se pavoneaba, luciendo sus medallas con aire de payaso, ante un corro de gente asustada, dudando entre reírse o escapar” (Vargas Llosa 36). Verse ridiculizado así, por un cualquiera en la calle encolerizó a Trujillo tanto que ordenó matar al hombre. Johnny Abbes dio la orden de echarlo a los tiburones y para cuando Trujillo se dio cuenta de que solo se trataba de un loco parodiándolo, era demasiado tarde. Pero como buen gobernante, pensó que “Un estadista no se arrepiente de sus decisiones. Él no se había arrepentido jamás de nada” (37). La vida de los dominicanos pasó a ser dominio de Trujillo desde el

día mismo de su posesión y no dejó de serlo hasta que murió 31 años después, siendo incluso relevada su función por sus hijos y luego por Balaguer.

Cortés anota al respecto de monstruosidad que lo anormal es todo aquello que “se enfrenta a las leyes de la normalidad” (Cortés 18). Pero como lo hemos visto anteriormente, la normalidad en la República Dominicana no puede ser comparado con lo que sería normal en otro contexto. Nos hemos referido a que una de las normas era la violencia del régimen en tanto se asesinaba indiscriminadamente a todos los opositores con o sin causa justa. Pero acaso el comportamiento patriarcal de Trujillo y su actitud con las mujeres podría ser clasificado como normal. Consideramos que sí lo es. La isla funcionaba como un sistema patriarcal en el que Trujillo como en sus facultades de Padre de la Patria Nueva disponía de todas las mujeres y muchachas de la isla a su antojo. No era inusual ser cortejada por Trujillo ni mucho menos contarse dentro de la larga lista de amantes que se le atribuía. Valerio-Holguín en su artículo “*En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez*”, comenta que el patriarcado junto con un machismo extremo, como elementos propios y distintivos de la sociedad dominicana provocaron no solo el endiosamiento de Trujillo sino que la narrativa a propósito de este personaje resaltara sus atributos viriles a la vez que opacaba a los otros hombres “Trujillo, como superpatriarca, simbolizaba una castración para los individuos de su mismo sexo” (93). La regla, si se era mujer en la Era Trujillo y cortejada por el dictador, era complacer al Benefactor ya que era un privilegio hacer parte de su grupo de mujeres amadas, como se lo recuerda Urania a su padre “¿Qué hizo mi mamá? ¿Se alegró? ¿Se resignó, orgullosa de ese honor? Ésa era la norma ¿verdad? Las buenas dominicanas agradecían que el jefe se dignara tirárselas” (Vargas Llosa 71). Si bien es cierto que hay una constante alusión a la

sexualidad exacerbada del Chivo, a la norma del patriarcado dentro de la cual opera el dictador y a una sociedad que está organizada en torno al hombre y que en general margina a las mujeres, el mérito de la novela radica en que expone también la otra cara de la moneda. Y esa otra cara es la que nos revela al monstruo; justo cuando Trujillo ya no es la regla, sino más bien una parodia de la misma, descubrimos su faceta anormal. Descubrimos que la norma no debe ser lo que él ha dictado por tanto tiempo, sino que más bien, dichas conductas son aberrantes y monstruosas. En este aspecto concordamos con Dolores Rangel cuando anota en “Los extremos de la sexualidad”, que el personaje de Vargas Llosa se construye a partir de dos facetas ya que si de un lado “se establece a través del personaje y sus decisiones, así como de sus relaciones con sus subalternos, la importancia del sexo como una esfera privilegiada de control social” de otro, “A medida que la novela avanza, la deformación del personaje del Chivo se hace más evidente y grotesca hasta convertirse en una caricatura” (Rangel 6). Gracias a la forma en la que Rangel señala que está construida la novela es posible observar cómo Trujillo en realidad no es el dios de aquel discurso de Balaguer sino que, por el contrario, es un hombre que está decayendo rápidamente con el paso del tiempo. Además, esta transformación del personaje opera también como una crítica al sistema patriarcal y a los modelos autoritarios latinoamericanos. La decadencia del mito de Trujillo como Padre de la Patria Nueva a la vez que muestra cómo Rafael Leonidas no es más que un hombre que pierde los poderes que en otra época lo pusieron en un pedestal divino, desvela la cara oculta de todos los regímenes dictatoriales, como comenta Rangel “Vargas Llosa desmitifica esta superioridad y pone al descubierto la verdadera cobardía e inseguridad que subyacen en las actitudes de prepotencia de los machos y en los sistemas dictatoriales” (6). Y el

peruano logra esa desmitificación a través de algunos recursos que operan como una suerte de indicios que, por llamarlo de alguna forma, encuentran el clímax en la cita de Urania y Trujillo. Así, Urania es quien verdaderamente desenmascara al macho latinoamericano, convirtiéndolo en el viejo impotente e incontinente que en realidad era Trujillo.

Entendemos lo monstruoso, continuando con el análisis que hace Cortés, también desde sus funciones. Es decir, lo monstruoso puede ser definido a través de los efectos que causa en un determinado sistema, bien sea social, familiar o de cualquier otra índole. Así, “Lo monstruoso tiene la función de atemorizar a la gente (amenazándole con consecuencias funestas) para que acepte, sumisamente, su rol social (Cortés 19). La sociedad que había fabricado Trujillo, aunque pareciera más compleja, se puede explicar fácilmente. Él, como su mismo título lo indica, era el Padre de la Patria Nueva a quien todos los dominicanos debían obedecer sin poder proferir queja alguna. De otro lado, la oposición era casi inexistente gracias a la eficacia de las operaciones que llevaba a cabo el SIM con Johnny Abbes a la cabeza de la institución. Balaguer, cumplía las funciones del presidente títere con el fin de aparentar que la República Dominicana era un país que elegía a sus gobernantes democráticamente, así no se le podría acusar a Trujillo de acaparar el poder indefinidamente. Los senadores, no eran más que los esbirros del Generalísimo, cuya complicidad y fidelidad estaba más que comprada. La obediencia y el miedo eran los motores que movían a la sociedad, o más bien, los que la controlaban. Nadie en la isla, hasta que los conspiradores idearon su plan, se atrevía a contradecir la palabra del dictador. En este sentido, la voz que denuncia los atropellos del régimen, es la

de Urania Cabral quien se ha dedicado toda su vida a leer y a reflexionar. La perspectiva que ofrece Urania cobra una doble importancia en la obra.

En primer lugar, es la que hace posible analizar la dictadura desde un punto de vista retrospectivo, treinta y cinco años después de su salida de la isla y casi el mismo tiempo después de la muerte de Trujillo. De otro lado, Urania, a pesar de que recuerda el régimen desde el dolor que le causó y la fractura emocional que supuso para ella, nos provee como lectores, del punto de vista de una mujer educada y culta. No se trata ya de las reflexiones encolerizadas de los conspiradores, sin que eso implique restarles mérito a quienes lucharon contra Trujillo. Urania es la conciencia que regresa a la isla para tratar de hacerle recordar a su padre todos los excesos irracionales que se cometieron en la República Dominicana durante la Era. Sin embargo, la enfermedad del padre impide que en realidad se entable un diálogo entre Urania, quien representa la postura democrática que ella ha vivido en Estados Unidos y su padre, partícipe y cómplice de un régimen dictatorial. La condición del padre, entonces, no solo representa aquel castigo al que es sometido por haber entregado a la hija virgen, sino la imposibilidad de diálogo entre dos generaciones y dos ideologías que van en contravía. Urania es la mujer que trata de romper con las reglas del patriarcado, mientras Cerebrito Cabral es la perpetuación de dicha sociedad machista. Puede ser que Trujillo hubiera muerto, pero los residuos de la sociedad que él creó están representados en Agustín Cabral. El que no se haya muerto, implica la presencia, incluso si ha perdido vigencia y credibilidad, de los regímenes autoritarios en los que la figura del padre era símbolo de poder. Ahora es Urania quien tiene la voz, mientras que su padre tiene un papel secundario, casi obsoleto en una sociedad en la que Trujillo es un fantasma que persigue a ambos personajes.

Es por lo anterior, que las reflexiones de Urania con respecto a la Era de Trujillo son tan significativas y enriquecen la perspectiva del lector, pues son una suerte de explicación del impacto que tuvo el dictador sobre la isla y sus pobladores:

Tal vez, treinta y cinco años atrás, cuando la ciudad era tres o cuatro veces más pequeña, provinciana, aislada y aletargada por el miedo y el servilismo, y tenía el alma encogida de reverencia y pánico al jefe, al Generalísimo, al Benefactor, al Padre de la Patria Nueva, a Su Excelencia el Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, era más callada, menos frenética” (Vargas Llosa 15).

Pero el miedo que sentían los dominicanos, rápidamente fue asumido como parte de la vida misma, así todos estaban contentos de que al menos hubiera trabajo, la gente comiera y de que Trujillo, entre muchas otras cosas, hubiera recuperado el control de sus aduanas. Es extraño que después de su muerte, los dominicanos añoraran aquellas épocas en las que se vivía atemorizado, pero al menos había orden “Tal vez era verdad que, debido a los desastrosos gobiernos posteriores, muchos dominicanos añoraban ahora a Trujillo. Habían olvidado los abusos, los asesinatos, la corrupción, el espionaje, el aislamiento, el miedo: vuelto mito el horror” (128). Pero a pesar de que Urania tiene razón en denunciar la conducta insensata de los dominicanos que extrañaban las épocas de Trujillo, no todos se dejaron llevar por la melancolía del padre asesinado y la orfandad simbólica que esto ocasionaba. Justo después de la muerte del dictador, a pesar del miedo que se respiraba en la atmósfera, la celebración por la caída del régimen empezaba a florecer tímida pero inexorablemente:

Aunque todos temían un golpe de Estado de los hermanos Trujillo, que restaurara la dictadura cruda y dura, era evidente que, poco a poco, la gente iba perdiendo el

miedo, o, más bien, rompiéndose el encantamiento que había tenido a tantos dominicanos entregados en cuerpo y alma a Trujillo. Cada vez surgían más voces, declaraciones y actitudes antitrujillistas, y más apoyo a la Unión Cívica, al *14 de junio* o al PRD (490).

El miedo que Trujillo infundía se había convertido en el paradigma de la sociedad. Todos se habían acostumbrado a la monstruosidad, de modo que esa era entonces la norma. El monstruo no era lo anormal, sino todo lo contrario, de modo que por mucho tiempo los dominicanos vieron en Trujillo más que la fuente de sus temores, un mito al que alimentaron por mucho tiempo. Por su parte, Trujillo había conseguido que todos obedecieran y que nadie se atreviera a hacerle jugadas sucias. Bien se lo recuerda a Henry Chirinos cuando le dice que él no se atrevería a robarle ni un céntimo, ante todo, por miedo (155).

De otro lado, Cortés comenta que también hay que considerar lo monstruoso como aquello que atenta contra las estructuras del orden y pone de manifiesto la indefensión de aquellos que pelean contra dichas figuras monstruosas. Es por eso que “El monstruo anuncia la fragilidad del orden en que vivimos, un orden que se puede quebrar en cualquier momento; profetizan el avance del caos” (Cortés 22). En el caso de la novela, la afirmación de Cortés puede resultar conflictiva ya que, como lo hemos mencionado antes, para muchos isleños la llegada de Trujillo al poder había resultado algo muy beneficioso ya que por fin se restablecía un orden que creían perdido para siempre. Y era evidente que sus hombre más allegados, entre ellos Cabral, defendían el que Trujillo recurriera a políticas muy cuestionables desde el punto de vista ético y moral pero que resultaban ser muy eficientes “El jefe encontró un paisito barbarizado por las guerras de caudillos, sin

ley ni orden, empobrecido, que estaba perdiendo su identidad, invadido por los hambrientos y feroces vecinos” (Vargas Llosa 16). Pero aun así, es evidente que aunque no se puede negar que Trujillo, como buen empresario que era, supuso un repentino y bien recibido progreso para la isla, el régimen que estableció amenazaba con acabar la vida de cuantos se pusieran en su camino y obstaculizaran su vía para permanecer en el poder hasta el día de su muerte. Si bien el régimen Trujillo implicó una instauración de un orden económico, laboral y estructural beneficioso para sus ciudadanos, como se menciona en repetidas ocasiones en la obra, el caos podemos encontrarlo en el deterioro de la sociedad en tanto había una continua violación de los derechos fundamentales, como el de la vida. Por esta razón, no puede justificarse el mejoramiento de las condiciones económicas cuando esto implica que para conseguir este fin, se atropelle la vida y los valores humanos.

Ahora bien, Cortés plantea tres categorías en las cuales podemos agrupar las figuras monstruosas. Dicha categorización ya no es de corte histórico como la de Gil Calvo sino más bien explora las posibles manifestaciones del fenómeno de lo monstruoso. Así que proponemos que antes de establecer a cuál de estas categorías pertenecería el personaje de Vargas Llosa, detengámonos brevemente en su clasificación. En primer lugar se encuentra *El monstruo como combinación de seres o formas*, que equivaldría al grupo de anormales al que Foucault ha definido como *El monstruo humano*. Entonces, dentro del primer tipo de monstruos figuran seres que tienen propiedades humanas sin pertenecer a la especie humana; aquellos que han sufrido alguna transformación física como los gigantes; aquellos que sufren desplazamientos en su anatomía (tener una parte del cuerpo en un lugar que no le pertenece); híbridos entre humanos y animales; seres que sufren

indeterminaciones de su forma original, por ejemplo el hombre invisible. Y finalmente están aquellos que sufren una metamorfosis como el personaje de Gregorio Samsa de *La metamorfosis* de Kafka. De otro lado, en la segunda categoría, denominada *Lo monstruoso y los fantasmas de la mente*, es aquella que alberga a los monstruos creados por la mente humana y que posteriormente serían estudiados, entre otros, por Freud. También allí encontraríamos los temores, los monstruos producto de las ensoñaciones, aquellos producto de un trauma. En resumen, todos aquellos seres monstruosos que habitan en el inconsciente.

Finalmente, Cortés propone una tercera categoría a la que llama *Los monstruos situados en un plano simbólico*. Los monstruos que allí habitan son aquellos que producen un estado de caos, como lo referíamos anteriormente. También se les podría definir como aquellos que no son más que “la imagen de cierto yo; ese yo que conviene vencer para desarrollar una identidad superior” (Cortés 24). Nos interesa particularmente que Cortés proponga que los monstruos del plano simbólico sean aquellos que hacen “referencia al abismo abierto entre el mundo del ser y de la apariencia, entre lo ideal y lo real” (25) ya que como lo habíamos mencionado en apartados anteriores cuando analizábamos la importancia del carisma en el caso de los líderes como Trujillo, es evidente que alrededor de la figura del dictador se crea ese mito del ser excepcional, la figura deífica que había venido a la isla para salvarla. Además, como añade Cortés al respecto “Lo monstruoso se presenta como un hecho extraordinario en el interior del mundo natural” (25). La definición de Cortés está en consonancia con nuestra propuesta acerca de la irrupción del monstruo en la normalidad de una realidad. Así, descubrimos que también podemos considerar al personaje Trujillo como una figura monstruosa en

tanto se configura como un hombre, cuyas cualidades excepcionales, vienen a interrumpir la realidad de la República Dominicana. Y es precisamente Balaguer el encargado de la imagen política de Trujillo; es el presidente títere quien debe resaltar siempre los rasgos que hacen del Benefactor lo mejor que haya podido pasarle a la isla “«La obra de Su Excelencia el Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina ha alcanzado tal solidez que nos permite, al cabo de treinta años de paz ordenada y liderato consecutivo, ofrecer a América un ejemplo de la capacidad latinoamericana para el ejercicio constante de la verdadera democracia representativa»” (Vargas Llosa 98). El discurso de Balaguer era una mera estrategia para mantener y, si fuera posible, aumentar la popularidad de Trujillo entre el pueblo dominicano. Pero, si solamente tuviéramos como garantía de la simpatía de la que gozaba Trujillo, las zalameras apologías de Balaguer, dudaríamos en primera instancia de que aquello fuera cierto. Es por lo anterior que las reflexiones de los conspiradores, mientras esperan apostados en la carretera, resultan definitivas para comprender cómo cambió la percepción que los dominicanos tenían de Trujillo con el paso de los años “Todos creían al Chivo el salvador de la Patria, el que acabó con las guerras de caudillos, con el peligro de una nueva invasión haitiana, el que puso fin a la dependencia humillante de los Estados Unidos –que controlaba las aduanas...” (186) Por lo que, frente al progreso que había significado para el país, no a muchos les importaban “los daños colaterales” que Trujillo pudiera causar “¿Qué importaba, frente a eso, que Trujillo se tirara a las mujeres que quería? ¿O que se llenara de fábricas, haciendas y ganados? ¿No hacía crecer la riqueza dominicana? ¿No dotó a este país de las Fuerzas Armadas más poderosas del Caribe?” (186). Tony Imbert lamentaba haber seguido las órdenes del régimen y seguir haciéndolo. El Benefactor había pasado de ser el héroe de

los dominicanos a ser un monstruo cuyas atrocidades se perdonaban a cambio de la seguridad laboral que ofrecía, entre otros beneficios de los que gozaban quienes trabajan para él. Pero se llegó un punto en el que el mal que producía no podía ser aplacado por las ventajas, ya casi inexistentes, que suponía trabajar para el régimen.

Como hemos podido observar a lo largo de las clasificaciones que se ha pretendido hacer a propósito del fenómeno de lo monstruoso, encontramos diversas aproximaciones y definiciones. Algunas de ellas parten de la conceptualización histórica y la evolución a través el tiempo de las manifestaciones de lo monstruoso. Otras, tratan de establecer un marco de referencia antropológico desde el cual dicho fenómeno deba ser comprendido dentro de la estructura de las leyes sociales, naturales y jurídicas. Pero queremos subrayar, que a pesar de todas las aproximaciones que podamos encontrar, proponemos que la monstruosidad es una experiencia que no podemos desligar de la naturaleza humana. Si bien es cierto que la monstruosidad se puede enfocar desde perspectivas diferentes, es nuestro interés mostrar cómo en la obra de Vargas Llosa, dicho fenómeno no tiene un origen sobrehumano; surge del hombre y es por eso que sorprende tanto y despierta nuestro interés. Cortés considera a este respecto que “La representación de lo terrible y monstruoso no necesita ni de complicados seres compuestos ni de animales fabulosos. Lo auténticamente monstruoso es descubrir a la bestia en el seno del ser humano y, con ello, destruir toda seguridad en la identidad del hombre” (Cortés 30). Considerar la monstruosidad desde la humanidad de quien la encarna es fundamental no solo para comprender a qué tipo de monstruos nos enfrentamos, pero sobre todo para poder actuar en contra de la fuente de lo monstruoso.

Es por lo anterior, en parte, que Trujillo gozó de tanto poder en la isla por más de tres décadas. Nadie se atrevía a mirarlo a los ojos, su voz aflautada apabullaba a quienes sostenían conversaciones con él; el mito que se creó en torno a su figura imponente, de trabajador incansable y macho dominicano que gozaba de los placeres de la carne a pesar de sus setenta años cumplidos, intimidó a los isleños hasta el punto de aniquilar su voluntad. Solo cuando Trujillo, a los ojos de los conspiradores, dejó de ser un dios y volvió a ser un hombre, la voluntad de los primeros se impuso a sus temores y pudieron aniquilar la fuente del mal. En este sentido, las palabras de Amadito, quien desde niño había oído decir que la mirada de Trujillo era insostenible, operan como una suerte de reflexión sobre la verdadera naturaleza de la Bestia “El jefe sería un gran estadista, cuya visión, voluntad y capacidad de trabajo había hecho de la República Dominicana un gran país. Pero, no era Dios. Su mirada solo podía ser la de un mortal” (Vargas Llosa 47). Así, el tiempo juega un papel decisivo en el desarrollo de los acontecimientos de la novela. De una parte, permite a los conspiradores, no solamente planear cuidadosamente el atentado contra Trujillo, sino, y más importante incluso, darse cuenta que con el paso de los años, el régimen no era como ellos creían. Ese primer encantamiento que Trujillo había producido en los isleños, se iba perdiendo poco a poco, el lado positivo de las obras del dictador se vio opacado drásticamente por los continuos actos violentos contra dominicanos y extranjeros. De otro lado, fueron el tiempo y la constancia lo que le permitieron a Trujillo consolidar sus políticas, ejercer más presión sobre los dominicanos, acrecentando su poder. De modo que, aunque podríamos afirmar que los conspiradores demoraron mucho tiempo en acabar con el terror que había impuesto el Chivo, el asesinato ocurrió en el momento preciso, ya que tanto el régimen como el hombre que lo

dirigía empezaban a mostrar signos de decadencia evidente. Todos los hechos que desencadenaron la caída de Trujillo encuentran su clímax a la vez. De un lado, el conflicto con la Iglesia se había vuelto insostenible; de otro, Estados Unidos ejercía un control insoportable, del que Trujillo sabía que no saldría victorioso. Las fábricas solo generaban pérdidas, así que la fortuna de Trujillo ya no lo era tanto. La situación política era inestable y era evidente que la Era Trujillo pasaba por un mal momento. Todos estos elementos precipitan la caída del Chivo, la anuncian. Pero solo uno, aparece como una suerte de premonición:

Este no era un enemigo que pudiera derrotar como a esos cientos, miles, que había enfrentado y vencido, a lo largo de los años, comprándolos, intimidándolos o matándolos. Vivía dentro de él, carne de su carne, sangre de su sangre. Lo estaba destruyendo precisamente cuando necesitaba más fuerza y salud que nunca. La muchachita esqueleto le trajo mala suerte (26)

Urania, sin saberlo, había condenado a Trujillo a morir sin antes gozar otra vez de los placeres de la carne con otra de las mujeres a las que solía frecuentar. Para Urania, como ella se lo recuerda a su prima, él había sido el primer y único hombre. Para él, Urania, sería la última mujer. Es así como en el último apartado de este capítulo analizaremos el encuentro entre el Chivo y Uranita, enfatizando en la importancia de la figura monstruosa de Trujillo y el significado del mismo en la obra.

4.3.2 Uranita y el monstruo

Finalmente, proponemos analizar, como lo habíamos anticipado en el capítulo dos, el episodio en el que Uranita se encuentra con Trujillo para asistir a la fiesta privada que el último ha organizado para ella. Nos parece que el encuentro es significativo en dos

sentidos. En primer lugar, como lo habíamos anticipado en apartados anteriores, Urania, como símbolo de las mujeres de la isla, se ve sometida a la voluntad de Trujillo, mostrando una vez más la relación que había entre el dictador entre poseedor y las mujeres como objeto que debía estar a su entera disposición. En segundo lugar, la escena guarda una estrecha relación con la monstruosidad ya que es allí cuando el dictador demuestra la verdadera esencia del monstruo humano en que se ha convertido con el paso del tiempo y los efectos que esto causa en la niña. Además, el encuentro con Urania resulta paradójico, como lo veremos más adelante, y constituye uno de los ejemplos más claros del comportamiento depredador de Trujillo.

Los motivos que llevan a Urania a encontrarse con el dictador en la Casa de Caoba ya son bien conocidos. Su padre había decidido entregar a su hija como ofrenda a Trujillo para recobrar su favor y además demostrarle su fidelidad. Observamos pues que Urania está cumpliendo con el ritual habitual de algunas de las mujeres de la isla, ser entregadas al Jefe, por sus mismos padres como si de objetos se tratara. El caso de Urania es especial ya que se trata de un favor muy especial que el Jefe le está haciendo a Cerebritito Cabral, que busca salir del olvido al que lo ha sometido Trujillo. De otro, porque mientras que con las otras mujeres, el ritual de la pérdida de la virginidad a manos de Trujillo se llevó a cabo, con Urania sucederá algo revelador y definitivo para el desarrollo de la novela.

La noche del encuentro entre Trujillo y Urania, el primero le dice a la niña “Vas a descubrir una cosa maravillosa. El amor. El placer. Vas a gozar. Yo te enseñaré. No me tengas miedo. No soy la bestia de Petán, yo no gozo tratando a las muchachas con brutalidad” (505). El marcar una distancia con su hermano, Petán, implica para Trujillo

una distancia entre un acto sexual brutal y uno en el que supuestamente, la mujer va a disfrutar también. Además, como habíamos mencionado en páginas anteriores, el personaje no se reconoce a sí mismo como un monstruo. Para él, la conducta sexual que ha llevado a cabo por tanto tiempo, se ha convertido en algo normal. Es la regla que las mujeres de la isla gocen siendo las amantes de Trujillo, y sus padres, quieren halagar al Chivo entregando a sus hijas vírgenes. De otro lado, nos gustaría detenernos para señalar que en las relaciones sexuales que mantiene Trujillo con las mujeres de la isla a las que desea poseer no existe el placer, al menos para ellas. Y si lo hubiera, se trataría de una suerte de sacrificio al que se ven sometidas, un placer que pretenden sentir para agradar al Jefe y, de paso, ayudar a las ambiciones políticas y económicas de su familia. En el caso particular de Urania, es evidente que en el momento previo al encuentro sexual, ella actúa no con el afán de descubrir ese placer oculto que le han prometido; actúa llevada por el miedo, sentimiento que en apariencia Trujillo trata de evitar provocar a la niña. Pero en realidad, si tenemos en cuenta la naturaleza del personaje y las circunstancias en las que se lleva a cabo el acto sexual, las palabras de Trujillo “No me tengas miedo. No soy la bestia de Petán, yo no gozo tratando a las muchachas con brutalidad” (505) no pueden más que ser leídas como una ironía cruel en la que el dictador se revela a sí mismo como la “bestia” de la que trata de diferenciarse.

Debemos tener en cuenta que a pesar del terror de la situación a la que se ve abocada Urania, es el mismo miedo lo que finalmente hace que Urania se sobreponga a aquella situación incómoda e incomprensible. A este respecto, Cortés comenta “Lo monstruoso está íntimamente ligado al miedo. El miedo está unido a lo desconocido. Es una expresión privilegiada y estilizada del vértigo de la conciencia frente a lo imaginario

y lo real” (36). Urania cuando llegó a la Casa de Caoba no sabía en realidad qué estaba pasando. Se enteró por la criada que pasaría la noche con Su Excelencia, cuando esta le preguntó a la niña qué le apetecía desayunar al otro día. El miedo de esa noche ha acompañado a Urania desde que tenía catorce años y se ha instalado en ella impidiéndole vivir, como se lo confiesa a su familia “Tengo cuarenta y nueve años y, de nuevo, vuelvo a temblar. He estado temblando treinta y cinco años desde ese momento” (Vargas Llosa 511). Pero el miedo no es algo del todo negativo ya que en algunos casos, como comenta Román Gubern en “Mito y Terror”, cuando argumenta que el miedo “es una reacción altamente funcional, saludable y adaptativa, ya que permite al organismo activar sus defensas y reaccionar de un modo autoprotector en situaciones de amenaza” (146). Así, Urania pese al terror del que estaba presa, logra actuar de forma casi instintiva para tratar de solucionar el problema y salvar su vida “Pese al terror, al asco. Hice todo. Me puse en cuclillas, me lo metí a la boca, lo besé, lo chupé hasta las arcadas” (Vargas Llosa 508). El miedo no solo la llevó a hacer lo impensable para una niña de su edad; luego de que Trujillo hubiera violado a la niña, expresando así su frustración frente a su evidente impotencia, Urania sabía que debía huir de la presencia de Trujillo ya que su vida dependía de ello “No se entretuvo en limpiarse; él podría cambiar de opinión. Correr, salir de la Casa de Caoba, escapar” (512). Después del miedo a lo desconocido, a la primera experiencia sexual a la que acudió obligada, Urania era consciente de que su vida dependía de ella misma. Trujillo enfurecido podría haberla matado, pero fue el mismo miedo lo que impulsó a la niña a salir de la casa lo antes posible, a refugiarse en el Colegio Santo Domingo y a sobrevivir tantos años bajo una sombra tan pesada.

Pero incluso si tenemos en cuenta lo que hemos expuesto anteriormente, el miedo en Urania resulta una experiencia paradójica pues no la dejó vivir su vida plenamente. Además, las secuelas son dobles si tenemos en cuenta que su padre fue el que la entregó al otro Padre, el de la Patria. El mundo, como lo conocía Urania que era huérfana de madre, se había destruido de un momento a otro, por eso le es tan difícil sobreponerse a la noche con el Chivo. R.D. Laing, describe en *The Politics of the Family and Other Essays*, en relación con la destrucción del núcleo familiar que “Within the family, the ‘family’ may be felt as the whole world. To destroy the ‘family’ may be experienced as worse than murder or more selfish than suicide” (14). Es por eso que Urania no puede perdonar a su padre y además, prefiere ayudarlo económicamente, como se lo recuerda a su tía, para que viva el resto de su vida sufriendo, en silencio y sin valerse por sí mismo. Cerebrito, que una vez decidió cuál sería el destino de su hija, depende ahora de la buena voluntad de quienes lo rodean. La postura de Urania frente a su padre puede parecer cruel, pero para ella es una forma de castigar a su padre por lo que ha hecho. Además, Urania llega a reflexionar los motivos de sus actos, a modo de disculpa por lo que ha hecho. Consideramos que en realidad, la humillación impuesta al padre es a la vez un castigo que se impone Urania a sí misma, pues además de que se trata del padre a quien quiso mucho, es una forma de mantener vivo el recuerdo de la violación y el sufrimiento que esta le supuso.

De otro lado, y continuando con el elemento del miedo, como factor decisivo en situaciones de peligro o que nos son desconocidas, José Antonio Marina en *Anatomía del miedo* (2006) enfoca la cuestión desde otra perspectiva, la relación entre la víctima del miedo y su victimario y cómo este último siempre estará en ventaja. Si consideramos el

miedo como un mecanismo de poder “Es fácil comprender la razón de su eficacia. El miedo impulsa a obrar de determinada manera para librarse de la amenaza y de la ansiedad que produce” (43). Si extrapolamos esta reflexión al encuentro sexual entre Urania y Trujillo comprendemos por qué en esa situación Trujillo tenía el poder sobre Urania y la niña hizo todo lo que estuviera en sus manos para superar ese momento tan angustioso, como lo observábamos en líneas anteriores. No es Urania, por su propia voluntad quien decide incurrir en estas acciones, es el miedo que la domina el que modifica su conducta. Es por lo anterior que es posible comprender por qué su libertad de decisión se ve alterada por el miedo, como añade Marina, “Por lo tanto, quien puede suscitar miedo se apropia hasta cierto punto de la voluntad de la víctima” (43). A lo anterior, habría que añadir que además de la falta de la libertad para elegir qué se quiere hacer, el miedo causa sumisión. El caso de Urania es el más dramático que ilustra la novela, en tanto la violencia del acto sexual se traduce en la sumisión de la niña, aniquilando su voluntad y sometiéndola a todo tipo de vejaciones. Pero, si tenemos en cuenta que Urania, a pesar de haber sufrido un evento traumático, no es una de las mujeres asiduas de Trujillo, deberíamos considerar que la sumisión provocada por el miedo al Jefe, se ve de forma más clara y periódica con las otras mujeres a las que Trujillo solía frecuentar. Una de esas mujeres es Moni, una muchacha con la que Trujillo solía mantener relaciones sexuales “Era una linda y cariñosa muchacha, que nunca lo había defraudado, desde aquella vez en Quinigua, cuando su padre en persona se la llevo a la fiesta que daban los americanos de La Yuquera: «Mire lo que le traigo, Jefe»” (Vargas Llosa 383). Moni, como otras muchachas de buena familia de la isla son llevadas por sus propios padres para el encuentro sexual con Trujillo al que podríamos calificar

casi de iniciatorio. Las jóvenes vírgenes, como sucede en el caso de Urania, son ofrecidas a Trujillo quien las acepta a modo de transacción. Es decir, Trujillo acepta tomar la virginidad de las mujeres y en retorno, al menos eso creen los padres, contarán con la actitud favorable de Trujillo, o sea, que no caerán en desgracia como sucede con Agustín Cabral.

Al verse desprovisto de los favores del Jefe, Cabral decide, por sugerencia de Manuel Alfonso, ofrecer la virginidad de su hija y así recobrar el aprecio de Trujillo y demostrar su lealtad:

—¿Sabes una cosa, Cerebritito? Yo no hubiera vacilado ni un segundo. No para reconquistar su confianza, no para demostrarle que soy capaz de cualquier sacrificio por él. Simplemente porque nada me daría más satisfacción, más felicidad que el Jefe hiciera gozar a una hija mía y gozara con ella. No exagero, Agustín” (343-344).

La propuesta de Manuel Alfonso le parece indecente a Agustín Cabral pero él terminará aceptando porque en el fondo, las palabras de Manuel carecen de sentido; constituyen un doble discurso que solo pretende convencer a Cerebritito Cabral de que la única forma de reconquistar la confianza de Trujillo es a través de su hija Urania. En este sentido, como propone, Luna Escudero en su artículo “Transgresión y sacrificio de Urania Cabral en *La fiesta del chivo*” se entiende por qué “Urania Cabral recrea lo inefable de esos años de horror, de injusticia, corrupción y tragedia. Es a través de las cortapisas de sus recuerdos, de la voz sufriente de Urania, desde su perspectiva de víctima inmolada, de “ofrenda viva”, que se nos ofrece la trama” (Luna Escudero, n.pag.).

Urania, como ella misma lo recuerda a su tía y a sus primas, se reconoce como víctima de un sacrificio parecido a los que le ofrecían a Moloch:

—Apenas tomamos la carretera, tal vez cuando el auto pasaba por el lugar donde dos semanas después matarían a Trujillo, Manuel Alfonso comenzó —una inflexión de disgusto interrumpe el relato de Urania (...) — A prepararme — recupera Urania la firmeza—. A ablandarme, asustarme y encantarme. Como las novias de Moloch, a las que mimaban y vestían de princesas antes de tirarlas a la hoguera, por la boca del monstruo (Vargas Llosa 496).

El “Moloch”, también conocido como “Molk” o “Moloch baal”, era un dios de la mitología fenicia, hebrea y púnica. Se han propuesto muchas teorías acerca de los rituales que se celebraban en torno al dios. Aunque la creencia popular, sostiene que los sacrificios que se hacían al dios tenían que ver con la redención de los pecados, se ha establecido que el ritual al dios Moloch era restringido a la élite de las sociedades que adoraban la deidad como lo establece en Carlos Wagner en el artículo “En torno al supuesto carácter incruento e iniciático del molk”, “Se trataría, según esto, de un ritual propio sobre todo de la realeza y de las familias nobles ante situaciones especialmente críticas, como grandes calamidades (guerras, plagas, hambrunas, etc.) que implicaban grave peligro colectivo para la comunidad” (12). Aunque el estudio que dedica Wagner al respecto es extenso pues analiza toda la historiografía en torno al dios, nos interesa concentrarnos en dos aspectos. El primero, lo hemos referido con líneas anteriores; el sacrificio de niños a Moloch estaba restringido a familias de clase alta, en las sociedades anteriormente mencionadas, y solo se llevaba a cabo cuando infortunios acaecían sobre dichas familias. El otro aspecto que nos interesa resaltar del estudio de Wagner es el

hecho que la decisión del sacrificio infantil recayera sobre el padre de familia, nunca sobre la madre o cualquier otro miembro “En el mundo greco-romano las conductas antinatalistas, entre ellas el infanticidio (...) pertenecían a la esfera de lo privado, y en este sentido la decisión última sobre quién debía ser expuesto o no, correspondía a la autoridad familiar encarnada en la figura del padre” (19). Las dos ideas que resaltamos del estudio son pertinentes en tanto explican de forma más amplia la metáfora de Urania en la que compara la preparación para la fiesta ofrecida por Trujillo, cuya única invitada era ella, y la preparación de las niñas que le eran ofrecidas a Moloch. Aunque se desconocen muchos detalles acerca del ritual a la deidad del mundo greco-romano, de modo que no podemos establecer cuál era exactamente la preparación de los infantes, queremos enfatizar en que la metáfora de Urania no solo establece un paralelo entre ella, como niña, y los niños ofrecidos al dios, sino que con esto compara a Trujillo con la deidad, la que hoy en día – y seguramente en el mundo greco-romano- era asociada con la muerte de inocentes criaturas. Pero lo que resulta aun más interesante es que la deidad de Moloch para los niños no era más que un símbolo de la monstruosidad, así como Trujillo fue un monstruo para Urania aquella noche en la Casa de Caoba. Moloch fue aquel monstruo en el que se convirtió Trujillo y que en Urania despertó el miedo y supuso una especie de muerte. Así, Urania se convierte de una de las niñas que le eran sacrificadas a Moloch, nada más que en este caso, la niña no muere sino que sobrevive a la experiencia que la deja marcada por toda su vida.

Wagner refiere que la elección y decisión sobre quién debía ser sacrificado recaía sobre el padre de la familia así como, en líneas anteriores, comenta el hecho de que el ritual fuera restringido para familias de la nobleza y se llevaba a cabo solo ante

situaciones calamitosas. El padre de Urania, Agustín Cabral, quien desconoce el motivo exacto de por qué ha caído en desgracia, decide libremente, gracias a la intercesión de Manuel Alfonso, entregar a su hija Urania a Trujillo. Cabral no sabe lo que puede ocurrir si no recupera los favores de Trujillo y, perder el estatus que por tanto tiempo ha mantenido se presenta como una verdadera tragedia para él, como se lo hace creer Manuel Alfonso:

El Jefe apreciará más el gesto. Comprenderá que se equivocó, que te juzgó de manera precipitada, dejándose guiar por sus susceptibilidades o dando oídas a tus enemigos. No pienses solo en ti, Agustín. No seas egoísta. Piensa en tu muchachita. ¿Qué será de ella si pierdes todo y terminas en la cárcel acusado de malos manejos y defraudación? (Vargas Llosa 344).

Ante el temor de pasar hambre o caer preso y, pensando que Urania sería su salvación y así redimiría el destino de los dos, el ministro Cabral decide ofrecer a Urania como sacrificio para Trujillo. Pero hay que tener en cuenta que Cerebritito lo que intentaba era salvarse a sí mismo y Urania, como dependía de los designios de su padre, no tuvo otra opción más que acatar lo que Agustín ya había decidido. Urania se unió a la lista de las otras chicas que eran entregadas al dictador para que sus padres contaran con el beneplácito del Chivo, Urania es la ofrenda que se hace al semi-dios que encarna Trujillo y así volver a la gracia de este. Pero el encuentro con Urania, como lo hemos referido previamente, no es lo que Trujillo esperaba debido a su impotencia y la fiesta a la que Urania creía estar asistiendo cuando su padre la convenció de que fuera, marcó su destino de forma definitiva.

Es interesante el contraste que hay entre los planes del ministro Cabral para

recuperar la confianza de Trujillo y los que tiene Urania. Mientras que el primero consiente entregar a su hija virgen, Urania ofrece su cuerpo voluntariamente “—Esa noche hice una promesa a Nuestra Señora de la Altagracia si ayudaba a mi papá a salir de eso. ¿Se imaginan qué? (...) — Que me conservaría pura el resto de la vida” (344). En el plano simbólico, la promesa de Urania, de conservarse virgen y pura por toda su vida y lo que esto implica, su sacrificio en pos del bienestar de su padre, se contrapone a la ofrenda que hace el senador Cabral a Trujillo, que en este fragmento nos obliga a pensar en la alusión que hace Urania acerca de Moloch, comparando a Trujillo con la deidad; así, se muestran las dos caras de la moneda: el bien encarnado en la niña y el mal en Trujillo. O, si se quiere, la inocencia y la pérdida de ella. Luego del encuentro sexual con Trujillo, Urania, de hecho, no vuelve a estar con ningún hombre y desarrolla sentimientos repulsivos hacia todos los hombres que la rodean o que intentan acercarse a ella, su padre el primero “—Prefiero que viva así, muerto en vida, sufriendo —habla muy serena, con los ojos bajos—. Por eso lo ayudo, tía” (345). La parálisis del senador Cabral y el castigo que le ha impuesto su hija al mantenerlo vivo, es equivalente al que ella ha sufrido por tantos años de miedo y letargo. Aunque Urania es una mujer exitosa y es evidente que el trauma de la experiencia con Trujillo no truncó sus aspiraciones profesionales, su vida amorosa es inexistente, rasgo que resulta común en las mujeres que han padecido algún tipo de violencia sexual.

De otro lado, el personaje de Urania no tiene como única función mostrar la situación de la mujer, frágil e indefensa, frente al monstruo que era Trujillo. Es paradójico que fuera una niña la que en realidad desenmascarara al monstruo y le devolviera su humanidad. Pero esta humanidad que es revelada en la escena de Urania y

Trujillo no aparece de forma tan evidente a lo largo de la novela. De un lado, como lo hemos explicado ampliamente, Trujillo gozaba de un estatus divino entre los dominicanos y se le atribuía haber salvado a la isla de seguir siendo un país que poco valía y que estaba sujeto a las órdenes de los Estados Unidos. De otro lado, este estatus sobrehumano también fue posible gracias a las cualidades que se le atribuían, entre ellas la de ser un amante incansable. Es por lo anterior que el sobrenombre de “El Chivo” no es una cuestión meramente decorativa y en la obra será de suma importancia. En primer lugar, debemos recordar que el chivo, en la antigüedad, era el animal que usualmente era sacrificado durante las festividades; así, como comenta Felipe Fuiza, en el artículo “De la carnavalización a la parodia”, “el asesinato del dictador es ritual simbólico indispensable para la resolución de una situación política que parece ser inmutable” (51). Y la fiesta, será la celebración luego de la muerte del Chivo por parte de los dominicanos es la que abre la novela con el epígrafe extraído de un merengue isleño. De otro lado, la fiesta adquiere otra dimensión cuando llegamos a la escena en la que Urania se encuentra con Trujillo en la Casa de Caoba “Es una fiesta para ti. ¡Para ti solita! ¿Te imaginas? ¿Te das cuenta? ¿No te decía que era algo único? Trujillo te ofrece una fiesta. Eso es sacarse la lotería, Uranita” (Vargas Llosa 497). Urania rápidamente se dio cuenta de que las palabras de Manuel Alfonso tratando de alegrarla, no eran más que una farsa. La fiesta del Chivo para Urania se convertiría entonces en una revelación para el viejo y la niña.

Trujillo siempre había tenido la fama de amante incansable y de ahí que el sobrenombre hiciera gala a sus dotes ya que de acuerdo con Jean Chevalier, la figura del chivo es sinónimo de “la fuerza vital, la libido, la fecundidad” (143). Trujillo, en tanto mito de la fuerza viril dominicana es el chivo por excelencia, el gran padre reproductor,

al fin y al cabo el era el Padre de la Patria Nueva. Y allí estaban sus hijos, no Ramfis ni Radhamés, por supuesto, sino los otros que había tenido “Su raza era sana, un padrillo reproductor de gran alzada. Ahí estaban, para probarlo, los hijos que su leche procreó en otros vientres, el de Lina Lovatón sin ir más lejos, robustos, enérgicos, que merecían mil veces ocupar el lugar de ese par de zánganos, de esas nulidades con nombres de personajes de ópera” (Vargas Llosa 32). La conclusión a la que llega, al afirmar que su raza ha creado hijos saludables y fuertes, indica que el problema con Ramfis y Radhamés no es culpa suya, sino más bien de la mujer con la que los tuvo, doña María Martínez. Así pues, Trujillo se reafirma no solo como hombre viril capaz de engendrar hijos, sino también como gran productor de una buena prole. Ya no se trata solo de la cantidad de vástagos sino de las cualidades que les heredó. Además, podemos asociar al chivo con la figura del semidiós Pan, símbolo de la fertilidad y de la sexualidad incontenible. Trujillo cumplía con ambas condiciones y de ahí el mito que lo rodeó toda su vida. Lo anterior hace parte del proceso de revalorización del personaje de Trujillo, el mencionar que su prole defectuosa es culpa de doña María Martínez afirma su valor como hombre al mismo tiempo que contribuye a consolidar el mito que se ha creado alrededor de su figura. Es el personaje, como lo hemos mencionado en ocasiones anteriores, quien se ha creado una imagen omnipotente de sí mismo. Una figura que debe nutrirse y reafirmarse constantemente con el fin de mantener su poder.

Finalmente, la figura del chivo se asocia, irremediabilmente, a la de Satán, como comenta Pierre Brunel, en relación con la encarnación del mal “se reviste de las formas más diversas para recorrer el mundo, sembrando la duda, la blasfemia y la predilección de los castigos del más allá” (813). Así, Trujillo es la personificación del mal para los

dominicanos que sufrieron y murieron bajo su gobierno. Pero Trujillo, en tanto encarnación de Satán, tiene un especial significado en el episodio con Urania pues es allí donde todos los atributos del dictador se desvanecen frente a la niña, dejando reducido a Trujillo en un hombre viejo, impotente y frágil. En una primera instancia, Trujillo despierta en Urania inquietud al no saber qué estaba sucediendo y miedo porque se estaba enfrentando a algo que le era totalmente desconocido. Conocería al verdadero monstruo cuando el viejo tratara de seducirla y el miedo se transformaría en repulsión “La sensación que suscitan los seres monstruosos es una combinación de terror y asco. Es esencial tener en cuenta estos dos componentes: el monstruo como algo amenazante e impuro a la vez” (Cortés 38). Comprendemos entonces que Urania le dijera a sus tías que pese “al terror, al asco” (Vargas Llosa 508), había hecho todo lo posible por satisfacer a Trujillo cuando se dio cuenta de que algo raro le ocurría al viejo, “Algo le sucedía, quiero decir ahí abajo. No podía. Se iba a poner bravo y a perder sus buenas maneras” (508). La niña está presa del pánico y comprende que está haciendo algo impúdico para una niña de su edad, aparte de que la diferencia entre su edad y la de Trujillo le resultaba un tema problemático “Lucíamos una pareja muy dispar, subiendo esa escalera con pasamanos de metal y barrotes de madera. De las manos, como novios. El abuelo y la nieta, rumbo a la cámara nupcial” (505). Por la forma en que lo cuenta Urania, es posible pensar en que se trata de una relación más del tipo incestuosa que amorosa. Se trata de una relación poco casta y precisamente eso, ayuda a aumentar el efecto monstruoso que produce en la niña y en la obra. Magnifica los rasgos de Trujillo y se confirma, una vez más, su verdadera naturaleza. Urania, se da cuenta de que va a perder su virginidad esa noche y la idea le parece aberrante, pero se controla por amor a su padre “Yo pensaba: «Si salto por el

balcón, papá tendrá remordimientos terribles»” (506). Una vez instalados en la habitación de Trujillo, el verdadero escenario de la fiesta para Urania, Trujillo trata de convencer a la niña acudiendo a la excusa del placer del que gozará en sus brazos “Vas a descubrir una cosa maravillosa. El amor. El placer. Vas a gozar. Yo te enseñaré. No me tengas miedo. No soy la bestia de Petán, no gozo tratando a las muchachas con brutalidad” (505). El placer no era una opción para Urania quien estaba muy asustada, además de que era una inexperta en las artes del amor. Una niña apenas, ofrecida a un hombre que espera de ella la pasión de sus otras amantes. Además, para sorpresa de Trujillo, Uranita no era como las otras dominicanas “Se llevó una decepción (...) Yo era esbelta, muy delgada, y a él le gustaban llenas, con pechos y caderas salientes. Las mujeres abundantes. Un gusto típicamente tropical” (502). El estereotipo se cumple a cabalidad en ambos casos, la mujer caribeña debía ser, además de amante sumisa, un símbolo de la abundancia de carnes y la fertilidad. Por su parte, Trujillo, debía cumplir como lo había hecho toda su vida. El mito en torno a él le reclamaba desempeñarse en la cama como el macho viril que todos asumían que era.

Lo que se suponía debía ser una noche maravillosa en la Casa de Caoba, o al menos fue de lo que trataron de convencer a Urania, termina convirtiéndose en una pesadilla para ambos comensales. Al confirmar su impotencia, Trujillo se enfurece y amenaza a la niña “-Te equivocas si crees que vas a salir de aquí virgen, a burlarte de mí con tu padre- delectaba con sorda cólera, soltando gallos” (508). Urania, como lo había anticipado antes, pierde su virginidad con Trujillo o más bien, cuando el hombre se vale de sus manos para lograr su fin. Perder la virginidad para Urania implicó la pérdida también de su inocencia, pero algo de mayor envergadura estaría por suceder en la

habitación del Chivo. Para Urania, su padre y el resto de los dominicanos, Trujillo había simbolizado por mucho tiempo la fuerza, el valor y el poder encarnados en un solo hombre. Le temían todos, por eso le obedecían y nadie se atrevía a contrariar sus órdenes. Su reputación de amante incansable se había extendido por toda la isla y era **un** mito, hasta ese momento, vigente. Pero la muchachita esqueleto, inocente y virgen, apenas una niña, sería que revelaría la verdadera naturaleza humana del monstruo. Y esta revelación ocurre en dos etapas: primero cuando al ver que su impotencia le impedía acceder carnalmente a Urania y decide usar sus manos para despojarla de su virginidad. El monstruo humano sometiendo a la niña a las peores vejaciones que se habría podido imaginar Urania. Pero esa naturaleza monstruosa no es un rasgo nuevo de Trujillo y en este sentido, no constituye una verdadera revelación, sino más bien una confirmación de su conducta. En la segunda etapa, Trujillo, el monstruo que había violado a la niña revela su faceta humana, desmitificando su figura “Su excelencia volvió a tenderse de espaldas, a cubrirse los ojos. Se quedó quieto, quietecito. No estaba dormido, se le escapó un sollozo. Empezó a llorar” (509). Urania no puede creer lo que está presenciando, Su Excelencia está llorando en frente de una niña. Ya no se trata de el Generalísimo, solo es un viejo que se lamenta de su condición:

Él sabía fajarse contra enemigos de carne y hueso. Lo había hecho desde joven. No podía tolerar el golpe bajo, que no lo dejaran defenderse. Parecía medio loco, de desesperación. Ahora sé por qué. Porque ese güevo que había roto tantos coñitos, ya no se paraba. Eso hacía llorar al titán. ¿Para reírse, verdad? (510).

Las lágrimas de Trujillo aparecen como muestra inequívoca no solo de su humanidad, sino de la condición quebradiza. El dictador deja de ser una figura que

infunde poder y terror para convertirse en un hombre cuyo cuerpo decadente revela su verdadera naturaleza “Procuraba no mirar su cuerpo, pero, a veces, sus ojos corrían sobre el vientre algo fofo, el pubis emblanquecido, el pequeño sexo muerto y las piernas lampiñas. Ese era el Generalísimo, el Benefactor de la Patria, el Padre de la Patria Nueva, el Restaurador de la Independencia Financiera” (510-511). El mito era hombre y Urania lo había descubierto y lo más paradójico es que hasta que Urania se lo confesó a su familia treinta y cinco años más tarde, el secreto sobre Trujillo había estado a salvo. Rangel comenta que el papel de Urania en la novela, se potencia gracias a este episodio ya que “Urania, sin desearlo, es el personaje que pone al descubierto ante el lector la miseria humana que en realidad es el dictador. La niña Urania se convierte en una juez indirecta que sentencia el fin del Chivo” (4). Además, resulta paradójico que luego de la extensa configuración del personaje, como hombre fuerte, viril, que trajo el progreso a la isla, en pocos minutos quede expuesto quién en realidad gobernaba a la República Dominicana. Es por eso, como añade Rangel, que “Este hecho es central pues recrea en forma condensada el acontecer del país que comienza con el cinismo del cortejo del Chivo hacia Urania y que termina con su violenta “pataleta” al ver que no se puede «tirar al coñito»” (6). La intensidad de la escena nos hace preguntarnos qué tipo de persona en realidad era Trujillo y hasta qué punto, el dictador, no lograba aceptar que el paso de los años, y con él, la pérdida de su poder era irremediable. Además, hay una clara inversión de roles que acentúa aun más la parodia del encuentro; así, mientras Urania se ve forzada a actuar como una persona madura, aceptando el destino al que la condenó su padre, pensando incluso en el último momento en las consecuencias que tendrían sus acciones si no lograba complacer a Trujillo, el dictador, por su parte, se convierte en una caricatura

de sí mismo y de todos los dictadores, como bien lo apuntaba Rangel en su artículo. Además, la impotencia sexual es un signo claro de la decadencia de Trujillo, no solo en cuanto a desempeñar sus funciones como amante, sino que se convierte en una metáfora de la imposibilidad del dictador de imponer su poder sobre otros. El que no pudiera imponerse sobre una niña de catorce años, que lo dejó completamente en ridículo, era sintomático de que algo más grave sucedía. Ya no le era posible reproducir el modelo que había seguido tantos años. Su impotencia sexual, además, es sinónimo de su infertilidad, no solo para procrear hijos; se trata de una infertilidad simbólica, ya no es el Padre de la Patria Nueva, que es la República Dominicana.

Esa escena es la paradoja de la obra entera y lo que potencia su valor literario ya que durante muchas páginas se había insistido en la configuración de un personaje altivo, masculino, poderoso, que creía que ningún reto era grande para él, respondiendo así al imaginario colectivo de lo que debía ser no solo un hombre caribeño, sino un dictador latinoamericano. La distancia que se marca con otros dictadores es clara al no querer compararse con Rojas Pinilla o con Perón. La idea de la monstruosidad de Trujillo está presente también en toda la obra de modo que tanto el lector como los otros personajes de la novela, aprendieran a temerle a Trujillo, incansable luchador dominicano. Y es por eso que coincidimos con Laura Miller cuando dice que “never has a novel drawn the malignant political of crude, unfettered masculinity more ferociously” (Miller, n.pag.). Pero el mérito de Vargas Llosa no solo radica en la brillante disposición de los elementos de la novela y en la forma en que crea el personaje, consideramos más bien que esa humanización del dictador es lo que revela verdaderamente la naturaleza de Trujillo, como el autor mismo lo reconoce “I didn’t want to present Trujillo as a grotesque

monster or a brutal clown, as if usually in Latin American literature (...) I wanted a realist treatment of a human being who became a monster because of the power he accumulated and the lack of resistance and criticism” (Citado por Foley 10). Como lectores, asistimos a la creación del monstruo humano que es capaz de revelar sus dos facetas. No estamos ante una obra en la que el dictador aparece como una esquiua figura, inalcanzable para sus súbditos, que se esconde tras los muros de una fortaleza. Los rasgos como el de la sexualidad, así fuera desmesurada, lo hacen humano. Su debilidad eran las mujeres y eso podría decirse que no es algo positivo siempre. Trujillo tiene defectos y no es el semidiós que todos los dominicanos adoraron por tantas décadas y al que algunos siguen añorando.

Consideramos además, que el carácter humano de Trujillo fue el que precisamente lo llevó a la muerte, su predilección por las mujeres, por llevarlas a la Casa de Caoba, casi como un hábito que podía ser calculado, fue lo que permitió a los asesinos acabar con la Bestia, como lo anota Foley:

Ironically, the assassins are able to formulate their plan and successsfully carry out the execution precisely because of Trujillo’s regidly predictable routine and habitual appetites. The Goat is able to be destroyed, fittingly in a sense, because of those essencialised character traits which he considered so central to his identity: his obsession with order and precision and his lust for sexualised power (17).

Estamos de acuerdo con el articulista en cuanto el plan para asesinar a Trujillo fue posible cuando los asesinos se dieron cuenta de que Trujillo no era un monstruo; simbolizaba la monstruosidad del régimen, pero no era más que un hombre, no era

inmortal. Sus hábitos lo delataron y acabar con el verdugo de la República Dominicana, no solo estaba justificado, sino que era indispensable para creer en otro tipo de organización social. La venganza, por supuesto, fue un factor determinante en el asesinato de Trujillo, y con su muerte estaban resarcido el mal que Trujillo infligió en tantos dominicanos y todos los muertos que injustificadamente supuso la subida de Trujillo al poder. El asesinato de Trujillo, revela la paradoja que había ilustrado muy bien Salvador Estrella cuando consulta a su director espiritual el plan que él y sus compañeros estaban fraguando: si era legítimo matar a un hombre si con ello se podía salvar la vida de millones. La violencia parece justificada en esta escena de la novela. La muerte de la Bestia era la única opción que tenían los conspiradores si querían deshacerse de Trujillo. A diferencia de lo que sucede en los relatos mitológicos en los que el héroe al enfrentarse a una figura sobrehumana y derrotarla se diviniza, en la obra de Vargas Llosa, la transformación que se lleva a cabo mediante la muerte del monstruo es la de revelar su carácter humano, su naturaleza mortal. Además, en el imaginario colectivo los conspiradores también sufren una metamorfosis, pasan de ser asesinos a ser héroes “y, no mucho después, calles, plazas y avenidas de todo el país empezarían a ser rebautizadas con sus nombres” (Vargas Llosa 491).

Finalmente nos gustaría subrayar que la importancia de Urania y el grupo de conspiradores en la novela es la de desvelar la faceta humana de Trujillo que se escondía detrás de la imagen que proyectaba ante los dominicanos e incluso ante sí mismo. La niña fue la única que presencié la debilidad que Trujillo trataba de ocultar, desmitificando su aparente poder sexual sobrehumano. Mientras que los conspiradores pudieron matar al Chivo gracias a que se dieron cuenta de que en la carretera se iban a enfrentar a un mortal

no al monstruo que los había dominado por tres décadas cubriendo la isla de muerte.

En este capítulo nos interesaba estudiar un rasgo poco aludido por la crítica sobre la obra de Vargas Llosa, la monstruosidad del personaje de Rafael Trujillo. Consideramos pertinente el análisis de esta característica ya que, si bien el régimen del dictador dominicano aparece como uno de los más crueles que haya habido en América Latina, pocos estudios se han dedicado al personaje novelesco, concentrándose más bien en dictador y asumiendo que el personaje novelesco es un mero calco del primero. Por lo anterior, hemos querido estudiar de qué forma el personaje de Trujillo ha sido dibujado de tal manera que la monstruosidad de la novela, el mal y la crueldad de la que somos testigos como lectores, emana de la construcción del personaje y no de las memorias que tenemos de los libros de Historia.

La novela plantea un reto en este sentido al proponer leerla no como un documento historiográfico o periodístico sino como una obra enteramente ficcional. La monstruosidad como característica definitiva del personaje solo es posible observarla en tanto se estudia la relación entre este y los demás personajes, como Urania, sus colaboradores y en general, esa gran masa de dominicanos cuya voz, aunque ausente en la novela, se intuye por el miedo que inspira el personaje de Trujillo. A este respecto, habría que anotar que la presencia de personajes como Urania, Cerebritito Cabral y algunos de los conspiradores como Antonio de la Maza y el Turco, permiten comprender de qué forma Trujillo sí puede ser considerado un monstruo y una bestia, como lo hemos comentado a lo largo del capítulo.

Quisimos abordar la monstruosidad desde la perspectiva de la *anormalidad* en tanto los rasgos del personaje, su excentricidad innata, su deseo de poder absoluto y la

reputación de macho reproductor, entre otros, aparecen como síntomas de un fenómeno inusual dentro del contexto de la novela. El personaje de Trujillo se diferencia de todos los demás no solo porque él cree que es un semidiós y el todopoderoso que ha venido a salvar a la isla de sus vicisitudes y su miseria histórica, sino porque quienes lo rodeaban afirmaron su imagen, llegando a divinizarla y a ensalzarla, aumentando aun más el poder del que ya gozaba. De otro lado, la monstruosidad del personaje sirve de herramienta para mantener su dominio y disfrutar de él a su antojo. Es por eso que los personajes femeninos en la novela son tan escasos; solo se nombra a las mujeres en relación con el poder sexual que Trujillo ejerce sobre ellas. Ni siquiera su esposa, doña María Martínez tiene un papel significativo en la obra. No pudo darle hijos sanos, por lo cual la desecha y la culpa de sus desgracias. Su madre, por su parte, es importante únicamente porque le ha dado la vida; así, su única función, la de la reproducción, se valida al haber dado a luz a tan excelentísima figura.

Pero a la vez, la más indefensa de todas las mujeres con las que mantuvo relaciones Trujillo, sería la que desvelaría su faceta más monstruosa y la más humana al mismo tiempo. Uranita Cabral con sus catorce años y la inocencia de la víctima que rápidamente descubre su destino, es quien destruirá la reputación de Trujillo y cuya presencia en la vida del dictador actúa como una suerte de presagio de su muerte y la caída del régimen. Es por lo anterior que Urania es tan importante en la obra del peruano. No serían las otras mujeres quienes denunciaran la presión del régimen y sobre todo, el sistema patriarcal que reinaba en la isla y cuyo máximo representante era Trujillo. El regreso de Urania a la isla, convertida en la doctora Cabral, es la pieza que da coherencia al destino de Trujillo, a la mala suerte que el personaje le achaca a una muchachita

esqueleto de la que poco sabemos en las primeras páginas. La voz de Urania es la de la conciencia que regresa a establecer un diálogo – que termina siendo un monólogo- con el hombre que la ofreció a Trujillo a modo de canje por la salvación de la reputación pública. Pero el silencio de su padre y la imposibilidad de un diálogo, como lo advertimos en páginas anteriores, solo resalta aun más la permanencia del régimen patriarcal en la isla. La herencia de Trujillo no había muerto con él, por eso el senador Cabral lo había sobrevivido, de modo que las generaciones posteriores no olvidaran jamás los rastros que el monstruo había dejado tras de sí.

En por lo anterior que Urania es quien en realidad revela los extremos de la monstruosidad de Trujillo no sin dejar de lado que dicho rasgo del personaje obedecía más bien a una debilidad. La impotencia es una explicación para la frustración de Trujillo al no poder consumar el acto con Urania; su cáncer de próstata es otra. Pero en el fondo hay una crítica profunda no solo a los regímenes paternalistas, patriarcales y dictatoriales, sino a la naturaleza humana. El personaje no representaba la autoridad mediante su figura poderosa y fuerte; fue el miedo que inspiraba lo que llevó a creer a quienes lo rodeaban, los conspiradores, Cabral y sobre todo a Urania a creer que estaban frente a un monstruo, cuando en realidad se trataba de un viejo que se valía de su reputación y de la violencia para aniquilar la voluntad de quienes estaban sujetos a sus órdenes. Se podría decir que el personaje de Urania es una víctima más de Trujillo, pero al final es ella quien en realidad aniquiló al monstruo.

Conclusiones

El estudio de *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa nos permite acercarnos a un nuevo tipo de novela de dictador en una época en donde el fenómeno político que aborda la obra no se presenta tan frecuentemente como hace algunas décadas en América Latina. La obra plantea en este sentido el desnudar al personaje literario Rafael Leonidas Trujillo Molina y presentarlo a los lectores desde todas sus facetas. No se trata ya de aquel hombre que desde los muros de un palacio impenetrable gobernaba un país cuyos habitantes poco conocían de aquella figura que los dominaba. El Chivo presenta un reto pues se trata de un personaje que se ha forjado a la luz pública, un hombre por cuya propia voz conocemos lo acontece dentro del Palacio Nacional y cómo funciona el gobierno que ha mantenido por más de tres décadas. El personaje de El Chivo es una figura compleja; se trata de un mito, un semi-dios que llena las páginas de la obra con una presencia apabullante y una mirada a la que pocos pueden resistir. De solo haber planteado un personaje en apariencia omnipotente, la obra de Vargas Llosa no habría tenido tanta repercusión en la crítica. El mérito está en construir la imagen de un personaje omnipotente y, después de tantas páginas en las que se relatan los crímenes más atroces del aparato represivo trujillista, exponer a un hombre que llora de impotencia porque ya no es la sombra de lo que solía ser.

El juego de poder no es una constante en la novela, no se trata de algo inamovible. Como lectores no asistimos al auge del dictador, ni siquiera a su ascenso al poder. Somos testigos, más bien, del último día de su vida. En este sentido, las narraciones retrospectivas, los recuerdos, los monólogos de Urania, son posibles gracias a la técnica de las cajas chinas y de los vasos comunicantes, que, como lo mencionábamos en el

segundo capítulo, hacen de la obra una estructura compleja. Dicha estructura, junto con las narraciones yuxtapuestas, forma un tríptico en el que la multiplicidad de voces enriquece el relato y nos permite ver las diferentes perspectivas de quienes rodeaban a Trujillo, de paso, dejando expuestas sus vidas y temores. Los secretos del régimen ya no lo son tanto, ya que, como lectores, tenemos acceso a lo que sucede no solo en el palacio, sino en la propia mente de Trujillo.

Paralelamente a la historia de Trujillo, la de los conspiradores funciona a modo de justificación del tiranicidio que están a punto de cometer cuando empieza su narración. No se trata de una confesión antes de cometer un pecado, que ya han admitido ante la Iglesia, sin saberlo, gracias al Turco. Se trata de exponer de qué forma el poder los ha corrompido hasta el extremo tal de planear el asesinato del hombre que les dio de comer a todos y enriqueció a unos cuantos. Desarrollar la historia de cada uno de los conspiradores mientras esperan apostados en la carretera a que pase el vehículo de Trujillo es lo que mantiene la tensión en la obra, pese a que, de antemano, sepamos cuál es el final.

Urania es la única voz femenina que atraviesa la novela desde la primera página hasta la última, es ella quien abre y cierra la narración. Su vuelta a la isla funciona como una suerte de pretexto para revisar la Era Trujillo. Es Urania, con sus 49 años y, después de 35 de haber abandonado la isla, quien regresa como la voz de la conciencia a recordarle a su padre enfermo y sin habla, los crímenes que se cometieron durante el trujillato y de los cuales él fue partícipe. Pero Urania no solo regresa para recriminarle a su padre haberla convertido en una de las mujeres de Trujillo; también recupera la memoria de aquellos que rodearon a Trujillo y, por lo tanto, se convirtieron en esclavos

de su voluntad, siempre dispuestos a obedecer sus órdenes con el fin de no perder su gracia y favor. Es gracias a Urania y su perspectiva casi foránea que podemos tomar una distancia histórica y geográfica con la que analizar los acontecimientos de una forma crítica, menos pasional, quizás, que la del propio Trujillo y el grupo de conspiradores.

El Chivo es el personaje que representa los excesos de poder y los medios para conseguirlo. A este respecto, consideramos que el *carisma* fue una de las herramientas principales por medio de las cuales llegó a instaurarse como el padre de la casa de tantos dominicanos. Pero ese rasgo, solo hace parte de la extensa red de dispositivos para permanecer en el poder y lograr que los dominicanos crean que lo necesitan. El aparato policial comandado por el personaje de Johnny Abbes García se construye en la obra una serie de operativos, en cada uno de los cuales, el narrador de turno describe las atrocidades del régimen. Desde los más de 30.000 haitianos víctimas de la conocida “Masacre del perejil”, hasta los más férreos opositores de Trujillo, pasando por quienes se atrevieran a cuestionar sus decisiones, el ejército de caliés de Abbes García, exterminó a todos aquellos que se presentaran como un inconveniente para el régimen.

Las propuestas teóricas de Arendt, Foucault y Habermas lo demuestran así. De un lado, los regímenes como el que plantea la novela, solo se nutren de sí mismos, de sus discursos vacíos, de doble moral, que solo pretenden atraer seguidores a la causa, cuando se sabe de antemano que dichos discursos solo son la fachada de regímenes que se enriquecen a costa de los ciudadanos. Los líderes de estos modelos de gobierno son una suerte de patriarcas que pretenden hacer creer a los ciudadanos que sin ellos, sin su magnificencia y su intercesión, las naciones estarían perdidas, sin rumbo y sin esperanza de alcanzar la prosperidad. Pero en realidad, se convierten después de un tiempo en

símbolos del terror, acechando a la población y atemorizándola hasta el punto de aniquilar su voluntad. De otro lado, observamos de qué forma la policía solo hace parte de la amplia serie de mecanismos de los que se vale el poder para establecerse y anclarse en un territorio, sin medida de tiempo, sin prestar cuidado a la legitimidad, ignorando y abatiendo a los miembros de la oposición, bien sean dominicanos o extranjeros.

Además, hay que recordar que Trujillo contaba con fuertes aliados internacionales, entre ellos la Iglesia y los Estados Unidos. Con respecto al primero hay una fuerte crítica por la doble moral que maneja. A la vez que condecora al personaje y lo hace el símbolo de la paz y la concordia, al final del régimen le declara la guerra, lo cual suponía perder el apoyo más fuerte con el que contaba el régimen dentro de la isla. Si bien es cierto que la posición de la Iglesia cambió luego de tantos años de masacres y violencia injustificada, el apoyo incondicional que le ofreció a Trujillo por tanto tiempo revela la doble moral de la institución eclesiástica y la influencia política que la Iglesia sigue ejerciendo en América Latina. En relación con los Estados Unidos, la novela expone de un lado, el poder que tiene el país norteamericano y, de otro, al personaje de Trujillo como un producto de su educación militar. En este sentido, el personaje de Trujillo pretende ser el símbolo de los dominicanos, cuando en realidad reniega incluso hasta del color de su piel y agradece inmensamente la formación que ha recibido en la escuela de *Marines*. Es una paradoja que fuera precisamente gracias al apoyo de los Estados Unidos que Trujillo se formara para ocupar su puesto durante más de tres décadas y gracias al país norteamericano también, que el dictador fuera abatido.

Pero, la alianza que se establece en la novela entre la isla y los Estados Unidos hace parte de los recuerdos del dictador, de un tiempo pasado en el que el régimen

gozaba de cierta estabilidad. La decadencia del régimen simboliza la decadencia del personaje y viceversa. Se trata de un viejo dictador tratando de sobrevivir a sus dolencias físicas así mismo tiempo que se aferra a un poder al que solo la muerte le hizo renunciar.

Pero a la vez que los recuerdos reconstruyen las mejores épocas del régimen, también reviven las más sangrientas. Se dibuja un Trujillo poderoso, un aparato represivo que no permite en menor atisbo de oposición. El Trujillo de las retrospectivas es el monstruo al que Urania desenmascara aquella noche en la Casa de Caoba, episodio del cual nos enteramos solo al final de la novela, la última noche antes de partir de vuelta a los Estados Unidos. La monstruosidad del personaje puede entenderse como una anomalía, que pasó inadvertida para el dictador. Su comportamiento era monstruoso para sus víctimas, pero él no se reconoce como tal. Al contrario, el Benefactor de la Patria es quien ha traído paz y progreso a la isla. El miedo, como herramienta de poder del monstruo, es uno de los rasgos más característicos del personaje. Su presencia es una amenaza constante y la constatación de que la vida, durante la Era Trujillo, dependía de la voluntad de un solo hombre y de su ejército de asesinos.

Pero la degradación no solo es evidente en el monstruo, él mismo produce este efecto en quienes lo rodean. Es por lo anterior que hombres “decentes” como Agustín Cabral entregan a sus hijas en una suerte de ritual de sacrificio para ganar el favor de Trujillo. La mujer, en este sentido, es una suerte de moneda de cambio, en lo que respecta a las relaciones con Trujillo. Urania, como lo mencionábamos anteriormente, es la voz femenina que denuncia la crueldad del régimen trujillista. Su papel será definitivo en el desarrollo de la obra, ya que además de ser ella quien abra y cierre la narración, será la que descubra la verdad sobre el dictador, desmitificando su figura. Trujillo, cuyo nombre

se leía al lado del de dios en aquellos carteles que inundaron las casas dominicanas, encuentra su fin aquella noche con Urania. La muchachita esqueleto había desvelado la debilidad de Trujillo; su poder sexual, acompañado de su fama de patriarca y Padre de la Patria Nueva, ya no era tal. Urania fue la última mujer del dictador, así como él fue y sería su único hombre. Es ella quien expone al sistema patriarcal desde dentro; sus secretos más oscuros, la ineficacia de la permanencia de aquellos regímenes en los que las mujeres casi no tenían participación. O, si la tenían, como las hermanas Mirabal, eran ajusticiadas. El papel de su padre, Cerebritito Cabral, tiene como función mostrar que la Era Trujillo no murió con el dictador. Su imposibilidad de establecer un diálogo con su hija, de responder sus cuestionamientos, es a la vez, el símbolo de la diferencia generacional y todo lo que aquello implica. Urania reflexiona sobre la Era, recuerda desde un punto de vista, generalmente objetivo, los abusos del trujillato contra los dominicanos. El silencio de su padre, además responder a su condición física, denuncia la complicidad de aquellos que rodeaban a Trujillo.

Fue gracias a colaboradores como Cabral, Chirinos y Balaguer que el régimen alcanzó la cumbre y pudo combatir a cuantos opositores se encontrara en su camino. Los hombres detrás del poder, las manos que según el personaje del dictador, no se untaban de sangre porque él y Abbes García se encargaban de los trabajos sucios. Pero Chirinos, Cabral y Balaguer, son tan responsables de los crímenes como el ejército de caliés. Fue gracias a su silencio cómplice y su adulación constante que Trujillo llevó a cabo sus planes y se tomó el poder de forma absoluta.

Es por lo anterior que consideramos que la novela del peruano es una forma de denuncia que encuentra su camino por medio de la ficción y de personajes como Urania.

El revelar al régimen por dentro indica que los regímenes dictatoriales y los dictadores no son algo oculto ni inaccesible. Socavar en la conciencia de los personajes como lo hace Vargas Llosa, hace de la novela dictador y de sus personajes algo más próximo al lector. Los secretos de la Era Trujillo quedan expuestos en la obra del nobel, marcando un nuevo tipo de novela de dictador a la vez que se inscribe en una tradición hispanoamericana. La novela de dictador no es una fuente agotada y *La fiesta del chivo* así parece confirmarlo.

Bibliografía del autor

Vargas Llosa, Mario. *La fiesta del chivo*. Madrid: Alfaguara, 2000. Print.

—. *La guerra del fin del mundo*. Madrid: Alfaguara, 2010. Print.

Bibliografía de referencia

Álvarez, Julia. *En el tiempo de las mariposas*. Bogotá: Alfaguara, 2001. Print.

Abalos, David T. *The Latino family and the politics of transformation*. Westport: Praeger, 1993. Print.

Arendt, Hannah. *Between past and future: eight exercises in political thought*. New York: Viking Press, 1968. Print.

—. *The origins of totalitarianism*. New York: Hancourt Brace Jovanovich, 1973. Print.

Asturias, Miguel Ángel. *El señor presidente*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1978. Print.

Barros, Carlos. "Rito y violación: el derecho de pernada en la Edad Media." *Primeras Jornadas de la Historia de las Mujeres*. Luján: Universidad de Luján, 1991. 306-323. Print.

Bellini, Giuseppe. *El tema de la dictadura en la narrativa del mundo hispánico (Siglo XX)*. Roma: Bulzoni Editore, 2000. Print.

Belsey, Catherine. "Constructing the Subject: Deconstructing the text." *Feminism Redux*. Ed. Diane and Warhol-Down, Robyn Pryce. New Brunswick: Rutgers University Press, 2009. 164-180. Print.

Benedetti, Mario. *El recurso del supremo patriarca*. México: Editorial Nueva Imagen, 1979. Print.

Bergamín, José. "José Bergamín. Obra esencial." Ed. Nigel Dennis. Madrid: Turner, 2005. 31-48. Print.

Bolívar, Simón. *Escritos políticos (1812-1830)*. Madrid: Alianza Editorial, 1983. Print.

Booth, John A. *The legitimacy puzzle in Latin America: political support and democracy in eight nations*. New York: Cambridge University Press, 2009. Print.

- Brunel, Pierre. *Diccionario de mitos literarios*. Río de Janeiro: José Olympio, 2000. Print.
- Burroughs, Edgar Rice. *Tarzan of the Apes*. New York: Ballantine Books, 1984. Print.
- Calviño Iglesias, Julio. *La novela del dictador en Hispanoamérica*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1985. Print.
- Carpentier, Alejo. *El recurso del método*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2001. Print.
- . *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1981. Print.
- Castoriadis, Cornelius. *The imaginary institution of society*. Trans. Kathleen Blamey. Cambridge: Mass:MIT Press, 1987. Print.
- Chevalier, Francois. "The roots of Personalismo." Hamill, Hugh M. Jr. *Dictatorship in Spanish America*. New York, 1965. 35-51. Print.
- Chevalier, Jean y Gheerbrant, Alain. *Diccionario de símbolos*. Río de Janeiro: José Olympio, 2000. Print.
- Colomina Garrigos, Lola. "Autoridad discursiva y falocentrismo en La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa." *Delaware Review of Latin American Studies* 8.1 (2007). Web.
- Cortés, José Miguel. *Orden y Caos*. Barcelona, 1997. Print.
- Crasweller, Robert D. *Trujillo: The life and Times of a Caribbean Dictator*. Nueva York: The Macmillan Company, 1966. Print.
- Danticat, Edwidge. *The farming of Bones*. London: Abacus, 1999. Print.
- Dealy, Glen. *The Latin Americans: Spirit and Ethos*. Boulder: Westview Press, 1992. Print.
- del Valle Inclán, Ramón Maria. *Tirano Banderas. Novela de tierra caliente*. Madrid: Unidad Editorial, 1999. Print.
- Delamare, Nicolas. *Traité de la Police*. Paris: J et P Cot, 1705-1738. Print.
- Deleito y Piñuela, José. *El declinar de la monarquía española*. Madrid: Espasa-Calpe, 1955. Print.
- Dolores, Rangel. "Los extremos de la sexualidad en la caracterización literaria de Vargas Llosa: El Chico, Gauguin y Flora Tristán." *Hispanet Journal* 1 (2008): 1-24. Print.
- Ehrenreich, Barbara. *Blood Rites: Origins and History of the Passions of War*. New York: Metropolitan Books, 1997. Print.

- Elmore, Peter. "Los males del poder y los poderes del mal." Ed. Requejo, Tenorio. *Mario Vargas Llosa: El fuego de la literatura*. Lima: Arteidea Editores, 2001. 317-323. Print.
- Feenstra, Ramón. "Una lectura antropológica de La fiesta del chivo. Entre el deseo de reconocimiento y el miedo a la libertad." *Thémata. Revista de Filosofía* 39 (2007): 167-174. Print.
- Fernández Durán, Mercedes. *Novela y dictadores en América Latina*. Bogotá: Taller de ediciones Rocca, 2008. Print.
- Foley, Andrew. "Power, Will and Freedom: Vargas Llosa's The Feast of the Goat." *Journal of Literary Studies* 24.1 (2008): 1-31. Print.
- Fontaine, Arturo. "El tirano y su séquito." *Nexos: Sociedad, Ciencia y Literatura* (2000): 99. Print.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Trans. Alberto González Troyano. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992. Print.
- . *La historia de la sexualidad*. Trans. Ulises Guiñazú. Vol. I. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 1991. II vols. Print.
- . *La vida de los hombres infames*. Ed. Fernando y Varela, Julia Álvarez-Uría. Trans. Fernando y Varela, Julia Álvarez-Uría. La Plata: Altamira, 1993. Print.
- Gallego Cuiñas, Ana. "Denuncia y univocidad: la narración del trujillato." *Hispanic Review* 76.4 (2008): 413-434. Print.
- . "La fiesta de los sentidos: Un análisis de la narrativa del trujillato." *La literatura hispanoamericana con los cinco sentidos: Actas del V Congreso Internacional de la AEELH*. A Coruña: Universidad da Coruña, 2002. 293-300. Print.
- . *Trujillo: El fantasma y sus escritores*. París: Mare y Martin, 2006. Print.
- . *Trujillo: El fantasma y sus escritores*. Diss. Granada: Ediciones de la Universidad de Granada, 2005. Print.
- Galván, William. *Minerva Mirabal: Historia de una heroína*. Santo Domingo: Editora UASD, 1982. Print.
- Gambarini, Elsa K. "El discurso y su transgresión: "El amohadón de pluma", de Horacio Quiroga." *Revista Iberoamericana* XLVI (1980): 443-457. Print.
- García Calderón, Francisco. *Les démocraties latines de l'Amérique*. París: Flammarion, 1920. Print.
- García Márquez, Gabriel. *El otoño del patriarca*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2008. Print.

García-Rodríguez, José María. *El padre de la Patria Nueva*. Madrid: Edición de la Casa de España, 1996. Print.

Gérard, Genette. *Narrative discourse: An essay in method*. Ithaca, New York: Cornell UP, 1980. Print.

Gewecke, Frauke. "La fiesta del chivo, de Mario Vargas Llosa: perspectivas de recepción de una novela de éxito." *Iberoamericana* 1.3 (2001): 151-165. Print.

Ghilgieri, Michael. Interview by Germánico. The dark side of man. Web. 13 Dec. 2008. Web.

Gil Calvo, Enrique. *Máscaras Masculinas*. Murcia: Anagrama, 2006. Print.

González Echevarría, Roberto. *The voice of the masters: writing and authority in modern Latin American literature*. Austin: University of Texas Press, 1985. Print.

González, Galo. "El poder y el deseo en La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa." de la Fuente Ballesteros, Ricardo y Pérez-Magalló, Jesús. *Deseo, poder y política en la cultura hispánica*. Valladolid: Universitas Castellae, 2007. 63-72. Print.

Goethe, Johann Wolfgang von. *Fausto*. Madrid: Espasa-Calpe, 1966. Print.

Gómez Sánchez, Elisa. "La política exterior de Theodore Roosevelt hacia América Latina: el inicio de la política del Gran Garrote." *ILASSA 27 Student Conference on Latin America*. Austin: University of Texas, 2007. 1-14. Print.

Gottlob von Justi, Johann Heinrich. *Elementos generales de la Policía*. Trans. Eulalia Piferrer. Gotinga: Universidad de Gotinga, 1784. Print.

Gubern, Román. "Mito y Terror." *Revista de Occidente* 158-159 (1994): 146-161. Print.

Habermas, Jürgen. *¿Cómo es posible la legitimidad por vía de la legalidad?* Vol. 5. Alicante: Revista Doxa: Cuadernos de Filosofía del Derecho, 1988. Print.

Henriquez Ureña, Pedro. *Historia cultural y literaria de la América Hispánica*. Madrid: Editorial Verbum, 2008. Print.

Homero. *La Odisea*. Bogotá: Panamericana, 1997. Print.

Horowitz, Irving Louis. *Latin America Radicalism: a documentary report on Left and Nationalist movements*. London: Cape, 1969. Print.

Hutcheon, Linda. *A poetics of postmodernism*. Nueva York: Routledge, 1998. Print.

Javier García, Manuel de Jesús. *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo y otros gobernantes dominicanos*. Vol. I. Santo Domingo: Taller, 1986. II vols. Print.

Kafka, Franz. *El proceso*. Madrid: Losada, 1982. Print.

- King, James E. *Science and Rationalism in the government of Louis XIV*. New York: Octagon Books, 1972. Print.
- Kobylecha, Ewa. "Mario Vargas Llosa: Una realidad desdoblada o el procedimiento de los vasos comunicantes." *Hipertexto* 4 (2006): 50-64. Print.
- Kollmann, Sabine. "La fiesta del chivo: cambio y continuidad en la obra de Mario Vargas Llosa." *Revista Iberoamericana* 3 (2001): 135-149. Print.
- Laing, R.D. *The Politics of the Family and Other Essays*. New York: Pantheon Books, 1969. Print.
- Larson, Neil. "¿Cómo narrar el trujillato?" *Revista Iberoamericana* 142 (1988): 89-98. Print.
- Lindholm, Charles. *Charisma*. Cambridge, MA: Basil Blackwell Ltd, 1990. Print.
- Lukács, Georg. *Ensayos sobre el realismo*. Buenos Aires: Siglo XX Editores, 1965. Print.
- . *La novela histórica*. Trans. Manuel Sacristán. Barcelona: Grijalbo, 1976. Print.
- Luna Escudero, María Elvira. "Trasgresión y Sacrificio de Urania Cabral en La fiesta del chivo de MVLL." *Espéculo. Revista de Estudios Literarios* (2003): n.pag. Web.
- López-Calvo, Ignacio. *God and Trujillo*. Gainesville: University Press of Florida, 2005. Print.
- Lynch, John. *Spain under the Habsburgs*. New York: Oxford University Press, 1964. Print.
- Mármol, José. *Amalia*. Buenos Aires: Editorial Porrúa, 1971. Print.
- Macías Rodríguez, Claudia. "Ciber Letras. Revista de crítica literaria y de cultura." December 2005. *Lehman College*. 10 August 2012
<<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletrasv14/macias.htm>>. Web
- Manickam, Samuel. "Las estrategias del poder traumatizante de un dictador en La fiesta del chivo, de Mario Vargas Llosa." *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* XXXIV.2 (2008): 51-63. Print.
- Manigat, Leslie Francois. *Évolutions et révolutions. L'Amérique latine au XXe siècle: 1889-1929*. París: Éditions Richelieu, 1973. Print.
- Mann, Thomas. *Doktor Faustus: vida del compositor alemán Adrian Leverkuhn*. Trans. Eugenio Xamar. Madrid, 1984. Print.
- Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Ciudad de México: Ediciones Era, 1988. Print.

- Marina, José Antonio. *Anatomía del miedo*. Barcelona: Anagrama, 2006. Print.
- Masoliver Ródenas, José Antonio. "La araña en el corazón del laberinto." *Letras Libres* (2000): 84-85. Print.
- Matilla Rivas, Alfredo. *El españolito y el espía*. San Juan: Editorial Isla Negra, 1999. Print.
- Menton, Seymour. *Caminata por la narrativa latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. Print.
- . *La novela histórica de la América Latina 1979-1992*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1993. Print.
- Miller, Arthur. *The crucible, a play in four acts*. New York: Viking Press, 1968. Print.
- Miller, Laura. "Review-A-Day." 8 March 2002. *Powells.com*. 21 October 2012 <http://www.powells.com/review/2002_03_08.html:1-2>. Web.
- Molina, Tirso de. *El Burlador de Sevilla*. Madrid: Taurus, 1971. Print.
- Moreno, Frank Jay. "The Spanish Colonial System: A Functional Approach." *The Western Political Quarterly* 20, No. 2, Parte 1 (1967): 308-320. Print.
- Neissa, Peter Anthony. *Dictators, directives, tyrannical figures and cultural discourse: Jorge Zalamea, Gabriel García Márquez and Mario Vargas Llosa*. Boston, 2004. Print.
- Pacini Hernández, Deborah. "Dominican popular music under the Trujillo's dictatorship." *Studies in Latin American Popular Culture* (1993): 127-140. Print.
- Penrose, Valentine. *La condesa sangrienta*. Madrid: Siruela, 2008. Print.
- Polidori, John William. *The Vampyre: a tale*. Albany: E and E Hosford, 1819. Print.
- Rama, Ángel. *Los dictadores latinoamericanos*. México D.F.: Litoarte, 1976. Print.
- Rangel, Dolores. "Los extremos de la sexualidad en la caracterización literaria de Vargas Llosa: El chivo, Gauvain y Flora Tristán." *Hispanet Journal* 1 (2008): 1-24. Print.
- Recopilación de las Leyes de los Reynos de las Indias. Madadas imprimir, y publicar por la magestad católica del rey Carlos II Nuestro Señor*. Madrid: de Paredes, Ivlian, 1680. Print.
- Riding, Alan. *Distant neighbours: A Portrait of the Mexicans*. New York: Alfred A. Knopf, 1985. Print.
- Roa Bastos, Augusto. *Yo, el supremo*. México D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1974. Print.

- Rojas-Trempe, Lady. "Violencia político-sexual del Estado, trauma y la historia de una víctima en La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa." de Diego Fernando and Schwartz, Agatha. *Repensando la violencia y el patriarcado frente al nuevo milenio*. Ottawa: University of Ottawa, 2001. 243-253. Print.
- Rouquié, Alain. "Dictadores, Militares y Legitimidad en America Latina." *Crítica y Utopía latinoamericana de ciencias sociales* 5 (1981): 1-9. Print.
- Sáenz, Mauricio. *Caudillos*. Bogotá: Panamericana Editorial, 2010.
- Sagrada Biblia. Ed. Nacar Fuster, Eloino. Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 1986. Print
- Sandoval, Adriana. *Los dictadores y la dictadura en la novela hispanoamericana 1851-1978*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. Print.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo: Civilización i Barbarie*. Madrid: Cátedra, 1990. Print.
- Schochet, Gordon. *Patriachalism in Political Thought: the authoritarian family and political speculation and attitudes especially in the seventeenth-century England*. New York: Basic Books, 1975. Print.
- Sedgwick, Eve. *Between men: English Literature and Men Homosocial Desire*. New York: Columbia UP, 1985. Print.
- Servane, Daniel y Levacher, Maelle y Prigent Helene (editores). *La littérature et ses monstres*. Nantes, 2006. Print.
- Shakespeare, William. *Macbeth*. Hoboken, NJ: Wiley Pub., 2006. Print.
- . *The life and death of King Richard III. A tragedy*. London: A Donaldson, 1770. Print.
- Shelley, Mary Wollstonecraft. *Frankenstein*. San Francisco: Ignatius Press, 2008. Print.
- Stevenson, R.L. *El extraño del dr. Jekyll y mr. Hyde*. Madrid: Espasa-Calpe, 1965. Print.
- Stoker, Bram. *Dracula*. Peterborough, Ont.: Broadview Press, 1998. Print.
- Taylor, Charles. *Modern Social Imaginaries*. London: Duke University Press, 2004. Print.
- Tcherepashenets, Nataly. "The secrets of the Era: The Rhetoric of Silence on Responsibility and Guilt in Mario Vargas Llosa's La fiesta del chivo." *Hispanic Journal* 32 (2011): 89-101. Print.

- Tissot, Samuel Auguste David. *L'Onanisme: Dissertation sur les maladies produites par la masturbation*. Lausanne: M Chappuis, 1769. Print.
- Turquet de Mayerne, Louis. *La monarchie aristodemocratique ou le gouvernement composé*. Paris: Chez Jean le Bovc, 1611. Print.
- Vázquez Montalbán, Manuel. *Galíndez*. Madrid: Mondadori, 2002. Print.
- Vázquez, Francisco. *El Dorado: Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre*. Madrid: Alianza, 2007. Print.
- Valdez, Diógenes. *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*. Santo Domingo: Editalibros, 1997. Print.
- Valerio-Holguín, Fernando. "En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez: Una reinterpretación de la historia." *Chasqui: Revista de Literatura* 27.1 (1998): 92-102. Print.
- Vargas Llosa, Mario. Interview by Diego Barvabé. *Revista Perspectiva*, 1 May 2000. Print.
- Von Justi, Johann Heinrich. *Elementos generales de la Policía*. Trans. Francisco Puig. Barcelona: Impresora del Rey, 1784. Print.
- Vuillemin, Alain. *Le dictateur ou le dieu truqué*. Paris: Librairie des Méridiens Klincksieck, 1989. Print.
- Wagner, Carlos. "En torno al supuesto carácter incruento e iniciático del molk." *Gerión* 10 (1992): 11-22. Print.
- Weber, Max. *From Max Weber: Essays in Sociology*. Ed. C. Wright Mills H.H. Gerth. Trans. C. Wright Mills H.H. Gerth. New York: Oxford University Press, 1946. Print.
- . *The Theory of Social and Economic Organization*. Trans. Talcott Parsons. New York: Free Press, 1964. Print.
- Weldt-Basson, Helen C. "Mario Vargas Llosa's La fiesta del chivo: History. Fiction or Social Psychology?" *Hispanófila* 156 (2009): 113-131. Print.
- Wintrobe, Ronald. *The political economy of dictatorship*. New York: Cambridge University Press, 1998. Print.
- Zavala, Iris. "Práctica Semiótica en Valle Inclán." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 36.1 (1988): 417-433. Print.
- Zorraquín, Ricardo. *La Organización Política Argentina en el Período Hispánico*. Buenos Aires: Editorial Perrot, 1962. Print.